


: BIBLIOTECA :
DE CATALVNYA
LLIBRES
PERE
BORRÀS.
: MCMXIX :



TOMO SEGUNDO DE LOS COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAñA.

AÑO DE M.DCCX.

LA ociosidad de las Armas, y el artificio de los Olandeses bolvió à entablar los Tratados de Paz con el Rey Christianissimo, que prosiguiendo en su politico systéma de alucinar à los Enemigos, dió nuevos oídos à ella. Fué Gertrudembergh el lugar destinado para el Congresso, y se nombraron Plenipotenciarios: La Francia nombró al Mariscál de Uxelles, y al Abad Melchor de Polignac: La Olanda, à Guillelmo Puis, y à Bruno Vvanderdussen: La Inglaterra, al Duque de Malburg, y al Milord Fouveskenden: El Emperador, al Principe Eugenio, y al Conde de Sincendorf; y tambien embió el suyo el Duque de Saboya. No estaba maduro el negocio, y assi era intempestiva la Paz, y nadie, de los que assistian al Congresso, la deseaba; pues, aunque los Estados de Olanda estaban enfadados de la Guerra, y verdaderamente apetecian el descanso, y no correr mas peligro, los Ministros del Congresso, teniendo à su favor al Gran Pensionario Heinsio, en todo contemplaban al Principe Eugenio, y à Malburgh, que querian, por sus particulares ventajas, la Guerra. Este era el dictamen del Cesar, viendo no saldria sin ella, y con gran trabajo, de España el Rey Phelipe, mas fortificado en el Trono despues que tenia succes-

 sion,

ſion, y le importaba al Ceſar buſcar para ſu Hermano un Reyno, porque quedaſſe parte de los Eſtados hereditarios à ſus Hijas. A la Reyna Ana la tenian perſuadida los de la faccion de Malburgh, que deſcaeceria de ſu autoridad, y quizás del Trono, ſi no ſe mantenia armada, porque ſe aumentaba cada dia el partido de la Igleſia Anglicana; y aunque por la libertad de ſus Eſcritos, y Sermones, eſtaba preſo el Doctor Enrique Sciacheverél, no ſe atrevia el Govierno à caſtigarle, por el gran numero de Protectores, que defendian la antigua Religion de la Patria, profeſſada deſde que apoſtataron de la verdadera. Por eſtas razones tambien la Reyna aſſentia à la Guerra.

De eſte dictamen era, aunque reſervado en los ardides de ſu politica, y de ſu prudencia, el Duque de Saboya, que ni queria vér tan poderoſos à los Auſtriacos, ni ſacar de Eſpaña al Rey Phelipe aunque le hicieſſen Rey de Italia en los Reynos que havia poſſeído, porque tambien él deſeaba un Titulo de Rey en ella, y ſolo podia eſtenderſe en la Lombardía, y en el Eſtado de Milán, del qual no era facil ganar mas terreno, ſi ſe le daban al Rey Phelipe con Napoles, Sicilia, y Cerdeña, que era el ultimo ofrecimiento, que meditaban hacer los Olandeſes; porque las dos Iſlas, yá las havian ofrecido, ſiendo deſpreciado eſte partido por el Rey de Francia; el qual, viendo à los Olandeſes anſioſos de la Paz, muy encendidas las dos facciones en Inglaterra, y conſtantes en el amor al Rey los Caſtellanos, havia corroborado ſus eſperanzas, de que Liga de tantos dictamenes podria durar poco, embarazados ſus intereſſes en los miſmos progreſſos, y aſſi fiaba al tiempo ſus idéas. El Delphin las confirmaba con nunca intermitentes inſtancias, y declaró la immutable voluntad ázia el Rey ſu Hijo à ſus Plenipotenciarios, y aun el Duque de Borgoña aprobaba el no hacer la Paz, ſin que fueſſe Rey de Italia ſu Hermano: con eſto le parecia, que quedaba ayroſo el empeño, y que deſmembraba de tantos Reynos la Eſpaña, y poſſeída de un Auſtriaco, la deprimiria à ſu arbitrio. Eſte era un ſyſtéma errado, y fundado en falta de experiencia, y noticia de la Eſpaña, mas para temida, quando eſtuvieſſe deſembarazada de la Flandes, y de Milán. Eſta Paz, que todos la tra-

taban

taban con mala fee, contenia tantos artificios, para no explicar un Principe à otro su intencion, que necessitaba de otro volumen; y no es proprio de Comentarios estendernos à escrivir las artes, con que procuraban engañarse, y assi no se firmó Armisticio, porque nunca fueron mayores los preparativos de Guerra.

Baxó en el rigor del Invierno con una Esquadra à el Mediterraneo el Almirante Norris: salió con otra costeando la Francia el Vice-Almirante Dusleyo, y otros Navíos costeaban contra los Corsarios Franceses, que salian de Dunquerque. Las Guardias de la Reyna se embiaron à Flandes; y à mandar las Tropas de Portugál al General Skanon, Inglés, porque Gallobay padecia una constante gota en los pies: estaba aborrecido de los Portugueses, y no con grande aceptacion en Londres, despues que havia sido desgraciado, y tres veces en España vencido. Para Embaxador de Inglaterra passó à Lisboa Milord Prothmor; y para solicitar la Armada Navál, passó à Olanda el Señor de Mithel. Hacia grandes Levas el Rey Catholico, y no menores la Francia. Todo esto decian, que era para hacer la Paz, porque el Señor de Pethecum, Ministro de Holstein Gotorp, havia llevado à Olanda nuevos Proyectos por la Francia, dessemejantes à los que los Olandeses havian propuesto. El Rey Christianissimo decia, que queria para el Rey Phelipe Reynos equivalentes à la España, que havia de dexar: ofreciólos la Olanda; pero no venian en ello los Ingleses, ni los Alemanes: estos, porque querian la Italia; y aquellos, porque se havian declarado por la parte de los Austriacos, que les havian ofrecido à Puerto Mahón, y otros en la America; y havia de passar á Barcelona el Señor Gragtz, para concluir con el Rey Carlos este Tratado. Los Plenipotenciarios de Francia, viendo que no podian los Olandeses cumplir lo prometido al Rey Christianissimo, se despidieron el dia 14. de Mayo: los Olandeses los entretuvieron algunos dias, por si podian vencer al Principe Eugenio, y á Malburgh, que eran arbitros de sus Cortes; pero como estos querian la Guerra, permanecieron constantes, con el pretexto de que no tenian otra instruccion de sus Soberanos; y que dár la Italia, era desmembrar en dos Reynos la

Monarquía de España, y hacerla perder el equilibrio á la Europa, dexando mas poderosa á la Francia. Pethecum trabajaba en unir estos dictamenes, y voluntades, pero no pudo; y Uxelles, y Polignac se bolvieron á París, dexando antes escrita una Carta muy picante á los Estados Generales, y haciendo cargo á los Principes de la Liga, de ser los instrumentos de la ruina de Europa. Los Olandeses respondieron con no menor arrogancia, y pareció yá á todo el Mundo enteramente roto el Tratado; pero con gran secreto havian los Olandeses ajustado otro, por medio de Pethecum, Torsi, y Bergueich con la Francia, que ofrecia quanto la Olanda apeteciesse, aunque fuesse toda la Flandes Española, y darles el Comercio de Indias, como se apartassen de la Liga, y bolviessen á reconocer al Rey Phelipe. No se estendieron los Articulos; pero quedó concordado, que harian solos la Paz con gran secreto, despues de disuelto el Congresso, y que retirarian temprano sus Tropas á Quarteles de Invierno: la Francia ofreció en rehenes quatro Plazas.

Como en este Ajuste daba tanto de lo suyo el Rey Catholico, fué preciso, que el de Francia se lo comunicasse, y passó el Señor de Iberville á Madrid á este efecto. El Rey Phelipe havia puesto todos los negocios Estrangeros en manos del Duque de Medina-Cœli, y aunque veía, que el alma de este negocio era el secreto, porque si lo penetraban los Aliados antes de executado, era infalible el turbarle, lo fió el Rey al Duque, el qual tenia permiso de tratar con los Enemigos, por si podia ajustar una Paz particular: no tenia para esto conocimiento en las Cortes de Viena, y Londres; pero se valia del Marqués Ranucini, Ministro del Gran Duque de Toscana, que estaba en Olanda, y passaba á Londres, quando se ofrecia algun negocio, porque para ambas Cortes tenia Credenciales. Era este Ranucini hombre avisado, y muy capáz, y tenia estrechéz con el Duque, desde que fué Embiado de su Amo en Madrid: su génio era Austriaco: creía, que en la manifiesta decadencia de la Linea de los Medicis, pararia la Toscana en manos del Emperador; y assi, cultivaba con grandes obsequios aquella Corte, llevandole su altivéz de espiritu á querer ser Vassallo de un Principe grande, porque la Nobleza Florentina llevaba muy mal

el

el yugo de los Medicis. Con este hombre conservaba el Duque de Medina-Cœli correspondencia pública, y secreta, no sin noticia del Rey Phelipe, á quien persuadia, que todo se enderezaba á su utilidad. Juzgar de la intencion es dificil; cierto es, que por medio del dicho Ranucini descubriò el Duque á los Ingleses el secreto, y nada les ocultò de lo que trataba la Olanda con el Christianissimo, ò para turbar esta Paz, ò para sacar mas ventajosas condiciones de los Ingleses. Aunque haya sido la intencion la mas sana, el delito de descubrir, sin permiso del Rey, tan gran negociado, no se le puede disculpar. Corriò voz, que tambien, por medio del Nuncio Zondadari, (aunque estaba en Aviñon) havia prevenido esto al Papa; pero es improbable, ni que se fiasse el Duque de quien no era su estrecho Amigo, ni á sus idéas importaba descubrirlo al Pontifice, de quien no podia esperar, ni que turbasse el Tratado, manifestandole, (porque sería contra la caridad paternal) ni que le mejorasse á favor del Rey Catholico; y assi, fuesse mala, ò buena su intencion, este passo era inutil. No lo fué el que diò con los Ingleses, porque estos se quexaron agriamente de la Olanda, y acompañó sus quexas, no con mas moderacion, el Emperador; pero como le havian menester, y temian se destacasse de la Liga; admitieron su satisfaccion; y mas, que no haviendo Capitulos firmados, no pudieron de lleno probar el hecho, porque todo estaba en la fee dada á las palabras de Pethecum, Torsi, y Bergueich, hombres de inmutable fidelidad, y secreto. A Malburgh le convenia fingirse desengañado, y asseguraba en Londres, que era todo enredo de la Francia, y la España, para sembrar discordia entre los Aliados, y que nunca havian pensado apartarse de la Liga; no porque Malburgh lo creyesse assi, sino porque recelaba, que en Londres sus emulos inspirassen á la Reyna, que se anticipasse á una Paz particular, porque si los Olandeses la havian ideado, la executarian. El amar tanto la Guerra Malburgh, y Eugenio de Saboya, reuniò los animos, y se mantuvo la Liga, aunque el Mariscál de Tallard, prisionero en Londres, hacia los mayores esfuerzos para que aquellos Ministros hiciessen su Paz con la Francia. El Rey Christianissimo descubrió este doble trato del Duque de Medina, intercep-

tan-

tando unas Cartas, que passaban à Olanda de Madrid; y puesto todo en noticia del Rey Phelipe, mandó este prender al Duque en su proprio Real Palacio, embiandole á la Secretaría del Marqués de Grimaldo, (que estaba de todo advertido) donde le prendió Don Juan Idiaquez, Conde de Salazar, Sargento Mayor de las Guardias, y entregandole à Don Patricio Laules, que le esperaba en el Parque del Palacio con cinquenta Cavallos, fué llevado al Alcazar de Segovia, sin Criado alguno, hasta que consiguió el Duque de Ossuna se le permitiesse uno de los suyos. Reconocieronse sus Papeles, y se prendieron á sus Secretarios. El Rey mandó entregar á una Junta de cinco Consejeros Reales de Castilla, formada para este efecto, los Instrumentos, y Escrituras que probaban su cargo, para que formalmente se le hiciesse el Processo; y como se les havia encargado tanto el secreto, se ignoraba su culpa, y cada uno la discurria á su modo; de genero, que en todas las Cortes variaron las noticias, haviendo hecho no poco ruído en ellas la prision de hombre de tanta magnitud en España, y casi Primer Ministro; pero la verdad la sabian muy pocos.

A este tiempo, que era por el mes de Abril, ò por sospecha de viruelas, ò por arte, estaba fuera del Palacio en otra casa la Princesa Ursini. Creyeron muchos, que queria dar á entender, no haver tenido parte en esta resolucion del Rey, por no acabarse de malquistar con los Españoles; pero como gozaba tan intimamente de la privanza, no es conceptible lo haya ignorado, y dexado de aprobar al Rey su Decreto, aunque superfluamente, porque la intrepidéz del Rey para esta, y las mas arriesgadas resoluciones, era la mayor, sin assomo de miedo, haviendo yá los Grandes en España descaecido de aquella alta, è incontrastable autoridad, que gozaban. Estos rumores de que yá alguno de los Aliados pensaba en la Paz, inflamó mas en el animo de los Austriacos, è Ingleses la Guerra, y no soltaba sus bien fundadas esperanzas la Francia, cuyas Tropas mandaba en Flandes (mientras llegaba el Mariscal de Villars) el Señor de Artañan, que fortificó una Linea, para assegurar á Maubergh, sin descuidar de Montané, y Sant-Amant. Los Olandeses, picados con la Francia de que se les huviesse descubier-

bierto el intento, y haver perdido tan favorable oportunidad, para adelantar sus interesses, hicieron los mayores preparativos en Harlebech; y el General Cadogán fortificó mas à Lilla, Tornay, y Mons, y passó despues à Bruselas. Destacaronse de Gante, Brujas, y Lilla ocho hombres por Compañia, dexando correr la voz, de que era para atacar las Lineas de Baseen; pero era para assegurar los caminos por donde passaban los Viveres, y Municiones à Lilla. Los Franceses añadieron à su Exercito las Guarniciones de Dunquerque, Santomér, y Verges. De los Almacenes de Luxemburgh sacaron Viveres para la Plaza, que baña el Rio Sambra: se forrageó en gyro à Namúr, y visitó Artañán los Quarteles, desde esta Ciudad à Cambray. Las Tropas de la Mosa las juntaron los Olandeses en Soyñies, y las de Flandes en Tornay. Llegó al Exercito el Mariscál de Villars, no sin visibles señas de la passada herida en la rodilla, y recelando, que los Enemigos sitiassen à Duay, puso en ella à Albergoti con diez mil hombres: tambien entró el Mariscál de Campo, Marqués de Dreus: soltaron las aguas para inundar la Campaña, y aislaron la Plaza. Solo les faltaba à los Aliados, que llegasse el Principe Eugenio, cuya presencia, y fama era otro Exercito: (tan glorioso le hicieron su valor, y su fortuna!) luego que vino al Campo se determinó el Sitio de Duay, y se acamparon las Tropas entre Tornay, y Lilla: las de Francia se dividieron en tres partidas, à poca distancia, en Basees, Duay, Mauberg: eran inferiores al Exercito de los Aliados, los quales, sin dificultad alguna, expugnaron el Castillo de Mortané, puesto entre Tornay, y Sant-Amant; pero luego le recobró el Señor de Luxembourgh. Embiaronse à las Plazas Gefes escogidos: à Her, fué el Marqués de Listenois; y à Sant Omer, el Señor de Geebriad: de otras Plazas cuidaba el Conde de Villars. Destruyeron los Franceses las Lineas de Lilla, y luego se acampó el Principe Eugenio. Bolvió à tomar el Conde de Cadogán á Mortané: era preciso, porque servia de embarazo. Visitaron los Franceses una Barca, que passaba de Amberes, y tomaron la Baxilla de plata del Principe Eugenio. Recibió con desprecio el aviso, diciendo: que estimaba mas el hierro, y que hallaria plata en Duay, á la qual se presentó su Exercito

cito quando espiraba el mes de Abril: no le embarazaron las aguas, porque las mandó distraer. Las Tropas que mandaba Artañán, se retiraron luego ázia Cambray. Tiró sus Lineas de circunvalacion Eugenio, echó Puentes al Rio Scarpa, y por ambas partes de él plantó Baterías. Los Alemanes se acamparon en Vitri: Malburgh, con los Ingleses, en Guelesin; y Tilli, con los Olandeses, en Deci. Despues se acercaron los Ingleses á la Plaza, solo á distancia de seis millas, y el Principe Eugenio se puso en el Fuerte de la Scarpa: el Francés en Cambray, Betún, y Arrás. Empezóse á abrir Trinchera la noche del dia 4. de Mayo, entre las Puertas llamadas Esquerchinea, y Ocreense: terminaba la linea en un angulo ázia el camino de Betunes, derivada de dos Trincheras: la derecha regía el Principe de Analt, y la siniestra el de Nassau. Plantò su Campo Eugenio entre Lentz, y Vitri, facil de inundar: esperaba á los Franceses por frente, si acaso intentassen socorrer la Plaza, de donde se hacian varias salidas: la mas fuerte fué la noche del dia 7. en que se destruyeron los labores de la linea de comunicacion, presidiada de Ingleses, y Suizos, baxo la mano de los Coroneles Schmit, y Sultòn, Defensores esclarecidos, pero infelices, porque perecieron con sus Regimientos. Socorriò la Trinchera el General Machartneyo, y se encendiò combate cruél, hasta que acudiendo mas Tropas, hicieron retirar á los Franceses. Con la misma felicidad hizo otras dos salidas Albergoti las noches de los dias 10. y 13. Una bomba de la Plaza prendiò fuego á una porcion de Polvora de los Enemigos, y volaron quarenta Artilleros, y un Ingeniero. Havian yá perdido mucha gente los Sitiadores, sin plantar Baterías. A 15. de Mayo se disparaban sesenta Cañones con poco fruto, porque del recinto de la Plaza salian dos Baluartes, que impedian los aproches, y guardaban su camino encubierto dos angulos: era preciso alojarse en él los Alemanes, para adelantar las Baterías contra los Baluartes, que defendian la opuesta cortina, á la qual deseaban acercar las Trincheras. Impedialo el primer Fosso, por estar lleno de agua: distraxola Eugenio con incomodidad de su Campo, hasta que se hicieron mas anchos los canales, porque la que estaba encerrada en la Ciudad, bolvia á llenar el Fosso. Ata-
còle

còle el Principe Eugenio, y ocupó el exterior labio de él, con derramamiento de mucha sangre. Una salida de los Sitiadores destruyó una Trinchera, que se levantaba contra otra puerta; y fueron en ella vencidos de tal forma Alemanes,, y Olandeses, que à no haver acudido personalmente el Principe Eugenio, y el de Tilli, huvieran padecido mucho mayor estrago.

Para dar alguna esperanza de socorro à la Plaza el Mariscál de Villars, passó muestra de su gente, y se acampó entre Censé, y la Esquelda: acompañabanle el Rey Jacobo de Inglaterra, y el Duque de Bervich, con los mas escogidos Cabos Militares. Sacó las Guarniciones de Guisa, Landresi, San Quintin, y Perona, porque el Principe Eugenio tenia cien mil hombres, y aún no havian llegado los Regimientos Prusianos, Palatinos, y de Hesse-Casèl, à los quales daban gran prisa los Ingleses, porque estaban à su sueldo; y à la Rivera de la Escarpa havia dispuesto su Exercito como en Batalla Eugenio, señalando el centro al Principe de Tilli, la izquierda al Duque de Malburgh, y reservandose él la derecha; pero los Franceses tenian orden de mantenerse sobre la defensiva, y sacrificar á Duay, cuyo Presidio havia echado dos veces del termino del Fosso á los Alemanes, que constantes en su empeño, se alojaron mejor, pero no pudieron ocupar el angulo siniestro, aunque el Principe de Analt llevó tres veces una escogida Brigada al assalto, y desistió al fin; porque sobre haver perdido ochocientos hombres, sacó una no leve herida. Para que acudiessen al Campo mas Tropas, y pudiesse Albergoti hacer alguna gran salida, se acercò el Mariscál de Villars al Principe Eugenio. Aprobó la fortuna la idea, porque dexadas con poca gente las Trincheras, salió toda la Guarnicion de la Plaza contra ellas, y se assaltaron con tanto impetu, que perdiò el Sitiador quanto havia adquirido, y se arruínaron enteramente los trabajos, con mucha copia de sangre de una, y otra parte. Se apartaron del Muro los Alemanes, que havian buelto yá à estár sujetos al tiro de Cañon, que los incomodaba mucho en aquel desorden, que durò hasta que el Principe Eugenio, haviendo mandado fortalecer bien la Scarpa, y hecha la linea de contravalacion, aplicò toda la gente al Sitio, siendo yá impossible, que pudiesse Vi-

llars dár la Batalla, aunque diſtaba ſolo tres millas, porque havia ſangrado el Alemán el Rio en varias partes, y hecho inacceſſibles cortaduras.

Bolviòſe à empezar el Sitio de Duay, despues de haver perdido en el 4ꝟ. hombres, porque el dia 2. de Junio havia acabado de deſtruír los trabajos Albergoti, mientras ſe empleaban en fortificarſe contra Villars los Alemanes. Mudó aquel ſu Campo à Ponte-Vendin, para cortar la comunicacion entre Duay, y Lilla, porque de eſta venian los Viveres. Quiſo atacar á dos pequeñas Fortalezas, con lo que incomodaria por un lado á los Enemigos, pero marcharon á embarazarlo el Duque de Malburgh, y Tilli, porque aquellos Caſtillos defendian el Depoſito de las Aguas, para que no ſe pudieſſen encaminar al Campo de Duay. Eſtaba yá reparada la Trinchera de la derecha, y apenas fué levantada la de la izquierda, quando la echaron á tierra los Franceſes con una vigoroſa ſalida, que hicieron el dia 8. de Junio, en el qual, rabioſos los Sitiadores, aſſaltaron los angulos del labio exterior del Foſſo con tal ferocidad, que los ocuparon, deſpues de bien diſputados: plantaron ſu batería, y adelantandoſe, yá el dia 13. batian á la media Luna, y al Baluarte. Con ſuerte deſigual hizo la Plaza algunas Minas, porque los Olandeſes las contraminaron con grande acierto: No obſtante ſe diſpararon dos, en que tuvieron daño los Sitiadores, y quedò herido de un caſco de Granada el Principe de Holſteimbech; porque al miſmo tiempo Albergoti hizo una ſalida, para aprovecharſe de la confuſion. En la empreſſa del camino encubierto ſe derramò mucha ſangre: fueron dos veces rechazados los Alemanes; y no huvieran ganado al tercer aſſalto los dos angulos, ſi no inflamaſe con ſu preſencia la accion el Principe Eugenio, que ſe havia metido en el mayor peligro, y le hacia formidable el fuego de la Artillería de la Plaza, nunca mas bien diſpueſta, y que con tanto acierto diſparaſſe. Eſtaban yá apropoſito para ſer aſſaltadas las brechas de la media Luna, y el Baluarte, y queria juntamente executarlo el Principe Eugenio, aunque no ignoraba eſtár el terreno minado. Vigilaba en eſte fatál terreno Albergoti, defenſor iluſtre de la Plaza, que con la mano, y el exemplo perſuadia al deſprecio de la vida. La noche del dia 20. ſe dió el

aſſal-

aſſalto, y cerraban las Brigadas el Principe Eugenio, y Malburgh. Se peleò con tanto valor por una, y otra parte, que eſtuvo mucho tiempo indeciſa la fortuna: los primeros que montaron la brecha fueron precipitados: reintegraron otros el combate, y los rechazaron. Paſſaron á la primera fila Eugenio, y Malburgh, reſueltos yá á no deſiſtir del empeño; avivóſe la accion, y ſe ladeó la fortuna á los Sitiadores, que ocuparon el deſeado parage, y ſe alojaron, de forma, que yá ſe batia á los Baluartes, que guardaban la ultima cortina del Muro, y aun á eſta: deſpues de tres dias cayò de ella quanto era meneſter para el aſſalto; pero á los 22. de Junio pidió la Plaza Capitulacion, á tiempo que no quedaria priſionera la Guarnicion, ſegun Reglas Militares, porque aſſi lo havia el Rey Chriſtianiſſimo mandado, por no perder tan bizarras Tropas. Concediòle el Principe Eugenio á Albergoti quanto pidiò, honrandole mucho con expreſſiones, bien merecidas de ſu valor. De mas alto precio fueron las del Rey, que dixo en publico: *Que aprendieſſen los Franceſes de un Italiano à defender Plazas*; porque Albergoti era Toſcano. Heroycamente defendida, cediò Duay al valor, induſtria, y conſtancia del Principe Eugenio, que en el miſmo parage diò algun deſcanſo à ſus Tropas.

Eſta Victoria inflamó el animo para otra empreſſa, y ſe deſtinaron las iras de la Guerra contra la Plaza de Betunes, embeſtida á 15. de Julio. Mandaban el Sitio los Generales Scolembourgh, y Faggèl: eſte divertia las aguas, y aquel atendia á levantar las Trincheras de la derecha: la defenſa fuè regular, y huvo frequentes ſalidas, en que parecieron las Guardias Palatinas, y Brandemburgenſes; pero llegando al juſto termino, ſe rindiò. Luego ſe emprehendiò el Sitio de Her, y aunque durò glorioſamente ſeſenta dias la defenſa, la ganaron los Aliados, con pèrdida de doce mil hombres. Veinte y cinco mil les coſtaron las tres rendidas Plazas, con lo que ſe diſminuyó mucho el Exercito; pero creciò á lo ſumo la fama, y la gloria, porque quedaban en todos los empeños ayroſos: la eſtacion no permitiò en Flandes mas progreſſos.

Determinada la empreſſa de la recuperacion de Cerdeña, ſe diò (como ſe dixo) la diſpoſicion al Duque de Uceda,

y se mandò passar á Genova al Marqués de San Phelipe, y al Conde del Castillo, para que asseguradas en aquel Reyno las inteligencias, obrassen de acuerdo con el Duque, á quien se embiò el dinero necessario para Viveres, y Municiones para tres mil hombres. No estaba aún, à este tiempo, preso el Duque de Medina; y como era de su ministerio corresponderse con èl Uceda, alentaba aparentemente esta resolucion; pero entre ellos havia secreta correspondencia en cifra: Nadie veía estas Cartas, sino el Secretario Don Joseph de Villalobos, en quien tenia el Duque de Uceda la mayor confianza; pero algunos de su Secretaría transpiraron lo que no nos atrevemos à escrivir, porque no nos consta con la certidumbre que es menester, ni hemos visto papel; pero es indubitable, que caminaban ambos Duques de acuerdo, y Uceda no á favor del Rey, á quien servia; porque dilatò la empressa de Cerdeña, burlando las instancias de los Sardos, hasta que estaba yá prompta para partir de Vado la Armada enemiga, que embarcaba siete mil hombres para Barcelona. Tenia el Duque secreta correspondencia con el Governador de Milán, Conde Daún, y con su Hermana la Condesa de Oropesa, en Barcelona, á la qual revelò los designios de recuperar aquel Reyno, y los preparativos para él los hacia trabajar en Genova, tan publicamente, que nadie ignoraba su destino. Aunque parte de esto escriviò à la Corte el Marqués de San Phelipe, que penetrò luego al Duque, no fué por entonces creído; y aun viendo, que yá se havia passado el tiempo de hacer desembarco en Cerdeña, donde á los primeros dias del mes de Junio entran las nocivas mutaciones de el Ayre, era preciso sacrificarse al gusto de el Rey. Para destruír esta empressa, no perdonò Uceda diligencia; mas haviendo llegado yá á Genova el Marqués de Láconi, (destinado por Virrey á aquel Reyno) el Conde de Montalvo, Don Antonio Manca, Marqués de Fuentecilla, Don Francisco Delitada, y otros Cavalleros Sardos, tomò el pretexto de que no estaba en Longòn la gente necessaria para embarcarse, y les fué preciso al Marqués de San Phelipe, y al Conde del Castillo levantar á sus costas un Regimiento, que llamaron de Bacallar; porque el Duque, con permiso del Rey, le diò por Coronel á Don Manuel Bacallar, hijo del Marqués de San Phelipe, que estaba

ba preso (aunque niño) en Barcelona, y en el interin governaba el Regimiento Don Domingo Loy. Mandaba à este tiempo en aquel Reyno el Conde de Fuentes, Aragonès, successor de el Conde de Cifuentes, hombre bueno, aunque floxo; faltaban los Cabos de la faccion Austriaca, Marqués de Villazòr, Conde de Monte-Santo, y Don Gaspár Carnicér, que estaban en Barcelona, y quedaban otros en Callér, y Gallura, pero no poderosos para defender el Reyno, del qual estaban tambien ausentes muchos de la faccion de el Rey Phelipe, no solo los que se fueron en el año 1708. sino otros, que desterrò el Conde de Cifuentes, Don Antiogo Nin, Don Francisco Quesada, Oídor de aquella Real Audiencia, los Ruizes, y algunos de la Familia de los Massones (de la qual desterrò, hasta una Dama, à Napoles) y otros Cavalleros de Gallura: los mas de estos havian huìdo á España, para evitar la persecucion. Quedaban afectos al Rey Phelipe los Condes de San Lorenzo, de San Jorge, el viejo Conde de Montalvo, con muchos de su Familia de Massones: En Sasser Don Pedro Amat, Varòn de Sorso, Don Domingo Vico, Marquès de Solemnis, Don Miguél Olives, Varòn de la Planargia, y otros Cavalleros; pero ni los ausentes, ni los presentes podian, por la tenuidad de sus haberes, mantener gente en Campaña. Havia quien podia juntar alguna voluntaria; pero no seria de servicio; porque acabados los Viveres, que de sus casas sacassen, era preciso bolver à ellas. Por esta razon, todo lo havian de hacer las Tropas, que embiasse el Rey Catholico, sin fiar en inteligencias, como lo significaron al Rey muchas veces el Marquès de San Phelipe, y el Conde del Castillo, qué estaban encargados de cultivarlas: y ni ellos, ni los Sardos, que podian ir, eran necessarios, si desembarcaban bastantes Regimientos para el Sitio de Callér; y como estos no los podia dár el Rey, estando embarazado en guerra de mayor importancia, se determinò, que entrassen con quatrocientos hombres por Terranova (Lugar afecto al Rey Phelipe) el Conde de Montalvo, el del Castillo, Don Francisco Litala, los Ruizes, los Seraphines, y los del Sardo: doscientos con Don Joseph Deo por la Marina del Castillo Aragonès, y los restantes, hasta dos mil y quinientos, con el Marqués de Láconi, el de San Phe-

lipe,

lipe, el de Fuentecilla, y otros Cavalleros deſtinados para la Expedicion: havian de deſembarcar en Puerto-Torres, con lo qual, ocupando la parte ſuperior del Reyno, caerian con ſolo el bloquéo las Plazas de Caſtillo Aragonès, y Alguer; y para Callèr havia ofrecido el Rey nuevas Tropas, porque las que ahora iban baxo el mando del Theniente General Don Joſeph de Armendariz, no baſtaban.

Nombrò el Rey, en caſo de poner piè en el Reyno, por General de la Cavallería Miliciana al Conde de el Caſtillo, y diò el Duque de Uceda grado de Mariſcál de Campo al de Montalvo. La Gente iba en Naves, y Barcas de Tranſporte, comboyadas de las Galeras de el Duque de Turſis, y de las de Sicilia, que mandaba, como Governador, Don Carlos Grillo, aunque tenia Deſpacho de General de ellas el Marquès de Láconi, por pretexto para ſalir de la Corte. Deſpachar eſtas Galeras, y Naves dependia de el Duque de Uceda, y no lo hizo antes que partieſſen del Final à el ſocorro de Cerdeña ſeiſcientos hombres, y doſcientos de Barcelona con el Coronèl Naboth, y que eſtuvieſſe caſi à la vela la Armada enemiga, para que ſiguieſſe el rumbo de las Galeras, y prohibieſſe la empreſſa. Aſsi lo tenia ajuſtado ſecretamente con los Enemigos, tratando en Genova con gran ſecreto, y cautela con el Marquès Ariberti, Miniſtro de el Rey Carlos en aquella Republica, y con el Señor de Xatuin, Embiado de Inglaterra, à los quales iba à vèr muchas noches, ſaliendo de ſu caſa disfrazado en una Silla de manos, y otras en un Jardin de San Pedro de Arenas, donde tenia una Caſa de Campo. Al fin, partieron eſtas Galeras del Puerto de Genova à 15. de Mayo. No eſtaban en Longòn, y Liorna los pertrechos prevenidos, y se interpuſo una perjudicial dilacion con engaño. De Longòn se partiò à dos de Junio: deſpues de cinco dias se llegò à Bonifacio, Puerto de Corcega, el mas inmediato á la Cerdeña, porque ſolo hay tres leguas de canál. Hicieronſe los Deſtacamentos para Terranova, y Playa de Caſtillo Aragonès, como eſtaba proyectado. Executò felizmente el deſambarco en Terranova el Conde del Caſtillo, alojandoſe en San Simplicio. Don Joſeph Deo bolviò atrás por el mal tiempo, el qual en muchos dias no dexò partir las Galeras para Puerto Torres; y aunque ſe hicie-

hicieron tres divisiones, fuè preciso bolver à Bonifacio. En este intermedio llegò la Armada enemiga, mandada por el Almirante Norris, y dando vista à Terranova, desembarcò con Lanchas mil hombres, que atacando à los Españoles, acampados en San Simplicio, se llevò prisioneros à Barcelona todos los quatrocientos hombres, y à sus Gefes.

Partiò el Ingles (precediendo Capitulacion, que se hizo con el Conde del Castillo, aunque en Campaña, y no atrincherado) en busca de las Galeras, y Barcos de Transporte, que havian salido yá de Bonifacio para la Asinara; pero estas supieron por un Oficial, que se embiò à Terranova à saber lo que alli se executaba, que havian hecho prisioneros los Alemanes à los Españoles, y Sardos, y que buscaban las Galeras. Huvo Consejo de Guerra; y algunos, con el Marqués de San Phelipe, fueron de opinion de bolver à Bonifacio, y aguardar que se fuesse la Armada Inglesa; porque como llevaba socorro de gente à Barcelona, no podia entretenerse: Otros, con el Duque de Tursis, fueron de dictamen de bolver à Genova, esforzando el remo, porque estaba el Mar en calma, y no podian seguir los Ingleses. Se dexaron las Tropas, y Viveres en el Puerto de Ayazo, á cargo del Vizconde del Puerto, que salvò en tierra la gente: pero los Ingleses, sin respeto á la neutralidad de Genova, tomaron, baxo del cañon de Ayazo, las Barcas, que alli se havian refugiado. Las Galeras, con la pericia en la Nautica de el Duque de Tursis, y las pocas Tropas, y Sardos, que en ellas estaban, se restituyeron á Genova el dia 23. de Junio, y assi se desvaneciò la empressa, no con acierto concebida, y precipitada de los mismos Sardos, que la deseaban feliz, porque iba para ella poca gente, y no fuè fielmente executada, por la traycion de el Duque de Uceda.

El dictamen de los que querian se entretuviesse fortificado en el Puerto de Bonifacio el Duque de Tursis con sus Galeras, miraba, no tanto á la empressa de Cerdeña, quanto á entretener en aquellos Mares inutilmente la Armada Inglesa, que estaba destinada (despues de dexar las Tropas en Barcelona) para hacer un desembarco en Lenguadoc, y alentar la sedicion de aquellos Ugonotes, que se havian, con esta esperanza, vuelto á commover, y salir armados de los Montes de

las

las Cebennas. Los Inglesses arrimados á la Costa de Francia, desembarcaron por la noche hasta dos mil cerca de Agde, adonde acudiò luego el Duque de Recloire, y se puso en defensa la Provincia, ocupando los passos de las llanuras, y el Puente de Lunèl, porque no pudiessen los Sediciosos juntarse. Luego acometiò á los Enemigos con quatro mil hombres, la mayor parte Cavallerìa: huvo poca resistencia, porque al vèr los Inglesses, que no tenian socorro de sus Conjurados, se bolvieron á embarcar con precipitacion. Los Rebeldes aguardaban á declararse, y á salir de sus Cuebas, quando se encendiesse la Guerra en las entrañas del Reyno, porque los Inglesses les havian ofrecido diez mil hombres; pero viendo no ser mas que dos mil, callaron hasta mejor ocasion. Con esto la Armada se apartò de aquellas Costas, y tomò el rumbo de Poniente, para no perder de vista las de España; pero como en ella toda la guerra se havia trasladado al centro, hacian los Aliados en tan gran Armamento Navál inutilmente immensos gastos.

Crecía cada dia el empeño en las dos Cortes de Madrid, y Barcelona, y se disputò, si havian de salir á Campaña sus Reyes. A ambos les pareciò importante su presencia, y se resolvieron á esto. El Rey Phelipe, aunque su gènio belicoso le llevaba á la Campaña, tuvo algunos reparos, por la mental guerra civil de su Palacio, donde solo dominaban la Princesa Ursini, y fuera de ella D. Francisco Ronquillo, Governador del Consejo Real de Castilla, cuya autoridad crecìa con la emulacion, y se havia estendido mas allá de su oficio, porque el Rey havia puesto en èl la mayor confianza, que le fué dañosa: no porque Ronquillo no fuesse el mas fiel, y aplicado al servicio de su Soberano; sino porque ofreciò para esta Campaña las assistencias, que no pudo, ni supo cumplir. Tomò sobre si la provision de Viveres, y Municiones para el Exercito; y de forma expuso al Rey, que nada faltarìa, que se resolviò á mandar sus Tropas, dandolas por Capitanes Generales al Principe de Sterclaes, y al Marquès de Villadarias.

Saliò el Rey de Madrid el dia 3. de Mayo, dexando por Governadora á la Reyna, con el Consejo del Gavinete, que se componia del Duque de Veraguas, Marqués de Bedmár, Con-

Conde de Frigiliana, y Don Francisco Ronquillo; pero como no podia la Reyna determinar por sí, y estaba el Rey lexos, todo el Consejo era la Princesa Ursini, à cuyos dictamenes nadie se oponia, si no queria vér su ruina. En Lérida estaban las Tropas, donde juntò el Rey Consejo de Guerra: se determinò passar el Segre, y se acampò en Terms: se presentaron las Tropas á Balaguér, y no se pudieron acercar à su llanura, hasta que se distraxeron las aguas. A la otra parte de ella estaba el Rey Carlos con su Exercito, regido por el Conde Guido Staremberg. Dividió à los Enemigos el Segre; y para venir à una Batalla, era preciso echar nuevo Puente, ú ocupar el de Belaguèr, aunque todo era dificil. Acercaronse los Españoles à tiro de cañon: sufrian el de los Enemigos sin resistencia, porque en el Campo del Rey no havia Baterias, ni Trincheras: los hombres, visiblemente expuestos al peligro, formaban la linea: bárbaro examen de su valor! Reía la inutil pérdida el Alemán. Salió de madre el Segre, por las continuas lluvias, y obligó à los Españoles à retirarse à Lérida, por su Puente. Estos fueron malos preliminares à la Campaña; porque en un tentativo inutil se perdieron mas de quinientos hombres. Sterclaes no fuè de esta opinion, sino de plantar los Reales en Ribagorza, à espaldas de Balaguér, en País fertil, y parage, en que se podia prohibir à los Enemigos los Viveres, y con esto obligarlos à una batalla, antes que llegassen los socorros, que esperaba el Rey Carlos, pues no havian parecido todavia las Tropas, que conducian la Armada de los Aliados.

El dia 21. de Mayo puso el Rey Phelipe su Campo en Almenára, junto Algaire: Destacó à Don Antonio de Amezaga con bastantes Tropas para el socorro de Arens, que la tenian sitiado los Alemanes, aunque no muy en forma, con que pudieron ser facilmente apartados de la empressa. El Rey Carlos ocupò las orillas del Segre, mirando à Balaguèr por la derecha, y por la izquierda á Terms. Con esto mudaron su Campo los Españoles á Corbins, estendida la derecha al camino de Lèrida: echaron al Segre dos Puentes de Barcas bien guarnecidos. Los Alemanes se acercaron á la raíz del Monte ázia Agramont, passando un pequeño Rio, que llaman Siò. Con su Destacamento Amezaga tomò á Sta-

tilla, y su Castillo, que estaba mal defendido; hizo trescientos y quarenta prisioneros, y dexò seis Compañias de Guarnicion. Estaban los Alemanes atrincherados; y passando el Segre, se les presentaron los Españoles en batalla, baxo el tiro de Cañon, el dia 10. de Junio: mas cerca se pusieron el dia 13. pero la rehusaron, porque eran inferiores en numero. Esto le bastò por gloria al Rey Phelipe, pero le costò alguna gente, porque el Cañon de las Trincheras enemigas jugaba con felicidad.

Desengañados los Españoles, se acamparon entre Suar, y Barbens. Los Alemanes passaron por Balaguér el Segre; despues guardaba sus orillas con mil y quinientos Cavallos el Conde de Loviñi, Governador de Lèrida. Divulgòse el dia 15. de Junio, que havia passado la Noguera el Rey Carlos: moviòse el Exercito Español para encontrarle, pero fuè en vano; porque solo havia mandado echar á la Noguera un Puente en Alfarrâs, para tener mas Campaña en que forragear. Como havia el Conde Mahonì ocupado á Cerbera, y el Conde de Monte-Mar los Estrechos de Tora, escaseaban de Víveres los Alemanes; y aunque ocuparon la opuesta orilla de la Noguera, acampados entre Almenâra, y Portella, los tenia como bloqueados el Rey Phelipe, y padecian hambre: passò esta luego al Exercito Español, por la incomodidad del sitio, y aqui se empezó â enflaquecer el Exercito, introducidas no pocas enfermedades, por lo mal sano del ayre, en lugar pantanoso, y ocupado de nieblas, cubierto al Norte. Al Rey Carlos le llegaron por caminos extraviados algunos Viveres; pero las Partidas del Rey Phelipe se los tomaban, corriendo la Campaña hasta nueve leguas de Barcelona; y como estaban las Tropas tan lexos de sus Almacenes, permanecia el hambre. Parece increíble, que dos Reyes se aventurassen â estâr en parage, donde eran las Armas superfluas, para que pereciessen las Tropas; y esto sin necessidad, porque aunque se obstinassen los Españoles en padecer, para encerrar â los Enemigos, hallandose estos mas vecinos á su Corte, y estando en Provincia amiga, recibieron algunos socorros, con los quales, haciendo rostro á la desgracia, la ocasionaron mayor al Rey Phelipe, que destruía en el Campo de Ivars su Exercito, y persistia en èl, creyendo

do

do quitar enteramente los Viveres al Enemigo; porque el Conde Mahonì havia echado al agua los que halló en Calaph, y el Conde de Monte-Mar deshizo un gran Comboy en Manresa, desjarretando los Bagages, que traìan provisiones á Balaguér. Estando yá ambos Exercitos casi inhabiles para grande operacion, se consumian á guerra lenta: ni podia salir de sus Trincheras el Rey Carlos, ni forzarlas el Rey Phelipe. En este tiempo llegó á Tarragona la Armada Inglesa con 6ꝟ. Alemanes Veteranos: socorro el mas oportuno, y que puso á los Españoles en aprehension; porque ocupaban los Enemigos á Ribagorza, y emprendieron el Sitio del Castillo de Arenas; con lo qual, viendo que parecia el Exercito, le movió el Rey Phelipe el dia 26. de Julio ázia Lérida, precisado, y sin alguna providencia de Viveres.

Havia mandado venir el Rey Carlos las Tropas de Rosellón, y Tarragona, y el dia 27. salió de sus Trincheras, para encontrar con los Enemigos, passò el Segre por Balaguér, y la Noguera por Alfarrás. El mismo dia por la mañana havia el Rey Phelipe destacado à Don Octavio de Medicis, Duque de Sarno, para guardar los passos de la Noguera; llegò tarde, ò por negligente, ò por mal obedecido: no lo sospechò esto el Rey, y moviò su Exercito; à medio dia viò el de los Enemigos, que no solo havia passado sin dificultad la Noguera, antes que llegasse el Duque de Sarno, sino que ocupaba yá las Alturas de Almenára, ordenado en batalla, quanto permitia lo escabroso del sitio, que aunque no era Selva, estaba desigual el terreno, donde aguardaba à los Españoles, que venian desordenados, no por impericia de los Gefes, sino porque Sterclaes, y Villadarias padecian la desgracia de ser mal atendidos de los Oficiales Generales Subalternos, que era uno de los desordenes del Exercito Español, y no poca parte de su desgracia. Aguardaban, como en emboscada, detrás de una natural cortadura del Collado, los Alemanes, formada la primera linea de Infantería, y puesta toda la Cavallería à sus lados: no havia segunda linea, porque el centro estaba poco distante, donde Starembergh unió la mayor fuerza de la Infanterìa, y á la Retaguardia estaba con dos Batallones, y sus Guardias el Rey Carlos, en una altura, no lexos del camino por donde havia venido.

Los Españoles havian puesto toda su Cavallerìa en la Manguardia, á donde passò el Rey Phelipe. La necesidad de marchar prohibia el orden; pero acometidos de los Alemanes, se puso la Cavallerìa en batalla, quanto le fuè possible, y se empezó con sola la Cavallerìa el combate, poco antes de ponerse el Sol. Fué el primer impetu feróz, y rechazada la Cavallerìa Alemana, la qual huyendo, puso su Exercito en tanta aprehension, no sin desorden, que avisado el Rey Carlos, se retiró luego á Balaguèr. Los Españoles no pudieron seguir á los que huìan, porque lo impidió la Infantería Enemiga, sostenida del valor de Starembergh, y Diego de Stanop. Mantuvose la accion, quanto fué possible; porque la primera linea de la Infantería Española socorriò á la Cavalleria, que se iba desordenando para seguir á los Contrarios. Unialos con gran trabajo el Duque de Sarno, que muriò gloriosamente combatiendo; porque los Regimientos Inglesès cerraron la izquierda de los Españoles, y los herian por el lado, que le desordenaron enteramente, quando al mismo tiempo Stanop, echandose sobre la segunda linea, la derrotó, con lo qual á rienda suelta huyeron los Españoles á Lérida, no siendo possible bolverse á ordenar, ni con los esfuerzos de los Gefes, porque estaba por aquella ruda Campaña, toda confusa, y desordenada la Infanterìa, y yá havia anochecido. Los Alemanes, que vencieron la izquierda, acometieron á la derecha; y porque alli estaba la mayor fuerza de las Tropas, duró sangriento el combate, en que murieron por la parte del Rey Phelipe los Coroneles Marqués de Gironella, y Don Juan de Figueroa. Gravemente herido fué preso el General Prospero Uverbon. De la parte del Rey Carlos murieron un Theniente General Inglés, y el Conde de Nassao, y ochocientos hombres entre ambos Exercitos. Era ciega la peléa, y tan confusa, que se herian los de un mismo Regimiento; con todo esso echó mas Tropas contra los Españoles Starembergh, y los derrotó: la derecha huyó á Lérida, y lo proprio hizo confusamente todo el Exercito. No fué de los primeros que se retiraron el Rey Phelipe, antes sí de los ultimos, desamparado en aquella confusion de su Exercito; pero no de sus Guardias, y Real Familia, ni de los Generales. Como le buscaban por el Campo con ansia los Enemi-

mi-

migos, le hizo espaldas el Marqués de Villadarias, y los acometió con la gente que tumultuariamente pudo juntar: con esto se contuvieron, y con haver tocado à retirada Starembergh, que no quiso fiar el Exercito à las sombras de la noche, aunque no muy obscura: hizo alto en el proprio Campo, lo que le culparon sus emulos; porque si perseguia sin intermission à los Españoles, acababa con el Exercito Enemigo, y corria peligro el Rey Phelipe.

Esta es la accion de Almenára, que no fué Batalla en forma, porque no peleó toda la fuerza de ambos Exercitos en Campaña abierta, ni duró dos horas; pero fué una accion sangrienta, y ventajosa para el Rey Carlos, aunque la pèrdida de la gente fué igual: el mayor numero de los heridos que huvo, fué el de los Españoles, de los quales los Coroneles de mas valor estuvieron quatro horas firmes en el termino del Campo, con sus Regimientos, y algunos Mariscales de Campo, y Brigadieres: estos marcharon sin fuga, y muy despacio, no solo por el honor proprio, sino por la seguridad de las Tropas: llegaron à Lérida casi de dia, gloriosos en la desgracia: no los nombramos, por no desayrar à los demás, porque huvo muchos, aun de los llegados al Rey, que llegaron mucho antes que él à Lérida, y alguno no tuvo sonrojo de ponerse en su presencia.

El Rey parece que no tuvo satisfaccion de las disposiciones de Villadarias, y Sterclaes, y embió con la mayor prisa à llamar al Marqués de Bay, que mandaba el Exercito de Estremadura, ocioso, despues que el Mariscal de Campo Don Juan Antonio Montenegro sorprendió por escalada à Miranda de Duero, donde subió el primero Don Antonio del Castillo, y se distinguió el Coronel Don Enrique Sotelo, y su Theniente. Passó à mandar à Estremadura el Marqués de Risburgh, Virrey de Galicia; y el Marqués de Bay, por la Posta, al Exercito de Cathaluña, que el Rey Phelipe havia mandado acampar entre Lérida, y Alcaraz, con entera falta de Provisiones, haviendo sido vanas las promessas de los que las tenian à su cargo, y por esso se mudó el Campo. El Rey Carlos se acercó à Monzón, y tomó el Puente; y como los Españoles se iban retirando ázia País mas fertil, y seguian los Alemanes, les obligó à aquellos la necesidad, y

el

el hambre à passar el dia 13. de Agosto el Cinca: estaba el Exercito cansado, consternado, y no con poca aprehension los Cabos. Puso el Rey Phelipe su Campo en Torrente, y el mismo dia passó el Cinca el Rey Carlos por el Puente de Monzón. Con desprecio miraba Starembergh esta Guerra: seguia los passos de los Enemigos, cuyas debilitadas fuerzas no ignoraba; y no queria dár batalla, sino echar à los Españoles à Castilla, y apoderarse de los Reynos de Aragón, y Valencia, no creyendo verles jamás las caras, sino perseguirlos por las espaldas: assi, con mucha arrogancia, lo escrivió en 14. de Agosto al Emperador Joseph.

El dia 15. estando los Españoles acampados en Peñalva, mandó Starembergh, que veinte y ocho Esquadrones atacassen la Retaguardia, la qual cerraban quatro Regimientos de los mas esforzados, que eran el de Orliens, y Rosellón Viejo, el de Asturias, y Pozo-Blanco, à los quales socorrieron luego las Guardias Valonas, y otras voluntariamente, impacientes de la arrogancia de los Alemanes, à quienes recibieron con la muerte, y prision de muchos: hicieronlos retirar hasta su Campo, dexando siete Estandartes, y algunos Timbales. Siguieronlos mas de una milla, que dimidiaba la distancia de ambos Exercitos. Pusose en batalla el del Rey Phelipe, y aguardó formado todo el dia; pero no la quiso dár Starembergh, reservandolo para mejor ocasion, aunque muchos en los Reales del Rey Carlos estaban de opinion de no diferirla; porque tambien estaban cansados los Alemanes, y con pocas provisiones, y se enderezaba el Rey Phelipe à Zaragoza, donde la abundancia de Viveres restituiría à sus Tropas los alientos. Nada de esto convenció à Starembergh, siempre constante en su resolucion, porque el Campo de Peñalva no le tenia por conforme à su deseo, pues en él podia pelear abiertamente la Cavallería Española, de la qual havia formado gran concepto, diciendole al Rey Carlos, que si peleaban contra ella en parage donde no lo pudiesse hacer la Infantería Alemana, serían siempre vencidos.

El dia 18. puso el Rey su Campo entre el Gallego, y el Ebro, junto à Zaragoza; y aunque se reparó el Exercito con abundantes comestibles, era tal la aprehension que le pos-

posseía, que estaban para qualquiera funcion inhábiles, creyendo, por solo pánico terror, ser vencidos, si se daba la Batalla, como decian tenia orden el Marqués de Bay; y esta la daba à entender con voces tan mysteriosas, que los Parciales de la Casa de Austria en el proprio Exercito del Rey Phelipe, las interpretaban siniestramente, y esparcian, ser destinada victima aquel Exercito à la politica del Rey de Francia, para que vencido, diesse honoroso pretexto al Rey Phelipe para salir de España. El vulgo de las Tropas creía ser sacrificado; y los Oficiales que concurrian al Consejo de Guerra lo creyeron tambien, viendo que contra el parecer de todos, mandó el Marqués de Bay ponerse en batalla, quando yá por Pina havia dexado passar à los Enemigos el Ebro, con afectado descuido, para que fuesse infalible la accion. Parecia la queria infausta, porque no solo havia dexado passar con quietud el Rio á los Enemigos el dia 19. sino que haviendole tambien passado por los Puentes de Zaragoza los Españoles, prohibió toda escaramuza, y no mover Armas, hasta que vió compuestas las Tropas de el Enemigo.

Este hecho, que es cierto, parecerá à la posteridad apocrifo. Nada hay mas dificil de creer, que deseasse el Marqués de Bay ser vencido; y todas las disposiciones, que daba, lo persuadian à las Tropas, las quales vencidas, antes de la Batalla, de su propria aprehension, no estaban capaces de ella. Estuvieron sobre las Armas toda la noche, que precedia al dia 20. y muchos Oficiales, que tenian credito de valientes, con varios pretextos se retiraron à Zaragoza. Lo que era terror en los Españoles, era esperanza en los Alemanes, à los quales exortaba con la infalibilidad de la Victoria Staremberg, no ignorando lo que en el Exercito Enemigo passaba; no solo por los Desertores, sino tambien por las Espías, que en él tenia el Rey Carlos. Esta noche la passó componiendo su Exercito el Alemán, cuya izquierda puso à cargo del Conde de la Atalaya, con las Tropas Olandeses, y la Cavallería Cathalana, donde imaginó estaría el mayor riesgo; porque à la derecha de los Españoles, que la regía el General Mahoni, y Amezaga, estaba la mayor fuerza del Exercito; y lo que parecia confianza, era querer evitar à

los

los Alemanes el peligro: y como sabia la costumbre de los Españoles, que venciendo en una ala, consumen el tiempo en perseguir à los que huyen, y no buelven à la batalla, creyó divertir à los mas fuertes, sacrificando à los Cathalanes, y Portugueses. Su derecha la regía, con los Ingleses, y Palatinos, el General Diego Stanop, contra Don Joseph de Armendariz, que gobernava la izquierda de los Españoles. Ocupaban los centros el Marqués de Bay, y Starembergh.

Al amanecer visitó el Rey Phelipe las lineas, y se puso en una eminencia del mismo Campo, de donde podia vér la batalla. El Rey Carlos se detuvo à la orilla del Ebro. Empezaronse à cañonear los Exercitos, y marchaban lentamente: diez y nueve mil hombres tenia el Rey Catholico, y seis mil mas el Austriaco: El Campo era desigual, y cortado, levantado á trechos, y por esso le llaman Monte-Torrero, mas dificil para la Infantería, porque está como sembrado de piedra movediza; tiene enmedio un gran Barranco, que llaman el de la Muerte, desde que se dió alli una derrota à los Moros. Prohibió Starembergh á los Alemanes, que no le passassen, principalmente á los Infantes; porque si los rechazaban, no podrian, ni pelear, ni huír, siendo dificil el formarse con una cortadura tan profunda. Los primeros Cañonazos los disparar on los Alemanes. Adelantandose à reconocer el terreno Carlos Joseph Acroy, Duque de Avré, murió de uno de ellos, haviendole passado una bala los muslos. Padecian mucho por la Artillería enemiga los Españoles, y mandó el Marqués de Bay acometer: Executólo primero la derecha, que venció sin dificultad á la izquierda de los Enemigos, y ni Vencidos, ni Vencedores bolvieron mas al Campo. Vengó el desdóro Diego Stanop; porque al mismo tiempo deshizo la izquierda de los Españoles: Sin perseguirlos, se paró en el Campo, para acometer por un lado al centro enemigo; pero no le halló formado, pues yá en pocos momentos havia obtenido el Rey Carlos la Victoria, porque haviendo la primer linea del centro de los Españoles passado el Barranco, estaban al extremo de él los Alemanes, sin moverse, muy estendida la linea, para abrazar la contraria: Dispararon estos, quando aún no havian vencido el extremo del Barranco los

Con-

Contrarios, porque entendieron mal la orden. La misma tierra defendió á los Españoles, los quales, yá á la otra parte del Barranco, dieron su descarga, casi sobre el pecho de los Enemigos, que los recibieron con las Bayonetas. Luego que dispararon, bolvieron los Españoles la espalda, y se echaron al Barranco. Los Alemanes, que en los extremos de la linea, aún tenian cargados los Fusiles, dispararon con tanta felicidad, que no erraron tiro; porque estaban empleados sus Enemigos en subir la opuesta parte de la cortadura. La primera linea de los Españoles, que precipitadamente huía, turbó á la segunda, y huyeron ambas, sin que lo pudiessen resistir los ruegos, y amenazas de los Oficiales. Seguia la Cavallería Alemana victoriosa, despedazando á su arbitrio á los que baxaban confusos por el Campo. Trabajó mucho el Marqués de Bay en unir algunas Partidas, ayudado del Brigadier Don Geronymo de Solís, que no estaba lexos. Rehiciéronse los Regimientos de Guardias, y se bolvieron á formar. Tambien unió su Regimiento de Sicilia Don Pedro Vico, que recibió dos graves heridas. En algunos ribazos se unian los mas esforzados, para resistir el ímpetu del Vencedor, pero era en vano: todo lo corrió la espada enemiga, que gozó de una perfecta Victoria, sin que le costasse sangre. Poca vertieron los Vencidos, porque no llegaron á quatrocientos los muertos. Los prisioneros fueron quatro mil Soldados, y seiscientos Oficiales; perdióse el Cañon, gran numero de Vanderas, y Estandartes.

Esta es la batalla de Zaragoza, indecorosa á los Vencidos, no por serlo, sino por no haver peleado. El Rey Phelipe, al vér perdída la batalla, partió para la Corte, y entró por Agreda á Castilla. Luego se rindió al Vencedor Zaragoza, y todo el Reyno de Aragón. El Rey Carlos, que esperaba el exito de la batalla en la Cartuja, corrió riesgo de ser preso de aquellos Españoles del ala derecha, que vencieron la izquierda de los Portugueses. Estaba con cinquenta Cavallos, y le persuadian los suyos, que se retirasse mas adentro; pero constante en el riesgo, no quiso, y se bolvió á las orillas del Ebro. Fué á encontrarle Staremberg, y le dixo, *que le havia ganado la batalla, y la Monarquia*, porque tenia por decissiva la accion. Creyeron los Alemanes, que no

de miedo, ſino de induſtria ſe havian dexado ganar los Eſpañoles, para dár el Reyno à los Auſtriacos. Eſta voz la alentaba, el que no era probable una batalla intempeſtiva, ſin mas profunda intencion. El Rey Phelipe vino forzado en ella. Los poco afectos decian, que havia ſido á perſuaſiones de la Reyna, y de la Princeſa Urſini, de acuerdo con el Rey Chriſtianiſſimo, para poderſe hacer la Paz, vencido yá el animo del Rey Phelipe á contentarſe de ſalir de la Eſpaña, y tomar los Reynos, que en la Italia le daban. Lo contrario de eſto nos conſta. No havia en el Exercito Viveres, ni dinero: Deſertaban á centenares los Soldados; tanto, que de la accion de Almenára á la de Zaragoza ſe havian paſſado al Rey Carlos mas de dos mil, con lo qual, ſe iba perdiendo el Exercito; y yá que era infalible la ruína, era mejor probar la ſuerte. Eſtas razones obligaron al Rey á conſentir en la batalla. Traíalas eſtudiadas deſde Madrid el Marqués de Bay: dicen, que con ſinieſtra intencion le influyó la Princeſa, pero eſto no nos atrevemos á aſſegurarlo. La Reyna, es cierto, que nunca ſe apartaba del dictamen de ſu Eſpoſo, y no penſó jamás el magnanimo corazon del Rey Chriſtianiſſimo comprar la Paz á tanto precio, poniendo en evidente rieſgo, y deſayre á ſu Nieto. Ni quieren dár materiales los Reyes á los Triumphos del Enemigo, para que quede en la poſteridad mas glorioſo; pues los Principes Grandes, no ſolo deben diſputar la tierra, ſino tambien la gloria. Aunque la tierra abierta de Aragón cedió á la fuerza del Vencedor, quedaron por el Rey Phelipe las Plazas que tenia en Cathaluña, y Valencia: no afloxaron ſus Governadores en el cuidado de guardarlas, y hacerſe reſpetar del Confin, y mas quando las Tropas enemigas eſtaban todas en Zaragoza, donde ſe aclamó nuevamente al Rey Carlos, deſpues de rendido por Capitulacion el Caſtillo de la Inquiſicion, adonde ſe refugiaron el Governador de la Ciudad, con algunos Oficiales, y heridos, que quedaron priſioneros.

Sin tener noticia, de donde eſtaba el Rey Phelipe, hicieron un gran Conſejo de Guerra los Alemanes. Era la duda, ſi tomando Quarteles en los limites de Caſtilla, ſe debia enteramente ſujetar el Reyno de Valencia, recobrando á Alicante, y Dénia, y ſacando de las Plazas de Cathaluña á

los

los Españoles; ò si se havia de ir á conquistar el Reyno de Navarra, empezando por Pamplona, ò á la Corte, para dominar las Castillas. Los que creyeron decissiva esta Victoria, y que yá estaba subvertido el Trono, fueron de este ultimo dictamen: *Decian, no haver yá fuerza en España, para disputar el Reyno á los Austriacos, estando yá vencidas, separadas, muertas, ò prisioneras los Tropas, qua havia en ella: Que las pocas, que mandaba el Marqués de Risbourgh, en Portugal, no bastaban para oponerse à los Portugueses, que luego con estos avisos romperian los Terminos de Castilla: Que el Rey Phelipe havia tomado el camino de Navarra; evidente señal de refugiarse à la Francia, por Vizcaya, assintiendo al systéma del Rey Christianissimo, de que le darian algo en la Italia, si dexaba las Españas: Estár yá consternados los animos, pobres, abatidos, y cansados de la infelicidad del Principe los Pueblos: Disgustada la Nobleza, opressa con ultrajes, prisiones, y destierros; alguna parte de ella, firmemente parcial de los Austriacos: y otra yá, baxo de sus Vanderas: Que saliendo de la prision el Duque de Medina-Cœli, no hay duda, que commoveria parte de las Castillas, y que desde Madrid, reynando el Vencedor, se podrian embiar Tropas, para sacar de donde estuviesse el actual Dominante, yá sin auxilio de Franceses, por lo que nuevamente el Rey de Francia ofrecia, reasumiendo los Tratados de Gertrudembergh, y sin caudales de dinero, no podria mantenerse en parte alguna de la España, donde no le quedaba mas Plaza, que Cadiz, no siendo probable se encerrasse en ella sin Armada: Que no se debia dexar respirar las Castillas, ni la Andalucia, porque no hiciessen esfuerzos para componer otro Exercito, que no lo harian, si veian en la Corte al nuevo Rey fortalecido de vencedoras Tropas, que solo con el nombre triumpharian de qualquier pequeña dificultad, que se les ofreciesse; y rendidas las Castillas, no hay duda harian lo proprio Valencia, y Navarra, y solo con el bloqueo las Plazas, que quedaban en Cathaluña, de cuya poca Guarnicion no havia que temer nada, aunque se dexassen atrás.* De esta opinion fueron el General de Stanop, con todos los Cabos Ingleses, el Conde de la Atalaya con los de Portugál, y los Españoles, que seguian las Vanderas del Rey Carlos, principalmente, el Duque de Naxera, los Condes de Galvez, Cifuentes, la

Corzana, y Eril: estos por ambicion, y rabia contra los Castellanos; y los Inglesses, por acabar con esta Guerra, ò dessengañarse. Y añadió Stanop: *Que estas instrucciones tenia de Londres, porque yá no se podian tolerar los gastos de la Guerra de España, á la qual era menester rendir, ò desamparar.*

Starembergh, con los Alemanes, eran de contraria opinion, y afirmaban: *Se debia ocupar antes la Navarra, y tomar el Castillo de Pamplona, con las demás Plazas de la Vizcaya, y por la Provincia de Alaba, y Rioja entrar en Castilla, hasta Salamanca, llamando las Tropas de Portugál, con las quales se havia de atacar la Galicia, y juntamente passar à Andalucia, y sitiar formalmente à Cadiz, haciendo entrar tierra adentro el Presidio de Gibraltar: Que tomado lo mas fuerte, importaba poco, que el Rey Phelipe se conservasse en la Nueva Castilla; porque ni podria juntar Tropas, ni las podria embiar el Rey Christianissimo, estando ocupados estos passos, el qual no queria sacar à su Nieto de España, aunque assi lo daba à entender, para engañar à los de la Liga, y tomar tiempo; porque veía, que en guerra de tantos Auxiliares, alguno se havia de apartar precisamente: Que la guerra se hacia con Tropas, y no con la propicia voluntad de los Parciales, quando se havia conocido claramente, que los Magnates de España, que tanto blasonaban de Poderosos, no podian poner en Campaña cien hombres; y que si se havia de esperar en ellos, no tenia pocos de su Partido el Rey Phelipe, y quizá los mas cuerdos: Que no se querrian cargar de nota alguna, mientras estuviesse en España el Rey que havian jurado; porque tambien estaban obligados à defender al Principe de Asturias, que era Español, y querian mas que à otro alguno: Que si dexaban libres las Andalucias, y Estremadura, no podrian passar los Portuguesses, y se restauraria luego el Rey Phelipe; porque su Cavalleria estaba toda en piè, y que de la Infanteria solo le faltaban cinco mil hombres, que cada dia bolvian à buscar sus Vanderas: Que havia en el año de seis mostrado la experiencia el error de ir à Madrid, el qual no era mas, que un Lugar abierto, porque la Corte la hacia la persona del Principe; y ahora la mas magnifica era una Tienda de Campaña, si resolvia el Rey Carlos seguir el Exercito; porque era el mejor expediente quedarse en Zaragoza con alguna gente, y plantar alli sus Tribunales, hacer nuevas Levas, y atacar por*

la Cathaluña à Valencia con Tropas superiores à las que mandaba Don Antonio de el Valle, al qual seria facil echar, porque era todo el Reyno Parcial de los Austriacos, y ahora mas enemigo de los Borbones. Que las conquistas se debian hacer con immediacion, y no à saltos; y que se debia ahora empezar la Guerra mas seriamente, para mantener la conseguida Victoria, que era sin duda decissiva, usando bien de ella, è inutil, si se creia, sin mas diligencia, decissiva. De esta opinion de los Alemanes era el Rey Carlos, pero no la podia seguir; porque dixo resueltamente Stanop: *Que no tomaria con sus Tropas otro camino, que el de Madrid: Que la Reyna Ana havia ofrecido á los Austriacos entregarles el Trono, y que ellos se le havian de conservar: Que esso estaba cumplido, poniendo al Rey en la Corte, y que lo demás lo pensassen los Alemanes, y Españoles; porque la Inglaterra no havia de llevar enteramente carga tan pesada, que la estaba empobreciendo.*

Prevaleció el parecer de los Ingleses, aún repugnando Carlos, que escrivió à su Muger: *Que aquellos tendrian la gloria, si el èxito era bueno; pero el daño, si malo.* Por los confines de Navarra marchó el Exercito vencedor, y tomó los Lugares abiertos, que estaban en el camino. Obedecian involuntarios los Navarros, constantes en su fidelidad: Fué en esto insigne la Ciudad de Tudela, aunque ocupada de algun Presidio Alemán. Era Virrey de Navarra Don Fernando de Moncada, Duque de San Juan, hombre de incontrastable fidelidad, el qual viendo desprevenido el Castillo de Pamplona, pidió gente à la Francia, y el Mariscál de Monrebél le embió, de orden del Christianissimo, seiscientos hombres, y se abasteció de Viveres, y Municiones el Castillo, de genero, que en treinta y seis dias estaba yá capáz de una dilatada defensa. Havia recogido el Marqués de Bay las reliquias del vencido Exercito con gran cuidado, y puestolas en Soria, à cargo del Theniente General Don Manuel Sello: siete mil hombres era toda la suma de estas Tropas; pero havia en otras partes algunas Partidas de Cavallería, que se estaba uniendo, y los Oficiales se retiraban à Soria, y Pamplona, esperando la orden del Rey. Huían cada dia los prisioneros, que estaban en Aragón, y yá en la ultima revista se hallaron en Soria nueve mil hombres, mantenidos à expen-

pen-

pensas de la Provincia. Admirará la posteridad el amor, la constancia, y la fee de los Reynos de Castilla, que à porfia, no cansados, sino estimulados de la desgracia de su Principe, ofrecian sus bienes, sus haciendas, y sus vidas, para reparar el daño, mantenian à sus expensas las Tropas, hacian Levas de gente, y aplicados à la que llamaban *Causa Común*, à nadie amedrentó el infortunio; antes fortificó la fidelidad con excessos tales, que no se daria credito à estos Comentarios, si escriviessemos lo particular de cada Pueblo, y cada individuo.

El Rey Phelipe, con Decreto de 7. de Septiembre, mandó passar la Real Familia, y Tribunales à Valladolid, permitiendo à los que no podian seguirle el quedarse en la Corte, como no exerciessen su Oficio los que se hallaban Ministros. El dia antes havia convocado à la Nobleza, y dexado libertad de seguirle, ò no, con expressiones de la mayor confianza en su fidelidad. Creyeron muchos, que esta fué arte, para experimentar los mas leales, y afectos; porque parecian equivocas las palabras, no muy gratas á los Magnates, que no las querian tan obscuras, sino mas determinadas, y assi pidió explicacion de ellas el Conde de Lemos, y adhirió el Marqués del Carpio, escarmentados de lo que les sucedió el año sexto de este siglo, (como yá hemos visto) y dixeron estár promptos à lo que el Rey deliberadamente ordenasse. Tambien esta era otra astucia, para preservarse con precepto de la ira de ambos Principes; pero el Rey, con palabras aún mas equivocas dexó la duda en pié, ò para experiencia de la expontanea fineza de seguirle, ò por no aventurar el no ser obedecido; porque en tanta declinacion de su poder, receló declinasse la autoridad, y la obediencia. Mantenianse en perplexidad, quantos querian (sin que fuesse à costa de su honor) prestar obsequios al Rey Carlos; pero la quitaron con abierta resolucion, y propalaron su animo de no dexar al Rey los Duques de Montalto, de Montellano, de Medina-Sidonia, y el Conde de Frigiliana. Luego assintieron casi todos à tan heroyca resolucion. El Rey mandó conducir à Francia, al Castillo de Burdéos, al Duque de Medina-Cœli, y partió con su Familia (aunque el Principe de Asturias con calentura) para Valladolid el dia 9. de Septiembre:

Si-

Siguieronle los Magnates, y Nobles de mas diſtincion, y deſpues otros muchos, ſolo por no vér el dominio de los Auſtriacos: otros por neceſſidad de ſeguir los Tribunales; tanto, que ſalieron de la Corte treinta mil perſonas. No ſe creyera, ſi no ſe huviera mandado tomar razon de los que entraron en Valladolid, y otros parages, de orden del Preſidente de Caſtilla Don Franciſco Ronquillo, que tambien partió puntualmente con ſu Conſejo, y los que componian el del Gavinete; y ſe quedaron en Madrid, deſpachados por particulares intereſſes, el Conde de Palma, el Marqués de la Laguna, y el Duque de Hijar, con intencion de paſſarſe al Partido Auſtriaco, como deſpues lo executaron. Muchas de las Señoras ſe fueron à Toledo, y otras à ſus Eſtados. Quiſo ſalir el Marqués de Mancéra; pero el Rey le mandó lo contrario, porque tenia mas de cien años, y era hombre de inalterable fee: luego ſe retiró al Convento de San Franciſco. Tambien por ſu vejéz, y achaques (conſintiendolo el Rey) ſe quedó en Madrid el Marqués del Freſno.

Eſtaba en ſu deſtierro el Duque del Infantado, y pidió al Rey la licencia para ſeguirle, que la obtuvo, con palabras ſumamente benignas; y aſſi lo executó. Llegó el Rey à Valladolid, y el Duque de Medina-Sidonia echó la eſpecie, que debian los Magnates propalar al Rey de Francia ſu conſtante fidelidad, explicar la neceſſidad, de que con la mayor promptitud embiaſſe ſocorros; porque como ſabia en quan mala opinion havian pueſto à la Nobleza Eſpañola con el Chriſtianiſſimo ſus Miniſtros, recelaron, que dando por deſeſperado el remedio, deſcuidaſſe de él; y mas, quando no eſtaban los Tratados de Paz enteramente deſvanecidos, porque yá conſentia la Inglaterra en formarle al Rey Phelipe un Trono en Italia. Fué aprobado de todos, menos del Duque de Oſſuna, el dictamen del de Medina-Sidonia; no porque à aquel le aventajaſſe nadie en el amor al Rey Phelipe, ſino porque le pareció indecoroſo à la Nacion, clamar por Eſtrangeros ſocorros, yá una vez deſamparada de los Franceſes la Eſpaña, en la qual creía haver fuerzas para reparar el daño, ſi ſe aplicaban las neceſſarias diligencias, y caminaban todos de buena fee. Eſta delicadéz pareció intempeſtiva, y no fué atendido ſu dictamen.

For-

Formó la Carta para Luis XIV. el Conde de Frigiliana, hombre de elegante pluma, y de feliz explicacion; concibióla con los terminos mas obligantes, y expressivos, sin abatir la Nacion Española, antes si ensalzando su fidelidad, y no disminuyendo su poder; pero el mal era tan grave, y peremptorio, que se necessitaba de los auxilios de la Francia, por no depender del beneficio del tiempo. Firmaron la Carta los Duques del Infantado, de Populi, de Atri, de Medina-Sidonia, de Montellano, de Arcos, de Abrahantes, de Baños, de Veraguas, de Atrisco, de Sessa, de Jovenazo, y de Bejar: los Marqueses de Priego, de Astorga, de Aytona, de Bedmár, de Villafranca, de Montealegre, de Almonacid, y del Carpio: los Condes de Lemos, de Peñaranda, de Benavente, de San Estevan del Puerto, de Oñate, de Frigiliana, de Baños, y el Condestable de Castilla: tambien huviera firmado el Marqués de Camarasa, pero estaba enfermo. Estos eran los que se hallaban yá en Valladolid; y los mismos escrivieron al Duque de Alva, Embaxador en Francia, otra Carta, para que entregasse aquella al Rey Christianissimo, è hiciesse los mayores esfuerzos por socorros, mientras, sin dilacion alguna, se formaba en España nuevamente un Exercito.

El Rey Luis, quanto tuvo amargura del sucesso, mostró complacencia de esta Carta, que leyó muchas veces; y exagerada del Delphin, se resolvió à embiar luego à España catorce mil hombres por la Navarra Baxa, ò la Vizcaya; y si no los havia menéster en Castilla el Rey Phelipe, que con ellos, y otras Tropas de Rosellón sitiaría à Girona el Duque de Noailles, para hacer una gran diversion à los Enemigos. Pidió el Rey, con Carta aparte, à su Abuelo, le embiasse al Duque de Vandoma, para mandar su Exercito: luego passó con el de Noailles, à Valladolid. Tenian orden de mirar de cerca el estado de las cosas: Vèr si aquella Carta, que firmaron treinta Grandes, era solo cumplimiento, ò realidad, y si havia fuerzas, para que el socorro, que se meditaba embiar, no fuesse inutil; porque ufanos de la Victoria los Enemigos, no solo la engrandecian, sino que tambien publicaban sin remedio el mal, y añadian algunas falsedades probables, para consternar el animo del Rey Christianissimo,

y

y apartarle del empeño. Relaciones vimos publicas, y secretas, sacadas de las Cortes de los Aliados, donde estaban con tal arte entretexidas las verdades con los embustes, que nadie creía en la Europa, que podia restablecerse el Rey Phelipe.

Apenas, marchando ázia Madrid, dexó los Terminos de Aragón el Rey Carlos, quando los Españoles, que presidiaban á Lérida, Tortosa, Monzón, y Mequinenza, ocuparon los caminos de genero, que no se tenia en Cathaluña noticia alguna del Rey, y de su Exercito, lo que afligia no poco á aquella Corte; porque tambien los Españoles, para consternar la Provincia, divulgaban mil falsedades, que eran facilmente creídas de los que no ignoraban la aversion de los Pueblos de Castilla al Rey Carlos; los quales, consiguientes en lo que havian obrado cinco años antes, dexaban las Poblaciones, gastaban las aguas, quemaban los Forrages, y Vìveres, aun los que necessitaban para su alimento. Dudóse en el Exercito del Rey Carlos sobre la marcha, si se destacarian, á lo menos dos mil hombres contra el Reyno de Valencia, para darse la mano con los que havian de partir de Barcelona, y no quiso Starembergh desmembrar el Exercito, yá que todo havia de passar á Castilla; y assi, el Conde de Saballá, que estaba destinado por Virrey de Valencia, partió de Barcelona á esta empressa con ocho Naves, mil Cathalanes de desembarco de un nuevo Regimiento, y todos los Valencianos, que estaban en aquella Corte á essa empressa. Haviala fomentado la Condesa de Oropesa, (bien que yá havia muerto el Conde su Marido) escriviendo á algunos Valencianos de aquella Nobleza; y dixo falsamente, que entraba en la conjura Don Antonio del Valle, Governador de las Armas de aquel Reyno, el qual, no ignorando, que venian á atacarle, y que alguna interna commocion havia en los animos, juntó el Magistrado, y Nobleza, y oró con eficacia, y fortuna por el Rey Phelipe, al qual dixo: *Mantendria el Reyno, hasta verter con sus Tropas la ultima gota de sangre: Que nada pedia sino la quietud, pues sólo con sus Armas haria frente à los Enemigos: Que en caso de ser vencido, podrian ellos deliberar de sí, acordandose siempre de quantos males, y desgracias les havia ocasionado la Guerra, y la in-*

dignacion justa del poder de las Armas del Rey Catholico: Que aún haviendo otra vez salido de la Corte, nada havian sacado sino el escarmiento sus Enemigos: Que creyessen à la experiencia, y no à las falsas sugestiones de los Rebeldes de su propria Patria, para labrar de sus ruinas su fortuna. Todos ofrecieron fidelidad al Rey Phelipe, y la Nobleza sus vidas, y haciendas. Llegó con la referida Esquadra el Conde de Saballá á la Playa de Valencia: hizo el primer desambarco de trecientos hombres, y acudió á las Marinas con dos mil Cavallos. Don Antonio del Valle viò, al amanecer, á los que pisaban orgullosos la arena: acometiòlos, y los puso en vergonzosa huída. Bolvieronse tumultuariamente á embarcar: fiaban mas en las ocultas inteligencias, que en las Armas: callò la tierra toda, y se aseguraron por el Rey los Pueblos. Don Antonio mostró su fidelidad, y lo falso del esparcido rumor, para que el miedo de él le hiciesse prevaricar. Los Gefes de aquella mal ideada Expedicion bolvieron con la gente á Barcelona desayrados. La Reyna Isabél se quexò de la Condesa de Oropesa, y de haver sido engañada.

No daba passo, que no fuesse infelíz el Rey Carlos en Castilla; porque era menester para la obediencia usar del mayor rigor, que degenerò en ira; y en tal desorden, que executaban los Alemanes, è Ingleses las mas exquisitas crueldades contra los Castellanos. Los Hereges estendian su furor á los Templos, è Imagenes, haciendo de ellas escarnio, y servirles torpemente á su lascivia: bebian en los Sagrados Calices, y derramando los Santos Oleos, ungian con ellos los Cavallos, y pisaban las Hostias Consagradas. Se halló en un Lugar llamado Tartanedo un Lienzo, echado en un rincon de una casa, en que havian los Hereges, que en ella se alojaban, embuelto unas Particulas Consagradas, que bañaron el Lienzo en sangre, en forma de seis Particulas, perfectamente impressas, el qual, muchas veces lavado, las conserva: Le hemos visto, y reverentemente besado con nuestros labios. Despues le vieron infinitos de los que con el Rey Phelipe bolvieron á Castilla, y el Duque de Montellano le hizo once veces lavar en su presencia, sin que pudiessen quitar la impression viva de aquella Divina Sangre; y juraron los Testigos presentes, al desembolver el Lien-

zo,

zo, quando le hallaron, que la vieron por èl correr à trechos.

No llegaban à los oídos del Rey Carlos estos desordenes, que no les permitiría su piedad, y Religion: Serviase de Tropas Auxiliares, y era preciso contemplarlas, sin averiguar exactamente sus operaciones, porque se aventuraba el respeto. Mal recibido de todos los Lugares, por donde passaba, llegó à vista de Madrid el Exercito el dia 27. de Septiembre: era Corregidor Don Antonio Sanguineto, elegido por el Cuerpo de la Villa en esta ocasion, con aprobacion del Rey Phelipe, porque se havia passado à Valladolid el Conde de la Xarosa, que ocupaba este empleo. Havia el Rey Carlos recibido el omenage de la Villa, desde que llegó el Exercito à Alcalá de Henares, porque se evitasse toda hostilidad. Assi lo havia dexado ordenado el Rey Phelipe, que estaba tan vivo en el corazon de los de la Corte de Madrid, que admiró Stanop (que entrò primero) la general tristeza del Pueblo, pues estaban cerradas las mas de las Casas, Tiendas, y Oficinas: pocos Niños aclamaban al Austriaco Principe, y no lo hacian sin recibir dinero del General Inglés, que buelto à los Reales, vaticinó tristemente. Estaba entonces el Rey Carlos en Villaverde, y despues passó à la Quinta del Conde de Aguilár, donde aguardaba los obsequios de los Magnates, que solo acudieron el Duque de Hijar, el Conde de Palma, y el Marqués de la Laguna, que, como diximos, se quedaron en la Corte. Tambien le prestó obediencia el Arzobispo de Valencia, el Conde de Cardona, y otros Nobles de menor esfera. Luego desesperó el Rey Carlos de serlo de Castilla, sin la fuerza, y assi lo significó à Starembergh, diciendole: *Que se usasse del rigor, porque estaban rodeados de desafectos.* Luego se conoció el error de Stanop en querer venir à la Corte, porque aunque estaba à vista de ella acantonado todo el Exercito, cerraban con Partidas de Cavallería los passos, y por el Monte de Guadarrama para Madrid, por todas partes, Don Feliciano Bracamonte, y Don Joseph Vallejo, hombres del mayor valor, pericia, y fidelidad, los quales tenian contra el Exercito enemigo tantas Espias, quantos Moradores havia en los Vecinos Lugarejos. Formóse en el Campo un Conse-

jo de Gavinete, en que fueron admitidos el Arzobispo de Valencia, y el Duque de Hijar. Siempre discordaban Stanop, y el Principe Antonio de Leichtesteim, à quien adheria Starembergh; pero prevaleció el dictamen del Secretario del Despacho Universal Don Ramon Vilana Perlas, que gozaba enteramente del favor del Rey Carlos, de quien interceptò Don Joseph Vallejo una Carta, que escrivia à la Reyna su Muger ,, quexandose de los dictamenes del General ,, Inglés, que le havian traido à experimentar el desafecto ,, de los Castellanos, pues era cada dia mayor, y que solo ,, tres hombres de distincion havian passado à su Partido; ,, pero pobres, y de corta autoridad: Que muchas Muge- ,, res de los Grandes, que estaban con el Principe Enemi- ,, go, le havian prestado obediencia, algunas veces en pú- ,, blico, y otras en secreto, para estár en ambos Partidos, ,, siendo yá claro, que el suyo, solo se podia adelantar à ,, fuerza de Armas.

Tambien se interceptaron Cartas de la Reyna Isabél al Rey Carlos, en que se quexaba de la frustrada Expedicion de Valencia, y que ocupaban los caminos los Españoles. Estas Cartas, que traxo Don Geronymo de Solís à Valladolid, mandó el Rey Phelipe leer en publico en sus Antecamaras, y expressó el agradecimiento, que debia tener à los Castellanos.

Mandò el Rey Carlos abrir las Carceles, y saliò de ellas Don Bonifacio Manrique, que luego siguiò las Vanderas Austriacas; y el que era en la prision inocente, fué en la libertad Reo. Passaronse al mismo Partido Don Antonio de Villarroél, Theniente General, despues de haver recibido ayuda de costa del Rey Phelipe para seguirle; Don Luis de Cordova, hermano del Marqués de Priego; Don Jayme Meneses de Sylva, hermano del Conde de Cifuentes; el Marqués de Valparayso, y el de Valde-Torres, los mas sin otro motivo, que amar la novedad: à estos los llamaba públicamente Starembergh Christianos nuevos: Stanop, traydores: Antonio de Leichtesteim, hombres sin ley: Don Ramón Vilana Perlas, desesperados; y el Rey Carlos, miserables.

Estos epitectos ganaron los que yá creyendo subvertido el Trono del Rey Phelipe, se adelantaron al obsequio de su

Ene-

Enemigo, de quien no lograron aprecio: otros Nobles, y Titulos, que estaban descontentos de su fortuna, se passaron tambien: Grande de España ninguno, mas que el Conde de Palma: el Duque de Hijar no lo era sino por su Muger: el Marqués de la Laguna aún no lo era, porque vivia su Madre la Condesa de Paredes, que tambien reconoció al nuevo Rey: ni aun con ser llamados de un Edicto, parecieron otros: estaba este concebido con terminos de la mayor clemencia: ofrecia general perdon, bienes, prerrogativas, y honores à los que en el termino de un mes reconociessen por Rey de las Españas à Carlos III. Mandò salir de los Monasterios á las Mugeres de Grandes, que à ellos se havian retirado, y que passassen á Toledo, adonde se havia prestado el acostumbrado juramento, y le ocupaba un Regimiento de Infantería con el Conde de la Atalaya. Muchas Señoras no obedecieron, y se quedaron en los Conventos, y una de ellas fué la Duquesa de Medina-Cœli. El Duque de Vandoma, como Capitán General de las Tropas, se quexó à Starembergh de esta usada severidad con Mugeres de tan alta esfera, y respondió: *Que era para mayor seguridad de sus personas, y que se dexarian en libertad, quando la tuviessen los Maridos.* Con esto daba á entender lo que no creía, de que seguian al Rey Phelipe violentos; y aunque en parte no era vana la sospecha, estaban violentados de su proprio honor, los que no inflamados del afecto.

Havian los Tribunales del Rey Phelipe passado con la Reyna á la Ciudad de Vitoria, y no halló el Rey Carlos en la Corte Ministros para formar los suyos; y assi creò por Presidente de la Sala Criminál de Alcaldes á Don Francisco Alvarez Guerreros: nombró Ministros, y solo dió Despachos en interin, por no quitar à los ausentes la esperanza de bolver à sus empléos: quitó el de Corregidor à Don Antonio Sanguineto, y puso al Marqués de Palomares; y esto acabó con la providencia para los Viveres, y con la quietud del Pueblo, porque la prudencia, y ajustada direccion de Sanguineto, contenia en orden al Vulgo, yá inclinado al tumulto por falta de pan; pues no permitian las Partidas de Cavallería de Vallejo, y Bracamonte, que se introduxessen en Madrid, ni los Aldeanos querian traerlos, por si el ham-

hambre ocasionaba una rebelión, y llegaban á las Armas. Esta malicia oportuna, aunque agena de caridad, fué de suma importancia, porque no se podía mantener un Exercito de 28ῦ. hombres, y tan gran cantidad de Bagages en un Lugar, que yá padecia entera falta de todo, y de quien violentamente se sacaba el preciso alimento, por no haver otro remedio de subsistir las Tropas; y aunque embiasse el Rey Carlos Partidas de Cavallería por los Vecinos Lugares à buscar Viveres, les hacia tantas emboscadas Don Joseph Vallejo con la exacta noticia de la tierra, y el favor de los Paysanos, que nada lograban los Alemanes, siempre vencidos, ò ahuyentados.

Determinó el Rey Carlos hacer su pública entrada en la Villa, y visitando antes el Santuario de nuestra Señora de Atocha, subiò por la propria Calle, acompañado de dos mil Cavallos, que le precedian, de sus Guardias, y su Familia; ni aun la curiosidad movió al Pueblo, y retirado á sus casas, rebosaban melancolía las Plazas. Oíanse voces de Niños, que atraídos con dinero, aclamaban al nuevo Rey, y alguna vez se oía aclamar à Phelipe V. Esto hiriò altamente el animo del Principe Austriaco; y al llegar à la Puerta, que llaman de Guadalaxara, sin proseguir hasta el Real Palacio, (como era costumbre) declinó por la derecha, y por la Calle de Alcalá, y su Puerta, bolvió á salir de Madrid, diciendo: *Que era una Corte sin gente.* Desterrò á muchos, que le parecia promovian el afecto á su Enemigo: mandó, que entregasse las Armas el Pueblo; pero no fué obedecido: mas facilmente logrò, que entregassen los Cavallos, porque los necessitaba el Exercito para reclutar los que havian perecido por falta de forrage. No dexaba de reconocer quan dificil era mantenerse en aquella Corte; y mientras embarazaba la variedad de dictamenes las operaciones del Exercito, prosiguiò en formar Tribunales, y proveer los principales empléos. Diò la Presidencia de Castilla al Conde de Palma, y este se escusó de ella, sirviendola en interin el Marqués de Castrillo; la Presidencia de Hacienda, á Don Athanasio Esterepa, Obispo de Nicopoli; y se diò plaza en este Consejo á los Condes de Clavijo, y de Belmonte: mandò presidir en el Tribunal de Quentas al Marqués de Canillejas; en

el

el Consejo de Indias à Don Pedro Gamarra, donde se nombraron por Consejeros al Marqués de la Laguna, y à Don Ramon Portocarrero. No se dió esta Presidencia, porque la tenia en propriedad el Duque de Uceda, de quien havia recibido el Rey Carlos ocultamente, no pocos servicios. Nombróse por Virrey de Aragón al Duque de Hijar.

Viendo yá abierto el camino à las mercedes, prestaron obediencia al Rey Carlos los Marqueses de Corpa, y de las Minas, los Condes de Siruela, y Hernan-Nuñez: cargó gran golpe de Memoriales, tanto, que dixo el Rey: *Que havia hallado quien le pedia; pero no quien le sirviesse.* El Decreto le diò en voz el Secretario, diciendo: *Que Carlos III. hasta entonces no era mas que General de sus Tropas, que se despacharian en el Trono las pretensiones.* Deseabase mucho traer al obsequio al Marqués de Mancéra, que estaba retirado en el Convento de San Francisco: (como diximos) fueselo á persuadir Don Luis de Hijar; pero constante el Marqués, respondió: *Que no tenia mas que una Fé, y un Rey, viviendo el qual, no podia jurar otro: Que estaba yá vecino al sepulcro, porque passaba de cien años, y que no queria poner este borron en su nombre.* No sacó otra respuesta el General Stanop, que fué despues à verle: admirò su firmeza, y no le pareciò al Rey Carlos usar del rigor con un hombre medio difunto: lo proprio executò con el Marqués del Fresno, que no quiso reconocerle. Estos exemplos tomaron muchos, que retirados en sus casas dentro de Madrid, nunca prestaron obediencia. Iba desmembrando el Exercito la disolucion de los Soldados, la gula, la embriaguéz, y la luxuria. Llenaronse los Hospitales, y à pocos aconteció la suerte de salir de ellos, porque los Cirujanos les envenenaban las llagas con mortal odio; y los que podia la gente del Pueblo matar alevosamente, lo contaba en triunfo. Disminuíase la Cavallería por instantes, vencida en Partidas de las de Vallejo, y Bracamonte, el qual tomò muchos Equipages, que se restituían à Aragòn; y embió al Rey Phelipe la plata, y el dinero, que se halló en ellos, (rara, y maravillosa moderacion en un Soldado!) Don Joseph Vallejo se atrevió à tomar algunos Carros de Viveres de las Puertas de Madrid. Deshizo ochocientos Cavallos, que con el Baròn de Vecél passaban à Zarago-

rago-

ragoza. Sorprehendió en Ocaña un Regimiento de Portugueses, y en las alturas de Alcalá burló la arrogancia del General Stanop, que con dos mil Cavallos le buscaba. Llegó su ossadía à querer coger al Rey Carlos en el Pardo, à donde havia salido à caza, y lo huviera logrado, si no estuviera avisado el Rey de uno de los Guardas del Bosque, que temió ser todos passados à cuchillo, si esto sucedia. Al fin logró Don Joseph Vallejo hacer molesto su nombre á los Enemigos, y tener inquieto, y sin Viveres el Exercito. No grandes, pero oportunas hazañas, que le dieron no pequeña gloria. Toda la disposicion de Staremberg era aguardar á que entrassen por la Estremadura los Portugueses, para irles al encuentro, y unidos los Exercitos, atacar en qualquier parage las Tropas, que estaba bolviendo á juntar el Rey Phelipe, de las quales se nombró por General al Duque de Vandoma: se crearon por Capitanes Generales al Duque de Populi, al Conde de Aguilár, al Marqués de Toy, al de Aytona, y al Conde de las Torres, y se mandò venir al Marqués de Valdecañas, que yá lo era. Herido de alguna embidia de no serlo tambien el Duque de Ossuna, se retirò con la Reyna à Vitoria, y se alojò en un pequeño Lugarejo, con su Hermano el Conde de Pinto, no sin la censura de que reparasse en estas delicadezas á tiempo, que el Rey estaba en la mas árdua, y fatál coyuntura, y que tenia en evidente peligro su Corona. No creerán los venideros siglos tantas dificultades, allanadas insensiblemente en cinquenta dias, y que se los hayan los Enemigos dado de tiempo al Rey Phelipe para restaurar su Exercito, que yá se componia de veinte y dos mil hombres. Esta gente se juntò á expensas de los Reynos de Castilla, y Andalucía: se armò, y vistiò con el cuidado del Conde de Aguilár, y la actividad de Don Balthasar Patiño, Marqués de Castelár, hombres ambos de la mayor eficacia en los negocios, y de incomparable inteligencia en la mecanica de la Guerra, en la qual excede á los mas experimentados el Conde, sin quitarles su militar pericia, y valor. Ninguno, en esta ocasion, sirviò mas al Rey Catholico, facilitando, al parecer, impossibles; porque de un Exercito vencido, derramado, y abatido; de un Erario exausto, y sin fondos; de un Reyno vacilante, y solo voluntariamente,

y

y por su fidelidad sumisso, formó un Exercito, que, como verémos, restableció el Trono à la Casa de los Borbones, que reynaban en España.

Todos los lauros de la Victoria perdiò en los òcios de Madrid Starembergh. Parece que tenia aquella Corte narcoticos, ò beleños para adormecer los animos, pues no escarmentados del error del Marqués de las Minas, y Gallobay el año de 1706. que dieron quarenta dias de tiempo al Rey Phelipe para reunir sus Tropas, y que baxassen de la Francia socorros, ahora le dió mayor dilacion Starembergh, esperando, que los Portugueses entrassen por Estremadura, lo que solicitaban incessantemente sin fruto; porque el Rey Phelipe, dexando à Valladolid, puso su Campo en Almaráz, ocupò el Puente, y dispuso sus Tropas de genero, que no podia à un tiempo ser atacado de ambos Exercitos, y se hallaba con fuerzas, no solo de resistir à uno, sino tambien con probabilidad de vencerle. Esta disposicion, y acampamento salvó à la España, porque no podian yá por parte alguna passar el Tajo los Portugueses; y aunque estaba poco distante el Puente, que llaman del Arzobispo, y el de Alcantara, todos estaban fortificados, y bien guarnecidos, y guardaba otros passos el Marqués de Bay con la mayor vigilancia. Ni por Galicia podian hacer alguna distraccion, porque vigilaba en sus límites con buen numero de gente el Marqués de Risbourgh. Quisieron los Portugueses, desesperados de entrar en Castilla, atacar por la Andalucía, y tomaron a Xeréz de la Frontera con poco trabajo; pero luego retrocedieron, para observar el Exercito Enemigo, por si havia forma de juntarse con los Alemanes, lo que huvieran conseguido, si luego que se perdiò la Batalla de Zaragoza, huvieran ocupado la Estremadura, porque eran inferiores las Tropas que alli tenia el Rey Phelipe. Esta culpa cargaban sobre los Portugueses los Ministros Austriacos, pero el Rey Don Juan de Portugál no quiso aventurar otra vez su Exercito, no olvidado de que por semejante ossadía havia perdido, baxo el mando del Marqués de las Minas, todas las Tropas su Padre, y assi se contuvo, hasta que pudiesse, sin riesgo, juntarse á los Alemanes. Esto no pudo lograr, porque passó la oportunidad, de lo que dependiò toda la fortuna del Rey Phelipe.

Dieron por disculpa, que no tenian prevenidos Viveres para marcha tan incierta, y dilatada, en País enemigo. Esta misma diò Starembergh para entretenerse en Madrid, y esperar noticia de lo que havian determinado los Portugueses. Estos avisos no podian passar, porque las Tropas Españolas ocupaban ázia Estremadura los passos, y en Castilla sitiaban al Exercito del Rey Carlos las Partidas de Cavallerìa del Rey Phelipe, como diximos. Quando partieron los Tribunales à Vitoria con la Reyna Maria Luisa, y el Principe de Asturias, la siguieron muchos Magnates, cuya salud, ò medios no permitian seguir al Rey, al qual sirvieron, sin oficio alguno, en toda la Campaña los Duques del Infantado, de Montellano, de Bejar, los Condes de Lemos, y de Peñaranda, los Consejeros del Gavinete, y todos los Oficiales de las Guardias, y de la Familia Real: otros Nobles de la primera, y segunda esphera se quedaron en Valladolid, porque embarazaría en Campaña tanta gente inutil para la Guerra. Quedaba dispuesto, que el Duque de Noailles sitiasse à Girona, para diversion del Exercito enemigo; y que tomada esta se internasse mas en la Cathaluña, para cogerle de espaldas; y assi se entretenia al Rey Phelipe en el Puente de Almaráz, hasta que supiesse, que el Duque de Noailles havia yá embestido à la Plaza, como lo hizo á los ultimos del mes de Diciembre. Nunca estuvo mas confuso, ni apesarado Starembergh, porque la falta de noticias le tenia en una dañosa indecision. Yá no era tiempo de ir à sitiar á Pamplona, porque la guarnecian los Franceses con el Marqués de Dupont: no podia penetrar en Castilla por falta de Viveres, no ignorando quan bien acampado, y en lugar ventajoso estaba el Exercito del Rey Phelipe, y creía, que el no moverse de Almaráz, era por esperar que lo hiciesse el Alemán, y observar sus passos: ni era tiempo de empressa alguna, estando yá tan adelantado el Otoño, y cansado el Exercito de los vicios, que engendrò el òcio, disminuido, y sin brios; porque conocian claramente estár en tierra enemiga, que cada dia daba muestras mas evidentes de su constante fidelidad al Rey Phelipe. Para decidir tantas dudas, juntó el Rey Carlos Consejo de Guerra. Todos fueron de parecer, que se retirasse del Exercito su Persona, y se restituyesse á Cathaluña, porque eran inciertas

tas

tas las operaciones, dependiendo de las del Enemigo. Respondió con magnanimidad el Rey: *Que no havia juntado el Consejo para deliberar de su seguridad, sino de lo que debian las Tropas executar.*

Los Ingleses, y Portugueses querian fortificar à Toledo, plantar alli la Corte, y acantonar el Exercito, poniendo en contribucion la Provincia: Bel-Castél, General Olandés, y algunos Alemanes, querian poner la Corte en Zaragoza, y retirar à Aragón las Tropas. Starembergh era de parecer de retirar à Barcelona al Rey, y tomar Quarteles en la Raya de Castilla, en la parte mas internada con Aragón, y esperar la resolucion del Enemigo. En tanta variedad de dictamenes, no se atrevió el Rey Carlos à seguir alguno; y estando embarazado en estas dudas, un Desertor Español, à quien ofreció la Reyna Isabél grandes premios, si entregaba á su Marido una Carta, la puso fielmente en manos del Rey Carlos, en la qual avisaba la Reyna: ,,Que havia llegado à Perpiñán con 15y. hombres el Duque de Noailles; y que aun- ,,que se esparcia la voz de que sitiaba á Girona, era lo mas ,,cierto, que baxaba à Cathaluña á ocupar los passos por ,,donde podia bolver à Barcelona el Rey, para prohibirle esta ,,retirada, quando moviesse sus Tropas el Enemigo; y que ,,assi, resolviesse á tiempo lo que debia executar para asse- ,,gurar su Persona, porque despues no le tendria, si quince ,,mil Franceses, unidos a las Guarniciones Españolas, ocu- ,,paban la Cathaluña. Esta Carta solo la diò al Rey á vér al Principe Antonio de Leichtestein, à Guido Starembergh, y á Don Ramón Vilana Perlas; y se resolvió, que se moviesse el Exercito con el Rey, baxo el pretexto de fundar la Corte en Toledo, y que secretamente partiesse con ochocientos Cavallos á Barcelona. Pareciò dár á saber esta resolucion à Stanop, y Bel-Castél, y la aprobaron. Publicòse un Decreto el die 8. de Noviembre, mandando, que passassen los Tribunales á Toledo. Esto consternò á quantos havian seguido el Partido Austriaco, de lo que se arrepentian muchos; però yá empeñados, era preciso buscar la seguridad en el riesgo. Antes de dexar á Madrid, se disputò, si se havia de saquear. Los Españoles, Cathalanes, Alemanes, y Portugueses eran de esta opinion: resistieronlo los Ingleses, y los Cabos Olande-

F 2 ses,

ses, èl Señor de Bel-Castél, de Sant Amant, y sobre todos Stanop, diciendo, que no se podia executar sin gran pérdida de Soldados, y sin la entera ruina de la fortuna del Rey Carlos, que queria parecer tyrano, antes que Rey, que con esto perderia un gran Lugar, y un Reyno; porque sería mayor, y eterno el odio de los Castellanos. De este parecer fué Starembergh; y dixo el Rey Carlos: *Yá que no la podemos assolar, dexemosla.* Partiò el Exercito al amanecer el dia 9. ya libre la Corte de los Enemigos, aclamò nuevamente al Rey Phelipe, restituyó el Corregimiento de la Villa à Don Antonio Sanguineto, è hizo tales demonstraciones de júbilo, que oyó el Rey Carlos (que marchaba en el centro del Exercito) el festivo rumor de las Campanas. Todos marcharon à las vecindades de Toledo: nadie entró mas que Starembergh, y se aumentò la Guarnicion hasta seis mil hombres, baxo la mano de Odoardo Amiltòn, à quien havia dado el Rey Carlos el Govierno; y quando todos creían, que se encaminaba al mismo parage, à grandes jornadas, acompañado de dos mil Cavallos, tomó el camino de Zaragoza, donde se entretuvo poco, porque luego passó à Barcelona: siguieronle los Nobles, que le habian prestado obediencia; y à mas de los yá referidos, el Marqués de Almarza, y el Conde del Sacro Imperio: quedaronse en Madrid los Marqueses de Hernan-Nuñéz, y de la Mina; y para que no faltassen en este siglo nunca oídas monstruosidades; siguieron al Rey Carlos la Duquesa de Arcos, y la Marquesa del Carpio, aunque estaban sus maridos con el Rey Phelipe: la primera, reconociendo el error, se quedó en un Monasterio de Zaragoza. Tambien se passó à Barcelona la Condesa de Paredes, Madre del Marqués de la Laguna, siendo ella la que obligó à su hijo à tomar aquel partido. En Barcelona huvo general tristeza de vér que bolvia el Rey, porque se ignoraba enteramente el estado del Exercito; y como las noticias las fingia alguna vez el temor, ò el afecto, se oían cosas tan repugnantes, que se ignoraba la verdad. Arguían pocos progressos las Tropas, no fiando el Rey su seguridad à ellas. Otros creían infalible la ruína del Rey Phelipe, arguyendo de que la Reyna Maria Luisa queria passar à Francia con el Principe de Asturias, para tomar las Aguas de Bañeras, en el Condado de Bi-

Bigorra. Esto era cierto, porque la Reyna, aprehensiva de unos tumores, como postemas frias, que tenia en la garganta, estaba persuadida de que le aprovecharian aquellas aguas. Esto llevaban muy mal los de su Corte, y los Tribunales, que con ella estaban en Victoria, porque sin duda parecia no buscar physico remedio al mal, sino refugio à la desgracia, y assegurar en Francia al Principe de Asturias; lo que consternaba enteramente à los afectos al Rey Catholico, y turbaba sus medidas. La Princesa Ursini estaba en esto indiferente, por no parecer, que se oponia à la salud de la Reyna; pero el Rey no quiso permitirlo, y se resignò la Reyna à su voluntad, con tanto gusto, que pareciò proprio dictamen. Con esto se desvaneciò la jornada. No perdonò diligencia Starembergh para dár à entender al Duque de Vandoma, que queria tomar Quarteles en Tierra de Toledo, fortificando esta; y con efecto levantò una gran Trinchera, y puso en el Alcazar cantidad de Viveres; pero conociò claramente el General Francés, que todo era estratagema, y que no tenia Almacenes para passar el Invierno, ni de alli podia tener mas intencion, que irse à juntar con los Portugueses, si dexaba el Exercito Español el Puente de Almaráz; y assi, aunque havia algunos mozos de poca experiencia en las Tropas del Rey Phelipe, que eran de dictamen de ir à atacar en Toledo á los Enemigos, no se apartó Vandoma de su systéma, cuya opinion seguian los Cabos mas experimentados, porque conocian claramente, que estaba necessitado el Exercito Alemán de bolver atrás, y tomar Quarteles donde pudiesse, y para que no lo executasse en Castilla, ni Aragón, havia resuelto el Rey Phelipe seguir á los Enemigos, y disputarles la quietud del Invierno, porque sus Tropas veteranas estaban yá tres meses descansando, y las Reclutas se havian hecho con felicidad, y se iban haciendo mas cada dia. Cansado Starembergh de la paciencia de Vandoma, y de que no podia engañarle, determinò partir para la Raya de Aragón, y acantonar en ella sus Tropas. Quiso el Conde de la Atalaya quemar la Ciudad, pero no lo permitiò Amiltòn, ni consintiò Starembergh: havian puesto en el Alcazar muchos Viveres, y no pudiendo tumultuariamente sacarlos, para que no se aprovechassen los Enemigos, le quemaron, con tanta rabia,

bia, y furor del Pueblo contra los incendiarios, que huviera sucedido un tumulto, si no se huvieran formado las Tropas en quadrada figura en la Plaza de Zocodovér, para tener en freno al Pueblo. Saquearon muchas casas, y Templos, y quisieron quemar el de San Agustin: aplicaron seis barriles de polvora para arruinarle, y los que pusieron la mecha á la Mina, quedaron abrasados, porque permaneciendo ileso el Edificio, retrocedió el fuego.

El dia 29. de Noviembre dexò á Toledo el Exercito: cerraronse luego las puertas, y aclamando al Rey Phelipe, diò aquella Ciudad muestras de su heroyca fidelidad: desde los Muros burlaban con silvidos, y oprobrios á los Soldados; pero Starembergh, atento á su marcha, no hizo caso de estos leves accidentes de la suerte: con él se fueron algunos Nobles, y entre ellos el Marqués de Tejares, que antes entregò su casa á las llamas, como quien no esperaba bolverla á vér. Las Señoras que havian ido á Toledo, bolvieron á Madrid. Quedóse en un Convento la Muger del Conde de Palma, desaprobando lo que havia executado su Marido: creyeron muchos que lo afectaba; pero estaba precisada á esto, por no salir de España. La Manguardia la llevaban los Portugueses, y Palatinos, el centro los Alemanes, y Olandeses, la Retaguardia, los Ingleses, y la Cavallería Cathalana guardaba los lados del centro: eran los principales Gefes el Señor de Franchembergh, Palatino; y el Conde de la Atalaya, Portugués, el Marqués de Bel-Castél, y Stanop. Todos obedecian á Starembergh, ò ninguno: estaban entre sí desunidos, y assi no marchaban juntas las Tropas, sino precediendo una gran distancia del centro á la Retaguardia, y cada Nacion hacia su Tropa aparte, de genero, que no se observaba orden militar en la marcha: se destacaban los Soldados á robar à los vecinos Lugares, ò Campos de Ganado: muchos no bolvian, y quedaban por victima del odio de los Paysanos, que se armaron para defenderse.

Tuvo luego el Rey Phelipe, por las Partidas abanzadas casi hasta Toledo, noticia de la marcha de los Enemigos, y ordenò la suya con tanta celeridad, que pudiesse alcanzarlos á la distancia de executar lo que tenia ideado. Luego que dexaron los confines las Tropas Españolas, pu-

sie-

sieron en Quarteles de Invierno las suyas los Portugueses, ò creyeron acabada la Campaña, ò no se quisieron aventurar mas, porque el Rey Phelipe, haviendo dexado en las Fronteras muy poca gente, tenia yá un Exercito de 25ӈ. hombres, los 18ӈ. Veteranos, deseosos de lavar la nota de la perdída batalla en Zaragoza; y assi marchaban con tanta velocidad, y alegria como si tuviessen segura la victoria, sin que lo embarazasse la rígida estacion del Invierno. A confirmar en su fidelidad á Toledo entrò con 600. Cavallos Don Pedro Ronquillo: luego bolviò á partir á buscar al Rey Phelipe, que tenia puestos sus Reales en Talavera de la Reyna, adonde llegaron los Diputados de Madrid con una suma de dinero, gratuitamente contribuída para los gastos de la Guerra. Havia yá entrado en la Corte desde el dia 30. de Noviembre Don Feliciano Bracamonte, y experimentado en ella las mas altas señas de júbilo en el Pueblo, que se propassó al mayor excesso, quando el dia 3. de Diciembre entrò por la Puerta de Atocha en Coche el Rey Phelipe, que despues de haver visitado la Capilla de la Santissima Virgen, se encaminó al Real Palacio. Era tanta la multitud del Pueblo, que salió á verle, bendecirle, y aclamarle, que no podia el Coche penetrar, y ganar camino, en el qual, no siendo la distancia mas que de media legua, se gastaron muchas horas: estaban adornadas con el mas exquisito gusto las Calles, y las Fuentes: siguieronse por la noche Fuegos artificiales, y Luminarias, y se introduxo tan universal alegría, que vaticinaba los mas prósperos sucessos. El Exercito, sin hacer alto, passó á Guadalaxara, mandado por el Marqués de Valdecañas, porque el Duque de Vandoma estaba con el Rey, que el dia 6. de Diciembre bolvió á las Tropas, que proseguian sus marchas. Seguia immediatamente á los Enemigos por las espaldas Bracamonte; y por un lado Vallejo, no en vano, porque picaban siempre la Retaguardia, y qualquier Soldado enemigo, que se descarriaba, ò entretenia, les caia en las manos. La tarde del dia 6. cuidadoso de que le seguian con tanto tesón Diego Stanop, no teniendo exacta noticia del Lugar, le pareció poner sus Tropas Inglesses dentro de Brihuega, y passar de dia el Tajo: estaba el Lugar situado en una pequeña altura, cuyo recinto era un simple muro de anti-

antiguo ladrillo, y tenia dentro una Torre por retirada; pero desarmada, y para ningun uso. Estaba distante tres leguas el centro de su Exercito, y solo pensaba Stanop passar en Brihuega mas segura aquella noche. Luego que las Partidas abanzadas del Rey vieron que se enderezaban los primeros Estandartes del Inglés à aquel Lugar, dieron aviso al Duque de Vandoma, el qual con la mayor celeridad destacò al Marqués de Valdecañas con toda la Cavallería, y Granaderos ázia Torija, por si podia cortar à los Ingleses el camino, y separarlos de Starembergh. El largo espacio de las noches de Diciembre, y el ardiente zelo del Marqués, hicieron, que llegasse antes de la Aurora al Tajo, ocupasse sus Puentes, y fortificasse el Vado mas vecino à Brihuega, en la qual estaban yá cerrados los Ingleses, que por la mañana del dia 7. queriendo salir con una Partida de Cavallería à reconocer el Rio, no solo le hallaron crecido con las continuas aguas, sino tambien ocupado de los Españoles: Huvo alguna escaramuza, y se retiraron los Ingleses al Lugar, donde viendo, que no podian salir, se fortificaron con Trincherones, y cortaduras, todo quanto permitia la prisa, y la falta de instrumentos: faltabales tambien Artillería, Municiones, y Viveres, con que no podia ser larga la defensa; pero creían ser socorridos de todo su Exercito, avisando à las Tropas del centro, de donde un Regimiento marchaba separado, y dimidiando la distancia del camino, para dar á Starembergh noticias de Stanop, y á este de aquel; pero esta Partida se havia apartado del camino para robar, y havia sido hecha prisionera por Bracamonte; y assi, le era muy dificil al Inglés avisar de su peligro al General Alemán.

Antes del dia havia partido el Rey Phelipe con el Exercito, encaminandose al mismo Lugar, á larga marcha, que la aceleró, quando tuvo noticia, de que yá Valdecañas tenia bloqueada toda la Retaguardia de los Enemigos. El dia 8. llegó el Rey con su Manguardia á las doce, y luego se plantaron Cañones, aunque de Campaña, para batir el Muro. Hacia mucha impression la bala, pero no abria buena brecha, porque no podia batir la raíz del recinto, impidiendolo lo elevado del terreno, y no estaban bien assentadas las Cureñas, para ponerlas á tiro; pero era tanto el ardor de los

Es-

Españoles, cuyo Exercito, yá el dia 9. por la mañana havia llegado todo, que querian assaltar la brecha, estando aún ruda, y sin aplanar, bien que venian cansados de una continuada marcha desde Guadalaxara, que dista diez y nueve millas. El mayor fuego se enderezó contra la Puerta de San Phelipe: hacer esta pedazos fué facil, pero no el Muro, que siendo de tierra encrostada, no resistia á la bala, se abria en agujeros, pero no caía con tanta brevedad, quanta havian menester los Españoles para el assalto, porque rezelaban bolviesse atrás el Exercito enemigo. Para alcanzar estos avisos se adelantó Bracamonte, el qual por la tarde dió noticia de que yá venia con todo su Exercito Starembergh, porque havia Stanop despachado seis hombres, los mas esforzados; que passando á nado el Rio la noche del dia 7. dió cuenta de su peligro, advirtiendo, que si no estaba en todo el dia 9. socorrido, era infalible la ruína de aquella parte de Exercito, que traería infaustas consequencias para el todo; pero como yá estaban tan adelantados los Alemanes, no les alcanzó esta noticia en parage, que podian por todo el dia 9. dár la batalla á los Españoles.

Ignorando estas circunstancias el Duque de Vandoma, mandó al Conde de Aguilár, que con toda la Cavallería passasse el Rio, embarazasse el Exercito enemigo, oponiendosele, para que rezelasse entrar en el Puente, ò en el Vado vecino á Brihuega, la qual mandó el Rey atacar por la tarde, aunque no era la brecha, segun regla militar, todavia capáz de ser assaltada. Executòse por dos distintas partes, y el verdadero assalto fué por la Puerta de San Phelipe, á cargo del Marqués de Toy, de Don Pedro de Zuñiga, y de Carlos Florencio, Conde de Merodi. Otro fingia el Conde de las Torres por otra brecha, y otra Partida de Soldados sitiaba el Muro, para que nadie escapassè, á cuyo efecto estaban mil Cavallos en las vecinas alturas, y tomando el camino para el Rio. La Accion fué de las mas sangrientas de esta Guerra, porque sobre ser ruda, y alta la brecha, era preciso baxar mucho para posseer el terreno llano del Lugar; y con Defensores tan fuertes, y experimentados, era arduissima la empressa. Iba costando mucha sangre, porque los Inglešes, aunque no tenian Artillería, havian puesto

tantos embarazos en la brecha con piedras, y leños que no era pelea regular, fino muy extravagante; pero todo lo vencia el valor de los Efpañoles, que nunca fueron rechazados, aunque murieron infinitos. Governaba dentro los fuyos el General Carpentier, Inglés, con tanto brio, que fe vió muchas veces luchando con los que pretendian penetrar por todas las dificultades, guiados del Marqués de Toy, que al fubir el Muro, y apoderarfe de la Puerta de San Phelipe, recibiò en el pié una herida: otra no menos gloriofa tuvo el Marqués de Torre Mayor, Coronél del Regimiento de Segovia.

Impaciente el Conde de San Eftevan de Gormáz de eftár ociofo con las Guardias, que eftaban con la Perfona del Rey, fué voluntariamente al affalto, donde adquirió no pequeña gloria, ayudando con fu mano à los Soldados à que montaffen la brecha: y aunque cargaba fobre él una tempeftad de balas, perficionó la obra, hafta que yá todos los Regimientos entraffen por la brecha, y por la Puerta con gran intrepidéz, defpreciando tanta variedad de peligros. Aqui brillò mucho el valor de Don Pedro de Zuñiga, y el Conde de Merodi, que guiaban los Soldados à lo interior del Lugar, tan dificil como fu entrada, porque havia hecho Stanop muchos hondones, cortaduras, y empalizadas, que encadenó con vigas, y las difputaba, peleando con la mayor fortaleza por fu propria mano, y aplicando fuego à los maderos, para efto prevenidos, para que la llama, y el humo embarazaffe à los que abanzaban, fin jamás retroceder, que ni con efte ardid defmayaron, porque trepando unos con achuelas, y otros con fus bayonetas por el fuego, hacian retirar à los Defenfores. Cayó aqui fiete veces herido el Marqués de Rupelmond, que retirado al Campo, murió al otro dia. Tambien fué gravemente herido en un brazo el Duque de Prato Ameno, Siciliano.

Sin decidirfe efta difputa anocheció, y la hicieron las fombras mas cruél, porque con la noticia mas exacta del parage, fe defendian mejor los Inglefes, hafta que fe plantò el Cañon dentro de la Ciudad, y fe apartaban con la bala menuda los Defenfores, retirados yá à la Plaza del Caftillo, fiempre feguidos de los Efpañoles, à los quales guiaban con mara-

maravilloſa intrepidéz los Capitanes de las Reales Guardias, Don Gonzalo Quintana, y Don Bartholomé Urbina, que penetrados de varias heridas, cayeron glorioſamente. Los Regimientos de Guardias hicieron alli maravillas, y el de Ecija, y los Granaderos; pero no quedaron muchos: finalmente, haſta mas de dos horas de noche ſe dilató la ſangrienta lid, y pidió capitulacion Stanop, mas arrogante, que juſta, porque queria ſalir libre con ſus Soldados. El Duque de Vandoma ſe eſcandalizó mucho, y dixo, que ſe admiraba de que ſe pidieſſe eſto à un Exercito, que mandaba el Rey Catholico: que havia meneſter de aquellos priſioneros, no del Lugar; y que ſi no ſe rendian en una hora, no daría quartél. Antes de ella ſe capituló, y quedaron todos priſioneros de Guerra. El Rey, por benignidad, concedió à los Oficiales los equipages, entregando los papeles, y reſtituyendo lo que fueſſe de las Igleſias: de eſtas alhajas ſe hallaron muchas, y huvo un gran botin: ſalieron priſioneros quatro mil y ochocientos Ingleſes, con los Generales Stanop, Hil, y Carpentier. Eſte fué herido en la cara: quedaron muertos quinientos, doble numero de los Eſpañoles, y caſi otros tantos heridos. Al punto ſe embiaron los priſioneros con varias Eſcoltas, y por diſtintos Lugares ſe deſpacharon à lo interior de Caſtilla, con orden de que toda aquella noche, y al otro dia los hicieſſen marchar ſin hacer alto. Eſtos fueron los que tantos robos, y ſacrilegios cometieron en Toledo, Ciudad, que tiene à Santa Leocadia por Protectora, que ſe vengó de ellos en el miſmo dia 9. de Diciembre, en que ſe celebra ſu Fieſta. De eſta reflexion ſe reirán los Hereges. El hecho es cierto, la Providencia no tiene acaſos, ni la Divina Juſticia olvidos.

Stanop dixo, que ſe havia rendido por falta de Municiones; lo cierto es, que no ſe hallaron: algun Inglés, poco afecto à ſu Comandante, eſparció, que las havia mandado echar en un pozo, para poderſe valer de eſta eſcuſa; pero no le diſculparon los peritos en el Arte Militar, de haverſe encerrado en un Lugar tan poco fuerte, y que marchaſſe tan diſtante del centro de ſu Exercito, ſabiendo le ſeguia el de los Enemigos. En eſte error, ò negligencia tambien incurrió Staremhergh; bien que todo era efecto de la ſobervia, y confianza en el proprio valor, no perſuadiendoſe,

que se atrevian los Españoles à seguir tan immediatos. El General Alemán, y el Inglés se atribuian reciprocamente la culpa. De esto se hizo gran sentimieno en Londres, y se resolvió no embiar mas Tropas à España, y en vez de ellas, contribuir con dinero, si se proseguia la Guerra. A Stanop se le permitió despachar luego un Correo à su Corte: à él le importaba prevenir disculpas, que llegaron antes que las acusaciones de los Austriacos: y al Rey Phelipe le importaba divulgar apriessa la noticia, por si mudaban de semblante las cosas. Luego se dió aviso à París, y no lo celebró poco el Rey Christianissimo, quien con la mayor diligencia dió esta noticia al Mariscál de Tallard, que estaba todavia prisionero en Londres.

Amaneció mas alegre para los Españoles el dia 10. de Diciembre, porque yá se repetian avisos de que venia Starembergh al socorro, y creían ser vencedores, si se daba la batalla, faltandoles à los Enemigos tan gran numero de la mas escogida Infantería. Oíanse cañonazos, que mandaba Starembergh disparar, para dár aviso à Stanop, por si aún no estaba rendido. Luego puso el Duque de Vandoma su Exercito en batalla sobre una pequeña eminencia en los Campos de Villaviciosa: no era el parage muy llano, antes sí pedrajoso, y con algunas pequeñas cortaduras, y paredes rusticas de Cabañas antiguas, ò apriscos de Pastores. Guarecieronse de ellos: fué el dictamen del Conde de las Torres de poner la Infantería, porque quando viniesse con furia el Enemigo, hallasse un insuperable embarazo. Vandoma no quiso mas que poner patentes, y en abierto las Tropas, y escogió quanto era possible la parte del campo mas à proposito para la Cavallería. El ala derecha diò al Marqués de Valdecañas; la siniestra al Conde de Aguilár, y el centro al de las Torres, mientras él, corriendo por todo, daba las necessarias disposiciones: puso dos lineas de Artillería, y en un vecino Montichuelo estaba con solas sus Guardias de á Cavallo el Rey Phelipe, baxo del Cañon del Enemigo, que à medio dia se dexó vér compuesto en batalla, baxando por el opuesto Collado, al pié del qual hizo alto, porque vió un Exercito, que no esperaba, y se le figuró mayor el estár de industria estendidas con gran intervalo las lineas, de lo que

argu-

arguyó no estár empleado Destacamento alguno contra Brihuega, y que yá estaban rendidos los Ingleses, porque no se veian en ella señas de guerra, ni se oian tiros. Esto le puso en cuidado, y juntando su Consejo, determinaron no dár la batalla, sino esperar á que la noche protegiesse con sus sombras la retirada á Aragón: con todo esso puso sus Cañones á tiro, y dos Morteros, por no dár indicio de su resolucion: estos hacian grande daño, y no dexó el Rey de correr igual riesgo, como los demás; pero ni los ruegos, ni súplicas de los suyos pudieron hacerle alexar.

El Duque de Vandoma, al vér, que los Enemigos dexaban finalizar el dia, arguyó su designio, y dió señal de acometer. Hizolo primero por la derecha el Marqués de Valdecañas, contra la siniestra de los Enemigos, que governaba el General Francherbergh con sus Palatinos, la Cavallería Portuguesa, y Cathalana: el centro le regía con ocho mil escogidos Infantes Don Antonio de Villarroel: y el Señor de Bel-Castél con la Infantería Alemana, y Olandesa. La derecha el mismo Starembergh, pero muy pegada al centro: la formó entretexida en Cavallería, con muchas, aunque pequeñas lineas, haciendo frente la Cavallería mas escogida, porque tambien guardaba las Baterias, puestas con tanta felicidad, que incomodaban mucho á los Españoles, y las protegian dos Regimientos de Infantería. Toda la Cavallería de los Enemigos eran cinco mil hombres, pero los Infantes eran diez y siete mil. El Rey Catholico traía nueve mil Cavallos, (que de estos se havian destacado con Bracamonte, y Vallejo dos mil) y los Infantes eran solo diez mil; porque desde el Puente de Almaráz al dia de esta Batalla, faltaban muchos. Acometió con tanto ímpetu el Marquès de Valdecañas, que no pudiendole resistir la primer linea de la izquierda enemiga, padeció una entera derrota: cayó sobre la segunda, y aunque los Gefes se esforzaron para ponerla en orden, yá se havian dividido en pelotones las lineas, rotas ambas del brio de la Cavallería Española: Francherbergh aplicó los mayores esfuerzos para reglar los suyos; pero yá estaban bien lexos los Palatinos, y solo resistian un poco los Portugueses, y Cathalanes. Destacó Starembergh del centro algunos Regimientos para socorrerlos; pero cortados, y assal-

tados por los Españoles, fueron deshechos de forma, que no se pudieron jamás unir al centro, aunque con él hizo Villarroél dos movimientos para acercarseles; pero yá no fueron á tiempo, porque estaban enteramente derrotados con todo el cuerno izquierdo del Exercito Alemán. Los Vencedores persiguieron mas de lo justo á los Vencidos: hacian falta en el Campo, y se esforzaba en vano Valdecañas para que bolviessen á el; y por si los podia juntar para acometer al centro, los seguia, y se apartó muy distante, con gran perjuicio, porque en el centro estaba todo el peso, y el mayor ardor de la Guerra; y peleaba con tanto valor el de los Enemigos, siempre sobstenido de la Cavallería, que tenia á su derecha, que rompió, adelantando algunos passos, la primera linea del centro de los Españoles, de los quales la mitad bolvieron la espalda. Estos fueron los Regimientos nuevos, porque algunos de los veteranos, y las Guardias se apartaron por un lado á la derecha, mientras trabajaba el Conde de las Torres en bolver á juntar los que havian huído.

El Duque de Vandoma bolvió á guiar á la peléa los que havian quedado, y con ellos atacó, dando un breve gyro al centro de los Enemigos por un lado: hizole frente Bel-Castél, y se travó una cruèl disputa, porque estaban los Valones, y Guardias Españolas del Rey Phelipe corridos de parecer vencidos; y lo estuvieron en aquella parte; porque Villaroél, del que era punto de la primer linea del centro sacó un ángulo, è hizo dos frentes, con las quales rechazó á los Españoles, que por ambas le havian buelto á acometer, porque instaba con gran vigor el Conde de Aguilár, que no podia pelear contra el centro. Tan unidos los tenia Staremberg, que rechazó al Conde con toda su primer linea, y Cavallería, y le echó, si no de todo el Campo, de la mitad de él. Con esto, dexando un poco atrás su centro el Generál Alemán, le defendia mejor, y apartò enteramente á los Españoles; pero no prosiguia á ganar terreno, esperando que anocheciesse, y que con quedarse en aquel parage, decantasse la victoria. No havian las Guardias del Rey buelto jamás la espalda con algunos Regimientos, pero havian retrocedidó hasta la mitad del Campo, donde el Duque de Vando-

do-

doma ſe esforzaba à bolver á formar la primera linea del centro: ayudabale el Marqués de Toy, y fué otra vez herido, y priſionero; pero luego ſobre ſu palabra ſe le dexó en libertad. El Conde de las Torres, y otros Eſpañoles, que no eran Soldados, ſino Miniſtros, perſuadian à formar nuevamente la ſegunda linea; y lo conſiguieron en gran parte, viendo, que las Guardias havian reſtablecido la primera contra el centro; pero con los pocos paſſos, y movimientos, que el de los Enemigos havia dado, eſtaban mas moleſtados de la Artillería los que havian de acometerle. Contra ella, viendo eſto, bolvió ſus Armas con la mayor intrepidéz el Theniente General Don Joſeph de Armendariz, baxo cuya mano el Coronél Don Juan de Velaſco perfecionó la obra, y ganó la Artillería à los Enemigos, porque Armendariz ſe retiró mortalmente herido, y havia en eſte miſmo parage muerto Don Pedro Ronquillo.

Yá ſin eſte embarazo los Eſpañoles, bolvieron à la batalla con brio. Mezclóſe entre los Valones con una de ſus Vanderas el Marqués de Moya, hijo del Marqués de Villena, que no haviendo podido bolver à unir ſu Regimiento, tomó una Vandera de uno de ſus Thenientes, y ſe unió à los que combatian. Tampoco faltó à la accion el Conde de San Eſtevan de Gormáz, cuyo valor no deſcaeció en toda la ſangrienta funcion, que yá ſe havia encendido mas feróz, de genero, que ſe vieron obligados los Alemanes à formar de todas ſus Tropas una figura de puerco eſpin, y en el cabo de una linea peleaba con tanto esfuerzo Villarroél, que ſi ſe huviera podido quitar la nota de deſertor, huviera quedado glorioſo. Regía el punto céntrico de la figura Starembergh, y queriendola ſuſtentar, murió, paſſado de muchas heridas, Bel-Caſtél. Todos los Oficiales Eſpañoles, aunque faltaban ſus Regimientos, mantenian la batalla, porque no pudiendo bolver à ordenarlos, no quiſieron dexar de aſſiſtir á ella. Murió entre ellos, animandolos, el Mariſcál de Campo Don Rodrigo Corréa. Tanta fué el arte, y fortaleza de Stărembergh, que rechazó otra vez à los Eſpañoles, y ſe hizo apartar de ellos caſi à tiro de fuſil, aunque havia perdido mucha gente. No creyendo el Duque de Vandoma que bolverian á la batalla los que ſe havian apartado, la juzgò por

per-

perdida, ò por lo menos indecisa la victoria; y como yá estaba anocheciendo, suplicò al Rey, que se retirasse á Torija, lo que no quiso executar, y mas viendo, que el Conde de Aguilàr, teniendo yá reparados â los suyos, bolviò á acometer la derecha de los Enemigos con su Cavallería, â la que procuraba resistir el Conde de la Atalaya. Esto desconcertò las medidas de Starembergh; porque le obligò â mudar figura, y hacer frente â los Españoles, que corridos del passado desorden, peleaban con la mayor fortaleza, y los resistian con brio la Cavallería Alemana, y parte de la Portuguesa, aunque yá estaban cansados de lo vario, y prolixo de la Accion. Era todo el cuidado de Starembergh, que no perdiesse el centro el socorro de la Cavallería, pues por ella no havia podido aún ser vencido con tantos assaltos como dieron los Españoles; pero prevaleciendo yá en la izquierda la fortuna del Conde de Aguilár, rompiò la primera, y segunda linea de la derecha del Enemigo, de cuya derrota salvò Starembergh mil Cavallos, que puso como por Muro de su centro, que estaba aún firme, hasta que bolviendo el Marqués de Valdecañas de haver deshecho toda la izquierda enemiga, acudiendo por otra parte Don Feliciano Bracamonte, que estaba destacado con mil y doscientos Cavallos, y â rienda suelta, haviendo sido avisado de los tiros de Cañon, procurò hallarse en la batalla: atacaron el centro por distantes partes, y aún por tres, despues que llegaron tambien D. Joseph de Amezaga, y el Conde Mahoní. El General Alemán sacrificò primero los mil Cavallos, que le hacian frente: despues armò un fuerte quadrangulo, que diò tres descargas contra lá Cavallería Española, que ciegamente empeñada en vencer aquel centro, y sacar del Campo â Starembergh, se echaba sobre las Bayonetas enemigas: quedò herido en la cara Amezaga. Havia formado Bracamonte una corta linea de nueve hombres: mas la estrechò Valdecañas, porque formò una de seis, pero repetidas por todas las caras del quadrangulo, que combatia contra sola la Cavallería; porque la Infantería Española se havia apartado yá del combate, y solo permanecian en él el Conde de San Estevan de Gormáz, el Marqués de Moya, los Gefes, y Oficiales del Exercito, con trece Soldados; y aunque las Guardias del Rey no estaban lexos, las sombras

de

de la noche prohibian entrar en el Combate, tan ſumamente intrincado, que ſolo el valor, y la pericia de Guido Starembergh podia conſervar el orden, y retirarſe, ſiempre combatiendo, ayudado del Conde de la Atalaya, y mas que de todos de Don Antonio Villarroél. El primero que tuvo la gloria de acometer con ſu Cavallería el centro, fué Bracamonte; y por eſſo no queria dexar de ſer el ultimo en perſeguir al Enemigo, â quien puſo verdaderamente en confuſion Valdecañas, porque traía mayor numero de Cavallos, y Oficiales. Al fin, yá havia mas de media hora que reynaban las ſombras de la noche, y aún duraba la batalla; de la qual, y del Campo, ſe ſalió formado el Alemán con ſeis mil Infantes, que le quedaron, y ſe retiró à un vecino Boſque, donde no podia ofenderle la Cavallería enemiga, á quien ſe debió enteramente la Victoria. Quedó Valdecañas por dueño del Campo, de la Artillería, y Bagages.

El Rey Phelipe aún eſtaba en el miſmo parage, aguardando el éxito, que ignoraba todavia, haſta que fué aviſado de la Victoria, y paſſó al centro del Campo de Batalla, donde durmió aquella noche, cercado de heridos, y cadaveres, porque ſe mandó eſtuvieſſe el Exercito ſobre las Armas, ſin entrar al ſaquéo. Lo proprio hizo Starembergh, que juntó luego Conſejo de Guerra; y aunque todos los Oficiales (menos Villarroél) fueron de opinion de hacer llamada, y capitular, no quiſo, diciendo: ,, Que à obſcuras nada ſe determinaba, y que la luz moſtraría lo que ſe debia executar; ,, que ciertamente havia vencido á la Infantería Eſpañola, y ,, que no ſe podia juntar tan de mañana, que no tuvieſſe ,, tiempo de hacer ſu marcha, y tomar el camino de Aragón, ,, donde eſtaba ſeguro. Tambien juntó Conſejo el Rey Phelipe, y fué de parecer el Conde de Aguilár de deſpachar luego la Cavallería para tomar los paſſos de Aragón, y vér ſi ſe podia bloquear al Enemigo, que era infalible ſu rendicion, porque no le quedaba mucha gente. Los mas de los Eſpañoles adherian à eſte dictamen; y el Duque de Vandoma dixo: ,, Que no havia mas Exercito, que Cavallería: que ignoraba ,, quan lexos eſtaba el Enemigo, y con quanta gente: que eſta ,, baſtaba para bolverle à dár alientos á emprender otra Accion, ſi veía al Rey ſin Exercito numeroſo por la mañana,

,, y que en este caso era preciso retroceder, y no sería haver ,, ganado la batalla: que ahora estaba segura la Victoria, y ,, que el dia sería mejor Consejero para vér el estado, y para- ,, ge de los Enemigos. Este dictamen siguió el Rey; y solo destacó, aunque poco adelantado, con dos mil Cavallos, à Bracamonte, para que se acercasse quanto era possible à los Contrarios, cubriendo por defuera el Campo en que estaba el Rey, á quien sirvió esta noche de Tienda su Coche.

Esta es la celebre no esperada Batalla de Villaviciosa ganada con un tercio menos de gente, arrebatados los laureles de las sienes de un Exercito vencedor, que quatro meses antes creia haver conquistado la España. Dentro de la misma Castilla dexaron las Naciones Coligadas quanto pillage, y saquéo havian hecho de los míseros Pueblos, y de los profanados Templos, porque Don Joseph Vallejo, que estaba adelantado á las encrucijadas de los caminos con una Partida de Cavallería, cogió los Bagages de todo el Exercito, (Vandoma restituyó el suyo á Starembergh) y 3ц. prisioneros, sin los que se hicieron en el Campo, y en las cercanías de él, donde quedaron muertos 4ц. del Exercito del Rey Carlos, y 6ц. prisioneros, y se tomaron 20. Piezas de Cañon, dos Morteros, seis Timbales, y 37. Vanderas: en fin, de un Exercito de mas de 30ц. hombres quedaron seis mil.

Viendo Starembergh la mañana del dia 11. que solo estaban los 2ц. Cavallos de Bracamonte formados, y en parage donde no podian ofender su Infantería, amparado del mismo Bosque, tomó el camino de Áragón, marchando formado, hasta que subió á la Montaña, y á grandes jornadas llegó á Zaragoza, de donde, sin detenerse, passó à Barcelona, y divulgó, que havia ganado la Batalla: asi lo escribió á la Corte de Viena; pero que como havia perdido tanta gente, no se havia podido mantener en Campaña. Conocieron las Cortes Coligadas del proprio hecho lo contrario, que aunque para engañar al Pueblo celebraron la Victoria, sacaron de esto mas irrision, que aplauso. Con estas reiteradas funestas noticias, los Ingleses se confirmaron en la deliberacion de no embiar mas Tropas á España. En la Francia huvo de esto particular júbilo, y mucho mayor le tuvieron los Españoles, pues solos, y sin Tropas Auxiliares, restablecieron al

Rey

Rey en el Trono, y adquirió el Duque de Vandoma la gloria de ser llamado Reparador del Reyno. Toda la diposicion del acampamento, y marchas efectivamente fué suya, executada por los Españoles con denuedo, y fortaleza; y aunque no se debió la Victoria à la Infantería, no pudo la Veterana pelear, porque la desampararon los nuevos Regimientos. El Rey Phelipe dixo: *Havia debido la Victoria al Marqués de Valdecañas*, porque fué quien con su ala derecha atacó, y sacó à los Enemigos del Campo. No se portaron con menos valor en aquel ultimo lance el Conde de Aguilàr, el de San Estevan de Gormáz, y el Marqués de Moya su hermano, Don Feliciano Bracamonte, Don Joseph de Amezaga, Mahoní, y todos los Oficiales del Cuerpo del Exercito, que dexando sus Compañias, y Regimientos, sirvieron de Soldados, y formaron la ultima linea contra el centro. No brilló menos la vigilancia, è infatigable aplicacion de Don Joseph Vallejo. Murieron de los Españoles tres mil, y mas de mil quedaron gravemente heridos, á los quales mandó el Rey curar con la mayor atencion. Despues, á regulares marchas, passó con su Exercito à Zaragoza vencedor, donde havia quedado vencido.

Algunos creyeron, que se havia usado floxamente de la Victoria, y que si se huviesse seguido el dictamen del Conde de Aguilár, de adelantarse toda la Cavallería á cerrar los passos á Starembergh, no se huviera retirado hombre alguno á Barcelona. De esto se disculpó con bien modesta Carta el Duque de Vandoma con su Soberano, dando por razon, que no quedaba Exercito á quien fiar la Persona del Rey, si destacaba la Cavalleria, y Granaderos; y que esta sola no bastaba para vencer â Starembergh, que estaba yá abrigado del Bosque, y cubierto el camino de las montañas; y como en un dia salió de los terminos de Castilla, todo era Pais amigo: circunstancia, que hizo gloriosa la retirada de Starembergh. Nunca tuvo General alguno de Exercito mas presencia de animo en accion tan sangrienta, varia, y trágica: decian sus proprios Enemigos, que solo él podia haver sacado formada aquella gente, que salió vencida del Campo, pero no deshecha; y si huviera tenido tan fuerte Cavallería como Infantes, huviera obtenido la Victoria: dos veces vió de ella la imagen: tres re-

chazó la Infantería Española; pero desamparado de sus alas, y cargado de 8ŋ. Cavallos, resueltos á morir, ò vencer, cedió á la fortuna del Rey Phelipe, y al valor de sus Tropas.

AÑO DE M.DCCXI.

LA passada Victoria en los Campos de Villaviciosa, quanto avigoró el animo de los Españoles, consternó el de los Aliados. Yá no daba oídos á la Paz el Rey de Francia: mudado el semblante de las cosas, no se atrevian á proponerla los Olandeses. Los Ingleses la meditaban particular, á instancia del Mariscal de Tallard. El Rey Phelipe dió Quarteles á sus Tropas; pero se aplicó todo á aumentar el numero de ellas, y á reparar la pérdida de los mas esforzados, que havian muerto el año precedente, vencidos, y vencedores. No podia dár esta ociosidad á las pocas que le quedaban el Rey Carlos, porque despreciando los rigores del Invierno, proseguia en el Sitio de Girona el Duque de Noailles. Era Governador de la Plaza el Conde de Tatembach, hombre esforzado, y que no perdonaba diligencia: hizo algunas salidas con felicidad, aunque no tenia mas que dos mil hombres; pero como el Exercito de los Franceses se componia solo de 19ŋ. toda pequeña pérdida era grande, porque sobre ser Girona Plaza fuerte, la havian los Ingleses añadido algunas Fortificaciones exteriores. El mayor enemigo que los Franceses tenian era lo rigido del tiempo: veinte dias estuvieron los Soldados en las Trincheras, que estaban llenas de agua. Algunos Cabos de no vulgar experiencia en el Exercito, eran de opinion de levantar el Sitio, y permanecer en el bloquéo hasta la Primavera. El Duque de Noailles, que estaba constante en su empeño, determinó perfeccionar la obra antes que pudiesse ser la Plaza socorrida. Esto solicitaba con la mayor viveza Barcelona: haviase introducido á la desilada alguna gente antes que se perfeccionasse la linea de circunvalacion, y levantó el Principado á proprias expensas dos Regimientos, que no pudieron entrar en Girona, porque yá tenian

nian ocupados los passos los Franceses. Aplicaron el Minador al Baluarte de la Virgen, y al Muro de Santa Lucía, que volaron con felicidad la mañana del dia 23. de Enero, no solo por haver perecido parte de los Defensores, sino porque dió ocasion para el assalto. Dos veces fueron rechazados los Franceses: acudió la tercera el mismo Duque de Noailles, y de tal manera inflamó los animos con la vista, y el exemplo, que rechazó â los Enemigos hasta la interior cortadura, en las ruinas del Muro, porque los que defendian el Baluarte quedaron prisioneros.

Alojaronse los Sitiadores, y jugando solo el Cañon, quando se prevenia el dia 25. otro assalto, hizo la Plaza llamada. Ofreció el Governador entregar la Ciudad, si se le dexaban las Fortificaciones exteriores. No vino en ello el Duque de Noailles, y prosiguió la guerra. Luego bolvió à hacer señal la Plaza. Capitulóse, que si no estaba en seis dias socorrida, se entregaria, con las Fortificaciones del Condestable, la Reyna Ana, el Calvario, y los Capuchinos, saliendo la Guarnicion libre, con todos los honores Militares. No pudo el Rey Carlos socorrerla, y se cumplieron estas Capitulaciones el dia 1. de Febrero. Entró en la Ciudad el Duque de Noailles vencedor: para que recordassen los Cathalanes, publicó luego un perdon general, y restitucion de bienes, en nombre del Rey Phelipe: despreciaronle, y no le creyeron, ni podian valerse de él, teniendo en Barcelona al Rey Carlos: deseaban muchos sacarle, porque públicamente los llamaba Rebeldes Antonio de Leichtesthein; sin Rey los llamaba Starembergh, y todo era oprobrio. Este General pidió licencia al Emperador para retirarse, porque no vió forma de tener Exercito, y yá los Españoles se havian adelantado mas allá de Balaguér, y Calaf, donde tenia su Campo el Marqués de Valdecañas. Havian los Franceses tomado la Plana de Vich, Venasque, y el Valle de Arán, con que solo le quedaban al Rey Carlos Barcelona, y Tarragona. Esto hacia pensar en nuevo systéma à los Aliados, y mas viendo embarazado con los Rebeldes de Ungría al Emperador, pertinaces à los ruegos, y à las proposiciones de Ajuste. Era Cabeza de ellos el Principe Ragotzi, ayudado de los Condes Berceli, y Carolio, y mucho mas del Conde Seterasi, Governador de Casovia,

via, à quien intentó corromper con oro el Cardenál Saofeitz; pero le sostenia el Rey de Suecia, retirado al Imperio Othomano, y no sin influxo secreto del Sultán. Formaba cuerpo esta conjura; pero Carolio, cansado de los trabajos, dió oidos al Ajuste, y obligó à Ragotzi à tratar de él. Convinose en quince dias de tregua; pero propuso Articulos tan insolentes, que mandó el Emperador, que se retirasse à Viena el Conde de Locheren, que trataba el negocio. Este fué arte para no descubrirse el secreto Ajuste, que Carolio meditaba. Ragotzi bolvió á las Armas, no sin socorros de la Puerta Othomana, subministrados (decian) por el Rey de Suecia, por no violar la tregua de Carlovítz. Hacia grandes preparativos de Guerra el Othomano; y aunque publicaba, que eran contra el Moscovita, tenia en aprension à la Corte de Viena, hasta que le embió una solemne Embaxada el Turco, porque temió que se coligasse con el Emperador el Moscovita, que para este efecto havia embiado à Viena al Señor de Urbich. Con esto respiró el Cesar: contuvose neutrál, y se aplicó à socorrer à su Hermano en Barcelona, porque los Ingleses, y Olandeses, aunque le havian assegurado de su constancia en la confederacion, declararon, que no podian embiar mas gente à España, y que solo mantendrian la Guerra en Flandes.

No podia el Emperador embiar promptamente mas Tropas à Barcelona, que las que tenia en Italia. A esta la exprimia de genero, que no estaba seguro el Dominio; porque en Napoles, Milán, y Cerdeña tenia entonces mas Parciales el Rey Phelipe, que quando la posseía. Era Virrey de Napoles el Conde Carlos Borroméo, y vivia con grande recelo desde que se hizo un Processo contra el Duque de Matalón, por afecto á los Españoles. Los mismos que le absolvieron por inocente, le creian culpado; no hizo verdaderamente cosa, que mereciesse castigo, si no se imponia pena à los deseos. Por esta secreta commocion de animos no se pudo destacar gente de Napoles. De Milán no la dexaba sacar el Duque de Saboya, quexoso del Emperador, porque no se le havia dado del Ducado de Milán quanto le havian ofrecido; y su Ministro en Viena, el Conde de Melarede, instaba por el Vigebenasco. El Emperador le prometia esperanza, porque queria inducir al Duque à que atacasse

el

el Delphinado; con esto se distraía el poder de los Franceses, que hacian grandes preparativos en la Alsacia. Temió el Duque de Uvirtembergh fuessen el primer objeto del furor sus Estados, y amenazó à los Austriacos con la neutralidad, si no embiaban mas Tropas al Rhin. Havia tambien el Cesar de juntar el Exercito de la neutralidad de Germania, porque la Liga de los tres Federicos, contra el Reyno de Suecia, y el empeño del Moscovita, no traxesse la Guerra à Germania, y sacassen estos Principes las Tropas que havian dado à los Coligados. El arte, y el poder del Cesar lo componia todo. Era despotico en Germania, pero no podia sacar dinero: este le contribuía por dura necessidad la Italia; por esso vendió en baxo precio el Ducado de Mirandula al Duque de Modena, contra la sentencia dada en Ratisbona, que privaba á la Casa Pico solo del usufruto de su Estado.

La Francia, à quien salieron vanas todas las idéas de turbar la Germania, hizo entender los mayores esfuerzos de Guerra, porque deseaba la Paz. Mantenia cinco Exercitos; uno en Alsacia, mandado por el Duque de Arcourt; otro en la Mosa, por el Duque de Baviera; otro en la Esquelda, por el de Villars; otro en la Saboya, por el de Bervich; y otro en el Rosellón, por el de Noailles, sin las Tropas que tenia en la Guienna, y en Pamplona: tambien mandó armar en Brest, y Tolón varias Esquadras: esto verdaderamente era rumor con que queria dispertar à los Ingleses, y Olandeses, para que hiciessen grandes gastos en Armadas Navales, porque la Francia no tenia intencion de sacar un Navío. Ordenó trabajar un nuevo equipage para el Rey Jacobo, con aparatos de embarcarse, para inquietar mas à la Inglaterra, que desde las ultimas Victorias de España estaba vacilando en la confederacion, è iba descaeciendo el Partido de los Vigsts, desde que la Reyna privó del Oficio de Camarera Mayor à la Duquesa de Malburch, y se le dió à la de Somerset.

De esta general confusion de las Cortes enemigas no se supo aprovechar bien la España, por la civil discordia del Aula. Havian buelto à Madrid los Tribunales, que estaban en Vitoria, y la Reyna passó à Zaragoza, donde la Princesa Ursini, queriendose introducir, aun en las disposiciones

de

de la Guerra, lo confundia todo, porque no le era grato el dictamen de quien no le prestaba ciega adoracion. Despues de haver tomado à Girona, baxó el Duque de Noailles à ver al Rey Phelipe, y à reglar las disposiciones de la Campaña: no convenia su dictamen con el del Duque de Vandoma; y esto retardaba las resoluciones, y el haver gravemente enfermado la Reyna, no sin sospechas de ethiquéz. En esta ocasion divulgaron los èmulos del Conde de Aguilár, que havia hablado con poca reverencia, y amor ázia su Persona, lo que le hizo caer de la gracia, como despues verémos. Buelto à Madrid Don Francisco Ronquillo, desterró á quantos alli se havian quedado, y besado la mano al Rey Carlos. Sacó de los Reynos, que el Rey Catholico posseía, à las Mugeres de los que havian seguido al Austriaco Principe, y entre ellas á la Condesa de Palma. El Consejo Real consultó al Rey el perdonar á los plebeyos, y hombres de baxa esphera, que havian seguido el contrario Partido, estando aquel Principe en Madrid: esta, sobre ser clemencia, era justicia; porque haviendo prestado obediencia al Magistrado, que representa el Cuerpo de la Ciudad, ò Villa, son licitos los obsequios, y aun precisos á qualquier particular. Pretendia el Rey Phelipe, que baxasse el Exercito del Duque de Noailles à juntarse con el suyo; pero descompuso todas las medidas la muerte de Luis de Borbón, Delphin de Francia, su Padre, sucedida en 14. de Abril, de enfermedad de viruelas, que en vez de manifestarse con saludable expulsion, retrocedieron al centro. El Rey Christianissimo llevó esta fatalidad con la mas heroyca constancia, y escrivió al Rey Phelipe una Carta como consolatoria, y que no le haria falta su Padre para mirar por sus interesses. No tuvieron tiempo las Cortes Enemigas de fundar nuevas esperanzas por este accidente, porque dos dias despues murió en Viena, de la misma enfermedad, y con los proprios symptomas, el Emperador Joseph, de edad de 33. años. Esto varió enteramente el systéma del Mundo, porque faltaba el alma de la Guerra; y aunque le quedaba en el Rey Carlos á la Casa de Austria Successor, si lo havia de ser tambien de la Imperial Diadema, no podia ser Rey de España; porque sobre ser dificil acudir á todo, no querian los Ingleses, y Olandeses acumular tantos Reynos. Sus interef-

les de Religion no podian hacer los possibles esfuerzos para que fuesse elegido por Emperador; porque havian casi expelido los Hereges, que pretendian en esta Eleccion la alternativa; pero como era contra las Leyes del Imperio, y los Electores Catholicos estaban por el Rey Carlos, no querian mover en Alemania una guerra mas sangrienta, y civil; y assi, abrazaron los de la Liga la idéa de elevar al Sólio Imperial al Rey Carlos, que por Testamento de sus mayores, y del Emperador Joseph, quedaba dueño de los Estados hereditarios.

En la apariencia favorecia el Rey de Francia al Duque de Baviera, y añadió Tropas al Exercito de la Alsacia para proteger sus derechos, y los del Arzobispo de Colonia, à los quales el Colegio de los Electores havia excluído; y assi, no solo no havian sido convocados para el Congresso, que como Chancillér del Imperio publicó el Elector de Maguncia; sino que permanecia la sentencia dada contra ambos Electores, à los quales no querian aora admitir, por no turbar la tranquilidad de la Eleccion, pues todos estaban concordes en que recayesse la Corona en el Rey Carlos. No deseaban otra cosa el Rey de Francia, y el de España, porque este era el camino mas facil para la Paz; y como quiera que saliesse de España este Principe, la recobraba sin dificultad toda el Rey Phelipe, y quitaba à sus rebeldes la esperanza de mantenerse en aquel Dominio. No aborrecian este pretexto para salir del empeño los Ingleses, y Olandeses; y assi, todos concurrieron à bolver à entronizar la Casa de Austria. La Emperatriz Leonora, Madre del Rey Carlos, deseaba ardientemente sacarle de España, para que gozasse un Trono mas tranquilo; y aunque se havia embiado con la noticia de la muerte del Emperador à Barcelona al Conde de Rofrano, bolvió la Emperatriz à embiar al Conde de Molano, su Cavallerizo Mayor, para persuadir al Rey, que passasse luego à Alemania, porque assi lo pedian mas relevantes interesses, que los que tenia en la España, y querian los Electores verle en Viena, porque recelaban dilatada su ausencia, y con ella nunca perfecta quietud; pues aunque, sin contradiccion, le havian yá reconocido los Reynos de Bohemia, y Ungría, y estaban yá desalentados los Rebeldes, despues que por arte del Conde

Palphi se cometió à la clemencia del Cesar el Conde Carolio, hacia grandes esfuerzos Ragotzi, para que el Sultán se valiesse de este interregno, y atizaba el fuego el Rey de Suecia desde B nder, por si en la confusion podia adelantar la pretension del Duque de Baviera, de cuya Casa era descendiente.

Sentia mucho el Rey Carlos dexar à Barcelona, porque veía claramente, que no sería con esto Rey de España, cuyo Trono deseaba tanto. No tenia Tropas para mantenerse en Cathaluña, y eran tales las quexas de los Cathalanes, de que los desamparasse, que padecia su agradecimiento en ellas, y ofrecian sus Ministros cosas, que jamás podian cumplir. Yá decian, que quedaria el Principado de Cathaluña agregado á los Estados Hereditarios de la Casa de Austria; y yá, que se interpondria fuertemente, quando fuesse elegido por Emperador, para que los Coligados obligassen al Rey Phelipe á dexarle Republica; y siendo esto tan impracticable, havia Cathalanes, que lo creian, aun viendo al Exercito del Rey Phelipe yá dueño de todo el País, desde Cerbera á Aragón, de toda la Ribagoria, y de las mejores Plazas, excepto Tarragona: Faltabanle muchas disposiciones, Viveres, y medios para emprehender el Sitio de Barcelona. No les pareció á los Españoles tiempo oportuno, porque precisamente se havia de ir á Alemania el Rey Carlos, y esta era la mejor ocasion. Tenia en su Exercito el Rey Phelipe doce mil Franceses ociosos, porque el Duque de Vandoma, ni tenia que hacer en Cathaluña, ni los queria distraer contra Portugal; y con todo esso los dexaba alli el Rey Christianissimo, porque no creyesse el Catholico, que la muerte del Delphin ocasionaba esta tibieza: mas le huviera aprovechado tenerlos en la Alsacia, ò Flandes; porque los Enemigos, aun despues de la muerte del Emperador Joseph, proseguian con los mayores esfuerzos, por no perder lo gastado, y perficionar su idéa. Estaba el Mariscál de Villars acampado en Flandes, desde Oysio á Arrás, y los Aliados entre la Esquelda, y Scarpa: havian echado varios Puentes al Rio Crinchon, no porque corre furioso, sino porque tiene obscuros, y llenos de arenas los vados; tambien hicieron otros entre Biaoh, y Arrás, por lo cenagoso, y pantanoso del terreno. Los Franceses con las sombras de la noche quisieron atacar la derecha de los Enemigos, que ocupaban

á

à Magni; pero no lograron mas que derrotar la Gran Guardia, y matar las Centinelas. Despues sorprendieron el Castillo de Harlech, cortaron los Diques del Rio Lis, y cegaron el Canál: esto embarazaba el transporte de Viveres al Exercito Enemigo, pero acudió el Principe de Holsteimbech, è hizo apartar à los Franceses hasta Reuselario.

La falta de Forrages obligó à los Olandeses à passar la Scarpa, y acercarse à Lentz; los Franceses á Arrás, entre Vilers, y Brulain: en vano intentaron sorprehender á Vimi; acamparonse en Arleux, è inquietaban á Duay, hasta que las Partidas, que corrian aquella Campaña, fueron rechazadas del Principe de Hessecasèl, destacado con siete mil hombres: Por esso pusieron los Aliados al General Hompesch, con diez Batallones, y doce Esquadrones, entre Duay, y Ferin. Este Cuerpo de Tropas fué improvisamente atacado del Conde de Gasion, Francés, con treinta Esquadrones, y enteramente deshecho: pocos se salvaron en Duay, porque para no ser socorrido de lo restante del Exercito, acometió á un mismo tiempo por la noche el Conde de Broglio à la derecha de los Enemigos, mató à las Centinelas, y acudiò allá la fuerza de las Tropas, mientras Gasion derrotò á Hompesch. El Exercito de los Aliados en Flandes estaba solo á cargo del Duque de Malburgh, porque havia partido para el Rhin el Principe Eugenio, y se havia anegado el Principe Nassao en Moerdich, passando á la Haya, por la contienda vertida entre él, y el Rey de Prusia, por la herencia del Rey Guillelmo. No gustaban los Olandeses del arrojo de Malburgh, porque yá veían que hacian en vano la guerra, y que el sacar de la España al Rey Phelipe, se havia echo un moral impossible: inspiraban remisos los alientos, y no querian aventurarse â una Batalla. Puso su Campo el Inglés en Betunes, y el Francés en Hesdin: fortificaron los Ingleses el mismo parage en que Hompesch fué vencido; pero el Señor de Montesquiu atacò la linea, y la rompiò, con muerte de seiscientos Olandeses: saliò â socorrerlos Hompesch desde Duay, y no pudo llegar, porque se lo embarazó el Conde de Cogny, que hacia espaldas â Montesquiu; ni tampoco llegò â tiempo el General Faggèl, destacado de Malburgh, porque yá estaban los suyos dos veces en un mismo Campo vencidos: creyendo hallar

llar desprevenido à Villars, puso Malburgh en Betunes los Bagages, y en una noche, dexando à Corte, marchò dos leguas: passò la Esquelda con ocho Puentes, entre Cambray, y Bouchain, para darle la Batalla; pero hallandole, al amanecer, formado, mudó de intento, y retrocedió. Villars picò la Retaguardia: bolvió esta la cara; y como queria pelear, retrocediendo, fué derrotada: murieron de ella dos mil: igual numero quedó de prisioneros, sin los que se anegaron en el Rio. Enfurecido Malburgh con estos malos sucessos, aunque no de gran consequencia, tomó de repente los puestos para el Sitio de Bouchain. A 22. de Agosto se abriò la Trinchera, y nada huvo de particular en este Sitio: cumplió con su obligacion el Governador, y el Presidio; pero ganó la Plaza el Inglés: con esto se acabó en Flandes la Campaña, y por el mes de Septiembre se dieron Quarteles de Invierno por una, y otra parte à las Tropas.

Tampoco huvo en el Rhin cosa remarcable. No queria empeñarse por el Bávaro à todo el dispendio el Francés en la Eleccion de Emperador; pues los mas de los Electores confirmaban la sentencia, dada en Ratisbona. Havianse juntado en Francfort los Diputados de los Electores; y aunque estaban à favor del Duque de Baviera, y de su hermano, el Rey de Prusia, y el Duque de Saxonia, para admitirlos al Congresso, votaron en contra el Palatino, el Duque de Hannovér, el Rey de Bohemia Carlos de Austria, y los Electores Eclesiasticos, el Maguntino, y el Treveriense; y assi proseguian las Sessiones, y se llamaba con instancia al Rey Carlos, quien con repugnancia grande saliò de Barcelona, embarcado en la Armada Inglesa, que mandaba el Almirante Norris, à 27. de Septiembre. Mucho sintieron los Cathalanes esta ausencia, aunque les dulzó lo amargo con nuevos Privilegios, en que los preferia à Castilla: todo era engañarse el Rey Carlos à sí mismo, engañar à los Cathalanes, que para Procuradores, ò Agentes de la Provincia, embiaron con el Rey al Conde Savallá, y à Pinos, porque les havia hecho grandes ofrecimientos de nunca olvidarlos, y les dexaba por mayor consuelo à la Reyna Isabel, que quedó por Governadora de Cathaluña, y de los Reynos de Italia. El mismo dia 12. de Octubre, que en Francfort fué elegido el Rey Carlos

por

por Emperador, llegó à las Costas de Genova, dió fondo en Vado, y no quiso entrar en la Ciudad, ò en el Arrabál de San Pedro de Arenas, hasta que los Genoveses le reconociessen por Rey de España: esto era arduo, y monstruoso; porque yá la havia dexado, y en ella no posseía mas que una pequeña parte de Cathaluña; pero para deprimir mas à los Principes de Italia, los obligó à esto. Dos dias estuvo en Vado, mientras lo resolvia aqui en el Consejo de los Doscientos tan grave punto, que quedó indeciso por entonces: por el Marqués de Monte-Leon, Ministro del Rey Catholico, hacia los mayores esfuerzos para que no fuesse reconocido como tal el Rey Carlos, que picado de esta repugnancia, sin admitir el obsequio de seis Galeras, que à Vado le embió la Republica, para que con comodidad desembarcasse en San Pedro de Arenas, no admitió el prevenido hospedage: Luego que desembarcó, passó corriendo la posta à Milán, sin detenerse en los Estados de la Republica, la qual, obligada de las amenazas, embiò allá sus Diputados para el reconocimiento. Lo proprio hicieron la Republica de Venecia, el Duque de Toscana, y el Duque de Parma, que todavia se mantenian en el primer reconocimiento hecho al Rey Phelipe. El Duque de Uceda, que aún estaba en Genova, resistiendo el precepto del Rey Catholico, de que passasse à España, fué con su hijo Don Melchor Pacheco à prestar la obediencia al Rey Carlos en Vado, y le entregó los papeles secretos, que tenia de su Oficio, de todo el tiempo que havia servido al Rey Phelipe: reveló las inteligencias, que se tenian en Napoles, y Cerdeña, y vengandose en sí mismo, puso este borrón à su nombre: daba para esto insubstanciales pretextos; y los principales eran, haver muerto en París prisioneros el Marqués de Leganés, y en el Castillo de Pamplona el Duque de Medina-Cœli; y que, si iba à España, le sucederia lo proprio: todas eran redarguciones de su conciencia; pero lo cierto es, que havian muerto aquellos dos prisioneros sin difinirse su Causa, por politica, y benignidad del Rey Phelipe, que solo sacó la depresion de estos dos Magnates, sin confiscacion de bienes, porque à Medina-Cœli le heredò el Marqués de Priego su Sobrino; y al de Leganés el Conde de Altamira.

Indignado el Rey Phelipe del nuevo reconocimiento de los

los Principes de Italia al Emperador, como Rey de España, mandó salir de su Corte al Marqués Joseph Casale, Embiado de Parma, al Barón Nerón del Nero de Toscana, y à los Secretarios de Venecia, y Genova, (que à este tiempo no tenian alli Ministro con caracter) y de esta llamó à la Corte al Marqués de Monte-Leon, su Embiado Extraordinario, y con particular Decreto prohibió el comercio activo, y passivo de sus Reynos con los Estados de la Republica de Genova. Los dos Embiados del Gran Duque, y Parma, se entretuvieron en Madrid, aunque sin caracter, con licencia del Rey, y mas tiempo se detuvo el de Toscana. Ocioso havia estado en la Raya de los Alpes el Exercito Francés; no pudo el Emperador mover las Armas del Duque de Saboya, para atacar el Delphinado, porque no ignoraba las favorables disposiciones, que havia en Inglaterra para la paz. El Abad Gautier, y el Mariscal de Tallard la instaban incessantemente; y al fin, dió orden para ella la Reyna Ana, y se cometiò el Tratado en Londres à los Duques de Amiltòn, y Buchingaam, à los Condes de Bullimbroch, Preterbourgh, y Stafort. En París al Marqués de Torsi, al Mariscál de Uxelles, al Abad Poliñac, al Señor de Maren, y al Señor de Voisin; y por las cosas del Comercio nombraron à los Señores Brior, y Menger. Este Tratado le fomentaron los émulos de Malburgh, para quitarle la authoridad, que le daban las Armas. Se tuvo por cierto, que no pudiendo mantenerse de otra forma, sino con la Guerra, diò noticia de este Tratado al Emperador, à los Principes de Alemania, y à los Olandeses; y aun decian sus Enemigos, que havia ofrecido el Exercito al Duque de Hannovèr, para que turbasse esta Paz, y echase del Trono à la Reyna, el qual no quiso dár oídos à tan alto crimen, porque aventuraba la sucession. No estaban los Uvitz yá en Inglaterra tan poderosos, porque los Toris se havian levantado con el favor de la Reyna, y ocupaban los primeros empleos; y tantos votos tenian yá en el Parlamento, que vencieron la proposicion de que se debia hacer la Paz, y se dió entera autoridad à la Reyna para tratarla. Estaba yá esta adelantada secretamente, y firmados con la Francia los Preliminares. (se duda, si con noticia de la España, que era la que mas perdia en este Tratado) El Rey Catholico havia dado à su Abuelo amplios Pode-
res

tes para hacerla, porque no se podia resistir à la eficáz voluntad de la Francia, y de la Inglaterra, que la querian, siempre con la suposicion, de que le havia de quedar el Continente de España, y las Indias.

A este tiempo passó el Conde de Bergueich á Madrid, y aunque se creyò, que era por negocios de esta Paz, fué para arreglar el Real Erario, y las provisiones para el Exercito. Era á este tiempo Presidente de Hacienda Don Juan del Rio, Marqués de Campo Florido, y llevando mal la subordinacion de Bergueich, hizo dexacion del empléo. Hallòse este embarazado, porque sembraban los Españoles de dificultades los negocios, que por su mano corrian; y no haviendo medios para salir á Campaña el Exercito, porque los Banqueros se retiraron de los assientos, todo el arbitrio que diò, fué imponer un doblon por cabeza á toda la España. Este tributo, que parecia ligero, era gravissimo, porque á mas de las rentas ordinarias que se pagaban al Rey, no todos podian pagar un doblon con la promptitud, que Bergueich le queria. Al fin, assignando esta nueva contribucion, se tuvo dinero, y provisiones para empezar la Campaña; y mientras no passó al Exercito el Duque de Vandoma, mandaba las Tropas el Marqués de Valdecañas, que estaba acampado entre Tarraga, y Cerbera: Starembergh puso el Campo entre Igualada, Toux, y Santa Coloma, atrincherado, porque tenia poca gente. El Principado no assistia con tanto dinero como antes, ni tenian los Alemanes tanta tierra, y assi estaba el Exercito corto de medios, y en terreno seco, que fué preciso sacar pozos para beber. En el Exercito del Rey Phelipe, que mandaba el Duque de Vandoma, no se caminaba con la mayor uniformidad; porque el Marqués de Valdecañas, y el Conde de Aguilár llevaban mal las precipitadas resoluciones del General Francés. Hizose Consejo de Guerra sobre la primera Expedicion, y fue de parecer el Conde de Aguilár, con los Cabos Españoles, el sitiar à Cardona, y entre ella, y el Exercito enemigo interponer las Tropas del Rey. No dissentia de este dictamen Valdecañas, pero lo proferia con modestia, ò porque tenia el gènio mas blando, que el Conde de Aguilár, ò porque no ignoraba, que era de contrario parecer el Duque de Vandoma, que havia determinado ocupar

á

á Pratz del Rey, Lugar inutil, y murado de ladrillo crudo. Esta disputa, sostenida con tesòn por el Conde, ofendiò al Duque, que si no profiriò palabras injuriosas, el modo significaba desprecio: de esto quedò picado Aguilár, y se fundò una discordia perjudicial á los intereses del Rey, inflamada de hombres chismosos, y entre ellos de un Clerigo Parmesano, llamado Julio Alberoni, muy insinuado en la gracia del Duque, á quien servia como de Capellan, desde quando aquel mandò las Armas en Lombardía, introducido por práctico de la Lengua Francesa, y havia ido algunas veces â hablar al Duque, en nombre del Obispo del Burgo de San Donino, para aliviar las contribuciones del País. Con alguna libertad en el hablar, y tener la conversacion festiva, diò en el gènio del Duque, â quien enteramente en muchas cosas mandaba. Esta, como digression, nos ha parecido necessaria para dár noticia de este hombre, que construyendo su fortuna de acasos, aunque nacido en los baxos pañales de ser hijo de un Hortelano, hizo no poca figura en el Theatro de España.

A 16. de Septiembre partiò el Duque de Vandoma para Pratz del Rey. Los Alemanes pusieron en las sendas mas estrechas alguna Cavallería escogida, para embarazar la marcha. Vencieron los Españoles esta corta dificultad. Starembergh se retirò á Pratz del Rey: algunas Tropas dexò fuera del Muro, en la misma orilla del Rio: otras puso adentro del recinto, y lo restante de el Exercito detrás de la Villa, en un sitio aspero, á quien hacia mas escabroso la multitud de peñascos, el qual insensiblemente se levantaba â rematar en un Montichuelo inculto, que tenia â la derecha una poca de llanura, embarazada de Fossos, y collados, donde no podia pelear la Cavallería, y por esso le escogiò Starembergh, porque no tenia mucha. Los Españoles estendieron el ala izquierda del Exercito mas allá de la Villa, como en semicirculo: batian al Muro, y á las Tropas que estaban fuera de èl, que desampararon la llanura que possèian por el ala izquierda, y el Rio. Starembergh tomò la altura del Monte, y tenia á su disposicion una de las Puertas de la Villa, por donde le entraban socorros, mientras huvo gente. Luego la desampararon, sacando sus bienes los Moradores, y quedò el Lugar convertido

ſido en un monton de polvo, y ceniza, riyendoſe Starembergh, de que empleaſſen los Eſpañoles ſangre, tiempo, y dinero en una empreſſa inutil, à la qual fué preciſo bolver las eſpaldas; pero el Duque de Vandoma, que obraba yá ſin conſejo alguno, uſando de un pernicioſo deſpotiſmo, y no pudiendo obligar à Starembergh à una Batalla, atrincherado en aquel Monte con ſolos doce mil hombres, reſolvió tarde el Sitio de Cardona.

No eran yá de eſta opinion Valdecañas, y Aguilár; y eſte ultimo mas impaciente de vér coſas fuera de toda regla de Guerra, pidió al Rey licencia para dexar el Campo: no ſe le reſpondió; y poco poderoſo contra sí miſmo, bolvió à eſcrivir en tono de picado, è hizo dexacion de los empleos que tenia. Era Capitan de una de las Compañias de Guardias de à Cavallo, y el mas antiguo Director General de la Infantería, y Chancillér del Conſejo de Ordenes. De todos los empleos le admitió el Rey luego la dexacion, y ſe proveyeron en otros: llegó à la Corte, y aunque le permitieron los Reyes el favor de dexarſe obſequiar, ſe le inſinuó, que ſalieſſe de Madrid. Aſſi ſe inutilizó à los fines de eſta Guerra un General de los mas habiles, y experimentados. Sintiò el Rey verſe obligado à perderle; pero hizo juſticia, para que ningun Vaſſallo preſuma ſer à ſu Soberano neceſſario. Conocia el Rey algunas tropelías de Vandoma; pero no queria diſguſtarle: Havia embiado eſte Ingenieros Franceſes, y Oficiales à reconocer la Plaza, y el Sitio, y con militar arrogancia le pintaron llana la Expedicion; fueſſe eſto ignorancia, ò adularle.

A 15. de Noviembre partió à Cardona el Conde de Muret con buenas Tropas; fueron todos los Franceſes, y algunos Regimientos Eſpañoles. Sobre ſer el lugar aſpero, tiene la Ciudad un Caſtillo pueſto en una gran eminencia. La Guarnicion era eſcogida, y baſtante, é inquietaban à los Sitiadores tres mil Cavallos Cathalanes, que obligó à hacer linea de contravalacion. Deſpues de abierta la brecha, ſe diò el aſſalto à la Ciudad; governaba la derecha el Conde de Suderſon: la izquierda el de Melún; y el Marqués de Arpayou el centro: fué ſangrienta la diſputa, vencieron los Sitiadores, pero nada ganaron con la Ciudad, porque lo dificil era el Caſtillo, à donde ſe retiró la Guarnicion, y contra quien no

eran faciles las baterías, por lo empinado del ſitio, y las que ſe puſieron eſtuvieron erradas, porque batian lo mas fuerte, contra el parecer del Marqués de Valdecañas. El dia 30. de Noviembre ſe le diò un aſſalto antes de amanecer: alojaronſe en la miſma brecha los Franceſes; pero yá abierto el dia, fueron atacados por la Guarnicion, y echados del lugar que poſſeían. Havia yá paſſado à empeño el Sitio, y el Conde de Muret mandó minar el Caſtillo, con poco, ò ningun efecto, porque no podia llegar en lo riguroſo del Invierno à abrir el Monte de genero, que cayeſſen las Fortificaciones mas neceſſarias. Staremberg fué al ſocorro de la Plaza, donde quiſo introducir mil hombres. Atacó tres veces uno de los Quarteles de los Sitiadores, y quedò rechazado. Moſtraron el mayor brio los Franceſes, obſtinados, no ſolo en defenderſe de los Alemanes, ſino tambien en tomar el Caſtillo: brilló entre todos el valor del Conde de Melún. En el ultimo aſſalto del Puente de Corminas, viendo que perſiſtia Staremberg, echando mas gente, deſtacó mil hombres por las alturas para encerrar á los Enemigos: deſiſtieron entonces de la empreſſa los Alemanes, pero ſe quedaron á viſta de la Plaza. Viendo Staremberg, que dos veces no havia podido introducir ſocorro, tentò otra vez atacar la linea: acudió á ella todo el Exercito de los Sitiadores; pero era yá tarde, porque la havian roto los Alemanes, deſpues de una ſangrienta diſputa, con la gente que aquel parage guardaba. Muriò alli valeroſamente peleando el Conde de Melún: haviendo perdido mucha gente, gran parte del Bagage, y la Artillería, ſe retiró el Conde de Muret.

Aſſi libró Guido Staremberg á Cardona, aplicando tanto esfuerzo, para deſpicarſe de la vana ſorpreſſa, que havia intentado de Tortoſa, contra quien embiò al General Veſſel, y en una noche obſcura atacò una Torre, que eſtá junto al Baluarte de San Juan. El rumor aviſó á las Centinelas, y tomò las Armas el Preſidio: acudiò medio veſtido el Governador Conde de Glimes: ſubvertieronſe las eſcalas; pero los Alemanes, cortando la Puerta del reducto del Baluarte de San Juan, ocuparon la vecina media Luna, que no tenia Guarnicion. Todo eſto era fuera de la Plaza, y por eſſo los Enemigos intentaron tomar las Fortificaciones, que mè-

medìan entre ella, y el Rio: esto lo embarazó el Baluarte de enfrente, cargado á bala menuda. Amaneciò, y con Arietes quisieron los Alemanes romper las Puertas de San Juan, y la que llaman Templense; pero lo prohibia el fuego de la Plaza. Dificilmente se podia estár en el Muro, por la fusilería enemiga; pero cumpliendo con su obligacion, assistia donde ardia mas el fuego de la Guerra el Conde de Glimes, que sacó muchas veces el pecho fuera de la Muralla. No obstentaron menos valor el Ingeniero Tanuil, y Don Eugenio Zabalza, Coronél del Regimiento de Pamplona, con los demás Regimientos, el de Sevilla, Murcia, y Palencia. Desesperados los Alemanes de salir con el intento, bolvieron precipitadamente la espalda; y como estaba poco distante de la Ciudad el Coronél Don Francisco Bustamante, avisado de la Artillería, llegó con su gente á la Plaza, á tiempo que pudo perseguir á los Enemigos, castigando la arrogancia de una empressa muy dificil, fiada al descuido, que creían en los Españoles. Con tal precipitacion se retirò Vessel, que se olvidò de haver dexado en la media Luna, y reducto de San Juan 400. hombres, que quedaron prisioneros. Se creyò haver avisado el Rey á la Plaza este designio, revelado por un traydor al Principe, á quien servia.

Yá veían los Cathalanes, que declinaba su fortuna, y assi estaba poco obedecida la Emperatríz en Barcelona. Este desorden le aumentaba el penetrarse yá los Preliminares de la Paz, ajustados entre la Francia, y la Inglaterra. Era la suma de ellos: „ Que se darian al Emperador Napoles, Milán, y Cerdeña; á los Olandeses la Alta Gueldria, y una „ Barrera conveniente en Flandes; á los Ingleses la Plaza de „ Gibraltár, y la Isla de Menorca, con Puerto Mahón; y al „ Rey Phelipe el Continente de España, con Mallorca, Indias, y Canarias. Sicilia, y Flandes quedaron en suspension: de aquella se reservaron disponer los Ingleses, porque meditaban darla al Duque de Saboya, para que restituyesse la parte que tenia del Ducado de Milán. La Flandes la havia cedido el Rey Catholico al Duque de Baviera, menos el Condado de la Provincia de Luxembourgh, que le havia dado en Soberanía á la Princesa Ursini, queriendo, despues de esto, que en su Corte se le diesse el titulo de Alteza; pero

como no lo havia mandado con expresso Decreto, se negaron muchos Magnates á este obsequio.

Tenia grandes contradiciones la Reyna Ana para la Paz en el Parlamento, entonces compuesto la mayor parte de Vvigsts. Se quexaban agriamente los Ministros de los Principes. El Conde de Gallasch, que lo era del Emperador, hablaba con tanta insolencia, que fué echado de Inglaterra. Vino el Señor de Buis por los Olandeses: tuvo mas modestia, pero no menor desgracia en su comission, porque la Reyna, empeñada en la Paz, estaba posseida de la faccion de los Toris, y nombró por Plenipotenciarios al Obispo de Bristól, al Conde de Stafort, y à Brior; la Francia al Abad de Polignac, al Mariscál de Uxelles, y à Menager. Haviendo consentido en ella el Rey Phelipe, nombró tambien los suyos; al Duque de Ossuna, al Conde de Bergueich, y al Marqués de Monteleon. Esto consternò à los Olandeses, y Alemanes; aquellos, porque recibian la ley, quando presumian darla; y estos, porque se havian de contentar con Napoles, y Milán, haviendo hecho tantos años la Guerra por toda la Monarquia de España.

Havia escrito desde Milán una Carta bien resentida el Emperador; y se declaró, que baxo de aquellos Preliminares, nunca vendria en la Paz. Esto no fué de embarazo para que la Reyna, de acuerdo con el Rey Christianissimo, prosiguiessen su Tratado, y se propusieron à los Olandeses quatro Lugares para el Congresso, Nimega, Lieja, Aquisgrân, y Utrech: este ultimo fué el elegido. No se havia en los Preliminares nombrado al Ley de Portugál; y aunque este havia ganado à Miranda de Duero, por mal defendida de su Governador, tratò secretamente su Paz con el Rey Phelipe. Estaba el Tratado en buena disposicion; pero le turbaron los Inglefes, con palabra, que al Rey de Portugál dieron, de incluirlos en la suya, que no estaba lexos; por esso en Estremadura huvo solo hostilidades de saquéos reciprocamente: pero no Guerra.

Mandaba el Conde de Mascareñas el Exercito del Rey Don Juan, y el Marqués de Bay el del Rey Phelipe. Avistaronse, compuestos en Batalla, en las orillas de el Río Çaya; pero tenia orden el General Mascareñas de rehusarla quanto fuef-

fuesse possible; porque yá estaban los Portugueses cansados de la Guerra: no havian sacado de ella fruto alguno, sino malogro de dinero; y conocian, que quando querian los Ingleses hacer la Paz, despreciaban los interesses del Rey Don Juan: estaba por el Emperador la Reyna de Portugal su hermana, y el P. Alvaro Cienfuegos, su Ministro en Lisboa, persuadiendo la continuacion de la Guerra; pero el Duque de Cadavál, adverso à ella, que era el Autor de la Paz, mantuvo al Rey en su resolucion.

No persuadido aún el Cesar de que le desamparassen sus Aliados, aplicaba los medios possibles para turbar la Paz; y dispuso, que el Duque de Hannovèr embiasse à Londres al Barón de Bothmar para este efecto. Hizo por escrito una representacion à la Reyna Ana el dia 9. de Diciembre, que entregó al Sr. de S. Juan, Secretario del Despacho. Su contenido era, la mala fee con que solian obrar los Franceses, y que nada havian de cumplir de lo que ofrecian: ponderaba, que no se les observaria el pacto del Comercio en las Indias, porque reynando los Borbones en ellas, y en España, sería la negociacion de los Franceses. La Reyna diò noticia de todo al Parlamento; bolvióse à dividir en pareceres, y aun se llegó à dudar, si tenia autoridad la Reyna para hacer la Paz sin consentimiento de las dos Camaras Alta, y Baxa. El Conde de Notingan era el mas acerrimo defensor de la Guerra, y tuvo algunos opositores. Por 166. votos fué reprobado del Parlamento la Paz: pocos la quedaron á la Reyna, porque todo él no constaba mas que de 232. pero creò Duques, y Condes, quanto fué menester para tener la inclusiva; y como no se le podia disputar, que era peculiar de los Reyes de Inglaterra la Guerra, y la Paz, se mantuvo firme la Reyna, y proseguia el Tratado sin alteracion, haviendosele hecho á Malburgh fuertes amenazas, de que se le pediria quenta de turbarla. Yá conocia él haver descaecido de la gracia, y que prevalecian los Toris en el Palacio; y assi, cediendo á la inconstancia de la suerte, manifestó la mayor humildad, y resignacion, y mas quando veía, que le queria pedir el Parlamento cuenta del dinero que havia passado por su mano en esta Guerra; porque decian sus èmulos, que se havia aprovechado mas de lo justo. Yá con el nombre solo de la Paz

pa-

paró el gyro de ſu fortuna, y de ſus glorias, á que le havian levantado las Armas.

AÑO DE M.DCCXII.

YA encarada contra Malburgh la fortuna, le quitò la Reyna, con un Decreto, todos ſus empléos, expreſſando en él, que le havian ſido gratos ſus ſervicios. Aſſi le dexaba la honra, que no podia quitarle; pero contra ella ſe conjuraron Salomón, y Mongomerio Preſtón, que le acuſaron, de haver uſurpado al Erario público grandes ſumas de dinero. La Camara le pidió quentas, diò las que ſe havian formado en el Haya; no havia mas pruebas que ſu dicho, las firmas de Uvalpoli, y Dal Ripéo, y de ſu Secretario Cardonél; pero como á eſtos ſe les acumulaba el miſmo delito, no tenia mas á ſu favor Malburgh, que el exemplo de otros Generales, que no havian formado las quentas de otra manera. El Emperador, y el Duque de Hannovér ſe intereſſaron por él, y no proſiguió el reato, ni ſe le abonó lo gaſtado: como no ſe havia todavia firmado ſuſpenſion de Armas, ſe nombró General de ellas en Inglaterra al Duque de Ormond, á quien tambien ſe hizo Coronél de las Guardias; el mando de la Artillería ſe dió al Conde de Ribers: ambos eran enemigos de Malburgh. A eſtas mutaciones ſe ſiguieron muchas, para aſſegurar los deſignios de la Reyna, á quien no pudieron diſuadir de la Paz las altas promeſſas de el Principe Eugenio, que paſſó á eſte efecto á Inglaterra: ofreció grandes Exercitos en Francia, y Eſpaña, pagados á coſta de el Emperador, y ventajoſos partidos al Comercio de los Ingleſes, ſi ſe le daban las Indías, con el Continente de Eſpaña, aunque cedieſſe la Italia al Rey Phelipe; y porque no les hicieſſe fuerza tanto cúmulo de Reynos, proponia el exemplo de Carlos V. La Reyna le hizo grandes honores aparentes, pero muy breve reſpueſta: que acudieſſe á los Miniſtros. Eſtos conteſtaron poco, y dixeron, eſtár hecha la Paz ſobre unos Preliminares inalterables: Que á la Inglaterra le havia coſtado ſu dinero la Guerra, con la ruína del Comercio, y ſola

la

la adquiſicion de dos Plazas, que ſervian mas á la pompa, que al util: Que pagaſſe el Emperador todas las expenſas de la Guerra deſde el año de dos, y que la proſeguirian. Eſto era proponer un impoſſible; y aſſi deſengañado el Principe Eugenio, bolvió á Viena, y moſtrò al Emperador la neceſſidad que tenia de embiar Plenipotenciarios á Utrech; porque ſi no, diſpondria en el Congreſſo de Sicilia, y Flandes, y que no tendria remedio. Con eſſo ſe reſolviò á embiar á los Condes de Sincendorf, y de Consbruch, no porque á nada conſintieſſen; ſino por repugnarlo todo con proteſtas, que no tenian mas fuerza, que la que le podian dár las Armas. Con eſta inſtruccion partieron al deſtinado Lugar, donde yá eſtaban los Plenipotenciarios de Inglaterra, y Francia; por el Pruſiano, el Conde de Dencof; por el Moſcovita, el Señor de Urbich; por el Rey de Portugal, el Conde de Taroca; por el Duque de Saboya, el de Maffey; por los Venecianos el Cavallero Ronſini: tambien embiaron el ſuyo el Gran Duque de Toſcana, el de Parma, Modena, y los Eſguizarios; el Pontifice, el Duque de Lorena, de Hannovér, de Neoburgh, y Luneburg; los Principes de Heſſecaſél, y Armeſtad; el Rey de Polonia, y el Reyno: los Plenipotenciarios de Eſpaña eſtaban todavia en París, porque los Alemanes, y Olandeſes no querian admitirlos: no ſacaba por eſſo la cara Inglaterra; pero la ſacó la Francia, y dixeron ſus Plenipotenciarios, que ella, con la Inglaterra, los harian admitir con las Armas: que ſi yá no eran variables los Preliminares, eſtaba en ellos otra vez reconocido Phelipe de Borbón por Rey de Eſpaña. Ventilóſe ſobre la Sicilia, y yá ſe veían inclinados los Ingleſes á darla al Duque de Saboya, ganados de los artes de eſte los Miniſtros. No lo podia reſiſtir la Francia, porque havia ofrecido dexar la Sicilia en manos de los Ingleſes; á todo ſe oponian los Alemanes, y mas á que el Duque de Baviera poſſeyeſſe la Flandes: tambien lo repugnaban altamente los Olandeſes, porque no querian por vecino á un Principe chico, que no los podia defender, ni de la Francia, ni del Emperador. Los Ingleſes, que en eſte tiempo dieron la ley á la Europa, eſtaban firmes, no ſolo en que ſe havia de reſtituír ſus Eſtados, y Dignidades al Duque de Baviera; pero que por los daños padecidos, ſe le havia

de

de dár el Reyno de Cerdeña, si queria el Emperador quedarse con la Flandes: tambien le propusieron, que si queria la Sicilia, diesse el Ducado de Milán al Duque de Saboya: de la libertad de Italia nadie hizo caso, ni que restituyessen â sus Principes los Estados, que el Emperador posseía, Mantua, Mirandula, Comachio, y Savioneta. En este estado de cosas se les ofreció â los Austriacos oportunidad de dissuadir â la Paz, porque iban faltando en Francia los Herederos, y estaba mas vecino â la succession de aquella Corona el Rey Phelipe. Havia muerto â 12. de Febrero Maria Adelayda, muger del nuevo Delphin (antes llamada Duquesa de Borgoña) de enfermedad de viruelas: passaron estas á su marido, y murió cinco dias despues: dexaron dos hijos, que eran el Duque de Bretaña, y el Duque de Angioú. A pocos dias murió el de Bretaña, y solo quedó successor immediato de la Corona de Francia un Niño de dos años, y enfermo. En defecto de este, la Ley Sálica llamaba al Rey Phelipe, segundo Nieto de Ludovico XIV. pero por la Renuncia hecha quando entró al Trono, era el immediato el Duque de Berri, su hermano: los peligros de esta succession exaltaban los Austriacos á sus Aliados, dando â vér la probabilidad de unirse las dos Coronas, y que por esto no debia darse la de España á un Principe de la Casa de Borbón: alguna impression hicieron en Londres estas reflexiones, que tambien las ponderaban los Vvitgs; pero los Toris, empeñados en la Paz, dixeron que bastaba, que hiciesse otra vez la Renuncia el Rey Phelipe; porque no faltaban Principes Borbones en Francia para succeder á la Corona: los Austriacos replicaban, que la Ley Sálica favorecia á la Casa de España, y que esta tenia yá dos Successores; porque á 6. de Junio havia dado â luz en Madrid la Reyna un nuevo Infante, que en el Sacro Bautismo le pusieron por nombre Phelipe. Assistieron, como es costumbre, al parto de la Reyna los Presidentes de los Tribunales, y se halló â este tiempo el Cardenal Francisco Judice, que havia passado á España con el empléo de Inquisidor General. Muchos creyeron, sería primer Ministro; pero no le dexaba adelantar tanto la Princesa Ursini.

Este año se retardó en Cathaluña la Campaña, por haver muerto en el Reyno de Valencia Luis de Borbón, Duque

de

de Vandoma, que mandaba las Armas: la causa de su aplopegía atribuyeron muchos à una immoderada cena, cebandose en un gran pescado. Sucedió en el Imperio de las Armas el Marqués de Valdecañas: todavia la Guerra era perseguir rebeldes, y estos hacer varias correrías, y executar las mas exquisitas crueldades. Las Tropas del Rey se acamparon en Cerbera, baxo la mano del Conde de Herseles. Intentó sorprenderla el General Franchemburch; penetrólo el Comandante, y para esperar à los Enemigos en las sendas mas angostas, destacó à Don Luis de Obes, que atacandolos felizmente, los derrotó: la misma felicidad tuvo Don Miguél Pons en la Fuente de Suert: libró al Marqués de Villahermosa del peligro, que le amenazaba, sitiados de los Enemigos: puso en contribucion el Condado de Pallars, y en la Puebla derrotó un buen numero de Cathalanes: mandó el Marqués de Valdecañas abrir camino para la Artillería, desde Tortosa à Mequinenza. Este puso en aprehension à los Alemanes, y fortificaron mas à Tarragona. Iba juntando sus Tropas Starembergh, y fué preciso à los Españoles dexar à Cerbera. El Rey Phelipe, dando licencia à Valdecañas de retirarse à la Corte, dió el mando de su Exercito al Principe de Sterclaes, que uniendo las Tropas, se acampó en Balaguér. El dia 20. de Octubre passó el Segre, y se acercó â Agramont, muy vecino á los Enemigos. Esto dió cuydado á Starembergh, porque yá le faltaban las Tropas Inglesas, que de orden de la Reyna Ana havia conducido el Duque de Arguile á Mahón. Tambien havian hecho un gran destacamento contra Girona, con que le fué preciso al General Alemán escoger un lugar fuerte, y atrincherarse, para no venir á Batalla: con esso iba la Guerra lenta; porque tampoco el Rey Catholico queria fiar á las Armas lo que estaba encomendado â la negociacion: ni hacia sangrienta la Guerra el Duque de Saboya, porque puestos todos sus negocios en manos de los Ingleses, no prestaba los antiguos obsequios â la Corte de Viena, ni queria engrandecer en la Italia al Emperador, porque no havia sido su idéa, que posseyesse los Reynos de ella el que gozaba del Trono Imperial; pero havia dado tales gyros la fortuna, que yá podia libremente el Emperador oprimir la Italia, sin que nadie pudiesse embarazar-

lo; y para poner nuevos grillos á la Toſcana, mandò paſſar al General Zumiunghen, de Sienna, Tropas á Orbitelo, que era lo proprio, que amenazar â Puerto Hercules, y las Fortalezas que le guardaban. Para entregarlas havia ſolicitado â ſu Governador el Duque de Uceda; pero en vano, y aſſi fueron preciſas las Armas, que por el mes de Abril moviò Zumiunghen contra aquellas Plazas. Embiòle de Napoles el Conde Borroméo gran cantidad de Viveres, y una Eſquadra, compueſta de Corſarios Ingleſes, y Olandeſes, y algunas Naves Napolitanas. Eſto baſtò para encerrar aquella Enſenada, y bloquear el Puerto; tanto, que no pudo ſocorrer aquellas Fortificaciones, como lo pretendia Don Eſtevan Villart, Governador de Longòn, y deſde Roma Don Joſeph Molinés; ni pudieron entrar Galeras del Duque de Turſis, que á eſte efecto havia partido de Genova ſin orden alguna, mas que movido de ſu propria voluntad, para componerſe con el Rey Catholico, porque yá tenia noticia, que queria deſpedir de ſu ſervicio eſtas Galeras, haviendo contra ellas hecho una fuerte repreſentacion el Cardenal Judice, que yá entraba en el Govierno de la Monarquía, y havia ſido admitido al Conſejo del Gavinete del Rey Catholico. No podia ſubſiſtir la Eſquadra enemiga en Puerto-Hercules, ſi no ſe rendia la Fortificacion de Monte Phelipe, que bien defendidos, y cumpliendo la Guarnicion con ſu honra, yá teniendo la brecha abierta, capitulò, ſaliendo libre la Guarnicion. Como de eſta Fortaleza ſe podia batir la que guardaba â Puerto-Huercoles, corriò la miſma fortuna, y la ocupò el Alemán, paſſando la Guarnicion de ambas á Marſella. Huviera proſeguido la empreſſa de los Preſidios de Toſcana Zumiunghen, y corria gran rieſgo Longòn; pero los Franceſes hicieron una grande invaſion en Saboya, y temiendo del Piamonte, ò fingiendo temer, llamò á los Alemanes ſu Duque. El General Zumiunghen paſſó â Milán; y â encontrar al Duque de Vvarvich fué el Conde Daún, que mal acampado en el Collado de Brunet, le derrotaron los Franceſes.

Solo en el corazon del Emperador eſtaba viva la Guerra, y para inflamarla, paſſó â Flandes el Principe Eugenio. Aunque no en la apariencia, algo ſe havian entibiado los Olandeſes; los Ingleſes mas, mandados por el Duque de Ormond, Succeſ-

ſor

sor de Malburgh. Mandò el Exercito Francés el Duque de Villars, â quien se havia dado mayor libertad de obrar, y poner terror â la Olanda, para que correspondiessen los efectos á las promessas, que el Christianissimo havia hecho en Londres, correspondidas con haver mandado á Ormond la Reyna, hiciesse solo la Guerra defensiva, sin assistir â empressa alguna. Por esto no havia querido consentir en el Sitio de Cesmo, determinado por el Principe Eugenio, que ni con este embarazo desistió de su idéa, y á los 13. de Junio embistió la Plaza con 20ꝗ. hombres, baxo la mano del General Faggél. El Govierno de la Plaza diò pruebas de su fidelidad, y valor. Hizo una vigorosa salida por la Puerta de Valensenas: al fin, dilató la defensa hasta que pudo capitular la libertad de la Guarnicion. Ni esto apartò de su proposito â los Ingleses: passó â Paris el Conde de Bullimbroch, Secretario del Despacho de la Reyna Ana, para firmar los concordados Articulos; y como se havia de empezar por la suspension de Armas, no firmó esta hasta que el Christianissimo entregasse á Dunquerque en rehenes. Embióse á Utrech firmada la Tregua, en virtud de la qual el Duque de Ormond apartó sus Tropas del Exercito, y las conduxo á Brujas, y Gante. Tambien llamó á los Prusianos, Hannoverianos, Saxones, y Palatinos, que tenia â su sueldo la Inglaterra; y aunque se havian tomado con este pacto, de retirarse á qualquiera insinuacion de la Reyna, no obedecieron, porque previendo este caso, havia conseguido de sus Soberanos el Emperador, que quedassen al sueldo de los Olandeses. Quexòse mucho la Inglaterra: respondieron los Principes del Imperio con palabras muy suaves, dando la culpa á sus Generales; pero el haverse quedado al servicio de Olanda, mostraba clara la ficcion.

El Principe Eugenio, para dár â conocer al mundo, que podia el Emperador mantener la Guerra, y él vencer sin los Ingleses, meditaba otra empressa, aunque veía, no podia ser grande, porque le faltaban 30ꝗ. Infantes, Ingleses escogidos. Tenia poderoso Exercito el Francés, y no queria aventurarse mas la Olanda. Con todo esso, como tenia 80ꝗ. hombres de buenas Tropas, passò el Principe Eugenio la Esquelda, y las acampò en Haspre, con intnecion de sitiar á Landresi:

poco despues tomó los pueſtos el Principe de Analth. No es eſta Plaza de las de mayor nombre, pero tomandola los Alemanes, tenian deſcubierta la Provincia de Picardia. A eſta empreſſa ſe dio eſta diſpoſicion: 20ꝟ. hombres eſtaban contra la Plaza, y con corta diſtancia ſe unia à ellos la izquierda de todo el Exercito, que eſtendia ſu derecha por la orilla de la Eſquelda, ázia Venaín, donde eſtaba el Conde Albemarle con un grueſſo deſtacamento, y fuertemente atrincherado, para que con ſeguridad paſſaſſen al Campo los Viveres. El Rey Chriſtianiſſimo, aprovechando la ocaſion de la auſencia de los Ingleſes, mandó à Villars, ſocorrieſſe à Lándreſi, por ſi podia haver una Accion general, porque conſtaba ſu Exercito de mas de 100ꝟ. hombres: eſtos paſſaron la Eſquelda el dia 18. de Julio, y ſe acamparon en Sella; allanaron los caminos para la Sambra, conſtruyeron algunos Puentes, y eſtendieron la derecha à Macenquien. Viendo eſto, recogió la ſuya Eugenio à menor diſtancia, uniendo ſus Tropas, y levantó una Trinchera delante la izquierda, la qual guardaba el General Faggél. El dia 23. yá por la tarde, deſtacó Villars al Conde Coigni, con orden, que paſſando la Sambra, ſe adelantaſſe à Cartini por Leín. Corre alli un Riachuelo, que baxo Landreſi ſe junta à la Sambra; y le dió por inſtruccion, que al amanecer ſe preſentaſſe à los Enemigos, trabando algunas eſcaramuzas, y deſpues lentamente ſe retiraſſen por Guiſa. Todo era eſtratagema del Francés, para turbar, y diſtraer el cuidado de los Enemigos, porque ſu intencion era contra Denaín: por eſto la miſma tarde deſtacó al Conde de Brollo à la ribera del Sella, y fortificó los Vados, para que no pudieſſen los Alemanes ſaber las opiniones del contrario Exercito. Mandó luego al Marqués Viepont, que echaſſe en Nebille algunos Puentes à la Eſquelda, entre Bruchen, y Denaín. A Viepont ſoſtenia Albergoti con buen numero de Tropas; y à eſte, todo el Exercito. No tenia el Principe Eugenio noticia de eſtas diſpoſiciones, ni grande aprehenſion, porque eſtaba bien fortificada ſu linea, y aun Denaín, y mas allá el Puente de Previo, que mira la Eſcarpa por una, y otra parte de Marchiena. El Conde de Brollo tomó entre Nebille, y Denaín una gran cantidad de Carros de Viveres, guardados de dos Regimientos, à los quales atacó, y deſhizo,

hizo. Salió à socorrerlos parte de la gente, que estaba en Denaín; pero temiendo, que fuessen los Franceses en gran numero, retrocedieron à sus Trincheras, donde havia 8U. hombres, à los quales protegian buen numero de Cañones, cargados de bala menuda. Passada yá la Esquelda con el ímpetu de las Tropas, que llevaba el Conde de Brollo, y assegurado el Vado, moviò toda su Infantería Villars en ocho columnas contra Denaín: abrian el camino los Granaderos. No iba muy distante la segunda linea, cerrado por todo de la Cavallería. Governabala la diestra el Duque de Villars, el Marqués de Montavvich la siniestra. Assistian los Generales Albergoti, Viepont, Dreux, Brindelais; los Mariscales de Campo, Conde de Montemár, Principe de Isinghien, los Marqueses de Muchí, y Nangi, y el Conde de Villars. Con este orden se atacó à Denaín, que defendia valerosamente Albemarle. Sufrieron la Artillería los Franceses, hasta passar el Fosso, despues aplicaron las valerosas manos à la Estacada. Alli fué sangrientissima la disputa, favorable à los Franceses, porque rompieron la Trinchera, y yá todos sobre el llano, estuvieron obligados los Alemanes à retirarse al Muro, ò à la que llaman la Abadía: todos fueron vencidos, y los que sobraron al rigor de la espada, quedaron prisioneros: ni à los que quisieron huír les diò felíz acogida la Esquelda; ni podian ir al Puente de Prouro, porque mientras duraba la Batalla, le havian ocupado Nangis, y Albergoti, con fuertes Tropas, porque no socorriesse à Denaín por alli el Principe Eugenio, como lo intentó con gran brio; pero yá tenian ocupado el Puente los Franceses, à los quales echaron de él dos veces los Alemanes; pero despues, haciendo los Franceses mayor esfuerzo, se afirmaron en él, con gran pérdida de gente de una, y otra parte. Los tablones, y leños del Puente, cediendo en parte al peso de tanta muchedumbre, no pudiendola sostener, cayó al agua gran numero de Alemanes; entre ellos el Conde de Dona, Olandés. Havia querido con todo el Exercito el Principe Eugenio, por el sonrojo de rechazado, bolver al empeño: opusieronse à esta temeridad los Olandeses, y mas, que yá no era tiempo, porque los Franceses havian ocupado à Denaín, y hecho prisioneros al Conde Albemarle, à Cornelio Nassao, al Principe de

Analth,

Analt, de Holothein, y otros Oficiales de gran fama. Los Franceses perdieron al Señor de Meusechoisel, y de Torbil: quedaron heridos el Conde de Tessë, y el de Guasach. Costóles la empressa mil hombres, diez mil à los Aliados. Hallaron los Vencedores en Denain gran cantidad de Viveres, y Municiones, todos pelearon con braveza, y empeño; aun muchos Oficiales, que servian en la Cavallería, pusieron piè en tierra, el General Rozél, el Conde de San Mauricio, los Mariscales de Campo, Vaíllier, Lilli, y Carlos de Lorena. Luego tomó Albergoti à Mortañéz, y Sant Amant, con novecientos hombres, y quarenta Barcas cargadas de Viveres. Otro Destacamento, ázia el Puente de Rach, tomò prisionero el Conde de Espare. Glorioso Villars, no solo por la importancia de la Accion, mas tambien por el arte, con que havia engañado al Principe Eugenio, aprovechandose de la consternacion de los Enemigos, embió al Conde de Broglio à sorprender à Marchiena, donde estaban los Almacenes de los Olandeses para toda la Campaña, guárdados de cinco mil hombres: siguió con la Artillería el Conde de Montesчhin; en un dia se abrió la brecha, capitularon su prision los Presidiarios, y entregaron enteros los Almacenes, y cien Barcas cargadas de municiones: Alli perdieron los Olandeses mucho caudal; de esto resultó faltarle Viveres al Exercito del Principe Eugenio, que el primer dia de Agosto levantó el Sitio á Landresi: faltaba el Pan de Municion, y no pudiendo los Olandeses, con presteza, suplir el abastecer las Tropas, se les dió licencia, que robassen. Este desorden, no solo afligió á los míseros Pueblos; sino que enflaqueció el Exercito, porque se echaron menos infinitos Desertores. El Rey Christianissimo, por no perder tan buena ocasion, mandó sitiar â Duay, aumentando el Exercito con el Presidio que pudo sacar de las Plazas. Nada sintió mas el Principe Eugenio, porque despues de haver hecho tantas proezas en esta Guerra, â los ultimos periodos de ella, se le marchitaron los laureles, y daba â conocer la Francia lo invencible de su poder, que sola, y contra tantos, y tan poderosos Principes, â su ruína coligados, despues de tantas pérdidas de Exercitos, y Plazas, y doce años de la Guerra mas cruél, la acababa venciendo; porque el Principe Eugenio, aunque sacó

de

de las Plazas las Guarniciones, y aumentò el numero de ſu Exercito, no pudo embarazar, que el Duque de Villars puſieſſe el Sitio á Duay, pues aunque ſe acampó entre Tournay, y Lilla, y ſe preſentó en batalla, cierto es, que no ſe lo conſintieron los Olandeſes; porque ſi la perdian en viſperas de la Paz, havia tiempo en aquella Campaña de poner las coſas en eſtado, que yá no la quiſieſſe con ellos el Chriſtianiſſimo.

A 17. de Agoſto ſe empezó á batir la Plaza, el primer dia de Septiembre tomaron los Franceſes el Fuerte de la Eſcarpa. Los Preſidiarios ſe retiraron â la Ciudad. A 8. de Septiembre, el Marqués de Viepont, y el Principe de Uvinghien atacaron las Fortificaciones exteriores: La defenſa fué heroyca, pero infelíz; derramando mucha ſangre las ocuparon los Franceſes:con mas comodidad convirtieron todo el fuego contra el cuerpo de la Plaza; y quando llegó â eſtado, que yá lo piden las Leyes de la Guerra, capitulò la rendicion ſu Governador Honſpeſch, y quedò priſionera la Guarnicion. Las Capitulaciones ſe hicieron con Albergoti, porque havia marchado Villars con todo el Exercito, y paſſado por Denaín la Eſquelda, para embarazar al Principe Eugenio, que iba á encontrarſe con el General Coigni, que de orden de el Chriſtianiſſimo partiò â ſitiar â Keſno, con quince mil hombres, yá bien acampados entre Mons, y Keſno: Villars puſo ſu Exercito junto â Valencienas, antes que el Principe Eugenio pudieſſe embarazar eſte otro Sitio, altamente ſentido, de que en dos meſes ſalieſſe con tantas empreſſas el Francés; y lo que mas exaltaba la gloria de eſte, era, que á un miſmo tiempo mandò Villars ſitiar á Bouſchen. A 20. de Septiembre ſe empezò á batir Keſno, con ſetenta Piezas, y treinta Morteros: excedia al objeto la ira: Havia en la Plaza tres mil hombres, y todos los preparativos, que ſe havian retirado de Landreſi. La defenſa ſe dilatò mas de lo juſto; por eſſo no ſe le acordò capitulacion alguna al Preſidio, y ſe rindiò á diſcrecion: A primero de Octubre empezò las hoſtilidades contra Bouchen el Marqués Daligre. Aun aqui ſe dilatò la defenſa mas de lo que era razon: al fin ſe rindiò la Plaza, con mil hombres que la preſidiaban, tambien á diſcrecion. Eſta es la ultima clauſula de la Guerra de Flandes, porque ſe retiraron á Quarteles de Invierno los Exercitos. Aqui concluyò felizmente la

fu-

ſuya el Chriſtianiſſimo, diſponiendo las negociaciones, y las Armas, de ſuerte, que yá le rogaban los Enemigos con la Paz.

Aún eſtaba reſiſtente al Ajuſte el Emperador, no ignorando, que yá ſe havian convenido con particulares Articulos la Eſpaña, y la Inglaterra. Paſsò á Madrid Milord Legſintòn, para arreglar las coſas del Comercio, y que otra vez, en Cortes Generales, renunciaſſe ſus derechos el Rey Phelipe á la Corona de Francia. Convocaronſe los Procuradores de las Ciudades, Prelados, y Nobleza de los Reynos de Eſpaña, y á 5. de Octubre hizo el Rey otra ſolemne Renuncia, donde ſirvieron de teſtigos los Conſejeros de Eſtado, los Preſidentes de los Conſejos, con el Decano de ellos, los Gefes de la Caſa Real, y de las Guardias: imprimiòſe el Acto, ſe publicò con pregòn, y ſe firmaron quatro meſes de tregua entre la Inglaterra, y la Eſpaña. Por contemplar á los Ingleſes, mas que por dár guſto á los Alemanes, dilataba ſu Paz Portugal. Eſta razon moviò el animo del Rey Phelipe â mandar, que el Marqués de Bay ſitiaſſe â Campo-Mayor; pero fué mal obedecido, ò fué infelíz en la Expedicion el Marqués. A 4. de Octubre tiró ſu linea, no de circumvalacion, ſino en ſemicirculo, contra lo mas fuerte de la Plaza, y mandò á la Cavallería, baxo la mano de Don Balthaſar de Moſcoſo, Marqués de Navamorquende, que ſuplieſſe el Circulo, diſponiendo las partidas de los Cavallos de genero, que no pudieſſen entrar ſocorros á la Plaza. Invigilaba por ella el General de Maſcareñas, y recogiendo las Tropas, que ſe havian deſtacado contra Carvajál, mas noticioſo del Lugar, que los Eſpañoles, (ò negligentes eſtos, que es lo mas cierto) introduxo mil hombres de ſocorro â Campo-Mayor. Batiaſe en brecha; pero aſſentada con error la Artillería, la abriò en parage, que era preciſo aſſaltarla con eſcalas; ni era tan ancha, que ſe pudieſſen aplicar muchas; pero como las continuas lluvias en aquel parage, no ſolo incomodaban á los Sitiadores, ſino retardaba el conducir Viveres, porque havian paſſado los Eſpañoles dos Rios, era preciſo levantar el Sitio, ò dár el aſſalto. Contra el parecer de los mas, le mandò dár el Marqués de Bay; y aunque hicieron los Eſpañoles los mayores esfuerzos, repitiendo los acometimientos, muchas veces fueron

del

del valor de los Portuguefes rechazados: alli recibió dos heridas el Coronél Don Antonio Lancós, Conde de Taboada, que dió con todo fu Regimiento grandes pruebas de fu brio. Tambien brilló mucho el Theniente General Don Pedro de Zuñiga, alentando à los fuyos; pero todo era en vano, porque conducidos los Efpañoles à una empreffa impoffible, en aquella forma difpuefta, parecian laftimofamente los mas alentados. Conociendo el error, y no haviendo yá tiempo de enmendarle, levantó el Sitio el Marqués de Bay. Siete mefes havia que tenia bloqueado à Girona el General Veffel, para rendirla por hambre. Havia echado de la Provincia de Ampurias al Conde de Fienes, inferior en fuerzas, que fe vió precifado à retirarfe à San Pedro Pefcador; y defpues de haver abaftecido à Rofas con los Viveres que pudo, paffó fu gente al Rofellón. Era el Governador de Girona el Marqués de Brancás, Francés, hombre prudente, y esforzado: tenia de Guarnicion diez Regimientos, y dofcientos Cavallos. Havia recogido las provifiones, que le fué poffible, y aun bloqueado, hacia algunas correrías. Havia puefto ochenta Francefes en Medina; pero atacados de los Alemanes, quedaron prifioneros. Con mas Tropas bolvió à entrar por el Collado de Vangulfo à la Tierra de Ampurias el Conde de Fienes. Solo el Rio Muga le feparaba de los Alemanes, acampados en Pedralta. El Marqués de Brancás recobró à Medina, è hizo prifioneros trefcientos Alemanes. Veffel ocupò à Vangulfo, y eftrechó tanto à Girona, que yá fe padecia en la Ciudad hambre, cada dia mayor, de genero, que fe comia carne de cavallo. El Conde de Fienes quifo por el Collado de San Miguél introducir Viveres à la Plaza en una noche obfcura: lo configuió en parte; la mayor fué prefa de los Enemigos, que lo advirtieron à tiempo: en los Monafterios no fe comia mas que pan bañado en agua: muchos Religiofos, mal fufridos, dexaron la Ciudad: los Jefuítas nunca affiftieron con mayor caridad à los afligidos, y enfermos, que eran en gran numero, con tanta diverfidad de males. Alli fe conocia la conftancia, y juicio del Governador: embiaba los mas fuertes Soldados à recoger comeftibles, que en poca cantidad coftaba mucha fangre. Eftos los diftribuía con jufticia; ni en fu cafa havia otra cofa, que pan, y vino. Para que

espirasse la Plaza en sus manos, vino Guido Starembergh con esperanzas del triunfo. Dió nuevas disposiciones à estrechar el Sitio: creció el hambre en la Plaza, y la constancia del Governador, alentada de los avisos, que habia recibido del Principe de Sterclaes, y el Duque de Bervich, de que luego estaria socorrido: La noche del dia 15. de Diciembre, favorecidos de la obscuridad, assaltaron setecientos Alemanes el Fuerte de los Capuchinos, fingiendo otros assaltos, para distraer los Defensores, que nada embarazados, echaron tantos Fuegos artificiales del Muro, que ardiendo las escalas, y los que, ossados, querian subir por ellas, desistió del intento Vessél. Por tres noches repitió la empressa con la misma infelicidad. Acreditó su brio, y vigilancia el Governador Marqués de Brancás; no menos los Señores de Grecingin, y Tabraga, que corrian toda la Muralla. Los Ciudadanos se mantuvieron leales, exortados de su Prelado D. Miguél Juan Tabernér, hombre fidelissimo al Rey Catholico. Moria el año; pero no la ira de los Enemigos. Havia llegado yá à Perpiñán el Duque de Bervich con buenas Tropas al socorro de la Plaza; y para divertir los Alemanes, sacó de los Quarteles parte de la suya el Principe de Sterclaes, y se encaminó à Tortosa: mandó, que con quatro mil hombres marchasse à Cerbera el Marques Ceba Grimaldi: con esto, solicitado de mayores cuidados Starembergh, bolvió à Barcelona: el General Vessél quedó en el bloquéo, y feneció el año.

AÑO DE M.DCCXIII.

EL primer dia de Enero llegó un Soldado disfrazado à Girona, embiado del Duque de Bervich, para dar noticia, que yá se havia adelantado con las Tropas hasta Armendariz, y que passando el Rio Tér, daria aviso con la Artilleria. Esto alivió algo el afligido Pueblo, que mas de siete meses bloqueado, padecia con gran constancia los males, que trae la hambre: se comian carnes inmundas, de cavallo, jumento, perro, gato, y ratón, y valian no poco dinero. Las continuas lluvias, y vientos no dexaban oír los cañonazos, con que avisaba

el

el passo del Tér el Duque de Bervich, y assi estaba en la ultima consternacion la Plaza. Quatro Desertores del Campo enemigo avisaron de su arribo à las vecindades de Girona; mas lo asseguró, el que el dia 3. de Enero yá traían los Villanos de la Comarca Viveres à vender à la Ciudad, que respiró de su opression. Al otro dia entró el Conde de Fienes con quatro mil hombres, que al passar el Tér los Franceses, retiró Vessél sus Tropas. Dos dias despues llegó el Duque de Bervich; mudó la Guarnicion, para que descansasse: con Don Tiberio Carrafa se dió esta alegre noticia al Rey Catholico, que le creó Theniente General, y embió el Toyson de Oro al Marqués de Brancás, esclarecido Defensor de Plaza tan importante. Esto consternò mucho à los Cathalanes, à favor de los quales se publicò un nuevo Indulto. Estaban sordos à las voces de la clemencia, porque los tenia Dios prevenido el castigo de la Rebelion. No era natural tanta pertinacia, conjurados al proprio daño, quando veían, que por falta de Tropas havian desamparado à Cerbera, y que nuevamente havia retirado las suyas el Rey de Portugal, con quien havia celebrado el de España Treguas por quatro meses, y dado passo à las Tropas Portuguesas por sus Reynos, hasta Estremadura. Mediaron en este Ajuste los Ingleses; mas la Francia, que havia hecho su particular Paz con el Rey Don Juan, prorrogò el termino de la suspension de Armas entre España, è Inglaterra: y en 13. de Marzo se viò el Emperador obligado à firmar en Utrech el Tratado de la evacuacion de Cathaluña, Mallorca, è Ibiza, y de la Neutralidad de Italia; porque no podia firmar sus Paces con los Aliados el Rey Catholico, sin que se le entregassen los Reynos que havia de posseer.

Passaron los Plenipotenciarios Españoles à el Congresso, allanadas las dificultades: La mayor era, concordar al Emperador con el Rey de España; ninguno de los dos queria la Paz; y assi; hallaron los Aliados un modo, como sin ella, se suspendiesse la Guerra; porque sacadas de Cathaluña, y Mallorca las Tropas Alemanas, no havia donde proseguirla; y mas, declarada neutral la Italia, no adjudicados al Emperador los Reynos, que en ella posseía, y quitada la libertad al Rey Phelipe de invadirlos, embarazada toda hostilidad; y

aunque nó se abriò para las dos Naciones claramente el Comercio, era atentado obrar una contra otra, como se cumpliessen en buena fee las condiciones de este Tratado; siendo la primera, no solo sacar sus Tropas el Emperador de Cathaluña, y Mallorca; pero no dár directe, ni indirectamente assistencia à los Rebeldes del Rey Phelipe. Garantes de este Tratado fuerón la Inglaterra, y la Francia, hasta que se concluyesse la Paz entre las Potencias, congregadas en Utrech para ella, no contando al Emperador, porque yá se havia declarado, no la queria con la España, haciendosele muy cuesta arriba, ceder los derechos à esta Monarquia. Lo proprio sentia el Rey Catholico, que no havia echado de sí las esperanzas de recobrar à Milán, olvidado de Flandes, porque, si no se daban sus Provincias al Duque de Baviera, era preciso darlas al Emperador, porque este restituyesse al Duque sus Estados, con el alto Palatinado, y la Dignidad Electoral, en lo que insistia tenazmente la Francia: Y assi, en Utrech no se resolvia sobre Flandes, como cosa, que quedaria à la Casa de Austria; pero esta repugnaba, se diesse la Cerdeña al Duque de Baviera, como querian los Ingleses, y Franceses; y como dependia del Emperador reintegrar en sus Estados al Duque, se dexò esta circunstancia en abierto, porque los Alemanes querian tratar solo con la Francia de esta dependiencia. Haviendo de sacar las Tropas de Barcelona, mandò antes el Emperador, que saliesse de ella la Emperatríz su muger, como lo executò à 19. de Marzo, en la Armada Inglesa, llevandose consigo la mayor parte de las Tropas en las mismas Naves. No es ponderable la rabia, que de esto concibieron los Cathalanes. Estaban yá desengañados, que no los socorrerian los Principes de la Liga: que era un delirio, pensar quedarse Republica, que precisamente los havia de desamparar el Emperador; y se obstinaron tanto, queriendo huìr del dominio del Rey Phelipe, que por medio del Ministro del Emperador en Constantinopla, se dixo, pidieron auxilio al Othomano. Las condiciones, con que le imploraban, no hemos podido saber à punto fixo. El Conde de Saballá, y Pinos, que estaban en Viena, Procuradores de Cathaluña, manejaron infelizmente este negocio, porque no quiso entrar en él el Sultán, yá pareciendole ardua empressa, yá por

no

no romper con la Francia. Creyeron muchos, que le ofrecian los Cathalanes al Turco el Dominio del Principado de Cathaluña, conſervandole ſolo ſu Religion, y ſus Fueros: otros, poco informados, aſſeguraban, que ſolo pedian ſu auxilio, y ſu amiſtad, para quedarſe Republica, baxo el patrocinio de la Caſa Othomana: como quiera, es bien negro renglon para los Cathalanes en la Hiſtoria tan ciega pertinacia, quando todavia ofrecia general Indulto el Rey Catholico. Los Soldados Alemanes, con arte deſpedidos del Emperador, ſe quedaron al ſervicio de Barcelona, que ſe prevenía à la defenſa, haciendo levas con doble eſtipendio, para reſiſtirſe â las Armas del Rey Phelipe, mandadas en Cathaluña por el Duque de Populi, baxo cuya mano ſervian los Thenientes Generales Marqués de Ceba Grimaldo, Baron de Capri, y Don Joſeph de Armendariz; los Mariſcales de Campo Don Feliciano Bracamonte, Don Gabriél Cano, Don Marcos de Araciél, el Conde de Montemar, el Cavallero de Lede, y Don Franciſco Ribadéo. Partieron de Madrid algunos Cathalanes de los que havian ſeguido el Partido del Rey Phelipe, que ſe correſpondian ſecretamente con los leales, que en Barcelona havian quedado; bien, que pocos. Aún eſtaba en ella Guido Starembergh: juntò ſus Tropas, ofreciendo defenderlos; pero era para unir ſus fuerzas, y evacuar la Cathaluña, ſegun la orden, que de Viena havia recibido, ſin que lo pudieſſe reſiſtir la Provincia, mientras bolvia la Armada Ingleſa de dexar à la Emperatriz en San Pedro de Arenas, ſumptuoſo Arrabál de Genova. Eſta vez ſe dexò ſervir de aquella Republica, porque la trataron como Emperatriz, y Reyna de Eſpaña: ſe le previno hoſpedage magnifico â expenſas publicas, y tomò el caminó de Milán para Viena. Con la Emperatriz ſe ſalieron de Cathaluña todos los Rebeldes de diſtincion, que havia en ella; porque en aquel poco ángulo de tierra ſe havian juntado quantos havia havido en Eſpaña. Ordenò el Emperador, que no paſſaſſen à Viena, con que ſe derramaron infelizmente por la Italia: la mayor parte ſe quedò en Milán, y Genova, no todos bien aſſiſtidos, pues aunque no el Emperador, eſtaban los Alemanes canſados de los Eſpañoles.

A 15. de Mayo bolviò la Armada Ingleſa, mandada por el

el Almirante Geninos, à ſacar las Tropas: Starembergh diò à vér la orden del Emperador à la Diputacion de Cathaluña, y al Magiſtrado de la Ciudad: los clamores, y quexas paſſaron à inſolencia: Starembergh ſacó de los Baluartes ſus Tropas, y las acampó fuera de la Ciudad; él ſe quedó ſolo en ella, mientras juntados en Cerbera Comiſſarios Eſpañoles, y Alemanes, deliberaban el modo de la evacuacion, que aunque materialmente ſe executò, ſe quexaba el Rey Catholico, que havia ſido con mala fee, porque al ſacar las Tropas Alemanas no ſe havian introducido las ſuyas. Eſto verdaderamente era dificil, ni en poder del Emperador, ſi no entregaba los Cathalanes à cuchillo, porque tenia Barcelona ſeis mil hombres de Tropas proprias, gente aguerrida, y veterana, y en pocos meſes havian paſſado à ſu ſueldo quatro mil Deſertores Alemanes. No ignoraba eſto el Emperador, y tácitamente conſentia en ello, por ſi el tiempo abria camino à turbar la Paz, durante la Guerra de Cathaluña; bien, que yá ſabia eſtaba hecha entre Eſpaña, è Inglaterra, à donde paſſó el Marqués de Monteleon, para ajuſtar los intereſſes de el Comercio. Eſta Paz ſe eſtableciò en Utrech à 13. de Julio: firmaronla el Duque de Oſſuna, y el Marqués de Monteleon por la Eſpaña; Juan, Obiſpo de Briſtól, y el Conde de Stafort por la Inglaterra. Eſtendieronſe veinte, y ſeis Articulos; deſpues ſe ajuſtò otro Tratado de Comercio: todo ſe reducia á nuevos reconocimientos recíprocos del Rey Phelipe, y la Reyna Ana, y apartarſe eſta de auxiliar las razones de la Caſa de Auſtria contra el Rey Phelipe: el Comercio ſe confirmò, como en tiempo de Carlos II. y ſe dió á los Ingleſes el Aſſiento de los Negros para Indias, cuyo Comercio ſe prohibió á los Franceſes, y á toda Nacion. Ofreciò el Rey Phelipe, no dár auxilio al Rey Jacobo, Pretendiente de la Corona de Inglaterra, y reconocer la ſucceſſion, como eſtaba ordenada en el Parlamento. Sería improprio de Comentarios eſtender los Articulos de eſta Paz, que ya corren impreſſos en volumenes aparte. A los primeros dias de Julio ſe embarcò Starembergh, con las Tropas que cupieron en las Naves Ingleſas: ſobraron tres mil hombres, que quedaron en Hoſtalrich, á los quales ſe juntò la Guarnicion de Tarragona, que en 14. de Julio entregaron los Alemanes al Marqués de Lede. Eſta

Pla-

Plaza se evacuò con buena fee; pero se faltò en conducir bien las Tropas, porque casi todas desertaron, y tomaron partido en Barcelona: afectaban pesadumbre los Oficiales; pero yá sabian daban con esto gusto al Emperador, á quien de algo le servia vér empeñado al Rey Catholico en esta Guerra, porque no empleasse las Tropas en Italia. Pareciendole á Barcelona, que no tenia el Duque de Populi Exercito, ni preparativos para Sitio tan dificil, se conjuraron sus Moradores á la defensa: embarazaban las discordias de la Corte los aciertos en la Guerra, porque cuidaban de la Hacienda Real el Conde de Vergueich, y Juan Orri, ambos altivos, despóticos, y que llevaban mal la subordinacion: eran aceptos al Rey; pero como estaban entre sí discordes, faltaba aquella harmonía, que ha menester el Govierno; y mas, quando lo mas reservado de él se fiaba solo á la Princesa Ursini, que con la nueva Soberanía conseguida del Rey en un Estado de Flandes, havia tenido ocasion de conciliarse mas enemigos, que lo eran, quantos la negaban el tratamiento de Alteza. Este fué el escollo, en que primero tropezò Don Francisco Ronquillo, Conde de Gramedo, cuya autoridad havia minorado mucho, y se pensaba cómo quitarle la Presidencia de Castilla; y aunque este se havia unido con Bervich, y el Marqués de Vedmár, Ministro de la Guerra, todos podian menos que la Princesa, sostenida en la mayor exaltacion por el favor de la Reyna. En este tiempo muriò el Condestable de Castilla, Mayordomo Mayor del Rey. Este es en el Palacio el empléo de mayor autoridad. Haviase conservado, desde la muerte del Marqués de Villafranca, en la persona del Condestable, porque era de genio apacible, contemplativo, è ingenuo. Estudiaba mucho la Princesa darle Successor, que tuviesse las mismas maximas; porque queria apartar del Rey, no solo á los ambiciosos, pero tambien á los mas experimentados en las malicias de Palacio. El Rey, que queria siempre lo mejor, buscaba hombre digno de tan alto Oficio, y eligiò al Marqués de Villena, á cuyo merito no le faltaba circunstancia, y havia sido de la aprobacion de la Princesa; porque el genio retirado, y estudioso del Marqués, esperaba no le haria embarazo. Havia poco tiempo, que era llegado de su prision, y tenia con el Rey tanto concepto de hombre ajusta-

do,

do, ſabio, y exemplar, que aunque no era Sacerdote, quiſo proponerle para Arzobiſpo de Toledo: el Marqués repugnò, juzgandoſe, con loable humildad, indigno de paſſar al Eſtado Ecleſiaſtico.

Aún eſtaban juntos los Reynos en el Congreſſo, que mandò el Rey tener por la yá referida Renuncia, y con eſta ocaſion, como tenia yá dos hijos, y á la Reyna en cinta, ſe le ofreciò, por mayor quietud de ſus Vaſſallos, (amando ſu poſteridad) derogar la ley, de que entraſſen á la ſucceſſion de la Corona hembras, aunque tuvieſſen mejor grado, proponiendo los varones de linea tranſverſal, deſcendientes del Rey; queriendo, heredaſſe antes el hermano del Principe de Aſturias, que ſu hija, ſi le faltaban al Principe varones. Eſto parecia duro á muchos, mas ſatisfechos de lo inveterado de la coſtumbre, que de lo juſto; y mas quando ſe havia de derogar una ley, que era fundamentál, por donde havia entrado la Caſa de Borbòn á la ſucceſſion de los Reynos. Los mas ſabios, y politicos aprobaban el dictamen, por no exponer los Pueblos á admitir Rey Eſtrangero, haviendo Principes de la Sangre Real en Eſpaña, que directamente deſcendieſſen de Phelipe V. La Reyna, por amor á ſus hijos, eſtaba empeñada en hacer eſta nueva ley; y como no la admitieron los Reynos, (ni ſerìa válida ſin ſu conſentimiento) ſi no la aprobaba el Conſejo de Eſtado, ſe encargò la Reyna de manejar eſte negocio, y lo executò con ſumo acierto, no ſin arte; porque ſabiendo quanto prevalecia en el Conſejo de Eſtado el Voto del Duque de Montalto, ſe valiò de él, afectando confianza, para que promovieſſe. Eſte dictamen diò á la Reyna el Duque de Montellano, y tambien eſtaba prevenido el Cardenál Judice, que tenía Voto en el Conſejo de Eſtado, compueſto á eſte tiempo de los Duques de Montalto, de Arcos, de Medina-Sidonia, de Montellano, de Jovenazo; de los Marqueſes de Vedmár, Almonacid, y Canales; de los Condes de Monterrey, Frigiliana, y San Eſtevan del Puerto, y del Cardenál Judice: juntaronſe de orden del Rey, yá diſpueſtos los animos por varios mèdios, y ſe votó ſobre un eſtablecimiento de Succeſſion, que formò Don Luis Curiél, Conſejero Real de Caſtilla. Fueron los votos uniformes, ſegun la mente del Rey, que conſultandolo tambien con el

Con-

Consejo Real, huvo tanta variedad de pareceres (los mas equivocos, y obscuros) que al fin nada concluían: mas presto era aquella Consulta un Seminario de Pleytos, y Guerras Civiles; posque ni Don Francisco Ronquillo, ni gran parte de los Consejeros, sentian bien el mudar la forma de la succession, sino dexar la que havian establecido los antiguos Reyes Don Fernando el Catholico, con la Reyna Doña Isabél su muger, que unieron en su hija Doña Juana las Coronas de Castilla, y Aragón. Indignado el Rey Phelipe de la obscuridad del Voto, ò de la oposicion de los Consejeros de Castilla, con parecer de los de Estado, mandó se quemasse el original de la Consulta del Consejo Real, porque en tiempo alguno no se hallase principio de duda, y fomento à una Guerra; y que cada Consejero diesse su Voto por escrito aparte, embiandole sellado al Rey. Executóse en esta forma; y con consentimiento de todas las Ciudades en Cortes, del Cuerpo de la Nobleza, y Eclesiasticos, se estableció la succession de la Monarquía, excluyendo la hembra, aun mas proxima al Reynante, si huviesse varones descendientes del Rey Phelipe, en linea directa, ò transversál, no interrumpida la varoníl; pero con circunstancia, y condicion, que fuesse este Principe Nacido, y criado en España, porque de otra manera, entraria al Trono el Principe Español inmediato; y en defecto de Principes Españoles, la hembra mas proxima al ultimo Rey. Se estableció tambien, pertenecia la Corona à la Casa del Duque de Saboya, extincta la del Rey Phelipe, varones, y hembras. A esta Constitucion, y Autos se les dió fuerza de ley, firmada, y publicada con la solemnidad mayor.

Estrechaba el Duque de Saboya à los Ingleses, para que obligassen al Rey de España à entregar la Sicilia; y aunque esto lo llevaban muy mal los Españoles, como yá lo havia ofrecido el Rey de Francia à la Reyna de Inglaterra, fué preciso acordarle. Havia passado à Londres el Duque de Aumont, Embaxador de Francia, con gran pompa, para dár la ultima mano à los negociados, porque en Utrech solo se executaba lo ajustado en las Cortes. Dando un banquete el Ministro de Francia à los de Londres, se prendiò fuego en la casa de aquel, y se consumieron alhajas muy precíosas. Di-

vulgóſe, que la faccion Vvigſts, rabioſos de la Paz, lo havian executado. Eſto no ſe pudo averiguar, ni con las mayores diligencias, que la Reyna mandò hacer: cierto es, que gran parte de los Magnates de Inglaterra diſſentian de ella; pero manejaban eſte negocio Carlos Mordant, Conde de Peterbourgh; Jayme Buter, Duque de Ormont; y Henrique de San Juan, Vizconde de Bullimbroch: eſtos eran los principales. Entraban en las Conſultas el Duqúe de Schebeſburis, el de Amiltón, y Conde de Osfort: no eſtaba à eſte tiempo en Londres Juan Crurzil, Duque de Malburgh, porque viendoſe en deſgracia, havia paſſado con ſu muger à Alemania à unos Baños: aſſi quedó el campo por ſus Enemigos, y formaron los Articulos de la Paz como quiſieron. Procuraba el Marqués de Monteleon, quedaſſe por la Princeſa Urſini la Soberanía, que el Rey Catholico la havia dado en Flandes, del Ducado de Limburgh, ſegun Deſpacho dado en Corella à 28. de Septiembre del año de once; y ofreció la Reyna Ana proteger, y garantir eſta donacion, la qual repugnaban conſtantemente los Olandeſes, porque el Emperador no quiſo venir en ello, que era â quien ſe deſtinaba la Flandes. Esforzaba mucho eſto el Duque de Oſſuna, por adulacion à la Princeſa: Menos el Marqués de Monteleon, porque conocia la impoſſibilidad del hecho, y que eſtaban muy unidos con los Alemanes los Olandeſes; de genero, que aún no havian hecho ſu Paz particular con la Eſpaña, con quien, y con el Duque de Baviera, no la queria el Ceſar, aunque sí con ſola la Francia. Divulgòſe un Manifieſto, en que daba el Emperador las razones de ſu repugnancia à la Paz, y que havia ſido tratado con traycion de ſus proprios Aliados. En ſuma, era una ſátyra contra el actual Miniſtro: éſte, y las amenazas de la Francia, hicieron que los Olandeſes ajuſtaſen ſu Paz con el Rey Chriſtianiſſimo, que convirtió contra el Rhin ſus Armas, yá deſocupadas de otra Guerra; y mandó, que las Guarniciones de las Fronteras hicieſſen las poſſibles hoſtilidades, para traer à la Paz al Emperador. Con eſte miſmo fin admitió en París al Principe Ragotzi, con nombre de Conde de Saxarenſe, aſſiſtido con grueſſas ſumas de dinero, continuando el magnanimo corazon de aquel Rey à dár magnificos ſocorros à los Principes refugiados à ſus Do-

Dominios. El Inglés, el Bávaro, el Coloniense, y aora el Ungaro, era para dár fuertes zelos al Emperador, que veía deshecha su Liga, porque tambien el Duque de Saboya havia hecho su Paz con la Francia. Para perficionarla, fué à París el Conde Costa, Piamontés, y fué facil el Ajuste, restituyendo el Christianissimo la Saboya, Niza, y Villafranca al Duque. Confirmabase en su dictamen el Cesar, à pesar de las persuasiones de los Ingleses, con quienes se havia declarado el Francés, que si por todo el mes de Mayo no venia en la Paz el Emperador, no estaria obligada à cumplir la Reyna Ana todo lo que à favor de la Casa de Austria havia ofrecido. El Principe Eugenio mantenia constante la Corte de Viena, aunque tambien el Prusiano havia entrado en la Paz con el Christianissimo, que para hacer mas viva la Guerra en el Rhin, juntò alli diez mil hombres, y les diò por Gefe al Duque de Villars, à quien assistian los Thenientes Generales Daligre, Coigni, Brollo, y Albergoti; en la Mosela se quedò el Mariscál de Besons. A estas fuerzas se oponia el Principe Eugenio con las suyas; pero no pudo evitar, que acampado Villars en Espira, teniendo à las espaldas à Landao, y à Philisburgh enfrente, pusiesse en contribucion la Provincia. Mas cuidado le daba al Principe Eugenio vér, que estas disposiciones eran contra Landao, y que no podia embarazar el Sitio, por tener destraídas sus Tropas en presidiar la dicha Plaza, à Philisburgh, Eidelburgh, Moguncia, la Selva Negra, el Viejo Brisac, y Kél. Havia yá passado al Cesar el tiempo que señaló el Christianissimo para la Paz, y assi, en 22. de Junio, llamando Villars con sus Tropas al Mariscál de Besons, le mandó embestir à Landao, de quien era Governador el Principe Alexandro de Vvitembergh: tenia diez mil Infantes de Guarnicion, y mil Cavallos. Villars ocupó los Castillos, que guardaban el Puente de Philisburgh, y Manhein. Eugenio aún no tenia junto su Exercito, porque tardaban las Tropas de Hannover, Vvitembergh, y Brandemburgh, pues aunque este ultimo havia hecho su Paz (como diximos) con la Francia, permitia al sueldo del Emperador parte de sus Tropas. El Señor de Milón debastaba el Palatinado, despues que ganó el Castillo de Keiser Lauter, con setecientos prisioneros. Mientras el Conde de Bourgh levanta-

ba las primeras Trincheras contra Landao, embió Villars la Cavalleria á ſaquear la Tierra de Moguncia. El Principe Eugenio ſolo podia dár ſocorro con palabras. Eſpirando el mes de Junio, hizo una fuerte ſalida la Guarnicion de Landao: Opuſieronſe valeroſamente los Regimientos de Navarra, y Augeroen. El choque fué ſangriento, y perdieron los Franceſes mucha gente, y al Marqués de Virón. Quando tuvo el Principe Eugenio ſeſenta mil hombres, eſtendió ſus Reales de Manheín á Philisburgh: dexó encomendado al General Baubón, con diez mil hombres, la Selva Negra.

A 23. de Julio aſſaltaron los Franceſes el primer ángulo, que guardaba el camino encubierto de una media Luna. Coſtó mucha ſangre la diſputa: mas á los Sitiadores, (entre los quales fué gravemente herido el Principe Talrſtond) vencieron eſtos, y convirtieron ſus Armas contra la otra media Luna: no fué menos cruél el combate; pero igualmente felíz. A eſſa miſma hora una bomba enemiga hizo arder el gran Hoſpital de la Plaza, devoraron las llamas el edificio, y ſetecientos enfermos: eſte horrible accidente llenó de triſteza la Ciudad; pero no deſmayó ſu Governador: los Sitiados ſoltaron las aguas al Foſſo de la derecha, que havian abierto los Franceſes. Eſto los hizo trabajar mucho: al fin, con gran fatiga la diſtraxeron. La ultima noche de Julio dieron los Sitiadores tres aſſaltos contra dos medias Lunas, que quedaban, y el Baluarte de Melach, donde fué mas reñida la diſputa, porque concurrió aqui toda la fuerza de una, y otra parte. Hizo mas horrible la Accion, haver en el ardor de ella aplicado llama á ſus Minas los Sitiados. Volaron muchos Franceſes; los que quedaron, y otros que ſe añadieron, ſoſtuvieron el empeño con felicidad, pues no ſolo rechazaron al Defenſor, pero ſe alojaron tan fuertemente, que aunque deſpues de tres dias dieron fuego los Alemanes á otras Minas, que en aquel parage tenian hechas, no los pudieron deſalojar, aun con haver hecho al miſmo tiempo una fuerte ſalida. Los aproches amenazaban yá la Puerta, que llaman de Francia: levantaronſe dos Baterías contra las Fortificaciones exteriores, y yá arruínadas eſtas, ſe batía el Cuerpo de la Plaza: quando eſtuvieron á propoſito las brechas, ſe previnieron con diez y ſeis mil hombres dos aſſaltos; huvieralos recibido el

Prin-

Principe de Vvitembergh, á no clamar los Ciudadanos por la rendicion, pues yá no era possible la defensa, y lo havia sido el socorro. Pidió capitulacion á los ultimos de Agosto: celebraronse los Pactos, y quedó la Guarnicion prisionera. Este es el quinto Sitio de Landao, en un decenio: quantas veces sitiada, tantas perdida. Mereció esta Plaza el mayor cuidado de una, y otra parte, y que dos veces la sitiasse en persona el Emperador Joseph; al fin, bolvió al poder de los Franceses.

De la felicidad de esta empressa se alentó Villars para otras: por Castél Luis passó el Rhin, puso su Campo en Lautembergh; pero le embarazaba los progressos la peste, que este año se encendió en la Germania. Con no admitir Desertores se preservó de ella. Mandó el Marqués Daligre ocupar las angostas sendas de Offemburgh: al Mariscál de Besons, guardar las lineas de Lautembergh, y atacar las que por antemural de Triburgh guardaba el General Baubon con quince mil Infantes, y treinta Esquadrones de Cavallería. Su mayor defensa era lo aspero, y rudo del sitio, lleno de peñascos, y cortaduras. Ni esto arredró á los Franceses: acometieron en tres partidas, mandadas por los Condes de Bourg, y Destrades, y del Cavallero de Asfelt, varones fuertes, y resueltos. Empezaron la obra los Granaderos: succediase continua llama, y la muerte; y fué tan feróz el ímpetu de los que assaltaban, que no pudo resistir la Trinchera: rompieron la linea los Franceses, con no poco dispendio de sangre, y vencieron. Bolvieron la espalda los Alemanes: persiguiólos Villars hasta Olegroben, y Vilinghen, los quales ocupó luego: por sesenta millas allá del Rhin puso en contribucion la Tierra, exausta con tanta Guerra; y assi suplió la crueldad, lo que no pudo satisfacerse la avaricia. Era yá facil sitiar á Frisburgh: esta comission se dió al Conde de Burgh, que en 30. de Septiembre se presentó á la Plaza: el Cañon se traxo de Brisac. Para divertir al Enemigo, quiso entrar por la Campaña el Principe Eugenio: los mismos Paysanos la defendieron, guardando el Rio: decian los supersticiosos, que la fortuna le havia buelto las espaldas: esto prueba, que no la hay. Queria la Providencia, para abatir la vanidad de los Alemanes, que faltandoles sus Coligados, fuessen vencidos. No

po-

podia ſolo el Emperador reſiſtir à la Francia, y aſſi hacian varias correrias por Alemania ſus Tropas: contribuyó mucho la Suevia, y el Coronél Ratzi oprimió con tyranía las pobladas orillas del Danubio. De Mubiergh moviò ſu Exercito Eugenio, y porque no fueſſe dueño de las llanuras, fortificó unas lineas el Francés, deſde Roſcof, al Rhin: el Rio que le ciñe, era de impedimento à circumbalar à Frisburgh. Los Sitiados llenaban el Foſſo de los Franceſes de agua: era nunca intermitente el trabajo de diſtraerla, porque havia deſde un Baluarte un aqueducto, por donde los de la Ciudad llegaban haſta el Foſſo del Enemigo. Se aceleró por eſto Villars à atacar aquel Baſtion; y aunque tenia la brecha abierta antes, era preciſo ganar la media Luna, que por un lado le defendia. Mandóſe atacarla à los Regimientos de Berri, y Tallard, que al primer acometimiento vencieron, haciendo priſioneros los Defenſores, y ſe alojaron. Como yá tenia brecha abierta el Baluarte que guarda el Puente, ſe prevenia el aſſalto; pero le embarazó haver hecho la Plaza llamada. Se capitulò retirarſe à la Ciudadela la Guarnicion, dexando en la Ciudad dos mil y quinientos enfermos, la qual entregaron luego, y que pagarian, por no ſaquearla, un millon de libras: que las familías de los que ſe retiraſſen à la Ciudadela, irian con ſus maridos. Deſpués inſinuó Villars, que ſi levantaba contra ella Trinchera, que no daria capitulacion. Pidió el Governador cinco dias de tregua, y ſe le concedieron, para conſultarlo con el Principe Eugenio, que eſtaba en Rotuelo. La reſpueſta fué dudoſa, y ſe alargó la tregua, para que bolvieſſe à eſcrivir. Aſſintió Eugenio à la rendicion, y ſalió en 16. de Noviembre libre la Guarnicion. La caída de Frisburgh abria el camino à la Selva Negra, al Palatinado, y la Baviera, ſi huviera querido el Rey de Francia bolver à ſus Eſtados al Duque, protegido de ſus Armas; pero aún no lo havia reſuelto, porque yá eſtaba mas blanda la Corte de Viena, canſada de los clamores de los afligidos Pueblos, y del Palatino, que iba perdiendo ſus Eſtados. Daba oídos à la Paz; pero no quiſo el Ceſar embiar otra vez ſus Plenipotenciarios à Utrech: la queria hacer en lugar aparte, oídos antes los Circulos, y Principes del Imperio en Ratisbona, donde luego ſe juntaron; pero propuſieron condiciones tan altivas, y deſproporcionadas

das, (para lisonjear la arrogancia de la Corte) que las despreciò el Francés, y mandò renovar las hostilidades con mayor rigor, aunque lo embarazaba lo crudo de la estacion.

Deseaba la Francia la Paz, pero queria ser rogada. Propuso el Emperador, que se viniesse à Congresso particular en Rastad, y lo admitiò el Christianissimo. La primera condicion que se insinuò, fué, que no se havia de hablar de la España, ni de su Principe, con quien el Emperador havia de hacer la Paz, ò la Guerra. (como quisiesse) Vino á bien Luis XIV. porque veía, que yá apartados de la Liga la Inglaterra, y la Olanda, poco mal podia hacer el Emperador al Rey de España; antes esta deseaba la dexassen sola en Guerra con la Casa de Austria; y assi, ofreciò el Francés, no assistir á su Nieto, como al Emperador no assistiesse otro. Juntaronse el Principe Eugenio, y Villars: aquel tenia mas dilatada la Plenipotencia, porque al ardòr de Villars no fiaba tanto su Soberano la Paz, como la Guerra; y cansado de esta, (yá viejo, y con continuos temblores) queria Luis XIV. dexar quieto el Reyno, porque tenia un Heredero de tres años, y mal ajustados los principales puntos de la Monarquía, con el desorden de la Guerra. Veía tambien, caía la Regencia en el Duque de Orleans, primer Principe de la Sangre, y conociendo lo turbulento del gènio, no le queria dár ocasion á estár muy armado, ni á tener arbitrio á nuevos systémas. En España se llevaba muy mal haver dado la Sicilia al Duque de Saboya, despues de haver cooperado tanto â la ruína de la Monarquía; y el Pueblo fué por esto perdiendo el afecto de la Reyna, por imaginar, que havia inclinado el animo del Rey á favor de su Padre. Esto creían los menos informados, porque ni la Reyna, ni la Princesa concurrieron á engrandecer al Duque, sí solo los Ministros Ingleses, ganados con oro, como publicaba la fama, y yá empeñados en apartar del Emperador al Duque de Saboya, para obligarle á la Paz. Es cierto, que la rehusaban los Españoles con condiciones tan duras, perdiendo la Sicilia, y no recobrando de los Ingleses á Mahòn, y Gibraltár, y no quiso firmar el Papél de la Renuncia el Marqués de Vedmár, ni dár su voto; pero estaba el Rey Catholico obligado, porque yá lo havia el Christianissimo ofrecido. No ignoraba la Reyna estas quexas de sus Subditos;

pe-

pero eſtaba en eſtado, que nada la afligia, ſino la gravedad de ſu mal, que ſe iba declarando ethiquéz; aunque enmedio de tan graves accidentes, diò á luz (á 23. de Septiembre) un nuevo Infante, (á quien ſe le diò por nombre Fernando) tan ſano, y robuſto, como ſi ſaliera de unas entrañas, de ningun mal infectas: no pariò con gran trabajo; pero quedò mucho mas débil, y con calentura continua, no periodica, que hacia deſeſperanzar de ſu ſalud á los Medicos mas liſonjeros.

Al péſimo exemplo de Barcelona, ſe reſiſtiò Cardona á ſu Soberano, aun deſamparada de los Alemanes; lo proprio queria hacer Manreſa: Don Joſeph Armendariz la ocupò, y aplicò al Fiſco Régio los bienes de los Rebeldes, que ſobraron á la llama. Holgabanſe del eſtrago los Cathalanes: buſcaban la muerte, antes que reſtituírſe al debido Vaſſallage. (ellos le llamaban eſclavitud) No ſe pueden referir en corto volumen los laſtimoſos efectos de ſu obſtinacion. El Eſtado Ecleſiaſtico era el mayor fomento de ella, á muchos ſe les eſpiraba el tiempo de una uſurpada libertad, que no diſtaba mucho de apoſtasía, y aſſi hacian los mayores esfuerzos á conſervarla, engañando los ignorantes Pueblos. Las Tropas del Rey ocuparon á Solſona, Matarò, y Oſtalric: el Conde de Fienes la Provincia de Ampurias. Eſtaba Barcelona bloqueada, cuyo Govierno tenia Villaroél, Theniente de Mariſcales de las Tropas del Emperador, que correſponde al de Theniente General; y debiendo eſte haver ſeguido la evacuacion, tenian fundamento los que creían ſe havia quedado de orden del Ceſar á ſer Cabo de aquellos Rebeldes, que havian hecho ſu confederacion con Mallorca, que aun evacuada, ſe mantenia pertináz. La governaba el Marqués de Rafal, Cathalán. Alguna parte de la Nobleza, reflexionando en ſu daño, queria ſometerſe al Rey: lo reſiſtia la Plebe, haſta vér la fortuna de Barcelona, que havia embiado á Viena al Marqués de Montenegro, para pedir otra vez ſocorro. Perezoſo el deſengaño, los mantenia en una eſperanza tan mal fundada, como moſtrò el exito. El Ceſar les eſcriviò claro, no podia yá ſocorrerlos: muchos creían, que ſería diſtinta de la pluma la mano, pues aunque en publico era meneſter eſcrivir de eſta manera, ſoſpechaban, que en ſecreto

re-

tenian orden de dár socoro Napoles, y Cerdeña; cierto es, que de ambos Reynos se embiaron Viveres, y de Napoles Cañones: esto era faltar à lo ofrecido; pero respondia la Corte de Viena, que lo compraban con su dinero. Estos socorros les entraban furtivamente en chicos Barcos, con el favor de la noche, quando podian librarse de las Galeras de España, mandadas por Don Joseph de los Rios, que para estrechar mas á Barcelona, corria aquellas Costas. Dalmao, y Nabot, dos hombres de valor, y ossadía, juntaron hasta tres mil Cathalanes, que mantenian sublevada la Provincia: donde no havia Tropas del Rey, executaban mil crueldades, que fuera prolixo escrivirlas. El Presido de Lèrida, y Balaguèr saliò contra Nabot, tambien le búscaba Don Tiberio Carrafa, y el Conde de Fienes: alcanzòle Don Feliciano Bracamonte en un angosto camino junto á Terrasa: atacòle, y le derrotó: hizole prisioneros muchos Cathalanes, que luego entregò á la horca, y el incendio. Los Rebeldes que sobraron, passaron á la Plana de Vich: ni alli hallaron sossiego, porque las Tropas del Rey los perseguian: havianse muchos retirado á Castél, Ciudad, que la ganò con gran valor, y promptitud Bracamonte. Estaba Manresa à la devocion del Rey: assi la mantenia Jayme Lisac, hombre leal: contra ella vino Nabot. Resistentes los Paysanos, empezóse una chica, pero sangrienta Batalla: llegó à tiempo con sus Tropas Bracamonte: Nabot huyó, y dexó muchos de los suyos, que se passaron luego à cuchillo. Dalmao no havia tenido mejor fortuna en sus empressas: ambos Gefes dexaron sus quadrillas, y por Mar se retiraron à Barcelona, la noche del dia 4. de Octubre; mal recibidos del Pueblo, no faltó mucho à que los despedazassen.

Sin Cabo, ni disposicion alguna los Rebeldes del Principado, quisieron assaltando un Quartél de los del Exercito, entrar en Barcelona: fué infelíz la idéa, los mas dexaron alli la vida: deshicieronse aquellas Tropas de hombres facinorosos: muchos imploraron la clemencia del Rey, y fueron admitidos: otros, mudando de trage, se entraron en las Ciudades: algunos se escondieron en las cuebas de los Montes: otros passaron los Pirineos, y se refugiaron en la Francia. El Duque de Populi estudió sossegar la Tierra, para aplicarse

tado à Barcelona, donde havian hecho ſus Moradores tantos Trincherones, y cortaduras, que era preciſo ganarla palmo à palmo. Abrieron en las caſas troneras: levantaron en las encrucijadas de las calles paredes, para que, aun deſpues de ganado el Muro, coſtaſſe trabajo penetrarlas. Eſto inſpiraba la deſeſperacion, y la rabia, ſin reparar, que la miſma reſiſtencia de la Ciudad era ſu ruina, y querian perderla, yá que defenderla no podian. Las Tropas del Rey ocuparon à Santa Matrona, no ſin ſangre, porque la tenian fortificada los Cathalanes: alli ſe levantaron las primeras Trincheras: era eſto en el rigor del Invierno: ſalió de madre el Rio Lobregat, y ſeparó las Tropas. No perdieron eſta oportunidad los Cathalanes, è hicieron una ſalida fuerte, y numeroſa: ſe peleó, de una, y otra parte con gran valor: Los Sitiadores, deſpreciando las aguas, ſe juntaron, y rechazaron, con mucha pérdida, à la Ciudad los Rebeldes. Aſſi eſpiró el año.

AÑO DE M.DCCXIV.

GRave, y peligroſo fué el ſobreparto de la Reyna de Eſpaña: yá interiormente corrompidas las entrañas, la reducia à los eſtremos de la vida; pero ſe lo ocultaba la liſonja de los Palacios; mas la Princeſa Urſini, por no afligirla, cuyo imperio ſe eſtendia haſta las palabras, que havian los Medicos de proferir. Era la Reyna pia, de la vida mas ajuſtada, y llena de virtudes; con todo eſſo, no era juſto callarle el deſengaño de la vida mortal, para que aplicaſſe el animo à la eterna: nadie ſe atrevia à quitarle la eſperanza. El Rey, uniendo ſu amor, y ſu piedad, halló el medio termino, que tomaſſe los Sacramentos, como por devocion, en un dia de Fieſta ſolemne, y executó lo miſmo, para quitar à la Reyna la aprehenſion; pero yá, ſuccediendoſe unos à otros los mortales accidentes, comprehendió ſu peligro, y recibiendo muchas veces los Sacramentos de la Confeſſion, y de la Eucharistia, con viſible reſignacion, murió en 14. de Febrero, de edad de veinte y cinco años, y pocos meſes. El Rey, herido del juſto dolor, dexó luego el Palacio; y no queriendo reno-

var

var especies en ninguna Casa Real, mandó desocupar la que el Marqués de Priego, como Duque de Medina-Cœli, posseía en la Calle del Prado. Embalsamando el Cadaver de la Reyna, se hallaron los libianos oradados, y de los pequeños agujeros, que hizo lo corrosivo del humor, se sacaron unas piedrecitas. Dióse, con la acostumbrada pompa, sepultura en el Escorial, en el Panteon de los Reyes, donde tienen su lugar las Reynas, que han dexado succession. Embarazado el Rey del dolor, para no atender à los negocios, dió entera autoridad al Cardenal Judice para disponer la pompa funeral, y que despachasse las dependiencias, que tenian peligro en la dilacion, saliendo las ordenes por el Secretario del Despacho Universal, Marqués de Grimaldo, en nombre del Rey, que le dió este poder por palabra, y sin Decreto. El Cardenal usó con la mayor moderacion de esta confianza: solo despachó lo mas preciso; y el Rey, despues de tres dias, bolvió al Despacho, à persuasiones de la Princesa Ursini, cuya autoridad no espiró con la Reyna, porque continuó en favorecerla el Rey, y valerse de su consejo. Era el mayor fundamento de su poder el amor, que la Reyna la havia tenido: conservabase en el Palacio como Aya del Principe, y los Infantes; y por no aventurar los oídos del Rey à alguna siniestra impression de tantos émulos, que en la Corte tenia, lo ciñó de sus mas Allegados, y Amigos, y que siguiessen al Rey, hasta en la caza, con pretexto de aliviarle su tristeza. Era Juan Orri el hombre de la mayor confianza de la Princesa, que atenta à su seguridad, llena de mayores sospechas, inspiró en el Rey, consintiesse en mudar el méthodo del Govierno, segun Orri le havia ideado. Embarazaba à todos los que querian tener mano en el Govierno la grande autoridad del que regía la Presidencia de Castilla; y assi, quitando su émpleo, con honrado papél del Rey, à Don Francisco Ronquillo, se crearon cinco Presidentes, uno en cada Sala del Consejo Real: aun en el Consejo del Govierno del Rey se deputaron Consejeros à cada linea de negocios, y se añadieron el Marqués de Jamayca, yá Duque de Veraguas, y el Principe de Chelamár: los Negocios estaban dividos en quatro classes, Iglesia, Justicia, Estado, y Guerra: solo Juan Orri, y el Conde de Vergueich entraban en todos; pero aquel era el arbitro de la nueva planta.

 Ha-

Haviasele introducido, y logrado su entera aprobacion Don Melchór Macanáz, hombre apenas conocido en la Corte, y solo havia sido Juez de Confiscados en Aragón, y Valencia, no sin quexa de infinitos; y mas de los Eclesiasticos, por su rigida, y pesada mano. Este influía en Orri nuevos, y nunca vistos dictamenes; los mas, contrarios à la Immunidad Eclesiastica; pero tan bien escondido el veneno, que lograba la gracia, y la aprobacion del Padre Robinet, Confessor del Rey: por estos medios subió à ser Fiscál del Consejo de Castilla, con mas autoridad, que otro alguno. Dieronse quatro Presidentes al Consejo de Hacienda, tres al de Indias, otros tantos al de Ordenes: añadióse gran numero de Consejeros, que esperaban poderlo ser: Quitaronse los dias feriados, y havia Juntas de Tribunales, aun por la tarde, y solo se vacaba de los negocios los dias Kalendos, llamados vulgarmente de Precepto. Esta turba de Consejeros, division de Negocios, continuacion de Juntas, que parece contribuía à la brevedad de la Expedicion, la embarazaba. Sería prolijo referir quantas novedades introduxo Macanáz, con general desconsuelo, no sin risa de los hombres mas sérios. La Secretaría del Despacho Universal de Estado, y Justicia, se quitò al Marqués de Mejorada, creandole Consejero de Estado, y se dió à Don Manuel Vadillo. Conservaba siempre la suya de Guerra, è Indias el Marqués de Grimaldo, hombre bien visto del Rey, y de su mayor confianza, que tambien lograba con su buen modo el patrocinio de la Princesa.

No acababa con el Sitio de Barcelona el Duque de Populi, por falta de gente, y preparativos: ni queria agriar mas los animos con nuevas contribuciones, por si podia reconocerse Barcelona, admitiendo el perdón, que el Rey ofrecia; pero no atento à estas politicas Juan Orri, gravó quanto le fué possible, con nunca vistos impuestos, el Principado, que todo estaba á la obediencia del Rey, menos Cardona. Heridos estaban de duras contribuciones los Cathalanes: buelven à las Armas, y sublevada la Provincia, no tenia el Duque de Populi gente para el Sitio, haviendo de destacar tantos Partidos; porque en defensa de sus bienes, nunca con mayor fuerza se confirmó en la rebelion Cathaluña, aunque caían sobre los miseros sublevados la llama, el cuchillo, y el suplicio.

cio. Esta nueva, è inutil guerra embarazó mucho, y costó no poca sangre: con esto tomaba tiempo Barcelona, previniendose mejor à la defensa. Hizo nueva confederacion, con Despacho del Emperador, el Marqués de Rubí, con clara infraccion del Tratado de Utrech: se embiaron de Napoles nuevas Levas, y cada dia se endurecian mas aquellos animos, no faltando los continuos socorros de los Reynos, que en Italia posseìa el Cesar. El Rey Phelipe, para quitarles esta esperanza, mandó passar ocho Naves de la Flota de Indias; à estas se añadieron tres Naves, que mandaba el Marqués Estevan Mari, Genovés: otros doce Navíos de menor porte, con las Galeras del cargo de Don Joseph de los Rios: no podian siempre estár à vista de Barcelona, por lo inquieto de aquella playa, y se abrigaban del Seno de Tarragona. Tambien tenia Barcelona sus chicos Navìos, y tres de Guerra, para comboyar los Viveres, que subministraba Italia, principalmente Genova, que se havia hecho el refugio de los Rebeldes; y assi, en alguna noche obscura, no dexaban de entrar Falucas, y Barcos chatos, que llaman Laudes, cargados de comestibles. Tambien recibia los suyos el Exercito del Rey por Mar, porque tenian los Sublevados ocupados los passos, y vivian de latrocinio, sin perdonar á Passageros algunos, hechos públicos Salteadores de caminos: quisieron ocupar á Manresa, pero la defendiò el Conde de Montemár; el Marqués de Thoy á Solsona, y Verga, porque lo intentaban los Rebeldes; y aunque tuvieron alguna derrota en S. Estevan, renacian de esta Hidra cada dia nuevas Cabezas: juntóse mayor numero de ellos baxo la mano del Señor de Poal; de genero, que estaba tan ocupada la Infanterìa del Rey, que era impossible adelantar el Sitio. Por esso acudiò el Rey á su Abuelo, pidiendole Tropas, y aun Naves: esto ultimo no pudo ser en la cantidad, que el Rey lo queria, y solo vino el Señor de Ducás, con titulo de Almirante del Mar de España, y traxo tres Naves de Guerra al sueldo del Rey. Esto sintieron mucho los Españoles, porque mandaba, con esto, á todos los Gefes de Marina. Determinò el Christianissimo embiar quince mil hombres con el Mariscál de Bervich. El Rey agradeciò el socorro; pero como estaba mal con él la Princesa Ursini, pidiò, se le embiasse al Mariscál de Tessé, en lo que no quiso venir á bien el Rey de

Fran-

Francia. Viendo la Princesa podia venir Bervich á la Corte, como sabia era su grande amigo Don Francisco Ronquillo, le desterrò de ella con Decreto del Rey: diòse por pretexto, que hablaba con insolencia del Govierno, y que se havia unido con el Marqués de Brancás, entonces Embiado de la Francia en España, el qual llevaba muy mal el méthodo de aquel Govierno, y que por negligencias de él, ò poca harmonía, se metia en nuevos gastos, y empeños la Francia; y aun estaba á pique de no concluirse la Paz de Utrech, entre los Olandeses, y la España; porque como aquellos no querian ser Garantes del Estado, que en Flandes havia dado el Rey Phelipe en soberanìa á la Princesa Ursini, esta mantenia el animo del Rey á no hacer la Paz, hasta que viniessen á esta condicion. Sentia mucho estas dilaciones el Christianissimo, porque la tenia ajustada, y le embarazaba sus idéas, y poder aplicarse todo á hacer buena Paz con el Emperador, y quiso saber con fundamento, de qué dependia la resistencia del Rey su Nieto, y si era proprio movimiento, ò influxo de la ambicion de la Princesa. Con esta ocasion soltò la pluma Brancás, y dixo á su Amo, quanto en el Govierno de España passaba, con tan negra tinta, que asegurò, destruìan el Reyno la Princesa, y Juan Orri, cada uno por su camino: Que aquella se havia apoderado de la voluntad del Rey: Que era árbitra del Govierno, con maximas tan perjudiciales á la Francia, como siempre, y aun perniciosas á los interesses de España, la qual sacrificaba, por no perder en el Luxembouges este Estado, que le havia concedido el Rey: Que yá prevenia tropiezos al acierto del Duque de Bervich, que como baxaba contra su voluntad, perderia sin duda, en el Sitio de Barcelona la gente, y la honra de las Armas de Francia; porque no hallaria los preparativos necessàrios, ni Orri los subministraria, sin la voluntad de la Princesa, tyrana de la España, y perjudicial á la Francia: Que ambos eran Vassallos de su Magestad Christianissima, que lo podia remediar con una orden, de que se restituyessen á Francia, pues de otra manera no se haria la paz con los Olandeses, ni se tomaria á Barcelona. Resumen de esta Carta del Marqués de Brancás, hemos tenido en nuestras manos, que no se desdeñò de mostrarla algun confidente suyo en la Corte, enemigo de la Prin-
cesa

cesa, que los tenia muchos. Con estas noticias Luis XIV. insinuó à su Nieto, no queria embiar mas Tropas; y mandó contramarchar las yá destinadas al mando del Duque de Bervich, contra Barcelona; añadiendo, que haria su Paz con los Olandeses, y el Emperador, y dexaría à España en Guerra con estos dos enemigos, bolviendole del todo las espaldas, porque no queria, por un particular interés de la Princesa, dilatar la quietud de sus Reynos, y empeñarlos en nuevos gastos. Esta Carta no la hemos visto, pero la referia Brancás, en Madrid, como comunicada del Rey su Amo. El Rey Phelipe escrivió à su Abuelo, desengañandole de tan siniestras impressiones, y explicó ser solo Autor de la resistencia de la Paz de los Olandeses, por su proprio decóro, y vér, que no tenia efecto la merced hecha à la Princesa, de la qual se confessaba bien servido, y que contra su voluntad la havia tenido en España, despues de la muerte de la Reyna: tambien la Princesa, por medio de la Señora de Maintenon, se procuró sincerar con el Rey de Francia; pero nada bastó, porque las Tropas no se embiaban, y cobraba fuerzas la rebeliòn de Barcelona, cada dia mas, prevenida à una vigorosa defensa. El Rey, sabiendo era el Marques de Brancás quien fomentaba esta discordia, pidió le sacassen de España; y este añadia materiales à la íra del Christianissimo, diciendo que la Princesa interceptaba sus cartas, y abria los Despachos de la Corte de Versalles. Esta mala inteligencia tomaba cuerpo; y assi, para apagar tan perniciosa centella, embió el Rey por la Posta à Paris al Cardenal Judice, instruído de razones, que pudieran convencer el animo del Christianissimo, sumamente indulgente à su Nieto: los que todo lo aplican à lo malo, dixeron, haverse la Princesa valido del Cardenal, para sacarle de Madrid, por zelos de su autoridad, viendo, que eran aceptos al Rey sus dictamenes. Havia la Princesa ensangrentado la pluma contra Brancás: y viendo este, que podia el Cardenal hacer alguna impression en el Rey de Francia, pidió licencia para ir à París, y la consiguió: se dió tanta prisa en el viage, que llegó antes que el Cardenal, el qual llevó consigo à su Sobrino el Principe de Chelamár, hombre maduro, y prudente, capáz del mas arduo negocio. En Madrid se ignoraba la incunvencia del Cardenal, que saliò con tanta

pri-

prisa, aun el dia de Viernes Santo, en que los Cathalanes están aplicados en rememorar, solemnemente, la Passion de Christo, y assi sospechaban fuesse de suma importancia: pero Brancás, de París escrivió à sus Amigos, havia ido el Cardenal para componer en la Corte de París à la Princesa, la qual era injuriosa, è indecente à la Púrpura; pero verdaderamente fué à quitar al Christianissimo algunas siniestras impressiones, y que bolviesse à mandar, baxassen las Tropas contra Barcelona, porque yá en la Contramarcha havian passado los Pirinéos; y esto diò grandes alientos à la rebelion, y el haver divulgado los Olandeses, que si no hacia el Rey la Paz con ellos, socorrerian à los sublevados; y que lo proprio haria el Rey de Portugál, picado de saber, que el Catholico havia dado orden à sus Plenipotenciarios, en Utrech, no aceptassen la Paz con los Portugueses, con quienes estimaba mejor estár en Guerra. Esto puso en cuidado al Rey Don Juan, creyendo, que la España, desocupada, convertiria las Armas contra sus Dominios; y assi, recurriò à sus Aliados, que le ofrecieron, no le dexarian en Guerra. Aunque el Marqués de Brancás llenò los oìdos de su Soberano de grandes incentivos à la ira, y diò noticia, que para templarla venia armado de sophisticas justificaciones el Cardenal Judice, fué este recibido del Christianissimo con las mayores demonstraciones de honra, y aprecio, qual ninguno otro Ministro Estrangero havia jamás conseguido; y fué tan feliz en su cargo (no desdeñando el patrocinio de la Señora de Maintenòn) que el Christianissimo bolviò à embiar con el Duque de Bervich las Tropas à Cathaluña. Para sincerar á la Princesa Ursini, era el mayor atolladero el dilatar la Paz con los Olandeses, porque esto se creía efecto de su ambicioso influxo: pero la ofreciò el Cardenal, que tambien quiso justificar á Juan Orri, para que fuesse en general aprobada la conducta del Rey. Esto el Christianissimo lo miraba como cosa de poca entidad; porque Orri era hombre enteramente subordinado, y dependiente de los Ministros de Francia. Brancás no bolviò â España, porque se havia puesto en desgracia del Rey Phelipe, y no era apropósito para este ministerio. Los Politicos creyeron, huviera hecho el Cardenal mejor su negocio, si huviesse echado â la Princesa de España, que con la mano

del

del Christianissimo, estaba en la suya; pero quiso usar de la mayor lealtad, aunque no le fuè muy agradecida la Princesa, porque temiò, que elevado el Cardenál al favor del Rey de Francia, no se alzasse con el del Rey Phelipe, á quien havia escrito su Abuelo grandes encomios del Cardenál, y que sería acertado en todo valerse de su consejo. Esto tenia en sobresalto á la Princesa, y le entretenia en Parìs. Se confirmaba mas en su absoluto poder cada dia; y no pudiendose subordinar á èl el Conde Vergueich, pidiò licencia para bolverse á Flandes; explicò con alguna libertad la causa. Estaba el Rey tan acostumbrado á oír quexas contra la Princesa, que yá no le hacian mella; creíalo todo impostura, y efecto de rabiosa embidia, y ambicion.

En virtud del Tratado de la Cession de Sicilia, firmado en Utrech, mandò el Rey Phelipe al Marqués de los Balvases, que la governaba, evacuar aquel Reyno. Las condiciones fueron, reservarse el Rey los bienes confiscados, con Tribunal independiente en Palermo: que gozarian de sus antiguos Privilegios los Sicilianos: se mantendrian en sus empleos los provistos por el Rey: que tendria perpetua alianza con la España, el que lo fuesse de la Sicilia: que bolveria esta á los Reyes Catholicos, extinta la linea varonil de la Casa de Saboya. Y se añadiò la condicion, que no cumplidas todas las que se havian impuesto, fuesse la cession de ningun valor, y devoluto el Reyno á la España.

El nuevo Rey Victor Amadéo passò con su muger, y el segundo hijo á Sicilia, con tres Naves Inglesas: no le reconocia Rey, ni el Cesar, ni los Principes, y Republicas de Italia; antes, unos, y otros veìan con disgusto crecer el poder del Duque de Saboya, Principe de las altas idèas y mal contenido en los limites, que prescriviò la fortuna á su dominio, Los Sicilianos, aunque tratados con humanidad, y agrado, llevaban mal el nuevo Amo, que para empeñar la Nobleza en su obsequio, y obediencia, formò para su guarda una Compañia de Nobles Sicilianos, de la qual hizo Capitán al Marquès de Villafranca. Se informò por menor de las cosas principales del Reyno, y de sus Rentas; y dexando por Virrey al Conde Masey, y bien presidiadas las Plazas, bolviò al Piamonte. Tambien se le entregaron las Galeras de el Reyno,

de que era General el Principe de Campo-Florido, Siciliano, que no queriendo dexar el Servicio de España, se passó á ella con toda su familia; no queriendo, como algun otro hacer á dos palos.

En este año murió en París Carlos de Borbón, Duque de Berri, y en Londres la Reyna Ana, á quien sucedió Jorge, Duque de Hannovér, consintiendolo ambos Partidos; aunque los que adherian secretamente al Rey Jacobo, que estaba retirado en Lorena, divulgaban, era la intencion de la Reyna dexarle heredero; pero que obrüída de una grave apoplexía, no havia podido articular acento alguno. Esto desengañó al infelíz Rey, frustrandosele las esperanzas, que tenia en el Rey de Francia; porque no le pareció á este entrar en nuevos empeños, haviendose todos convenido á la exaltacion del Rey Jorge, y queriendo gozassen los Pueblos de la Francia de la quietud, que les prometia la Paz, yá establecida en Rastad con el Emperador, en la qual fué reconocido Rey Catholico; porque aunque no tenia los Reynos, se contentaba el Cesar con la vanidad del Titulo, que no le pareció al Christianissimo escasearle, siendo insubstancial, yá que posseía los Reynos de España su Nieto; y ofreció, no darle ayuda contra el Cesar, para que no hiciesse este la Guerra sin Aliados: Ni aquella podia ser mas que idéa, respecto á los Alemanes, porque la distancia embarazaba las Armas. Con la elevacion al Trono del Rey Jorge renacia el poder de los Uvists, que havian sido adversos á la Paz; y recelando que la turbassen, mandó el Rey Catholico á su Plenipotenciario, el Duque de Ossuna, que reconociesse en su nombre al Rey Jorge quando passasse por los Estados de Olanda â embarcarse, y embiò á Londres al Marqués de Monte-Leon, con la Paz establecida entre la Francia, y el Cesar: tomò este enteramente possession de la Flandes, porque havian sido reintegrados en sus Estados, y Dignidades Maximiliano Emanuel, Duque de Baviera, y Joseph Clemente, Elector de Colonia. El Cesar no quiso reservar el Estado señalado á la Princesa Ursini, ni havia como obligarle á esto: y assi, los Olandeses no podian ofrecerse garantes sobre lo que no subsistia. Quitado este embarazo se firmó entre el Rey Catholico, y los Estados Generales de los Paises Baxos

la

la Paz en 26. de Junio: Poco se añadió à las antiguas Convenciones, mas que el capitulo 31. en que ofrecia el Rey Phelipe, que ninguna Nacion comerciarìa en las Indias (excepto la Española) sin perjuicio à los que tenian el Assiento de Negros. En el Capitulo 37. se dexó assentado; no se unirian en unas mismas sienes las Coronas de España, y Francia. Huvo un Articulo separado, en que se dexaba entera la accion à los herederos del Principe de Orange, que havia sido Rey de Inglaterra, para pedir al Rey Catholico lo devengado de las Rentas annuales, ofrecidas por el Rey Carlos II. al Principe de Orange en el año de 1687. El nuevo dominio de Inglaterra, que daba al Rey Phelipe no pocos recelos, aunque el Rey Jorge havia significado mantendria religiosamente la Paz, y el estár desembarazado de la Guerra, hizo se aplicasse con el mayor vigor al Sitio de Barcelona, à la qual bombeaba incessantemente el Duque de Populi: los Rebeldes de la Provincia corrian la Campaña, mas los nuestros contra ellos. Havian salido en varios destacamentos el Conde de Fienes, D. Feliciano Bracamonte, el Marqués de Caylus, Don Diego Gonzalez, y Don Geronymo de Solís y Gante: este los havia derrotado en Alcober; Bracamonte en la Plana de Vich; Don Joseph Vallejo en la Conca, hecho prisionero un Cabo de ellos, llamado Marrogás. A 15. de Mayo se levantó Trinchera contra la Ciudad, batia la Artillería al Convento de los Capuchinos, bien fortificado, y hacia no poco fuego el Baluarte de San Pedro: tomóse el Convento, y en él quatrocientos Cathalanes: Con esto se adelantó la Trinchera à la Muralla: parte del Pueblo se salió à la orilla del Mar, y se puso entre la Ciudad, y Monjuy, para salvarse de las bombas. Las Naves del Rey, que corrian la Ribera, los obligaron con la Artillería à retirarse dentro de los Muros. A 30. de Mayo se puso una Batería contra el Convento de Jesvs, que tambien estaba fortificado, y contra el Bastión de la Puerta, que llaman del Angel. En este estado llegó el Duque de Bervich con veinte mil Franceses: Retiróse à la Corte el Duque de Populi, bien recibido del Rey, que le honró con el Toysón de Oro. Las cosas estaban en estado, que no pudo el Duque de Bervich adelantar mucho, y à 13. de Julio hicieron los Sitiados una salida por dos partes: los de la Puerta del

Mar assaltaron las Trincheras por un lado: los otros por la frente. Todos eran quatro mil Infantes, y trescientos Cavallos. Querian destruír una nueva paralela, que se havia levantado, y se travó sangriento combate. Empezaban yá á romper la linea, pero acudió el mismo Bervich con mas gente, y fueron rechazados, con igual pérdida de una, y otra parte. Setenta Piezas batían al Baluarte, que mira al Oriente, que tenia yá la brecha abierta: con la azada se adelantó el fosso de la ultima paralela, para que abrazasse los ángulos de los Baluartes de Santa Clara, y Puerta Nueva, y se puso otra Batería contra el camino encubierto. A 30. de Agosto se dió el assalto: tan vigorosamente se defendian los Sitiados sobre esta, que era la piedra fundamental de su seguridad, que fué una de las acciones mas vivas, que huvo en esta Guerra: al fin le ocuparon los Españoles, y Franceses. Aqui demostró no vulgar esfuerzo Don Joseph Delitala, Sardo, Theniente de Granaderos, que acometiendo el primero con los suyos, adelantó mucho el assalto; y muriendo en él su Capitán, sobstuvo el lugar toda la noche, ceñido de peligros. En premio de su valor se le dió luego aquella Compañia. Por donde amenazaba el assalto, minaron el terreno los Sitiados: dió esta noticia un Desertor, y le contraminaron los Españoles; acometieron al Baluarte de Santa Clara, donde fué bien dura la disputa; alojaronse los Franceses no muy bien, porque fueron rechazados, con pérdida de mil hombres. El Duque de Bervich mandó minar este Baluarte: aplicóse fuego á la mina: volaron los de él, y la Puerta Nueva. Dispusieronse tres assaltos; antes avisò á la Ciudad el Duque de Bervich, compadecido de la ruina, que les amenazaba. Estaban endurecidos los animos, y lo avigoraban con sus persuasiones los Eclesiasticos, y Frayles. El Cabo de Rebeldes Dalmao, y Villarroél, determinaron morir, (por la libertad de la Patria decian) aunque tenian tantas brechas abiertas, que era inevitable su desgracia, sitiados por Mar, y por Tierra. Hasta las mugeres tomaron las Armas para defender sus proprias Casas: aun despues de una respuesta insolente, no precipitosa, sino lenta la ira del Duque de Bervich, díferia el assalto, por compassion, aun de los suyos, porque havia de costar gran sangre.

Al fin, al amanecer de el dia 11. de Septiembre se diò gene-

general. Cinquenta Compañias de Granaderos empezaron la tremenda Obra; por tres partes seguian quarenta Batallones, y seiscientos Dragones desmontados: los Franceses assaltaron el Bastiòn de Levante, que estaba enfrente: los Españoles por los lados al de Santa Clara, y Puerta nueva: la defensa fué mas obstinada, y feròz. Tenian armadas las Brechas de Artillería, cargadas de bala menuda, que hizo gran estrago: no fueron rechazados los que assaltaron; pero morian en el fatál lindar, sin vencer, hasta que entrando siempre gente fresca, aflojò precisamente la fuerza de los Sitiados, menores en numero. Todos á un tiempo montaron la Brecha, Españoles, y Franceses: el valor, con que lo executaron, no cabe en la ponderacion. Mas padecieron los Franceses, porque atacaron lo mas dificil: plantaron el Estandarte del Rey Phelipe sus Tropas en el Baluarte de Santa Clara, y Puerta Nueva: yá estaban los Franceses dentro de la Ciudad; pero entonces empezaba la Guerra, porque havian hecho tantas retiradas los Sitiados, que cada palmo de tierra costaba muchas vidas. La mayor dificultad era desencadenar las vigas, y llenar los Fossos, porque no tenian promptos los materiales, y de las troneras de las casas se impedia el trabajo. Todo se vencia á fuerza de sacrificada gente, que con el ardor de la peléa, yá no daba quartél, ni le pedian los Cathalanes, sufriendo intrépidamente la muerte. Fueron estos rechazados hasta la Plaza Mayor: creían los Sitiadores haver vencido, y empezaron á saquear, desordenados. Aprovecharonse de esta ocasion los Rebeldes, y los acometieron con tal fuerza, que los hicieron retirar hasta la brecha. Los huvieran echado de ella, si los Oficiales no huvieran resistido. Empezòse otra vez el combate mas sangriento, porque estaban unos, y otros rabiosos. Los Españoles, que por los lados possèian gran parte de la Ciudad, viendo havian retrocedido los Franceses, tambien ellos se retiraron á la brecha: todos empezaban nueva accion. Cargados los Cathalanes de esforzada muchedumbre de Tropas, iban perdiendo terreno: los Españoles cogieron la Artillería, que tenian plantada en las esquinas de las calles, y la dirigieron contra ellos. Esto los desalentò mucho, y vér que el Duque de Bervich (que á todo estaba presente) mandò poner en la gran brecha Artillería. Desordenaronse los

De-

Defenſores; pero mantenian la Guerra: pareciòles á los Eſpañoles, que la acabarian felizmente, tomando el Baluarte de S. Pedro, que inceſſantemente diſparaba, y à pecho deſcubierto le acometieron. Ninguno de los Gefes diò eſta orden, pero yá empeñados, y encendidos con la gran cantidad de gente, que perdian, determinaron perficionar la obra á eſpada en mano: al fin á coſta de mucha ſangre vencieron. Ocupado el Baluarte, convirtieron las piezas contra los Rebeldes: otros los acababan, divididos en partidas. Villarroél, y el Cabo de los Conſelleres de la Ciudad juntaron los ſuyos, y acometieron á los Franceſes, que ſe iban adelantando ordenados: ambos quedaron gravemente heridos. Entonces deſmayaron los Defenſores; pero en todas partes de la Ciudad ſe mantuvo la Guerra por doce continuas horas, porque todo el Pueblo peleaba. No ſe ha viſto, en eſte ſiglo, ſemejante Sitio, mas obſtinado, y cruél: Las mugeres ſe retiraron á los Conventos. Vencida la Plebe, la tenian los Vencedores arrinconada; no ſe defendian yá, ni pedian quartél: morian á manos del furor de los Franceſes. Prohibiò eſte rigor Bervich; porque algunos hombres principales, que ſe havian retirado á la Caſa de el Magiſtrado de la Ciudad, puſieron Vandera blanca. El Duque mandò ſuſpender las Armas, manteniendo el Lugar las Tropas, y admitiò el coloquio. En eſte tiempo faliò una voz (ſe ignora de quien) que decia, en tono imperioſo: *Mata, y quema.* Soltò el ímpetu de ſu ira el Exercito, y manaron las calles ſangre, haſta que con indignacion lo atajò el Duque. Anocheciò en eſto, y ſe cubriò la Ciudad de mayor horror; porque, aun durando la pequeña Tregua, de las troneras de las caſas diſparaban, ſin ſer viſtos, los Cathalanes. Los que fueron á hablar á Bervich, ſobre la meſma Brecha, moſtraron la inſolencia mayor; porque pidieron perdon general, y reſtitucion de Privilegios. El Duque moderò, con una falſa riſa, ſu ira, y dixo, que ſi no ſe entregaban antes del amanecer, los paſſaria á todos á cuchillo. Eſta reſpueſta inflamò los animos, y ſe bolvió á la Guerra, mas pernicioſa para los Vencedores, porque de todas las caſas llovian llamas, y havia prohibido el Duque aplicarlas á los Edificios: en ellos ſe havian los Rebeldes encerrado. No parecia Pueblo, pero todos diſparaban, aunque con objeto incierto, no

ſiem-

siempre en vano. La noche fué de las mas horribles, que se pueden ponderar, ni es facil descrivir tan diferentes modos, con que se exercitaba el furor, y la rabia. Mandó el Duque sacar de la Ciudad los muertos, y retirar los heridos; y a las Tropas, que estuviessen en orden hasta la Aurora, y que se previniessen los Incendiarios. Amaneció, y aunque la perfidia de los Rebeldes irritaba la compassion, nunca la tuvo mayor hombre alguno, ni mas paciencia, que Bervich. Dió seis horas mas de tiempo: fenecidas, mandó quemar, prohibiendo el saquéo: la llama avisó de su ultimo peligro à los Rebeldes. Pusieron otra vez Vandera blanca: mandóse suspender el incendio; vinieron los Diputados de la Ciudad à entregarla al Rey, sin pacto alguno: el Duque ofreció solo las vidas, si le entregaban à Monjuy, y á Cardona: executóse luego. Dió orden el Magistrado â los dos Governadores de rendir las dos Fortalezas: a ocupar la de Cardona fué el Conde de Montemár; y assi, en una misma hora se rindieron Barcelona, Cardona, y Monjuy. Hasta aqui no havia ofrecido mas que las vidas Bervich; ahora ofreció las haciendas, si luego disponian se entregasse Mallorca. Esto no estaba en las manos de los de Barcelona, á la qual se la quitaron sus Privilegios, y se la pusieron Regidores, como en Castilla, arreglando á estas Leyes todo el Govierno. En esto paró la soverbia pertináz de los Cathalanes, su infidelidad, y traycion. El Rey mandó quemar sus Estandartes: embió veinte de los principales Cabos á varias prisiones de España; entre ellos Villarroél, el General Armengól, el Marqués de Peral, y el hermano del Coronél Nabot; porque no havia capitulado el Duque de Bervich la libertad, sino la vida.

Quatro mil hombres costó este assalto, con dos mil heridos: Tantos murieron de los Rebeldes. No faltó quien aconsejasse al Rey Phelipe, assolar la Ciudad, y plantar enmedio una Columna. No havia rigor, que no mereciesse, Ciudad, que havia sido el origen de tantos males, y que havia quitado á la Monarquía tantos Reynos. El Rey se excedió en clemencia, y la conservó; pero abatida. El Govierno de Barcelona se dió al Marqués de Lede; y Capitan General del Principado, se quedó el Principe de Sterclaes. Bervich passó á la Corte, y fué recibido con el mayor aplauso, y estimacion del Rey; dióse

el

el Toyson de Oro à su hijo primogenito Conde de Timout. Assi descansò por breve tiempo la España.

La robusta salud del Rey, y la pureza de su conciencia le precisaban à nuevas bodas. Participiò esta resolucion à su Abuelo el Christianissimo, embiando à Paris al Principe de Calay, à este efecto: y se discurriò allà proponer al Rey, para que eligiesse, à la Infanta Doña Francisca, hermana del Rey Don Juan de Portugàl, à una de las hijas del Duque de Baviera, à la Princesa Isabèl Farnesio, hija del Duque Odoardo; (yà difunto) ò si quisiera una de la sangre Real de Francia, se le propuso la hija del Principe de Condè. El Rey se inclinò à la Parmesana, à lo que cooperó mucho la Princesa Ursini, contra las instancias del Conde Albert, Embiado à aste tiempo del Duque de Baviera en Madrid, que proponia grandes ventajas al Rey, de casarse con la hija de su Soberano. A este tiempo hacia en aquella Corte los negocios del Duque de Parma el Abad Julio Alberoni, de quien hemos dado alguna noticia: este, despues de la muerte del Duque de Vandoma, que le havia sacado sobre el Arzobispado de Valencia una pension de 4U. ducados, se retirò à Madrid à ser Huesped del Marquès Casali, Embiado, que fuè, de Parma, à tiempo, que este estaba para salir de la Corte, que haviendolo executado, dexò à cargò de Alberoni los Negocios de su Amo. El Duque Francisco Farnés tenia entonces poco à que atender, porque en Italia casi se havian concluído las dependiencias de la Corte, y con la de Parma no se tenian interesses, hasta que se ofreciò la ocasion de haver de elegir el Rey Espósa. Alberoni, cuya fortuna no havia sido igual en el Palacio, no estaba a este tiempo mal con la Princesa, y tuvo oportunidad de exponer las utilidades, que hallaba el Rey en este casamiento, porque no teniendo hijos su Tio, era heredera del Estado de Parma, y Plasencia, y tenia los derechos inmediatos à la Toscana: que aunque estaba el Principe Antonio Farnés, hermano del Duque, no se havia querido, aun en edad tan adelantada, casar, y engordaba, con disposiciones de no poder tener succession; que era este el unico medio de bolver á poner el piè en Italia el Rey Catholico; y que al fin, no havia otra Princesa heredera en la Europa, digna del Talamo del Rey. No desagradaban á la Princesa Ursini es-

estas razones: la que mas la hacia fuerza era creer, que mantendria con esta nueva Reyna la misma autoridad, no solo publicandose Autora del hecho, mas aun porque sacando una Princesa del modestissimo retiro de las Cortes de Italia, la pareció facil de acomodar à la séria gravedad de la etiqueta Española: con esto la tendria retirada, y siendo su Camarera Mayor, à quien toca instruírla, creyó adquiriria el mismo dominio en su voluntad. La viveza de las Francesas no la pareció apropósito para ser sujetada; y con la Portuguesa temió, que la vecindad del País, traxesse à la Corte favores de la Reyna, que la embarazassen su autoridad. Sin descubrirse à Alberoni, ni hacerle participe de la resolucion, adhirió à la Farnesia, y traxo su dictamen al Rey, informando de las altas calidades de esta Princesa, educada en un Palacio exemplar, sério, y el mas bien arreglado, y doctrinado de la Duquesa Dorothéa Sophia de Neoburgh, Princesa de sublimes virtudes, pía, y religiosa. Tambien le hicieron fuerza al Rey los derechos al Ducado de Parma, y Toscana, porque en aquel no havia mas varón, que el Principe Antonio, que no gustaba de casarse, y el Gran Duque no tenia mas hijos, que el Principe Don Juan Gastón, impossibilitado de tenerlos. Participó à su Abuelo la eleccion, y le fué aprobada. Los Castellanos huvieran querido fuesse la Infanta de Portugál, por lo bien que han probado en España las Reynas Portuguesas. Dióse al Cardenal Aquaviva el encargo de tratar este Matrimonio, que se concluyó luego en 16. de Septiembre; y haviendose embiado poderes del Rey al Duque de Parma, se celebraron magnificamente en Parma las Bodas, y se saludó Reyna de España la Princesa Isabél: mandóse prevenir la Esquadra de Galeras de el Duque de Tursis, y se embiaron Navíos à cargo del Gefe de Esquadra Don Andrés Pés. Se nombró Mayordomo Mayor de la Reyna al Marqués de Santa Cruz; y à su Real Familia se mandó fuesse à encontrarla à Alicante. El Duque de Medina-Cœli fué el nombrado para llevar la Joya á la Reyna: todo lo dispuso la Princesa Ursini, que siempre, rezelandose de no perder un punto de su alta autoridad, se quiso congratular con la Reyna Viuda Maria Ana de Neoburgh, que estaba en Bayona, Tia de la nueva Reyna, y dispuso se le diesse libertad para bol-

bolver á España, lo que rehusó la Reyna Maria Ana por entonces, hasta componer (como dixo) muchas cosas, que debian preceder. Estudiando en su seguridad la Princesa Ursini, procuró apartar de París al Cardenal Judice; porque como este se havia introducido demasiado con el Rey Christianissimo, temió por allá su caída, y propuso al Rey razones, que le obligaron á mandarle bolver á la Corte; pero se atravessaron accidentes tales, que esto no pudo ser tan presto, con no poco perjuicio de la Princesa. Algunos meses antes D. Melchór Macanáz, Fiscál de Castilla, presentó al Consejo Real una súplica contra la Immunidad Eclesiastica, expressando sus abusos, y quanto se havia contra el Derecho Canonico adelantado. Concibió este Papél Macanáz en terminos temerarios, poco ajustados á la doctrina de los Santos Padres, á la Immunidad de la Iglesia, y que sonaban á heregía. Havia bebido esta doctrina de algunos Autores Franceses, y queria introducir en España el méthodo de la Iglesia Galicana, y una indirecta inobediencia al Concilio Tridentino, no porque dexaban de ser justas algunas cosas que pedia; pero el modo era irreverente á la Iglesia, y no con palabras dignas de un Ministro Catholico. En muchas cosas tenia la súplica excesso, y todo respiraba aversion á la Santa Iglesia. Este Papél esparcido, hizo dudar á muchos en la Religion de Macanáz. Los mas sérios juzgaron, que era un Catholico lisongero, y ambicioso; y que protegido de Juan Orri, y del P. Robinet, creyó por alli hacer su fortuna. Orri no entendió lo que aprobaba; pero nunca hemos creído (aunque Macanáz lo dixesse) que lo aprobasse el P. Robinet, Confessor del Rey, porque repugnaria á su Estado Relígioso, y los Jesuítas, comunmente, son hombres sabios, Defensores de la Iglesia, y acerrimos Antagonistas de la Heregía. Al Consejo Real le causó horror este Papél. Muchos dissimularon de miedo: otros por adulacion; algunos se opusieron libremente á él: otros con mas modestia, segun el génio, dixeron, que la materia era grave, y que se passasse el Papel al Rey, que le dió á examinar al P. Robinet, con las protestas mas expressivas: que nada queria quitarle á la Iglesia de la Immunidad, que la daban los Sagrados Canones, y que se descargaba de este negocio, sobre el qual no queria mas que lo justo.

Ma-

Macanáz en una Audiencia secreta quiso quitarle al Rey el temor. Dixo: Havia declinado la Autoridad Real, con el abuso de los Eclesiasticos, cuya Immunidad les daba ocasion al delito, al robo, y al escandalo, porque estaba estendida mas de lo justo: Que se havian hecho los Templos refugio de facinerosos, y adelantado el asylo, aun fuera de lo Sagrado á las casas contiguas, á las Bodegas, y Plazas: Que usurpaban las Rentas Reales los Monasterios, los Frayles, y Clerigos, con la superflua adquisicion de bienes de los Seglares, eximiendolos de tributos: Que tenia la Iglesia mas subditos en los Reynos, que elR ey; y lo que añadia inumerables, la Nunciatura, cuyo Tribunal havia estendido su autoridad á intolerable despotismo: Que la ambicion de muchos Ministros, de acomodar sus parientes con Beneficios Eclesiasticos, havia tolerado estos abusos, y que la mayor causa de ellos havia sido el passado Fiscál, Don Luis Curiél, cuya negligencia era falta de zelo, y amor al Rey, ò una adhesion inconsiderable á lo Eclesiastico: havia dexado fundar una possession injusta, sin noticia, ni consentimiento del Rey: Que mayores cosas havian pedido, y representado los antiguos Ministros, doctos, y zelantes: Que no havia en aquel Papél Clausula alguna, que no estuviesse apoyada de los Canonistas mas clásicos, y tenidos en el mundo por sabios: Que él daria la vida por la Fé Catholica; pero que esto no embarazaba su oficio, que era ser Procurador del Rey, y de quanto le pertenecia, que tocaba juzgarlo al Consejo.

Al Rey no le hizo fuerza Macanáz, pero sí muchos exemplares, que para moderar los abusos le havia este representado. Verdaderamente lo sabia, y queria el Rey remediarlos, con inocencia, y pureza de animo. El P. Robinet, no aprobó muchas proposiciones; y de las demás dixo, que puestas en otra forma, no serían tan escandalosas. Mandó el Rey, que sobre ello diesse cada uno de los Consejeros de Castilla su voto por escrito: con esto fué preciso darles copia del Papél, que llegó á manos de el Inquisidor General Cardenal Judice, antes que este fuesse á París: entregósele uno de los mismos Consejeros, ò por amistad, ò por escrupulo: el Cardenal le dió al Tribunal de la Suprema: este á los Calificadores, como es estilo: passaron algunos meses, (porque la

Santa Inquisicion obra con esta maduréz) y despues de bien ventilado el negocio, estando el Cardenal en París, le embió el Tribunal à firmar un Edicto, que era contra el dicho Papel, sin expressar Autor. Mandóle fixar en todos los lugares públicos, y puertas de las Parroquias: condenabase el Escrito, como temerario, escandaloso, turbador de la Potestad Pontificia, no conforme à la verdadera Doctrina de la Iglesia, erroneo, y heretico. En este mismo Papelón se condenaron los Autores Legales Franceses, Barclayo, y Talón; Este vivia, y era uno de los Ministros del Parlamento de Francia: no se nombraba à Macanáz, por respeto al Rey; pero era infalible, que si el Rey no lo impedia con la plenitud de su potestad, ò reservaba, que la Inquisicion passaría à prenderle. De esto tuvo un justo temor, y dió grandes quexas al Rey, que alentadas de Juan Orri, y la Princesa, le hicieron indignar contra los Inquisidores, creyendo poco respetoso à la Magestad un Edicto contra su Ministro, sin que se le huviesse prevenido. El objeto mas principal de la ira, era el Cardenal Judice, porque le havia firmado en París, donde no podia tener ausente, jurisdiccion para un acto del Tribunal del Santo Oficio de España; el qual mandó el Rey, que no procediesse adelante en esta materia, no esparciesse por los Reynos el Edicto, y que le revocasse. Esto ultimo dixeron, que no podian executar; y que sobre lo demás, se debia intimar esta orden al Inquisidor General. Inspiraban en el Rey muchos de no muy sana doctrina, que suspendiesse la Inquisición: que havian sido nulos todos aquellos actos, precipitados, ó irreverentes; porque mandó hacer una Junta de los Theologos mas sabios, y exemplares, para que vistos todos los Autos, dixessen al Rey quanto era la potestad Régia en este caso, la del Tribunal, y la del Inquisidor General. Mientras esto se discurria, votaron los Consejeros de Castilla en la materia; los mas decian una misma cosa, y que el Papél de Macanáz necessitaba de gran correccion, por la temeridad de sus proposiciones, contra el qual procedió justamente la Inquisicion. El voto mas libre, claro, y sin contemplacion, fué el de Don Luis Curiél: dixo mucho mas que los otros contra el Papél del Fiscal: que aunque era verdad, que havia muchos abusos, debia suplicar al Papa los emendasse,

pe-

pero que en la Régia poteſtad no havia juriſdicion para el remedio, ſi ſe havia de eſtár à los Canones, y el Concilio Tridentino. Eſte voto le expreſſó con demaſiada viveza Don Luis, mas quizá, de lo que debia un Miniſtro, encarado directamente contra Macanáz, y tenido en el concepto del Rey por poco defenſor de la juriſdiccion Real: por eſſo fué, por un Decreto, privado de la Toga, y de los honores de ella, y deſterrado à Segura de la Sierra. Tambien fué deſterrado de la Corte un Religioſo Dominico, porque era del miſmo parecer de Don Luis, y le havia dado á uno de los Conſejeros, preguntado. Los Pueblos de Eſpaña, que ſon tan Religioſos, y profeſſan la mayor veneracion á la Igleſia, creían, que eſta ſe atropellaba, y huvo alguna interna inquietud, no ſin fomento de los adverſos al Rey, cuyo puro, y ſincero corazon podia ſer engañado; pero no inducido á un evidente error contra los Sagrados Canones, porque ſu primer cuidado era el acierto: obraba ſegun el voto de muchos, que tenia por ſabios porque no faltaban Miniſtros parciales de Macanáz, y que contemplaban â Juan Orri. La Junta de los Theologos deſengañó al Rey de la impreſſion de muchas coſas, y principalmente, que pudieſſe mandar arrancar los Cedulones de las puertas de las Igleſias; dixo: Que á eſto no ſe eſtendia la Poteſtad Real; que la tenia el Tribunal de la Inquiſicion contra qualquier Miniſtro, en ſemejantes caſos de Fé, y de la Religion, porque nadie eſtá exempto: Que ſe havia obrado bien contra aquel Papél, lleno de mil errores, y temerario: Que era válido el Edicto, porque eſtaba firmado de quatro Inquiſidores de la Suprema; pero no por la firma del Cardenal Judice, Inquiſidor General, que fuera de los Reynos de Eſpaña, no tenia juriſdiccion en ella; y que huviera podido el Cardenal, ſin faltar al ſecreto, participarſelo ſolo al Rey, porque ſe trataba de cauſa contra un Miniſtro, el qual tenia dificil remedio, ſi no ſe retractaba ante el Tribunal de la Inquiſicion, borrando las propoſiciones condenadas, porque de otra manera, perſiſtiria el reato contra él; y que ſi ſu Mageſtad impedia el caſtigo, faltaba á los Canones, y â los fundamentales Eſtatutos de la Inquiſicion, aprobados por ſus Anteceſſores: que ſi no le eſtorvaba, eſtaba el Tribunal preciſado á obrar contra el que ſuponia Reo.

El

El Rey se aquietò con esta Consulta, ni mandó otra cosa á la Inquisicion, ni dexó por entonces de proteger á Macanáz; y assi convirtió toda su indignacion contra el Cardenal Judice, con aquel moderamen de animo, que era preciso para escucharle. Havia este partido de París, y se mandó al Principe Pio le fuesse á encontrar á Bayona á intimarle la orden del Rey, que no entrasse en los Reynos de España, y diesse al Rey satisfaccion con mandar quitar aquellos Cedulones, por la desatencion de haverlos firmado sin participarselo: de haver violado la jurisdiccion de la España, queriendo mandar en ella ausente: haver condenado un Autor Francés, que estaba en actual ministerio del Rey Christianissimo, que era lo proprio, que condenar la doctrina de que el Rey de Francia se servia, cometiendo el atentado de haver hecho esto en la propria Casa Real de Marli, sin noticia de ambos Reyes, siendo contra ellos indirectamente, porque era contra sus Ministros. Dióse esta comission al Principe Pio, porque era amigo del Cardenal, y deseaba el Rey componerlo. La Princesa Ursini, á quien la grande autoridad del Cardenal daba zelos, olvidada de lo que havia hecho por ella en París, queria que se bolviesse á Roma sin entrar en España. Esto era lo que deseaba Orri, y Macanáz; pero el Rey, naturalmente benigno, y que queria lo mas justo, no quiso darle esta orden, sino buscar temperamento á lo arduo del negocio. El Cardenal se disculpaba, era operacion del Tribunal, que obraba segun sus Constituciones, inviolablemente observadas, sin humanos respetos: Que aquel dictamen havia sido de los Calificadores, despues de ponderado el negocio con la mayor seriedad, y caminado en él con pies de plomo: Que de esto havia resultado un Decreto, al qual daba fuerza, y autoridad el Tribunal, sin que se pudiesse negar á firmarle el Inquisidor General, quando era con plenos votos, sin faltar â su obligacion, porque la potestad residia en el Tribunal, segun Bulas Pontificias; y que la firma del Inquisidor General, era formalidad, que no es necessaria quando no le hay; pero que haviendole, lo era, como Cabeza de aquel Cuerpo: el qual juzgo conservaba la misma autoridad, aun fuera de los Reynos de España, porque esta dependia de las Bulas, concedidas â la persona; y no revocadas estas, la autoridad era in-

indeleble: Que en esta creyó hacer la lisonja, y servicio á un Rey tan Catholico, por hacerle entrar en el conocimiento de los errores, que le influian muchos malos Ministros: Que no podia faltar â la veneracion del Rey, al amor â su Real Persona, y al mayor zelo de sus interesses, un Individuo de una Familia, toda sacrificada á su servicio: Que los Autores Franceses, condenados en el mismo Edicto, lo estaban tambien en Roma: Que la pureza de la doctrina, no se podia conservar atada á humanos interesses: Que los Reyes no se valian de toda la de sus Ministros, y que assi, no estaban aquellos heridos en el respeto, quando era la temeridad, y error de estos reprobada por la Iglesia: Que no estaba en su mano quitar los Cedulones, porque por sí solo no podia mas, que todo el Tribunál, el qual no se debia retractar de una cosa, que con tanta madurez, y lentitud havia determinado: que haria dexacion de su empléo, si el Rey gustaba, y que el nuevo Inquisidor General los quitasse: Que era el mejor medio tildar sus proposiciones Macanáz, y dar representacion mas moderada, y digna de un Catholico.

Esta fué la respuesta del Cardenal; y lo mismo escrivió al Rey, con Cartas entregadas â su Sobrino el Principe Chelamár, que aunque recibido con benignidad, le pareció al Rey se saldria mejor del empeño, haciendo que el Cardenal dexasse el empléo, el qual lo executó luego; pero no admitió la dexacion el Pontifice, porque havian llegado estas noticias, y competencias de jurisdiccion á la Corte de Roma, y temió cobraria fuerza la representacion de Macanáz, si se daba al Tribunál de la Inquisicion un Gefe menos constante, y se dexaba tomar pié â la Potestad Real contra el Santo Oficio, porque el Rey havia nombrado, con consejo de muchos, dos Inquisidores para el de la Suprema; uno el Padre Robinet, otro un Religioso Dominico, hermano de Macanáz. Robinet no admitió el empléo; el otro no fué admitido del Tribunál, porque replicó este, que no tenia autoridad de nombrar Inquisidores, mas que el Pontifice, y el Inquisidor General, que esto fué lo acordado con Ferdinando el Catholico; y assi establecidas aquellas leyes, que se desharia luego el Tribunál, si se violaban, y que el Rey lo podia extinguir, pero no alterar. Con esto llegaron las cosas al mas alto punto

de

de confusion, porque el Pontifice no queria otro Inquisidor General, y el Rey havia dado permiso al Cardenal para hacer su defensa. Dios, cuya providencia es infinita, previno un insensible remedio con la venida de la nueva Reyna. Havia dispuesto el Rey, que esta passasse à Genova, sin tocar los Estados, que posseía el Emperador, y que embarcada en la Esquadra de Navios, que mandaba Don Andrés de Pés, passasse à España. Para esto fué preciso que la Reyna baxasse por la áspera Montaña de cien Cruces, donde linda el Estado del Duque de Parma con el de Genova. El dia 26. de Septiembre llegó la Reyna à Sestri, Lugar de la Rivera de Levante, en el Genovesado. El dia 30. se embarcó en la Galera Capitana de la Esquadra del Duque de Tursis, servida tambien de la Esquadra de Galeras de la Republica, que llevaba los seis Cavalleros, embiados para cumplimentarla: venia con la Reyna el Cardenal Aquaviva, y los Marqueses Scoti, y Maldachini: la Playa es abierta, y desahogada; y como el dia no era apacible, y havia mareta gruessa, molestò mucho à la Reyna el Mar, aun en la corta distancia de treinta millas, que navegó hasta desembarcar en Genova. En San Pedro de Arenas se la previno magnifico hospedage, à expensas públicas, en la Casa de Carlos Lomellino: havia el Rey mandado al Marqués de los Balbases la fuesse sirviendo de Mayordomo Mayor hasta España; y aunque la Reyna ignoraba el gusto del Rey, en que fuesse por Mar, y havian venido dos Expressos de Madrid al Cardenal Aquaviva, para que se executasse assi, era tanto lo que en él padecia, que se resolvió hacer el viage por tierra, assistida de la Princesa de Pomblin, como Camarera Mayor, y de la familia, que traxo de Parma, hasta la Raya de España; y como no podia passar en el Modenés, sin tocar un poco por el Estado de Milán, y llegar à Turín, hizo el viage por las Montañas del Genovesado en silla de manos, y partió de San Pedro de Arenas el dia 10. de Octubre. El Rey Christianissimo, en el tránsito de sus Reynos, la mandó prestar los obsequios debidos à la Magestad; y para darle gracias, embió la Reyna à París à Don Carlos Grillo, que la servia en el viage, aunque havia venido de España Gefe de Esquadra, en la que mandaba Don Andrés de Pés. Tambien venia en ella otro Gefe de Esquadra, que era el Marqués Es-

et-

tevan Mari, Genovès. Estos grados creó nuevamente el Rey, sin alterar la antiguedad del servicio. Como yá la Reyna venia por tierra, se mandó retroceder la Real Familia, que la esperaba en Alicante: el Rey salió hasta Guadalaxara: la Princesa Ursini se adelantó á encontrarla à Xadraque: mas adelante passó el Abad Julio Alberoni, que yá havia explicado el caracter de Embiado de Parma, desde que se executó la Boda, y havia sido honrado de su Soberano con el Titulo de Conde. La Reyna Viuda Maria Ana passó desde Bayona à S. Juan de Pie de Puerto, para vér à la Reyna Isabél su Sobrina. Dos dias duró la conferencia: mucho influxo tenia en ella el Cardenal Judice, aunque ausente, porque por no descubrirse Autor de lo que tramaba, no quiso salir de Bayona, y porque ignoraba como sería recibido de la Reyna, estando en desgracia del Rey. Havia tenido en Bayona oportunidad de frequentes audiencias con la Reyna Viuda, à cuyo favor se introduxo facilmente, porque eran ambos enemigos de la Princesa Ursini: deseaban sacarla de España, porque esperaban mejor fortuna en su ausencia. Armó de tan eficaces razones à la Reyna Maria Ana, para que la inspirasse à su Sobrina, que tuvieron el èxito, que deseaban; pues no solo logró el poner à la Reyna Isabél mal con la Princesa, pero poner en su gracia al Cardenal. Es muy obscuro lo que quedó acordado en S. Juan de Pie de Puerto entre las dos Reynas; cierto es, que la Reynante salió instruída, y noticiosa de la inmoderada autoridad de la Princesa, de su ambicion al mandar, y del rígido systéma de apartar de los oídos de los Reyes quantos no eran sus parciales, y amigos. En Pamplona, donde la encontró Alberoni, acabó de confirmarse en el dictamen, que era yá insufrible en el Palacio la Princesa; porque aquel, con la libertad de Ministro de su Tio, tuvo ocasion de dár à entender à la Reyna, sería la Princesa su inquietud: con esto no descuidaba de sí mismo, porque le pareció, que faltando aquella, tendria mas entrada en el Quarto de la Reyna, y creceria su autoridad. No dexó de favorecer Alberoni al Cardenal Judice, de quien siempre havia sido amigo; aunque despues que le vió en desgracia del Rey, huvo quien dixo, que le bolvió las espaldas, para contemplar à la Princesa. Estas son las continuas trayciones, y labyrinto de la

Corte, de donde, desterrada la amistad, y la gratitud, nadie estudia, que para sí mismo, aun con ageno perjuicio!

Preocupada de estas impressiones la Reyna, llegó à Xadraque: encontró con la Princesa, que despues de las primeras palabras de obsequio, la quiso advertir, que llegaba tarde en noche tan fria, y que no estaba prendida à la moda. Escandalizada la Reyna del modo, ò de la temprana licencia de advertir, mandó en voz ayrada al Gefe de las Guardias del Rey, que la servia, que se la apartassen de delante, y que puesta en un Coche, la sacassen luego, y conduxessen fuera de los Reynos de España, dandola el epitecto de loca. Valor huvo menester la Princesa para resistir este golpe: mas la Reyna para mandarlo, sin haver visto aún la cara del Rey. Fué luego obedecida la orden, sin dexar que amaneciesse; y en la noche mas fria de aquel año, cuyo Invierno fué rigurosissimo, sacaron en su proprio Coche, por caminos incomodos à la Princesa, entrando en él el Gefe de los Soldados, que se le dieron, para que saliesse como prisionera la que havia venido servida como Camarera Mayor, y Aya del Principe, y los Infantes de España.

Ninguna accion en este siglo causó mayor admiracion. Cómo esto lo llevasse el Rey, es obscuro; hay quien diga, que estaba en ello de acuerdo: no conviene entrar en esta question, por no manosear mucho las sacras cortinas, que ocultan à la Magestad: dexarémos mysterioso este hecho, y en pié la duda, si fué con noticia del Rey, y si la Reyna traía hecha la ira, y tomó el pretexto; ò si fué movida de las palabras de la Princesa. No faltó quien asseguraste, havia sido disposicion del Rey de Francia, por influxos del Cardenal Judice: otros, que no lo ignoraba el Duque de Parma; nuestro dictamen es, que se formó el rayo en San Juan de Pie de Puerto. La Reyna avisó luego de este hecho al Rey: despues embió al Abad Alberoni, y prosiguió sus jornadas hasta Guadalaxara, donde fué recibida de su Esposo con las mayores demonstraciones de fineza. Debió el Rey aprobar lo executado, pues luego ordenó, qne prosiguiesse la Princesa hasta salir de España, y que se entregassen sus alhajas, papeles, y lo que havia dexado en Madrid à su Cavallerizo.

Año

AÑO DE M.DCCXV.

LA Corte del Rey Catholico eſtaba llena de júbilo con la entrada de la Reyna, y mas con la ſalida de la Princeſa Urſini, que puſo à la Reyna en el concepto mayor de los Eſpañoles, haviendola viſto executar con tanto deſembarazo, aun en los preliminares del Trono, una accion, que tan dificil parecia. La opinion, que ſe tenia de la Reyna, correſpondía à ſus bellas calidades, de viveza de eſpiritu, comprehenſion, y génio politico; y lo que es mas, de una habilidad eſtraña para hacerſe amar del Rey, que hacia por la nueva Eſpoſa extraordinarias finezas; por lo qual ſe adelantó mas el creer, que havia conſentido el Rey en ſacar de ſus Reynos à la Princeſa. Vino Embaxador de la Francia à Madrid el Duque de Sant Agnan, para cumplimentar al Rey de las nuevas Bodas, y ſe quedó Miniſtro Extraordinario. Como la Reyna era eſtraña en la Corte, y ſe havia buelto de la Raya de Eſpaña toda la Familia, que traxo de Italia, (menos la Princeſa de Pomblin, que pocos meſes deſpues ſe bolvió à Roma) comunicaba neceſſariamente mas con el Abad Alberoni, à quien la fortuna deparò la oportunidad à adelantarſe à mas ſuperior grado, que podia deſear. Fortificòſe con la gracia de la Reyna, y ſe inſinuò en la de el Rey: inſpiraba en aquella dictamenes, con que poder traer à sí la voluntad de ſu Eſpoſo, en lo qual no huvo deſcuido: acompañable ſiempre en la Caza, donde diſparaba con acierto: no dexaba con eſto de ſatisfacer ſu genio, y encontraba con el del Rey. El mas arduo negocio, que eſtaba pendiente, era el de la Inquiſicion: trabajaba mucho el Principe de Chelamár con Alberoni, para imponer al Rey, por medio de la Reyna, en las razones del Cardenal Judice, à quien yá havia ofrecido la Reyna ſu proteccion, recomendado en San Juan de Pie de Puerto por la Reyna Viuda. (como diximos) Faltabales à Juan Orri, y à Don Melchor Macanáz el grande apoyo de la Princeſa, que llenaba ſiempre los oídos del Rey de impreſſiones contrarias à los que la podian impedir ſu autoridad; y aſſi, auſente

esta, quedò todo el campo por la Reyna, y con los papeles, que subministrò Chelamár por medio de Alberoni, compuestos por hombres muy sabios, y virtuosos, hizo entrar al Rey en el conocimiento, de que estaba engañado de la ambicion de Macanáz, y de la impetuosa ignorancia de Orri: estos, yá no tenian mas familiar comunicacion con el Rey, despues que llegò la Reyna, y assi faltaba Directòr para sostener el tomado empeño contra la Inquisicion, por la qual se havia declarado. El Pontifice no quería admitir la dexacion del Cardenal Judice. Havia Orri separado los negocios de la Secretaría de el Despacho Universal, apartando quanto era possible al Marqués de Grimaldo del Rey, porque no le havia dexado mas que los negocios de Estado, y Ministros Estrangeros: los de Indias, y Marina diò á Don Bernardo Tinagero; los de Guerra à Don Miguél Fernandez Durán; y los de Justicia, y Eclesiasticos tenia Don Manuel Vadillo. Haviendo descaecido Orri de su autoridad, la havian perdido sus hechuras, y el Marqués de Grimaldo, que nunca perdiò la íntima gracia del Rey, le comunicaba yá mas, y se havia introducido en la de la Reyna, que le nombrò su Secretario. Grimaldo, cuyo génio dulce, y apacible inclinaba à sossegar el animo del Rey, y no embarazarle en inutiles empeños, influía en componer el de la Inquisicion: inspiraba en el Marqués estos dictamenes un hermano suyo, el Abad Don Francisco Grimaldo, muy amigo del Principe Chelamár: concurria tambien á ellos Alberoni, para hacer á la Reyna Autora de una cosa muy grata á los Españoles; y todo el precedente ruido le apagò el Rey con permitir bolviesse á la Corte, y á exercer su empléo de Inquisidor General, el Cardenal Judice. Con esto desmayò el contrario partido. Hizo el Cardenal al Rey evidente quanto estaba mal informado, y quanto erroneo, temerario, y escandaloso era el Papél de Macanáz: descubriò, que por adulacion á la Princesa, le ocultaban la verdad quantos la contemplaban; y que como esta queria mantener á Orri, muchos Consejeros, posleídos del miedo, havian votado menos claro, que Don Luis Curiél: que era el fundamento de la conservacion de la Monarquía, y la Religion Catholica; y que esta la conservaba pura en España la nunca intermitente vigilancia del Tribunal, y los Inquisido-
res,

res, no crueles, ni rigurosos, como los pintaban los Franceses, sino los mas justos, y considerados, como era preciso que fuessen Jueces, que trataban materia tan grave, y tan delicada: que precedia mucho examen, y voto de los Calificadores mas sabios para el minimo decreto: que no se havian de posponer todos al dictamen de Macanáz, hombre nuevo en los Tribunales, poco Jurisperíto, y envanecido de el grado, á que le havia elevado la atropellada resolucion de Orri: Que los Autores que citaba, no hablaban en estos terminos irreverentes, y mal consonantes â la Fé, y á los Dogmas; y que los Autores Franceses hablaban, fundados en los Privilegios de la Iglesia Galicana, sobre la Immunidad Eclesiastica, y Potestad Pontificia, porque no se havia en Francia admitido el Concilio de Trento, del qual eran los Reyes Catholicos Protectores: Que el Padre Robinet, viendo inclinado al Rey â Orri, y Macanáz, no havia querido exponerle la conducta arrojada de los dos, aunque la conocia: Que los abusos, que havian introducido muchos Eclesiasticos, eran dignos de reparo; pero que se podian remediar, de acuerdo con el Pontifice, sin sacar Papelones hereticos, presentados â un Rey, que tiene por blasòn el sublime titulo de Catholico.

Estas razones convencieron el pío animo del Rey Phelipe, y en 10. de Febrero hizo un Decreto, el mas demonstrativo de la piedad de su animo, en el qual mandaba â todos los Tribunales representarle claramente los perjuicios, que del passado Govierno havia sufrido la Religion, y el Estado, porque pudo, mal informado, haver resuelto algo, contrario al systéma, que tenia hecho, del bien de sus Reynos, y pureza de la Religion. Este Decreto, en que parece se acusaba el Rey á sí mismo, fué mal visto de los que creen, que es heroismo la pertinacia: tuvose por inmediato dictamen del Cardenal Judice; y sus emulos se lo atribuían â arrogancia, y blasonar del triunfo: como quiera, él perfeccionò la obra, porque el Rey mandò â Juan Orri saliesse de la España, dandole pocas horas de termino para dexar la Corte; Don Melchor Macanáz huyò â Francia, y se retirò à Pau, Ciudad Capital de el Principado de Bearne; Don Luis Curiél bolviò á la Corte, reintegrado á su Plaza, y honores; diòse al Consejo Real de Castilla el antiguo méthodo de govierno, qui-

tan-

tando tanta ſuperfluidad de Preſidentes: lo proprio ſe hizo con los demás Tribunales: al fin, mudaron todas las coſas de ſemblante, y ſe introduxo en Eſpaña una no eſperada tranquilidad, que aunque ephimera, dexó reſpirar algun tiempo. El P. Robinet, viendo tan mudado el Theatro, ſiendo de genio entero, y no acoſtumbrado à contemplar à otro, que al Rey, le inſinuó, que el P. Guillelmo Daubantón ſeria mas acepto à los Eſpañoles, como antes lo havia ſido, y pidió licencia para retirarſe à Francia. Vino en uno, y otro el Rey, y mandó luego venir de Roma para ſu Confeſſor al Padre Daubantón, ſugeto de ſingulares prendas en el ſaber, y en la amabilidad; aunque algunos del nuevo Miniſterio no guſtaron mucho de la eleccion, por la grande autoridad, que havia tenido ſiempre ſu dictamen para con la Mageſtad, por haver ſido ſu Maeſtro, y Confeſſor deſde niño. Al Cardenal Judice ſe le hizo Miniſtro de Eſtado, y de los Negocios Eſtrangeros: no era eſte un miniſterio abſoluto; pero havian de tratar con él todos los Miniſtros foraſteros, y tenia la incumbencia, de repreſentar ſolo al Rey lo que en eſta linea ſe ofrecia, deſpues de oír el Conſejo de Eſtado. A ſu ſobrino el Principe de Chelamár ſe nombró Cavallerizo Mayor de la Reyna: eſta fué hechura enteramente de Alberoni, que cada dia ſe adelantaba mas en el favor; y porque no ſe introduxeſſe con la Reyna algun hombre de elevado eſpiritu, que entendieſſe mucho el labyrinto de la Corte, cooperò à que ſe le dieſſe por Confeſſor à D. Domingo Guerra, hombre retirado, nada ambicioſo, y Sacerdote muy exemplar, aunque à todos pareciò perſona de muy moderadas prendas para tan alto empléo. A 6. de Febrero firmaron en Utrech la Paz con la Eſpaña, y Portugál ſeis Plenipotenciarios: por el Rey Phelipe, el Duque de Oſſuna; y por el Rey de Portugál, Don Juan Gomez de Sylva, Conde de Trauca, y Don Luis de Acuña. Los Capitulos fueron veinte y cinco. En el ſexto ſe diò al Rey Catholico el Territorio, y Colonia del Sacramento, ſituada ſobre el borde ſeptentrional del Rio de la Plata: en el otro Capitulo ſiguiente ſe reſervó un año y medio para ofrecer à Portugál un equivalente por dicha Colonia: reſtituyeron los Eſpañoles à Noudár, y la Iſla Verdejo en América: los Portugueſes à la Puebla, y Alburquerque en Eſtremadura.

Que-

Querian los Mallorquines imitar en la pertinacia à Barcelona: no se pudo, immediatamente â la rendicion de esta, atacar â la Ciudad de Palma, Capitál de Mallorca, porque la Esquadra de Navíos del Rey Phelipe havia passado, como diximos, á Genova, á conducir la Reyna. Con esto tuvo tiempo el Marqués de Rubí, Virrey de aquel Reyno, de llamar algunas Tropas al sueldo de la Ciudad, y abastecer sus Almacenes. Perdióse el tiempo en negociados inutiles; y aunque los Ingleses, á instancias del Rey de Francia, hacian apariencias de amenazar á los Mallorquines; pero no llegaba este caso, porque las Tropas, que tenian en Mahón, eran pocas; y el nuevo Rey de Inglaterra, como era Alemán, contemplaba mas al Emperador, no ignorando, que este sostenia el animo de los Mallorquines; y mandaba, fuessen de Napoles, y Cerdeña socorridos. El Rey Christianissimo, que penetraba la intencion de la Corte de Viena, por no empeñarse en otra Guerra, embiò al Conde de Lue, su Embaxador á aquella Corte, para que con arte dexasse caer la proposicion, que haria qualquier fineza por la Casa de Austria Luis XIV. si esta queria hacer la Paz con el Rey Phelipe, cediendo sus derechos â la España.

Havia la Puerta Othomana intimado la Guerra â los Venecianos, y atacado la Moréa, sin dár motivo alguno. El Armamento era considerable; mas porque hallaba á los Venecianos, desprevenidos, para dár ocupacion â la inquietud de los Genizaros, havia movido las Armas el Sultán, rompiendo la Paz de Carlo Vitz, y despreciando las amenazas del Ministro Austriaco, que estaba en Constantinopla; y aunque el Diván daba por pretexto â la Guerra, que los Venecianos socorrian secretamente â los Sublevados de Montenegro, se sabia, que buscaba aquella Guerra para su seguridad el Reynante Othomano, porque estaban las Tropas cansadas del ocio, y censurado el Sultán de hombre inutil.

Veía el Emperador, que havia de recaer en sus Armas el empeño, porque ni los Venecianos podian resistir solos al Turco, ni estaban seguros los Estados Hereditarios de Dalmacia, y Ungria, quedando aquel victorioso; con todo, no se declarò luego á favor de los Venecianos, porque tenia otras idéas sobre la Italia, y no queria empeñarse en una

Guer-

Guerra tan dificil, como era sobstener á los Venecianos, que no tenian medios, ni Tropas. Nada de esto se escondia â la alta penetracion del Rey de Francia; y creyendo coger al Emperador necessitado, le ofreciò su auxilio contra el Turco, si hacia la Paz con España. El Emperador no abrazò este partido, pareciendole harian una fingida Guerra los Franceses, porque no ignoraba, que el Ministro de Francia en Constantinopla, havia ofrecido al Sultán ser neutral en ella, y aun vér de buena gana oprimir â los Venecianos, con quienes estaba mal el Christianissimo, por lo que havian obrado contra la Casa del Cardenal Pedro Otobono, porque este havia tomado la Proteccion de Francia.

Viendo el Rey Catholico, que yá eran precisas las Armas, porque todas estas negociaciones, y el perdon general ofrecido â los Mallorquines, havian sido inutiles, determinó embiar diez mil hombres contra Palma. El Christianissimo permitió, que fuesse el Cavallero Asfelt con Tropas Francesas: aguardaron los Mallorquines el desembarco; pero no la Guerra; y á 15. de Junio capituló el Marqués de Rubí, salir libre con la Guarnicion, y concediendo vidas, y haciendas â los naturales, entregó el Reyno. Luego dió el Rey perdon general, y no fueron tratados con el rigor, que los Cathalanes, porque recordaron mas en tiempo. Con esto quedaba enteramente la España en paz, pues aunque no la havia con el Emperador, tampoco havia Guerra.

De Madrid salieron Ministros para las Cortes Estrangeras: â París fué Embaxador el Principe Chelamár; â los Olandeses, Don Luis de Mirabál, Oidor del Consejo Real de Castilla: â Turìn bolviò Don Antonio de Arbizu, Marqués de Villamayor, despues que passò â Genova. Yà se havia el Rey Catholico pacificado con esta Republica, por el arte, y buen modo de Francisco Maria Grimaldo, embiado â Madrid â este efecto, â quien sirviò mucho la proteccion del Cardenal Judice, cuya Familia es originaria de Genova. Havia el Rey Phelipe sentido, que esta Republica comprasse al Final del Emperador, y que huviesse demolido sus Fortificaciones; pero era preciso dissimularlo todo, porque tenia necessidad para sus idéas de Ministro en Genova, y de la neutralidad de aquel Puerto en la Italia, la que mas ocupaba la memoria, y volun-

voluntad del Emperador, y el Rey de España: este no havia olvidado los derechos à Napoles, y à Milán; y aquel no podia llevar, que el Duque de Saboya fuesse Rey de Sicilia, è instaba al Rey de Inglaterra le assistiesse para tomarla. El nuevo Ministro de Londres era adverso al que estableció la Paz; pero no se atrevia à romperla, porque no havia del todo opresso à sus contrarios, y se havian declarado los Olandeses que les era necessaria la quietud; ni era de su quenta el bolverse á empeñar por la Casa de Austria, con quien aùn no havian podido concluìr el señalar la Barrera de las Plazas en Flandes. Los Sicilianos estaban disgustados del nuevo dominio, y suspirando siempre por el de España; y con las disputas, que se havian suscitado entre el Rey de Sicilia, y el Pontifice, sobre el Tribunal, que llaman de la Monarquìa, estaba aquel Reyno inquieto, entredicho, y los Eclesiasticos perseguidos.

Apenas dió entera quietud à sus Vassallos Luis XIV. de Francia, quando cayó sobre aquel Reyno la infelicidad mayor, porque à 30. de Septiembre murió el Rey, Principe el mas glorioso, que han conocido los siglos: ni su memoria, y su fama es inferior à la de los passados Heroes, ni nació Principe alguno con tantas circunstancias, y calidades para serlo. La Religion, las Letras, y las Armas, florecian en el mas alto grado en su tiempo: ninguno de sus Antecessores coronó de mayores laureles el sepulcro, ni elevó à mayor honra, ni respeto la Nacion; y despues de haver trabajado tanto para prosperar su Reyno, le dexó en riesgo de perderse, porque dexó por heredero un Niño de cinco años, su viznieto, ultimo hijo de el Duque de Borgoña, à quien se aclamó Rey, con nombre de Luis XV. La Regencia tocó al Duque de Orleans, como primer Principe de la Sangre: confirmòsela el Parlamento de Parìs, con dominio absoluto; y aunque se formò un Consejo de Regencia, quedò todo el Govierno al arbitrio del Duque, mas que como Regente, como Rey. En España no se llevò esta independiente autoridad, dada al Duque de Orleans, muy bien, porque no se creìa muy afecto à ella el Duque, que aunque se havia reconciliado con el Rey Phelipe antes que muriesse Luis XIV. siempre quedaban reciprocamente enagenados los animos de las passadas descon-

fianzas, que fomentò la Princesa Ursini. El Abad Alberoni, que yá, con el favor de la Reyna, entraba en parte del secreto del Govierno, no dexaba de influir en el Rey Catholico reflexiones de la injusticia, que en Francia se le havia hecho, no haviendole nombrado à la Regencia, como primer Principe de la Sangre, y el mas immediato, segun las disposiciones de la Ley Sálica, sin que embarazasse el posseer otro Trono, porque le favorecian los exemplares de Henrico V. Rey de Inglaterra, Tutor de Carlos VI. de Francia; y de Valduino, Conde de Flandes, que lo fuè de Phelipe I. No era facil de explicar con las Armas este resentimiento, no tanto porque yá estaba bien sentada la autoridad del Duque de Orleans, quanto porque se opondrian los Principes de la passada Liga, no consintiendo à que una misma mano governasse ambos Reynos, que era una indirecta revocacion à la Renunciacion, que havia hecho el Rey Catholico à la Francia; porque si por primer Principe de ella le tocaba la Regencia, era consequente à la succession, en caso de la muerte del Rey, que era dificil quitarsela, posseyendo ambos Reynos.

Este gran peso de dificultades, y la religiosidad de su palabra contuvo al Rey Phelipe; pero queriendo vender Alberoni este servicio al Duque de Orleans, publicó su intencion, que yá la havia penetrado el Duque de Sant-Agnan: y estos fueron los primeros fundamentos de la enemistad, que contraxo el Regente contra Alberoni, tan perjudiciales à la España. No le dissuadia al Rey idéas de Italia, y le iba buscando enemigos. Oponiase à muchos intempestivos proyectos el Cardenàl Judice, zeloso de que se tomaba mucha mano en el Govierno Politico Alberoni, que yá estudiaba como apartar al Cardenál. Haviale nombrado el Rey à este Ayo de el Principe de Asturias, yá sacado del poder de Doña Maria Antonia Salcedo, Marquesa de Monte-hermoso, que le havia criado con grande atencion, y amor, è introducido en el tierno corazon del Principe particular afecto à los Españoles. Esto en tiempo de la Princesa Ursini era delito; pero tenia la Marquesa tal arte, que se pudo mantener en el empléo, y perficionar su systèma; porque el Principe, de nadie, que no fuesse Español, se dexaba servir con gusto; y nada, sino las cosas, y modas de España, merecian su aprobacion. Esto se admiraba

en

en edad incapaz de reflexiones, y se atribuía à la educacion. El Cardenál Judice no varió del systéma, que le pareciò justo; pero Alberoni, que queria sacarle del Palacio, ponia à la Reyna en aprehension, que inspiraba el Cardenál en el Principe una enagenacion de animo ázia ella. Como vivia con estos rezelos, no se le introduxo jamás en la gracia el Cardenál, que no tenia poca dificultad en quitarle esta impressíon, que yá havia penetrado, y en hablar sinceramente al Rey contra muchas idéas de Alberoni; porque este, para lisonjear á la Reyna, y asssegurarla, como decia, la succession de Toscana. y Parma, queria mover la Guerra de Italia, pero estaba discurriendo por donde.

El Emperador, á quien nunca le havian faltado buenas, y secretas espías en Madrid, tenia estas noticias puntuales, y le embarazaban declararse contra el Turco, temiendo, que ocupado en esta Guerra, embiasse á Italia sus Armas el Rey Catholico. Los Venecianos, iban perdiendo la Morèa, por que se havian rendido Coròn, Modón, y Napoles de Romanía, y corria peligro el Adriatico. Veiase la Casa de Austria precisada á embarazar los progressos del Othomano, è instandola por socorro los Venecianos, no se atreviò á ofrecerle, si antes no hacian ellos con la Casa de Austria una liga ofensiva, y defensiva, para defenderle los Estados de Italia, en caso de ser atacados; y que se hiciessen nuevamente Garantes de su neutralidad, dando doce Navios, y ocho mil hombres, quando el Emperador los necessitasse á este efecto. Estaban los Venecianos necessitados à admitir qualquier condicion de la Corte de Viena, porque ultimamente havian perdido la Isla de Tine, y assi venian en la liga, con condicion, que esta durasse mientras la Guerra del Turco, porque el Emperador la queria absoluta, en que no convinieron. Aun despues de ajustado este Tratado, no movia la Casa de Austria sus Armas: tenia sobre ojo los derechos de la Reyna de España á la Toscana, y Parma: sintiò por esto mucho este casamiento; y sabiendo, que el Gran Duque havia hecho su Testamento, en que llamaba á la sucession de sus Estados á su hija Ana Luisa, muger del Palatino del Rhin, faltando la linea de varones, ignoraba la Familia, que á la heredera sobstituía, rezelando fuesse la Casa de Parma heredera de la Toscana, Margarita de Medi-

cis, hija de Cosme, que casó con Eduardo I. Duque de Parma, y assi, dandose por quexoso con el Gran Duque, que hiciesse estas disposiciones sin su noticia, insinuó, que era de su aprobacion le succediesse la hija; mas que era preciso admitir en los Presidios de su Dominio Guarnicion Palatina, con Gefe nombrado por el Emperador. Para que esto pareciesse menor violencia, dispuso la Corte de Viena, que lo instasse assi el Palatino. El negocio se encargó al Conde Carlos Borroméo, Vicario Imperial en Italia, y con sus Credenciales embió este al Varon Bonifacio Vizconti; pero como los Despachos no venian à gusto del Gran Duque, porque no le trataban en ellos de Alteza Real, no dió respuesta cathegorica à los puntos que se le propusieron, y todo paró en pedir contribuciones, que entonces no las quiso dár el Gran Duque, porque yá veía que el Emperador, con la idéa de hacer la Guerra al Turco en Ungría, llamaba las Tropas de Milán, y aun de Napoles, aunque lo repugnaba el Conde Daún, Virrey en este Reyno, lleno de malcontentos, y amigos de novedades, donde no se havia querido dár naturaleza à los Españoles, que havian seguido el partido Austriaco. Todo esto significaba quan mal contentos estaban con la dominacion Alemana. No lo dexaba de conocer la Corte de Viena, y assi tenia tantos zelos de los Españoles. Havia passado à servir al Rey Catholico de Cavallerizo Mayor el Duque de la Mirandula, despojado de sus Estados; y como rezelaba de alguna Liga en Italia con la España, mandó hacer nuevas levas en Lombardía, para suplir los Regimientos, que havia sacado, porque no se fiaba del Duque de Saboya. Passaban estos rezelos aun á dudar de la Francia, porque esta havia hecho un Assiento de su Esquadra con el Duque de Tursis, despedido del servicio de España. El contrato le hizo Ludovico XIV. confirmóle el Regente Duque de Orleans; pero sin intencion de cumplirle, porque nunca se pagó en los prefixados terminos el dinero, ni la Francia se valia de estas Galeras, con que insensiblemente se hizo nulo el contrato: despues quiso la Francia comprar algunas de ellas, dexando la Esquadra en Genova con Gefes Franceses, y para esso embió al Señor de la Patería; pero no tuvo efecto este designio. El Ministro de España, que residia en Genova, aplicó secretamente quantos me-

medios pudo para turbarle, porque veía de mala gana, que otro Principe gozasse en Genova las prerrogativas, que havia gozado el suyo; y esta Esquadra daba siempre zelos á la España, si llegasse el tiempo de no serle la Francia amiga; al fin, todo se deshizo, porque compraron los Genoveses las Galeras. Como el Duque de Orleans fingía grande amistad con el Rey Catholico, todos los passos de la Francia eran sospechosos al Emperador, estrechado à mover Guerra al Turco, y à conservar la Italia, à la qual, para hacerse temer, trataba, como si fuesse Soberano de ella, con despotico imperio. Unia à las amenazas movimiento de Tropas; y porque en Genova prendieron un Cathalán, que tenia Patente de Capitán, dada en Barcelona, quando el Emperador la posseía, con pretexto, que el Senador Rolando de Ferrari, mostrandole, havia dicho, que en Genova solo mandaba el Senado, hizo entrar hasta Novi, Lugar de la Republica, seis mil hombres, señalando la diaria contribucion: hizo suspender de su empléo al Senador, y dár libertad al Capitán, y otros Cathalanes, que estaban presos por un atentado, que hicieron contra los Alguaciles, que guardaban las Carceles del que llaman Palaceto. Estas operaciones, que eran todas contra la neutralidad de Italia, las acumulaba el Rey Catholico con razones à sus designios, porque no podia justamente mover la Guerra en Italia, sin suponer la infraccion de la neutralidad, violada por el Emperador.

AÑO DE M.DCCXVI.

Echaba mas profundas raizes la autoridad de la Reyna de España con el alumbramiento de un Infante el dia 20. de Enero: pusosele por nombre Carlos, fueron Padrinos el Duque de Parma, y la Reyna Viuda, que estaba en Bayona: por aquel sirvió su Ministro Alberoni: por esta la Condesa Viuda de Altamira, Camarera Mayor de la Reyna, porque no quiso la Viuda passar à Madrid, aunque se lo permitia el Rey. No hizo su Sobrina gran fuerza por esto, ni Alberoni

que-

queria que huvieſſe otro á quien eſcuchar; (aunque no havia de vivir la Reyna Viuda en la Corte, ſino en una Ciudad de Eſpaña) pero no quiſo aventurar otra vez ſu reſpeto al arbitrio de los Miniſtros, y ſe quedó en Bayona. Eſte nuevo Infante de Eſpaña, que nacia en los derechos de la Reyna, puſo en alguna advertencia al Emperador, porque yá los Eſpañoles le miraban como heredero de los Eſtados de Toſcana, y Parma; y ſe podia dár el caſo (aunque á eſte ultimo Infante le precedian tres Principes) de bolver á tener Eſtados en Italia el Rey Catholico, ò adminiſtrarlos, aun ſin eſperar tanta fatalidad. Eſto la hizo diſcurir á la Corte de Viena con mas aplicacion en procurar por interpueſta perſona, que ſe caſaſſe el Principe Antonio de Parma, cuyo génio adverſo al Matrimonio, miraba con indiferencia la extincion de ſu Familia. De eſta tibieza culpaba al Duque ſu hermano, y ſe la acriminaba el Emperador como delito. No havia recibido en ſu Corte Miniſtro de Parma deſpues del caſamiento de ſu Sobrina con el Rey Catholico; y creía que ſu Muger, Madre de la Reyna, le mantenia en el dictamen de no acalorar el caſamiento del Principe Antonio, para que heredaſſe los Eſtados ſu hija. Eſta era ſola preſumpcion natural, porque era dificil ſaber lo que paſſaba en una Corte tan cerrada como la de Parma, y en un Principe tan myſterioſo, y reſervado; como quiera, no moſtraba el Duque la mayor aplicacion al caſamiento de ſu hermano, y mas deſpues que havia logrado del Pontifice una Bula, en que permitia diſponer los Eſtados á favor de las hembras, en falta de linea de varones, uſando del alto dominio, por ſer eſtos Eſtados Feudo de la Igleſia. (aunque lo niegue el Emperador, con el fundamento de haver ſido en un tiempo unidos al Ducado de Milán) Pareciale á la Reyna, que colocar á ſu hijo en las dos Soberanías de Toſcana, y Parma, ſe debia eſperar mas de la negociacion, y del arte, que de la razon de la ſangre, y que el Miniſtro mas á propoſito para manejar eſto, era el Abad Alberoni. De aqui nació permitirle mayor autoridad, è introducion en los negocios; y el Abad, nada deſaliñado, ſe aprovechó de la oportunidad, eſperanzando á la Reyna de ſus mayores ventajas en la Italia. Entró el Rey en eſte ſyſtéma, y permitiò que trataſſe eſte negocio Alberoni á ſu arbitrio; y como con él

eſta-

estaban encadenadas muchas dependencias, se hizo insensiblemente dueño de todas. Conocia, que el Papa podia ser embarazo á esto, y trató ganarle la voluntad, sin explicarle el fin, porque en esto de secreto, y dissimulado, pocos hombres havrá havido mas exactos. Havia nuevamente llegado de París, despues de tantas repugnancias, el Nuncio del Papa Aldobrandi, Arzobispo de Neocesarea, con el qual se estrechó Alberoni con mas facilidad, porque el Nuncio no era amigo del Cardenal Judice, ni Alberoni lo era yá. No estaban ajustadas las controversias de la Corte de España con la Dataría de Roma, ni deslindados muchos puntos de jurisdiccion; y de esta favorable coyuntura se valió Alberoni, para ofrecer al Papa conveniente Ajuste, si entraba propicio en las dependiencias del Rey Catholico.

Mas grande oportunidad de ganar al Pontifice se le ofreció, instando este por socorros para la Guerra contra el Turco, que yá ganada toda la Moréa, tiraba mas altas las lineas. Havia hecho un gran Armamento Navál de sesenta Navíos, sin la Armada Sutíl de treinta Galeras. Era Comandante de estas Armas Gujanon Copia, un Turco feróz, aunque no muy experimentado. Concurrieron con sus Naves armadas los Africanos de Argél, y Tunez; y haviendo armado todos sus bastimentos los Dulcinotes, estaba infestado el Mar Jonio, el Egéo, y el Adriatico. Havia hecho un gran acampamento el Turco en Gianina, tomado yá el Castillo de Parge, que le facilitaba los transportes contra Gorfu, cuyo Sitio meditaba. Havia salido con su Armada el General Pisani, muy inferior en numero, aunque mas bien armadas las Naves. Cubrian estas à Corfu, y en el Cabo del Zante se vieron ambas Armadas: pudo haver batalla: ninguno de los dos la queria: el Turco, porque su designio solo era emplear las Naves, y Galeras en passar Tropas à Corfu; el Veneciano, porque tenia instruccion de su Republica de no darla hasta que viniessen las Armas Auxiliares, por las quales clamaba el Pontifice, é instaba en las Cortes de España, y Portugal con gran calor. El embió sus Galeras, y quatro Navíos armados, baxo el mando de el Comendador Ferrer. Tambien embió las suyas el Gran Duque de Toscana, y dos la Republica de Genova: los Duques de Parma, y Modena assistieron con Infanteria: de

aquel

aquel se valió el Pontifice, para que la Corte de España se determinasse al socorro, al exemplo de el Rey de Portugál, que havia embiado siete Naves de Guerra con el Conde de Riogrande. Alberoni dispuso, que embiasse el Rey Phelipe las Galeras de España à cargo del Gefe de Esquadra Don Balthasar de Guevara, y seis Navíos de Guerra, mandados por el Marqués Estevan Mari. No faltó en el Consejo de Estado quien sintiesse mal de esta resolucion del Rey, porque era indirectamente favorecer al Emperador, que yá con el Principe Eugenio havia embiado treinta mil hombres à Ungría, despues que en 13. de Mayo firmaron con él la Liga ofensiva, y defensiva los Venecianos; y el dia 5. de Agosto ganó el Principe Eugenio una Batalla à los Turcos en Petervaradin, victoria, que le abrió el camino al Sitio de Temesvár, que rendida yá, facilitaba otras conquistas; y mas distraídas con tanta Armada de los Christianos las fuerzas del Turco en Corfu. Esta era mucha sutileza, y politica; y entonces le importó al Abad Alberoni parecer muy zelante de la Christiandad, y condescendió con los ruegos del Pontifice, que ponderó mucho lo que estaba aventurado el Mar Adriatico, si Corfu se rendia. Estaba no muy bien abastecida la Plaza, aunque la defendia con tres mil hombres el General Scolembergh, Alemán, que llamaron à su servicio los Venecianos: sufria yá el Sitio desde el mes de Julio: faltaba agua, y municiones: 30y. Turcos la combatian, y mas estrechamente despues que tomaron los Fuertes de Montes Abrahán, y el Salvador: cubrian el sitio de las Naves del Sultán: No se atrevian las Venecianas à acometerlas, porque aún no havian llegado los Auxiliares de España, y Portugál: estas del Conde de Riogrande no llegaron à tiempo; las de España, guiadas con el mayor cuidado del Marqués Estevan Mari, tuvieron la felicidad de juntarse à la Armada Veneciana el dia 28. de Agosto: eran mas en numero de las que el Rey havia dado, porque el Comandante se llevaba consigo quantas encontraba en el viage, para abultar el poder, y poner mayor terror à los Turcos. Dios fué propicio à la idéa, porque luego que la Armada Othomana vió entrar esta Esquadra de España, avisando al Comandante del Sitio, de que por necessidad le desamparaba, con las sombras de la noche hizo vela; y aunque el

vien-

viento no era favorable, passó no muy lexos de la Armada de los Christianos, y tomó la Costa de Africa. La misma noche se levantó el Sitio, y empezaron à embarcar los Sitiadores en la Armada Sutil, y yá el dia 29. estaba desembarazado el Campo. Dexaron la Artillería, muchos Viveres, y Pertrechos: la gente que no llegó á tiempo á embarcarse, quedó prisionera, porque hizo una bien ordenada salida el Governador, glorioso con haver defendido Plaza tan importante.

El Rey Catholico quedó gustoso del accidente con fausto, porque su natural piedad le inclinaba siempre á proteger la Religion Catholica, y todo lo que es piedad. El Papa quedó agradecido, y muy bien puesto en su gracia el Abad Alberoni, á quien puso en el animo el Nuncio Aldrobandi el deseo del Capelo. No lo oyó Alberoni con desagrado, è hizo que el mismo Nuncio lo significasse á la Reyna, que abrazó luego el empeño. El Papa oyó esto primero con desprecio, quando se lo insinuó, como novedad penetrada, su Nuncio; quien le callaba, haver sido el Autor de esta desproporcionada pretension.

Como no estaban ajustadas las dependiencias con la Corte de Roma, no estaba corriente la Nunciatura, ni havia explicado del todo su caracter Aldrobandi; y como él tambien aspiraba al Capelo, y era el medio mas immediato ser admitido Nuncio, estaba precisado á contemplar, y aun lisonjear á Alberoni: por esso le propuso, y le facilitó la Púrpura de Cardenal, que es el ultimo objeto de los Eclesiasticos. No la soñaba Alberoni tan presto, aunque su elevado espiritu le llevaba á cosas grandes: todas sus lineas tiraba á alzarse con la privanza del Rey: ayudabale la Reyna; pero le embarazaba dentro del Palacio el Cardenal Judice. Por esso dispuso Alberoni sacarlo de él, quitandole el empléo de Ayo del Principe: esto era árduo, porque no se podia hallar en el Cardenal culpa, que esto mereciesse; pero como no le era propicia la Reyna, avivandole siempre Alberoni la aprehension, que el Cardenal criaba al Principe, no solo desafectado á la Reyna, pero aun enagenado el animo, y con poco amor al Rey, se resolvió á quitarle al Cardenal su empléo de Ayo, como lo hizo, con un Decreto muy honroso; porque decia el Rey, le

quitaba tanta ocupacion, para atender á la de Inquiſidor General: eſto expreſſaba el Papél, que le eſcrivió el Marqués de Grimaldo. Nombróſe Ayo del Principe al Duque de Populi: el Cardenal ſe bolvió á ſu caſa, y luego hizo dexacion de el cargo de Inquiſidor General: admitióla el Rey, y yá ſin dificultad tambien el Pontifice, porque havia eſcrito Aldrobandi, que yá no podia ſervir en aquella Corte el Cardenal Judice, haviendo el Rey tomado á mal, que ſe moſtraſſe reſentido de la reſolucion de ſacarle de Palacio: como ſi eſtuvieſſen los Reyes preciſados á valerſe ſiempre de un miſmo ſugeto.

Inquiſidor General ſe nombró á Don Joſeph Molinés, Decáno de la Sacra Rota: havia tenido eſte los negocios de Eſpaña á ſu cargo deſde la ſalida del Duque de Uceda, como diximos; y en algunas controverſias, y diſputas, que deſpues con el Papa ſe tuvieron, moſtrando Molinés mas ardór, que creia el Pontifice era juſto, havia algunas veces paſſado á perderle el reſpeto: todo ſe le ſufrió, y aprobó en Eſpaña, haſta que yá Alberoni, inflamado de el deſeo del Capelo, le importaba dár guſto en todo á la Corte de Roma; y porque con mano armada defendió la Immunidad de la Plaza de Eſpaña Don Joſeph Molinés, y en ella ſe havia dado de palos, y aun herido, á unos Alguaciles, el Rey, por dár ſatiſfacion á las quexas de el Pontifice, bien llevadas de Aldrobandi, y no menos ponderadas de Alberoni, quitó á Molinés la Atendencia de los Negocios Reales, y la dió al Cardenal Francisco Aquaviva, ò porque ſe creía hombre de mayor repreſentacion por ſu ſangre, y por la Púrpura, ò porque trataría con mas dulzura, y politica los negocios con el Pontifice. Deſde entonces tambien tomó parte en lo intereſſes del Abad Alberoni el Cardenal Aquaviva, neceſſitado á contemplarle; y por eſſo enagenó enteramente ſu animo del Cardenal Judice.

De repente, y ſin que lo ſupieſſe el Pontifice, ſalió de Eſpaña para Roma el Nuncio Aldrobandi: dió por pretexto, que ſe lo ordenaba el Rey: no era falſo; pero todo fué diſpoſicion de Alberoni, para tratar á boca con el Papa los medios mas oportunos á componer las diferencias de la Dataría, y Juriſdiccion, y explicar, que ſin alteracion de los

tole-

tolerados abusos, era el medio mejor el Capelo para Alberoni, porque haviendose yá empeñado el Rey en esto, por dár gusto â la Reyna, no podia desistir sin desayre. La Corte de Roma quedó sorprendida de el atrevimiento, y mal exemplo, que daba Aldrobandi, de salir de una Corte un Ministro sin licencia del Soberano, que le havia embiado, y sin violencia de el Principe, cerca de quien servia; porque ni el Rey Phelipe se la havia hecho, ni confessado haverselo mandado. El Papa estuvo resuelto á no dexar entrar en Roma á Aldrobandi; pero viendo, que esto era romper del todo con la Corte de España, porque tenia su patrocinio, se dexó persuadir de los interessados en la Dataria, y le escuchó, hecho enteramente el Nuncio Procurador de Alberoni, con el pretexto, que era lo que á la quietud del Pontifice convenia.

El Emperador, yá victorioso del Turco, no se descuidaba de la Italia, haciendose cada dia mas temer en ella, y usando de una jurisdiccion, que renovaba los antiguos derechos del Imperio, y violaba directamente el Tratado de la Neutralidad, y havia tomado á su arbitrio contribuciones de Genova, y metido en su Estado Tropas á discrecion; y pretendiendo entrar la Sal de Cerdeña por San Pedro de Arenas â Lombardia, havia determinado hacer en este Arrabál Almacenes. Embió la Republica â Clemente Dória â Viena, y se redimió esta vejacion con dinero.

Aún no havian salido las Tropas de los terminos de Novi, y por si podia lograr esta oportunidad el Marqués de San Phelipe, Ministro de España, insinuó al Govierno, assistiria su Rey con Tropas, si querian resistirse â las del Emperador; ponderó quan ignominiosa era esta servidumbre. Yá la conocian los Genoveses; pero no se atrevian á remediarlo, por no aventurarse: no fiaban mucho de los socorros de España, por estár lexos, y aunque havia algunas Republiquitas de espiritu ardiente, le templaba la flema de las otras, que es lo que sucede en un Congresso de muchos individuos. Por esto emprehenden pocas veces cosas grandes las Republicas, porque dificilmente se conforman á un dictamen tantas Cabezas; y assi, determinaron los Genoveses obedecer, antes que vér la cara al menor riesgo, porque veìan se havia hecho la Corte de Viena Arbitrio en Italia.

En unas diferencias entre el Duque de Masa, y la Republica de Luca, havia dado el Consejo Aulico la Sentencia, usando de alto dominio: esto miraban los Principes de Italia con dolor, y miedo, y mas el Gran Duque de Toscana, y el Duque de Parma, perseguidos de el Emperador. Por creer los Parciales de España à este, le amenazaban con que havian de presidiar à Plasencia los Alemanes: consulta que hizo por escrito el Ministerio Español de Viena, y el Duque de Uceda. Para invigilar sobre el Gran Duque, embiò el Emperador à Florencia al Conde Sajago, Cavallero Veronés, hombre astuto, y de genio turbulento: todos eran grillos, que iba texiendo el Emperador à la Italia, siempre rezeloso de ella, porque no ignoraba las idéas del Rey Catholico, ni el descontento de sus Principes. No se atrevia à inquietar al Rey de Sicilia, no solo por ser mas poderoso que los demás Principes de Italia, sino porque estaba procurando, que le cediesse la Sicilia, dandole un equivalente en dinero, y algo mas en el Ducado de Milán: no le havia reconocido Rey de ella, y sentía sobre el corazon verla desmembrar del Reyno de Napoles. Para assegurarse mas, hizo en el mes de Mayo una Liga ofensiva, y defensiva con el Rey de Inglaterra, que vino en ella de buena gana, porque rezelaba perder los Estados de Bremén, y Vverdén en Alemania, que havia comprado de los Enemigos de el Rey de Suecia; y porque no pareciesse era contra el Rey Catholico, hizo que el Ministro de Inglaterra, que residia en Madrid, llamado el Señor Bubb, diesse noticia de esta Alianza. Yá lo sabía el Rey Catholico por sus Ministros, y todo lo que el Emperador obraba en Italia: con lo qual le fué facil al Conde hacer entrar à Alberoni en el systéma, que se perderia la esperanza de bolver à poner el pié en ella, si dexaba al Emperador perficionar sus designios.

AÑO DE M.DCCXVII.

PReveniase el Rey Catholico á dár mayores socorros à los Venecianos, à instancias de el Pontifice, que havia buelto à embiar à Madrid al Arzobispo de Neocesarea Aldrobandi,

y fué admitido, explicando el caracter de Nuncio, porque traxo favorables noticias á la pretension del Capelo para el Abad Alberoni, que era todo lo que se pretendia de Roma; y por esso no havia cuidado el Ministerio de España de ajustar con la Corte Romana parte de aquellos abusos, que pretendian quitar en la Dataría, y otros puntos de Jurisdiccion, porque yá Alberoni no servia mas que á si mismo, despues que estuvo tocado de la ambicion del Capelo. Ofrecia Tropas al Pontifice para guardar sus Marinas, que creyó se admitirian; porque de un desambarco, que hicieron en el Reyno de Napoles, en la Provincia de Pechi, los Corsarios Dulcinotes, empezó á temer Roma. Tomaron un Castillejo, hicieron quarenta Cautivos, y se ausentaron los Turcos; pero dexaron tan consternadas las riberas del Adriatico, que se creyò perdido, porque la fama del nuevo Armamento era grande, y se havian en Dardaneli espalmado sesenta Naves gruessas, sin infinitas Zaycas de transporte, y temian se bolviesse á emprender el Sitio de Corfu. Alberoni se valia de estos temores de el Pontifice para hacerse necessario; y como se havian concedido al Rey Catholico unos Breves para Donativos de Eclesiasticos, no solo en los Reynos que possee en la Europa, pero aun en las Indias, por este beneficio persuadia al Rey se debian hacer los mayores esfuerzos contra los Othomanos: y verdaderamente, entonces era fixa su intencion de embiar una poderosa Armada á Levante.

Havia siempre impuesto al Rey, que era preciso mover la Guerra de Italia; pero despues, esperando el Capelo, no queria distraer las Armas, por no enojar al Pontifice. En el interin se iba apoderando mas de la voluntad del Rey. Sacó de la Secretaría del Despacho Universál á Don Manuel Vadillo, y puso á Don Joseph Rodrigo, Fiscál que era del Consejo Real de Castilla. Quitó tambien la Presidencia de Hacienda al Obispo de Cadiz, que se retiró á su Iglesia. Puso los mayores esfuerzos en apartar del Rey al Marqués de Grimaldo, pero no pudo; y aunque tenia la mesma intencion contra Don Miguél Fernandez Durán, no hallaba sugetos á proposito para la Secretaría del Despacho; y assi, se sirvió de los que estaban, reservando en sí lo mas principal de los Negocios, con un secreto, el mayor que se ha visto en España.

Lle-

Llegó á este tiempo noticia, que queria el Rey de Sicilia cederla al Emperador, por un equivalente en el Estado de Milán; y como todavia no havia salido en Roma el Capelo, que Alberoni esperaba, hasta engañar al Papa templaba los designios de la Guerra, dexando perder la mayor oportunidad, yá que la tenia ideada, porque se havia resuelto en Viena proseguir la Guerra con el Turco, contra los Votos de todo el Ministerio Español, y aun de muchos Principes del Imperio; tanto, que en casa del Conde Guido Starembergh, encendidos en esta porfia, sacaron las espadas el Conde de Scomborvice, Chancillér del Imperio, y el de Ulcindisgrtz, Presidente del Consejo Aulico: fué el motivo decir este, debia ser Guerra de Circulos la de Ungría, porque perdida esta, estaba la Alemania descubierta. El Principe Eugenio, venciendo todas las dificultades, havia obtenido permiso de sitiar à Belgrado, porque havian distraído los Turcos gran partida de su Exercito con el Orreschier, hermano del Gran Visir, ázia Espiro, y Albania. Esto descubria, no solo nuevo designio contra Gorfu, pero aun encender la Guerra en Dalmacia.

Alberoni, esperando el Capelo, mandaba proseguir el Armamento, y ni socorria à los Venecianos, ni invadia en Italia los Estados posseídos por el Emperador. Havia yá salido la Esquadra Portuguesa, y unidose al General Pisani, con las Naves Maltesas, mandadadas por el Baylio Vella-Fontana. Haviase adelantado con veinte y seis Naves Venecianas, más de lo que debia, el General Fangini ázia Dardaneli: salieron treinta y seis Othomanas, y en las aguas de Tenedo huvo una Batalla por tres continuos dias: separabalos la noche, y bolvian à ella al amanecer, hasta que muerto Fangini, y maltratadas las Venecianas, se retiraron à Lante. Esto empeñaba à la Guerra en el Mar Jonio, è hizo empeñar al Principe Eugenio en el Sitio de Belgrado, que se rindió en 19. de Agosto, despues de haver ganado una Batalla los Alemanes à los Turcos, rompiendoles sus lineas: en ella se portaron con gran valor, y se distinguieron mucho los Regimientos Españoles, é Italianos, y mostró su brio el Infante Don Manuel de Portugal. Tanto tiempo dexaba perder Alberoni, sin que se supiesse à que estaba destinado su Armamento; y porque no

se

se le descubriesse la intencion, y no cansasse con Consultas el Consejo de Estado los oìdos del Rey, ni estuviessen informados de lo que passaba en el Mundo sus Ministros, mandó à los que servian en las Cortes Estrangeras, que nada participassen al Rey por via de Estado, sino directamente por los Secretarios de el Universal Despacho, que llaman Via Reservada.

Passaba à España Don Joseph Molinés à exercer su empléo de Inquisidor General, aunque en edad decrépita, y tullido: no se atrevió à hacer viage por Mar; y con Passaporte del Pontifice, y una obscura palabra del Cardenal Vvolfango Annibàl de Scotembach, que hacia los Negocios del Emperador en Roma, dada al Cardenal Fabricio Paoluci, Secretario de Estado, tomó el camino de Tierra; y siendo preciso, para entrar en Francia, (no queriendo passar las Montañas del Genovesado) tocar en el Estado de Milàn, fué alli, de orden del Governador, arrestrado, y puesto en el Castillo con su Familia, y embiados â Viena sus Papeles; porque como havia passado por Plasencia, creyeron los Ministros Alemanes, que huviesse tratado con el Duque de Parma negocios de grande importancia; y de todo estaban rezelosos con el rumor del Armamento de España, en cuyos Puertos, que baña el Mediterraneo, se detenian quantas Embarcaciones venian, para que sirviessen al transporte.

Esta prision de Molinés fué à los ultimos de Mayo, y à los 29. que alcanzó esta noticia el Marqués de San Phelipe, la dió con Extraordinario al Rey Catholico, y ponderó como agravio hecho à la Magestad, arrestar al Inquisidor de España, que con la buena fee de un Passaporte, y una palabra, passaba por los Estados del Emperador: que esta era nueva infraccion de la neutralidad de Italia, que tenia fuerza de Tregua; y al fin, con mas dilatadas reflexiones inflamó quanto pudo el animo de su Soberano à que tomasse satisfaccion del Emperador. Creyó con esto el Marqués acabar de determinar el animo del Rey à mover la Guerra de Italia; pero nada huviera bastado, si Alberoni no huviera prevenido de antemano el animo del Rey para ella. En unos resumenes de Manifiesto, sacados por dicho Alberoni, ò Cartas escritas â Roma, (como despues verémos) no queriendo cargarse de

ser

ſer Autor de la Guerra, dice que eſta Carta del Miniſtro de Genova movió mucho el animo del Rey: que ſe la embió à conſultar, y que fué él de contrario dictamen: y carga al Duque de Populi, como el primero que dió ſu parecer para la Guerra. Eſtaba el Rey à eſte tiempo con la ſalud muy quebrantada, que podia dár cuido, y los Medicos le perſuadieron à apartarſe de los negocios de la mayor aplicacion; y con eſte motivo los havia abſolutamente dexado en manos de Alberoni, no con Decreto de hacerle Primer Miniſtro, pero con permiſſiones de ſerlo; y aſſi, eſta Carta de Genova no tuvo neceſſidad de que el Rey ſe la embiaſſe à conſultar, porque todos los Deſpachos paſſaban por ſu mano.

Eſtaba yá à eſte tiempo en Madrid (como diximos) Aldrobandi, que inſtaba por los ſocorros contra el Turco; y como aún no ſe havia reſuelto à dár el Capelo à Alberoni, eſte eſcondia ſu intencion de todos, aunque yá la tenia hecha de mover la Guerra, y diſpuſo, que el Rey pidieſſe parecer al Duque de Populi; pero en forma, que conocieſſe claramente el Duque, que yá eſtaba el Rey determinado. Se le embió la Carta meſma del Marqués de San Phelipe, que la havia meneſter Alberoni para nuevo pretexto; y viendo el Duque, (que era ſumamente aviſado, y gran Corteſano) que el eſpiritu de la Carta era mover la Guerra, votó por ella, y dixo, ſe debia emprender la recuperacion de Napoles, ò Cerdeña: no mentó à Milán, porque ſabia no era eſſe el dictamen de Alberoni, que queria indirectamente aſſegurar los Eſtados de Parma, pero no acercarle tanto el fuego; no por amor que tenia al Duque, à quien contemplaba poco, ſino por obſequio à la Reyna, para fingir mejor, y no fiarſe de viviente alguno. Eſcrivió al Duque de Populi, quexandoſe de haver ſido de dictamen de mover la Guerra, no eſtando la Eſpaña para eſſo, ni pudiendo el Rey faltar à la palabra de ſocorrer à los Venecianos: eſto lo hizo para que llegaſſe à oídos de Aldrobandi, que perſiſtia Alberoni en lo ofrecido à ſu Santidad. El Duque de Populi, que por entonces no entendió á Alberoni, eſcrivió al Rey otro papél mas conſiderado: expuſo las dificultades de qualquier empreſſa, por lo exauſto del Real Erario, y caſi ſe retractó de lo dicho. Hizo Alberoni, que el Rey le replicaſſe, como ofendido de ſu contemplacion Alberoni,

roni, y aun dispuso, que él mismo reprehendiesse, por boca de su Confessor el Padre Daubantón, de que se oponia á la ingenuidad de los dictamenes, y que estorvaba la Guerra. Todos estos artificios usaba para engañar al Pontifice, y cubrirse en qualquier caso, dando siempre por autor á la méra voluntad del Rey, á la qual nadie se podia resistir: tanto es esto, que en un Libro en octavo, que salió despues, de la Vida de dicho Alberoni, escrita de un grande amigo suyo, para el qual él mismo dió los papeles, y materiales, confiessa el Autor, quando narra el orden de las cosas, y la noticia, que á Madrid llegó del arresto de D. Joseph Molinés, que Alberoni encendió el animo del Rey, preparado con mas altas reflexiones para la Guerra, que iba premeditando, hasta que la executó con las secretas disposiciones, que nadie entendia.

Al fin, el Papa, en el Consistorio de 12. de Julio, se resolvió â crear Cardenal â Julio Alberoni, precisado â ello, no solo de las instancias del Rey Phelipe, llevadas con el mayor ardór del Cardenal Aquaviva, y escritas con no menos solicitud del Nuncio, pero aun (como diximos) por los servicios hechos á la Iglesia, en el socorro dado á los Venecianos el año passado de 1716. el que havia ofrecido, y el ajuste de las controversias entre las Cortes de Roma, y España. El Cardenal Judice, que assistió á este Consistorio, ò arrebatado de su ódio, ò movido de su conciencia, (como dixo) no assintió á esta eleccion; y como explicó, que esto le inspiraba su conciencia, hacia una breve, pero horrible sátyra á Alberoni, que yá con su Púrpura, desenfrenó lo despótico, y violento. Era su génio impetuoso, y con el favor de los Reyes se hizo á toda España insufrible, porque sobre ser hombre de primera impression, tenáz, y muy sobre si, no toleró España Govierno mas rígido (aunque tampoco mas al pró del comun del Reyno) desde que subió el Rey Phelipe al Trono, á cuya noticia no llegaban muchas violencias, porque nadie se atrevia á hablar de Alberoni, ni dexaba acercar á los oídos de el Rey mas, que los que queria; y esso, dictandoles las palabras, y retirando todas las Consultas de los Tribunales.

No se le ocultaron al Cardenal Alberoni las palabras, que en el Consistorio profirió el Cardenal Judice, y mostrando luego su venganza, hizo que el Rey ordenasse al Cardenal

Aquaviva, que en ſu nombre mandaſſe â Judice baxar de la puerta de ſu caſa las Armas de Eſpaña; y juntamente ſe ordenó â todos los Vaſſallos de la Corona, no trataſſen al Cardenal, que replicando â eſta orden, eſcrivió al Rey con la mas humilde veneracion, é interpuſo al Duque de Orleans, para que ſe revocaſſe eſte Decreto. Alberoni hizo perſiſtir al Rey en él, y repitió la orden con mas viveza, y paſſaron con Aquaviva, y Judice algunos ſinſabores en los papeles, y recados. Al fin, eſte obedeció, y baxó las Armas del Rey Catholico; pero deſde luego trató de ſer admitido â la gracia del Emperador por medio del Cardenal Scotembach, y otros del Miniſterio Eſpañol de Viena. Eſtaba á eſte tiempo en Madrid Conſejero de Eſtado el Duque de Jovenazo, y ſervia al Rey Phelipe de Embaxador â eſte tiempo en París ſu Sobrino el Principe de Chelamár, en quienes no ſe halló la menor mudanza de animo ázia el amor, y fidelidad del Rey; pero es infalible, que Alberoni cobró ódio para la Familia, pero no ſe atrevió â ſacar de París â Chelamár, porque era dificil llenar aquel hueco con hombre de iguales medidas, y ſe corria con el Rey de eſtender tanto ſu venganza; y arrancada de las manos del Pontifice la apetecida Púrpura, ſoltó las riendas â ſus idéas, encaminadas todas â adquirirſe gloria; bien es verdad, que no ganó poca en ſu tiempo la Nacion Eſpañola, ni poco credito las Armas del Rey: y aunque no ignoraba la neceſſidad, que de ſocorros tenian los Venecianos, no ſe acordó de cumplir la palabra, y ſe aplicó todo el Armamento, que yá, con prevencion de Naves de Tranſporte, era claro no ſervia contra el Turco, porque no havia de embiar Tropas. Hizo paſſar, con plena autoridad ſobre todos, â Don Joſeph Patiño, Intendente General de Marina, â Barcelona; y eſte, con ſu actividad, y promptitud, en pocos dias deſpues tenia en orden aun la gran Nave, que ſe fabricó en S. Philiú, y las ſeis nuevas, que ſe hicieron en Vizcaya. Eſte Armamento, que yá ſe conocia no ſer contra el Othomano, puſo en cuidado â muchos Principes; mas al Emperador, que ſe quexó con la Francia, y el Regente: eſte aſſegurò, no tener parte en él, ni ſaber ſu deſtino; porque todavia, aun mandando labrar peſebres para la Cavallería, decia el Cardenal Alberoni, que era contra el Turco; fixo es, que nadie mas que los Reyes, el Duque de Po-

Populi, y el P. Daubantòn sabian su destino; y aun le recataba quanto podia de los Secretarios del Despacho Universal, porque muchas ordenes daba escritas de su mano, y para perficionar el Armamento, no era menester explicar la intencion. Resolviò atacar â Cerdeña; y como de lo que alli passaba daba frequentes noticias el Ministro, que residia en Genova, se valía de ellas, sin encargarle las continuasse; y yá estaba informado, que havia passado nuevamente por Virrey â aquel Reyno el Marqués de Rubí, que se havia sacado de él el Regimiento de Borbòn para Napoles, porque el Armamento de los Españoles hacia poner en defensa â los que temian ser invadidos; assi, havia mandado el Emperador â sus Ministros de Italia, è instruído al Governador de Milán, que en todo caso, retirasse las Tropas â Mantua, si veía poderoso desembarco en Genova contra Lombardía; porque estaban persuadidos en la Corte de Viena, que el Duque de Parma entraba â la parte de este secreto, y que era casi autor de la Guerra, pero podémos assegurar lo contrario.

Al Duque de Orleans le sossegò los rezelos, vér que se prevenian Naves; pero esso mismo los diò â Inglaterra, en la qual, aunque se havia aparentemente aquietado la Rebeliòn de Escocia, y vencidas las Armas del Rey Jacobo en una Batalla, que ganò el Duque de Argille, havia sido aquel obligado á retirarse á los estados del Pontifice. Andaban algunos de sus Parciales por el Mundo, solicitando las Potencias, que creían podian ser adversas al Rey Jorge: estos eran el Duque de Ormont, el de Pert, Milord Marexal, y su Hermano, y el Conde de Maár. Como la Inglaterra funda su seguridad en lo opuesto de los partidos, no faltaba esta discordia, y una conjura contra el Rey, y su hijo el Principe de Gales, fomentada por el Embiado del Rey Carlos de Suecia, Conde de Gilembergh, que fué de orden de la Corte preso, y reconocidos sus papeles: â su Hermano le hizo arrestar en Olanda el Rey Jorge, y tambien al Conde de Goartz, que en ella hacia, sin caracter, los Negocios de Suecia. De esta se hallaron mas los autores, que los complices; y como no podia obrar absoluto, no quiso entrar en el individual examen el Rey: pero todo le hacia sombra, pues aunque havia conseguido sacar de Francia al Pretendiente de la Corona, sus Parciales solicitaban al Rey de

Suecia, y al Czar de Moscovia para convertir las Armas contra Inglaterra, valiendose de la Liga del Norte, por si podian otra vez sublevar la Escocia. Havia sido bien admitido, y tratado de los Principes de Italia el Rey Jacobo, quando passó á Pesaró, y dudaban los Ingleses, que fuesse Roma la Oficina de su inquietud; y como juzgaban aquella Corte muy unida con la España, su Armamento les daba alguna aprehension.

No dexaba de inquirir â donde se encaminaban estas Armadas de el Rey de Sicilia por el Abad de Mari, su Ministro, que residia en Madrid, porque no ignoraba el descontento de los Sicilianos, y creía podía el Papa, con quien estaba muy mal, fomentar esta invasion. Rezelaba tambien, que concurriessen secretamente con dinero, porque estos havian descubierto una conjura en el Final, donde su Governador Juan Francisco Gropallo, con la prision de un Frayle, y aprension de sus papeles, descubrió indicios, que los Finalinos se querian entregar al Rey de Sicilia. Esta intencion del Duque creían los Genoveses, que se daba la mano con la que havia tenido siempre contra Saona, y embiar à su Castillo la mas gente, y mas Presidiarios al Final. No ignoraban por el Embiado de Inglaterra Henrique de Abenant, que residia en Genova, que el Rey de Sicilia havia pedido à la Reyna Ana, le ayudasse à tomar à Saona, y assi estaban muy advertidos. El Rey de Sicilia, con un papél, que presentó al Govierno su Ministro, que residia en Genova, el Abad Angroña se sinceró de esta mal fundada voz, que se havia esparcido; pero sabía, que en España sè la havia dado credito; y assi, en tanto secreto, que el Cardenal Alberoni observaba, no carecia de algun cuidado, y mandó al Conde Mafey, Virrey de Sicilia, que estuviesse prevenido.

Mandó el Rey Catholico passasse à Barcelona el Marqués de Lede, para Comandante General de las Tropas de esta Expedicion, y las Naves se pusieron à cargo del Gefe de Esquadra Marqués Estevan Mari. Alberoni, luego que recibió la noticia del Capelo, hizo partir esta Armada: constaba de doce Naves de Guerra, y cien de las de Transporte; las Tropas eran ocho mil Infantes, y seiscientos Cavallos: iban los Thenientes Generales Don Joseph Armendariz, y el Señor de Grafetón; los Mariscales de Campo Conde de Montemár,

már, Marqués de San Vicente, y el Cavallero de Lede. Haviause embarcado cinquenta Cañones de batir, doce de Campaña, gran cantidad de Pertrechos, Municiones, y Viveres para tres meses. Esta secreta Expedicion, solo con Despachos de 9. de Julio, la fió el Cardenal al Marqués de San Phelipe, encargandole mucho el secreto, y ordenandole, en nombre del Rey, passasse à Cerdeña quando se le embiasse un Navío, para cooperar à su rendicion; porque creyó que el Marqués, como natural de aquella Isla, con entero conocimiento de ella, y de sus Moradores, facilitaria su recuperacion. Dióle el Rey plena autoridad, menos en las Armas: le embió Copia de las Instrucciones, que se havian dado al Marqués de Lede, en que se le ordenaba, se valiesse en todo del dictamen de San Phelipe.

Despues de haver partido esta Armada de Barcelona, en Despacho de 9. de Marzo dió el Marqués de Grimaldo à todos los Ministros, que servian en las Cortes Estrangeras, las razones, por qué continuaba el Rey la Guerra contra la Casa de Austria, aunque embarazada esta en la del Turco.

Mostró todas las infracciones, que el Emperador havia hecho de la neutralidad de Italia, y la mala fee con que havia evacuado à Cathaluña; el socorro, que havia dado à Barcelona, y à Mallorca, haciendo durar la Rebelion dos años mas, con dispendio de la España; haver hecho tantas invasiones en la Italia; y que, aun despues de haver embiado una Esquadra contra los Turcos, que indirectamente contribuía à la seguridad, y victoria de los Austriacos, se havia hecho en Milán el atentado de prender passagero al Inquisidor General de España; que iba fiado en un Passaporte Pontificio, y palabra del Ministro Austriaco; y que haviendolo sido muchos años de España en Roma Don Joseph Molinés, se le havian tomado los Papeles, faltando à la fee pública, y rompiendo claramente el Armisticio, que tenia embebido la neutralidad: que yá, violada esta, quedaba el Rey Catholico en libertad de proseguir la Guerra, porque con el Emperador no se havia hecho la Paz. Esto era una especie de Manifiesto, que se esparció por la Europa, porque los Ministros dieron muchas Copias de este Despacho, que segun los negocios, y los afectos, tuvo su aprobacion, y censura. El Emperador se quexó fuer-

fuertemente en Roma, con terminos de pedir una satisfaccion extraordinaria: queria que el Papa quitasse à Alberoni el Capelo, y derogasse las Bulas concedidas al Rey Catholico para Subsidio, y Donativo de los Eclesiasticos, yá que se empleaban estos caudales en Guerra contra Catholicos, siendo la intencion de la Santa Sede concederle contra Infieles.

El Pontifice se halló sumamente embarazado: profirió palabras gravissimas contra el Cardenal Alberoni; indignóse mucho, y confessò haver sido engañado; pero ni podia executar lo que el Emperador queria, ni hallaba otro modo de satisfacer. Embióle copia de un Breve muy resentido, que escrivia al Rey Catholico, à cuyas manos nunca llegó, ò porque en la realidad no le embiasse el Pontifice, ò porque no se atreviesse à presentarle el Nuncio Aldrobandi, porque conocia el impetu violento de Alberoni, que despues de haver logrado el Capelo, yá no contemplaba mas la Corte de Roma, aunque con el Nuncio conservaba, à su modo, una aparente amistad. Esta Carta del Pontifice se divulgó por el Mundo en varias copias: una de ellas no dexó de llegar à las manos de el Rey, que escrivió á sus Ministros de las Cortes Estrangeras, estuviessen en la inteligencia, que este Breve no le havia recibido, ni se podia el Pontifice atrever á escrivirle, porque como le esparcian los Romanos para satisfacer la Corte de Viena, tenia algunas clausulas licenciosas. El Emperador mandó luego, se embiassen de Milán, y Napoles Tropas á Cerdeña, que las pedia con instancia el Marqués de Rubí, y se resolvió á embiar seiscientos hombres de Milán, para lo qual se pidió passo á la Republica de Genova, porque se havian de embarcar en San Pedro de Arenas, y quatrocientos de Napoles.

La Armada Española partió en dos Esquadras: toda la mandaba Estevan Mari, y con él partió la primera, tomando el rumbo á derechura por el Golfo de Leon á Puerto Eseus: la segunda partió á cargo del Gefe de Esquadra Don Balthasar de Guevara, y enderezando la Proa por la Costa de Francia á la Córcega, llegó antes á Cerdeña, y se encaró en Pusa; uno de los Promontorios, que forman la Bahía de Callér: la primera Esquadra llegò veinte dias despues, porque la dieron calmas en las aguas de Mallorca, y fué preciso entrar dos veces

ces

ces en Palma para hacer agua para la Cavallería. La Esquadra que llegò antes, no pudo empezar las hostilidades, porque estaba subordinada, y assi se diò tiempo á que el Marqués de Rubí se previniesse á la defensa, porque quando parecieron los primeros Navíos, ni una Pieza de Artillería tenia bien montada: no havia en el Castillo Viveres; y si quando llegò Guevara huviesse toda la Esquadra dado fondo, y hecho su desembarco, era precisо rendirse luego Callér, porque no havia forma de defenderlo.

Al fin, el dia 20. de Agosto llegaron todas las Naves: iban tambien las Galeras de España á cargo del Gefe de Esquadra Don Francisco de Grimau, que protegiò el dia 22. el desembarco, executado con poca oposicion aparente en la Playa de San Andrés, donde hay un Rio caudaloso, que hacía al caso, porque en todo aquel terreno hasta Callér, que dista dos leguas, no hay mas que pozos de agua muy mala, y los havian gastado los Alemanes: era ardiente la estacion, el lugar intemperioso, y mal sano, y las mutaciones de Cerdeña las mas executivas, y dilatadas, que naturalmente duran hasta Diciembre, porque como nacen de los vapores nocivos, que levantan tantos pantános, estanques, y lagunas, que tienen la Isla cubierta, con altissimos montes al Norte, hasta que se purifique con nieve, y grandes lluvias el ayre, persevera mal sano. Por esto creìan los de Callér tener en él otra defensa, y que moririan sin otra Guerra las Tropas de el Rey: tenia la Ciudad seiscientos hombres de Guarnicion, mandada por el Theniente Coronél Don Jayme Carreras: alguna parte de la Nobleza se havia salido de ella; los mas Parciales de la Casa de Austria se aplicaron á la defensa: hicieron entrar Milicias Urbanas, parte de las quales mantenia Don Antonio Genoves, Marqués de la Guardia, Governador de los Cabos de Callér, hombre rico, y declarado parcial del Emperador; (como diximos en el año de ocho) havia tambien una Compañia de Cathalanes, y Valencianos, y hasta unos docientos Cavallos.

Las Tropas del Rey Phelipe marcharon á formar la linea, y se acamparon á la falda del Monte Urpino, entre la Iglesia de la Virgen de Lluch, y la de los Mercenarios: no podian levantar Trincheras, por falta de faginas: estas venian por Mar de las Tierras de Pula, porque el Paìs no havia prestado toda-

todavia la obediencia al Marqués de Lede, mas que una legua de tierra en contorno, que es adonde podian llegar sus Partidas, porque los caminos de internarse, los ocupaban las Milicias del País, mezclados con algunos Veteranos por Cabos; y el camino principal le cubria el Castillo de San Miguél de la Condesa, que havian los Sardos fortificado, y dista media milla de la Ciudad: eran pocas las Tropas Españolas para formar linea de circumbalacion: ni la Artillerìa dexaba acercar las Naves al Puerto; pero como la Bahìa es segura, por quince millas de distancia, se ancoraron en ella; y mientras se desembarcaba la Artillerìa, y Morteros, la gente de Mar puso una Batería de Cañones contra el Fortin del Darcena, ocupado yá por los Españoles el Convento de Buen Ayre, y el de la Trinidad, porque se havian de abrir los ataques á espaldas del Convento de Jesus, hasta la Iglesia de San Lucifero, adelantandolos á batir el Baluarte de Monserat, el qual llaman el Espolòn, y el de la Seca, donde se havia de abrir la brecha, no teniendo la Plaza otro ataque, por su situacion, que la hace fuerte, porque está fundada sobre una peña escarpada, y muy alta, continuada por todo el recinto del Castillo, para el qual es menester tomar antes un Arrabál, que tiene fortificado, que llaman la Marina: los otros, llamados Estampache, y Villanueva, están abiertos, y separados de la Plaza, que ázia Poniente tiene un Fosso considerable, contra el qual no se puede abrir Trinchera, ni adelantar Aproches, yá por lo inaccessible de la Roca, yá por el terreno cubierto de peñascos. El recinto de este Castillo, y Arrabál es muy dilatado, y assi no se le pudo poner Sitio formal, porque era preciso atacarle por lo mas fuerte, porque solo alli le permitia el terreno. La Plaza es irregular, y assi caminaban á obscuras los Ingenieros. Esto hacia perder tiempo, y la noche del dia 13. de Septiemzre se abrió la Trinchera, mandada por el Theniente General Armendariz, y el Mariscál de Campo Cavallero de Lede. Esta mesma noche llegó el Marqués de S. Phelipe en el Navío que se le embió, mandado por D. Gaetano Pujsdas: no usó de la autoridad, que tenia del Rey, por no dár ocasion á la emulacion de los Sardos: solo assistia, en cosas fuera de Guerra, con su dictamen al Marqués de Lede. Escrivió luego varias Cartas por todo el Reyno, y en pocos
dias

dias todo el Paìs abierto rindiò la obediencia al Rey, y las Ciudades, menos las que ſon Plazas cerradas, Callèr, Alguèr, y Caſtillo Aragonès. La Nobleza, que eſtaba fuera de ellas perſonalmente, ò por Cartas, preſtó al Marquès de Lede la obediencia. En Sacer, Capitàl de la parte Occidentàl del Reyno, intentaron prender al Governador, Marqués Benités, los Parciales del Rey Phelipe, Don Domingo Vico, Marquès de Solemnis; Don Pedro Anat, Varòn de Sorſo; D. Juan Gvio, Varón de Osí; Don Antonio Miguèl Olibes, Marquès de Montenegro, y otros, que fiandoſe para el hecho de uno, que no les guardò fee, fueron deſcubiertos; algunos huyeron, otros fueron preſos, y embiados à la Torre del Eſpolón de Alguèr. Con algunos no ſe atrevió Benités, y quedó en confuſion la Ciudad. El Marqués de Montenegro ſe puſo en Campaña con mucha gente del Paìs, y ſe declarò por el Rey Phelipe, ſirviendo con aplicacion, y vigilancia. Para adelantar eſta ſedicion, ſe embiaron las Galeras à Puerto Torre; el dia 16. llegaron con el Marquès de Montealegre otros 300. Cavallos, y un Regimiento de Infanteria. Con eſto ſe adelantò el Bloquèo de Callér haſta un Lugar, que llaman el Más, y la Eſcafa, para que no vinieſſen Viveres por Uta, y Aſemine à la Ciudad en Barquillos por el Eſtanque: iba continuamente D. Joſeph Patiño embiando Viveres de Barcelona con el mayor cuidado, y abundaba de ellos el Campo; porque con haverſe ſalido de la Plaza el Virrey Marqués de Rubì, retirandoſe à la de Alguér, ſe conſternó aquella Comarca. El dia 18 ſe tuvo eſta noticia en el Campo, y ſe mandó al Coronèl de Dragones Conde de Pezuela, ſeguirle: alcanzòle en un Lugar, que llaman Siamanà; pero protegido de algunos del Paìs, ſe eſcapò, y quedó priſionero D. Pedro Banchifort, Conde de San Antonio, General de las Galeras de Cerdeña, y muchos Soldados de Cavallerìa: quedò el mándo de la Plaza à Don Jayme Carreras: batíaſe eſta con quarenta Cañones, y veinte Morteros, y teniendo yá la brecha abierta la Marina, ſin eſperar aſſàlto, la deſampararon los Alemanes. Tambien tenian las brechas abiertas el Baſtiòn de la Seca, y el Eſpañola, aunque no capaces de ſer montadas; ni con ganarlas ſe eſtaba dentro de el recinto de la Plaza, adonde ſe havian retirado los Preſidiarios, guarneciendo los Ba-

luartes, que llaman de Santa Catharina, de Palacio, y de el Viento.

Hicieron una cortadura despues de la primera cortina del Castillo, desde la Torre, que llaman del Elefante, à la de Leon, en la Plaza del Bach: aùn tenian mucho que hacer los Sitiadores; pero la tarde del dia 30. estando de Trinchera el Marqués de San Vicente, hizo la Plaza llamada. El dia 1. de Octubre se capituló de salir desarmada la Guarnicion: que se le havia de dár Barcos, para llevarla hasta Genova: el dia 2. se ocupó la Puerta de San Pancracio: al otro dia entraron las Armas del Rey Phelipe, y se quedò en Callér el Marques de San Vicente, porque Armendariz estaba malo, y de Presidio los Regimientos de Bustamante, y Basilicata, con cien Dragones.

El dia 6. se destacó al Conde de Montemár, con mil Granaderos, para tomar los puestos contra Alguér: despues de tres dias partió el resto del Exercito con el Marqués de Lede: quedó mandando la Provincia de Callér Armendariz. Esta marcha de un cabo à otro del Reyno, era peligrosa por las mutaciones: se havia de passar por los Lugares mal sanos, distando Alguér de Callér mas de quarenta leguas. Conducir estas Tropas, y que tuviessen en la marcha Viveres, se encargó al Marqués de S. Phelipe, como práctico del País; y para huír de las Lagunas de Oristán, que son las mas dañosas, se tomó el camino por Fuerte, y Aguilarra; y de alli por Itire á Alguér, donde se llegò el 20. de Octubre.

Havian el dia 11. hecho desembarco quatrocientos y quarenta y seis Alemanes del Regimiento de Vvalis en Terranova, que embiaron de Napoles, comboyandolos las Galeras de aquel Reyno, de quien era General el Conde de Foncalada; el qual, haviendolos dexado en tierra, luego se hizo à la vela, porque sabia estaban en aquellos Mares muchas Naves, y Fragatas Españolas. Era el Lugar en que desembarcaron muy afecto al Rey Phelipe, por lo qual, en la malograda expedicion del año de 1710. havia padecido mucho, y se havian ahorcado muchos. Esta Playa, aunque no es de la jurisdicion de Gallura, la governaba entonces, de orden del Marqués de San Phelipe, Don Juan Bautista Sardo de Tempio: havia este tomado las Armas por el Rey, y puesto à su devo-

cion

cion la Gallura, è invigilaba en las Marinas mas cercanas à Tempio, donde ſe hallaron ſeſenta hombres, quando deſembarcaron los Alemanes. Fingieron los Sardos, ſerles amigos; y para engañarlos mejor, con direccion de un Sacerdote, que alli ſe hallaba; aclamaron en alta voz al Emperador: con eſto ſe fiaron de ellos, y moſtraron las Inſtrucciones, que tenian de ſocorrer la Plaza de Alguér, ò mantener la Gallura en Armas contra los Eſpañoles, baxo la mano de Don Franciſco Pez, Marqués de Villamarin, ò de Don Juan Valentin, Conde de San Martin, Autores de la primeta rebelion, como referimos aquel año. Eſtos, y los demás Cabos, que entonces referimos, de la ſedicion de Gallura, ſe havian retirado, luego que ſe rindió Callér, à Bonifacio, y no tenia gente en Campaña: toda la Provincia de la Gallura eſtaba por el Rey Phelipe; y aſsi, aquellos ſeſenta Sardos, engañando á los Alemanes, los guiaron por los eſtrechos de los Montes; y pueſtos en una canal muy angoſta, que no tenia por los lados ſalida, convirtieron las Armas contra ellos: no eſtaban los Alemanes deſarmados; pero ſorprendidos de aquella novedad, y encerrados en las entrañas de un Monte no conocido, capitularon con el Clerigo ſu rendicion, haſta que aviſado, llegò Don Juan Bautiſta Sardo, y formò ſus Capitulaciones, ofreciendoles libertad para bolverſe á Napoles; eſtas no las obſervó el Marquès de Lede, porque fueron dadas de quien no tenia autoridad para ello; y aſsi, ſe conduxeron priſioneros de Guerra á Sacer. Con eſta novedad deſmayò mucho el Preſidio de Alguér; aunque de los ſeiſcientos hombres que embiaron de Milán, en las noches del dia 10. y el 12. con unos Falucones prevenidos, y en una Galeota, les havia entrado el ſocorro de ciento y ochenta hombres del Regimiento de Amiltòn. No pudieron entrar todos los que de Italia vinieron, porque los Navíos Eſpañoles, que bordeaban en las aguas de Puerto Conde, lo embarazaban. Quedaron las Saerías, y Naves, que los conduxeron en los Puertos de Corcega, mas vecinos á Cerdeña; y con Falucas tambien introduxeron en Caſtillo Aragonés 140. hombres del miſmo Regimiento. Eſto fué antes que al Puerto de Alguér llegaſſen las Galeras de Eſpaña: deſpues no pudo entrar mas ſocorro, y ſe bolviò la gente á Genova; ni con la que havia recibido tenia baſtante

Presidio Alguér, de donde la noche del dia 21. de Octubre tambien se salió el Marqués de Rubì, y se passó á Castillo Aragonès en una Galeota: de alli se fué à Corcega, desamparando el Reyno, porque no le podia defender. La Plaza quedó á cargo de su Governador Don Alonzo Bernardo de Cespedes. Esta es una obra coronada, regular, pero chica: tiene fosso; mas no entrada encubierta: no se le pudo atacar mas que por una parte, porque à mas de la mitad de la Ciudad ciñe el Mar.

El dia 25. de Octubre le intimó la rendicion el Marqués de Lede: la respuesta fué, pedir tres dias de tiempo: se le dieron seis horas: en este tiempo embió el Governador al Sargento Mayor de la Plaza, para capitular. En el mismo dia se hizo un destacamento de ochocientos Granaderos, à cargo del Marqués de San Vicente, para bloquear à Castillo Aragonés: concedióse à la Guarnicion de Alguér salir con Armas; pero dexarlas antes de embarcarse, porque tambien se capituló conducirlos à Genova. El dia 29. se entregó la Plaza.

Con esta noticia capituló en 30. de Octubre Castillo Aragonés, y se le concedió lo mesmo. Este es un Castillo grandissimo, ceñido de Baluartes, puesto en una eminencia, que no se le puede abrir brecha: toda la subida es de peña viva, y no se puede tomar sino por hambre, ò por falta de agua, porque tiene muy pocas cisternas, y la fuente de que bebe el Pueblo está fuera del recinto, y se pueden apoderar de ella los Sitiadores. Con esta rendicion de Castillo Aragonés, recobró en dos meses, y pocos dias el Reyno el Rey Catholico: dió Indulto general, y licencia, para que saliesse qualquiera, aun del País. Executaronlo quantos en el año de ocho havian sido declarados Parciales de la Casa de Austria, y algunos otros, por veleydad, ò porque havian sidó beneficiados del Emperador. Se estrañó del Reyno al Arzobispo de Sacer Don Bernardo Fuller, porque no havia querido cantar en su Cathedral el acostumbrado Hymno en accion de gracias; echóle las temporalidades, embarcó las Rentas, y el Arzobispo se passó à Bonifacio: este era un Canonigo Valenciano, muy parcial de los Austriacos, y le havia el Emperador propuesto à esta Mytra. Tambien se salió voluntariamente Don Antonio Sellent, Obispo Auxiliar de Callér.

El

El Marqués de Lede dexò en el Reyno tres mil hombres de Presidio, y por Governador General à Don Joseph Armendariz. Perdió el Rey en esta Expedicion seiscientos hombres, mas de las mutuaciones del ayre, que del fuego de la Guerra, porque solo la huvo en Caller por espacio de quince dias: con lo restante de las Tropas bolviò el Marqués de San Phelipe à su Ministerio de Genova: los Navíos, y Galeras de España se restituyeron à sus Puertos: los de Transporte no se despidieron, porque tenia el Cardenal Alberoni meditada otra empressa, aunque corrian las voces como ciertas, de que hacia el Emperador la Paz con el Turco, porque armados los Españoles, rezelaba perder la Italia, donde exercia su despòtico imperio.

Havia embiado à ella Plenipotenciario al Conde Orcolám, que tenia una Liga con sus Ptincipes; pero no tuvo efecto, y solo logrò sacarles contribuciones, no solo con el pretexto de la Guerra de Ungría, pero para defender la Italia, que suponia amenazada por el Adriatico del Turco, y por los Españoles del Mediterraneo. Estos le daban mas cuidado, porque yá sabia, que le pedian los Turcos la Paz: le ofrecian el Condado de Temesvár, como quedasse por ellos la Moréa, y se demoliesse Belgrado, dexando en libertad à los Principes de Transilvania, Valachia, y Moldavia, que tomassen el patrocinio de la Puerta Othomana, ò del Emperador. Al Ministro Español le parecian razonables estas proposiciones; pero las juzgaba el Principe Eugenio indecentes, y no dignas de proponer al Vencedor.

Toda esta disputa de los Ministros de Viena nacia de la aprehension de perder la Italia; y aunque el Ministro Veneciano asseguraba en Viena, que su Republica contribuiría con las Naves, y Tropas ofrecidas en la nueva Liga, para defenderla, no les bastaba esto, como rezelaban tanto de sus Principes, y mas del Gran Duque de Toscana, y el de Parma. Dispusieron poner Tropas Alemanas en la Lunegiana, y Ducado de Massa: con esto se ponian entre Toscana, Parma, y Genova, y les parecia formar otra cadena, y aun ofrecieron al Duque de Massa (que se hallaba en Viena) el Feudo de Mitrebalt en Alemania, si daba sus Estados de Italia al Emperador. Estaba el Duque mal con sus Vassallos, por una sublevacion, poco antes

su-

ſucedida, y daba oídos à dexarlos; pero vendiendolos. Eſto no tuvo efecto, porque los Alemanes raras veces hacen contrato de dár dinero, ſino de tomarle. Deſahogaban ſu ira con el Papa: ſacaron al Nuncio de Napoles, y el Tribunal, que llaman de las Obras Pías, para la Fábrica de San Pedro: embiaron Tropas à Benevento, con pretexto, que no ſe eſcapaſſen los que de Napoles ſe deſtinaban à las priſiones, por difidencia del Govierno. Cierto es, que el Cardenal Alberoni havia embiado Emiſſarios à aquel Reyno, y que algunos Napolitanos ſe correſpondian con los Miniſtros del Rey Catholico, porque la intencion de Alberoni era, ſi ſe deſembarazaba apriſa de Cerdeña, paſſar eſtas Tropas à Napoles, con otras, que meditaba embiar; pero el Cardenal no las ſacó de Eſpaña para Cerdeña haſta tener el Capelo, en que perdiò mucho tiempo, y tambien tardò en viage mas de lo que ſe penſaba la Eſquadra del Marqués Eſtevan Mari, de lo que ſe le queria hacer cargo: pero ſe halló haver ſido ſin ſu culpa, y alegò, que no era Dueño de los Mares, ni los Vientos.

En eſte año perdiò el Emperador ſu hijo primogenito, que llamaban en Viena Principe de Aſturias; y pariò la Emperatríz à la Archiduqueſa Maria Thereſa en 13. de Mayo. La Reyna de Eſpaña pariò à 21. de Marzo otro Infante, à quien ſe le diò por nombre Franciſco; pero viviò ſolo treinta y ſeis dias.

AÑO DE M.DCCXVIII.

CON un leve golpe (ſiguiendo el dictamen de Alberoni) deſpertò el Rey Catholico al Enemigo, porque la recuperacion de Cerdeña no traía las conſequencias, que eran preciſas al haver nuevamente deſembaynado la eſpada, aun abultadas en la ponderacion del Cardenal, para confirmar al Rey en la opinion de la Guerra. Nada perdiò el Emperador con Cerdeña: nada ganó el vencedor. Lo deſarmado de aquel Reyno, el deſengaño de los Nobles, y el deſcontento de los Pueblos, facilitò ſu rendicion. Las Tropas no tuvieron en

que

Puebl-

que moſtrar ſu brio; pero la felicidad del éxito eſtimulò al Cardenal à ſeguir (como decia) el favorable viento de la fortuna. No admitia conſejo alguno: inutil la prudencia de los Eſpañoles, y la experiencia de los Miniſtros, ſe deſpreciaba con eſcandalo: con vanidad de ſaber mas que todos, eſcuchaba à pocos Alberoni, ò no eſcuchaba: ſuperior aún à ſu eſperanza ſu dicha, admitiò aquella pernicioſa vanidad de dilatar ſu nombre, aun con mas eficacia, porque le concebia obſcuro. Eſtos, creia, eran los mas firmes materiales para la mundana gloria, y para adelantar la de la Nacion Eſpañola. El Rey perſeveraba enfermo: eſte cuidado ocupaba todo à la Reyna, y ſe prometió la Monarquía victima del hombre mas violento, (como los émulos de Alberoni decian) cuyas deſproporcionadas idéas tomaban un empeño, que no podian ſoſtener, para el qual prevenia un grande Armamento; diſponianſe Naves en Guerra, comprabanſe otras ſin intermiſſion; mandaba reclutar en toda Eſpaña, en Genova, y en Liorna: fundiaſe gran numero de Piezas en Pamplona, de que havia mucha falta en Eſpaña; y deſde la miſma Ciudad ſe conducian de continuo millares de Bombas, y Balas à Cathaluña: trabajabanſe gran cantidad de veſtuarios para Tropas: labrabanſe Armas, Municiones, y ſe tenian al ſueldo numero conſiderable de Navíos eſtrangeros para tranſporte, con quexa de las Naciones, que les impedia el Comercio. El unico Miniſtro de quien Alberoni ſe valía, era Don Joſeph Patiño: no le podia hallar mas apropoſito, ni mas expedito, porque para mantener ſu autoridad, lo facilitaba todo, y lo conſeguia, aunque decian ſus émulos, que no deſpreciaba medio alguno para el fin, y que en él la palabra no tenia aquella firmeza, que ha meneſter la de un Miniſtro, porque es ſobſtituído en vez del Rey, cuyas palabras deben ſer inviolables. Nunca ſe vieron en Eſpaña preparativos tan grandes: ni Ferdinando el Catholico, que tantas Expediciones ultramarinas hizo; ni Carlos V. ni Phelipe II. que hicieron muchas, han formado una mas adornada de circunſtancias, y de preparativos. La nota de ellos iba en varias copias por la Europa, aſſombrada de que pudieſſe un Reyno, canſado de tan prolixa, y tan varia Guerra, ſer capáz de gaſtos tan immenſos. Verdaderamente, Alberoni dió à vér las fuer-

zas

zas de la Monarquía Española, quando sea bien administrado el Erario; siendo indubitable, que gastos tan excessivos en tan breve tiempo, ningun Rey Catholico ha podido hacerlos: y esto, no haviendo echado nuevas contribuciones al Reyno. Esta obstentacion de su poder la debia el Rey à la direccion del Cardenal, que le huviera sido util, si mas prudente; porque creyó poder resistir à todo el Mundo; ò padeció el engaño de creer, que no se le opondrian los Principes, que no estaban directamente interessados en esta Guerra, para sobstener la qual, no perdonó diligencia. Como se persuadia la proseguiria el Emperador con el Turco, embió al Principe Ragotzi, que residia en Andrinopoli, al Coronél Don Santiago Boisiniene, para ofrecer à aquel Principe bastantes socorros de dinero, (si como él havia ofrecido) le daba el Gran Sultán un Cuerpo de 30ꝧ. hombres, para entrar por la Transilvania. Creía con esto, no solo hacer una gran diversion al Emperador; pero alentar al Sultán, para que no hiciesse la Paz, cuyo Tratado adelantaban los Ministros de Inglaterra, y Olanda, que estaban en Constantinopla; pero yá como consternados los Turcos, la deseaban: ni podia Ragotzi cumplir lo ofrecido, ni el Coronél Boisiniene hacia en Andrinopoli mas que escandalizar el Mundo; porque decian los émulos de Alberoni, y el Emperador, que havia embiado la España un Ministro à la Puerta Othomana para una secreta coligacion, ofreciendo sobstener la Guerra contra el Emperador en Italia, como el Turco lo hiciesse en Ungría, y pagar las Tropas, que se diessen à Ragotzi, para que renovando la rebelión, atacasse los Estados Austriacos: que este Tratado havia tenido su principio en París con el Principe de Chelamár, Embaxador del Rey Catholico, quando Ragotzi estuvo en aquella Corte, con quien havia tenido varias conferencias en el Convento de los Camandulenses, y que aùn se proseguia este Tratado con un Agente de Ragotzi, y un Thesorero suyo, haviendose embiado por Marsella Armas, y dinero. Todo esto ponderó por escrito el Pontifice al Conde de Gallasch, Embaxador Austriaco en Roma, y esparció copias, no solo por el Sacro Colegio; pero aún por la Europa. El Principe de Chelamár se escusó de esta impostura con una Carta muy bien escrita al Cardenal Aquaviva; negó el hecho, y asseguró
no

no haver hablado à Ragotzi, mas que muy de passo en las Antecamaras del Rey Christianissimo, y en la casa donde se celebraba una Academia, no conocer los sugetos que le citaban, ni haver tenido de su Soberano tal encargo.

Al fin, se esforzó à dissuadir al Mundo, y quedó dudosa la materia; cierto es, que el Coronél Boisiniene no tenia mas comission, ni credenciales, que para el Principe Ragotzi, que es Catholico Romano, y podia el Rey de España, estando en Guerra con la Casa de Austria, ayudar à aquel à recobrar sus Estados, sin entrar en si era justo, ò no, la confiscacion, ni la piedad del Rey Phelipe: quien, aunque lo quisiesse Alberoni, nunca huviera firmado Despacho de tener comunicacion, ò procurar alianza con el Turco; porque es ley fundamental de los Reyes Catholicos, nunca hacer la Paz con los Mahometanos: y esta Guerra permanece desde el Rey Don Pelayo, por mas de siete siglos, sin hacer jamás paces, ni treguas con ellos, como cada dia las hacen el Emperador, y otros Principes Catholicos.

No faltaban Theologos, ni Ministros, que defendian, era lo proprio coligarse con los Turcos, que con los Hereges: que con estos era yá usual la Liga de España, y otros Principes Catholicos, y que no debia hacer mayor horror el Othomano, pues todos eran igualmente enemigos de la Iglesia: que havia llamado à aquel alguna vez, contra la violencia de los Emperadores. El Rey Phelipe nunca quiso dár oídos à esta Theología, cuya doctrina no nos toca examinar; cierto es, que es mas escandalosa la amistad con el Mahometano, que con el Herege, porque este es Christiano; y como no disiente en todo, es mas facil su reconciliacion con la Romana Iglesia. Tambien es cierto, que el Coronél Santiago Boisiniene, de orden del Rey Catholico, se vió, antes de passar à Ragotzi, con Clemente XI. que siempre juzgó, quedaria desautorizada la potestad Pontificia, y violados muchos Privilegios Eclesiasticos, si dominaba enteramente en Italia el Imperio impetuoso, y despotico de los Alemanes. En Roma se daba credito à quanto se oía contra el Cardenal Alberoni, porque desde la empressa de Cerdeña le cargaba el Pontifice de epitectos injuriosos à su honor. Con todo esso, por no acabar de romper la amistad con el Rey Catholico, le dió las Bulas

del Obiſpado de Malaga, à que el Rey le havia propueſto, y un Breve, que ſe pudieſſe hacer conſagrar de qualquier Obiſpo, ſin aſſiſtencia de otros; pero haviendo luego, por muerte del Cardenal D. Manuel Arias, vacado el Arzobiſpado de Sevilla, fué Alberoni propueſto por el Rey. El Pontifice negó eſtas Bulas, aun deſpues de admitida la dexacion de Malaga: celebró dos Conſiſtorios deſpues de eſto, ſin procurar canonizar à Alberoni: y viendo los Miniſtros del Rey de Eſpaña, que perjudicaba à ſu derecho, porque debia admitir el Papa à qualquiera propueſto por el Rey, como no tuvieſſe las nulidades, ò defectos que preſcriven los Canones, hizo Don Juan de Herrera (Auditor de Rota, Eſpañol) una proteſta al Papa, en 11. de Febrero, por ſobſtitucion del Cardenal Aquaviva, alegando eſtár vulnerados, con eſta repugnancia de dár las Bulas, los derechos del Rey Catholico, y ſus prerrogativas, concedidas, y confirmadas por tantos Sumos Pontifices: que era claro atentado, no expedir Bulas à propoſiciones del Rey en los primeros Conſiſtorios; y que aſſi le quedaba accion, no ſolo à hacerſe mantener ſus derechos, pero à uſar de aquellos medios, que permiten los Canones para reſiſtir à la violencia. El Papa ſe eſcuſaba, con que tambien aquellos, y muchas Bulas Pontificias prohibian, en tan pocos dias paſſar de un Obiſpado à otro, y que no havia neceſſidad de diſpenſarlo. No debemos entrar en las razones del Pontifice; pero creyó el Mundo, que en eſto havia parte de contemplacion al Emperador, porque era Alberoni el blanco de ſus iras, y ſe deſeaba ſu abatimiento.

El Rey Phelipe ſe dió de eſto por ofendido: mandó ſalieſſen todos ſus Subditos de Roma: que no ſe tuvieſſe mas Comercio con aquella Corte, y que no ſe tomaſſen Bulas de Dataria; y ſacó al Nuncio Aldrobandi de ſus Reynos, no porque tuvieſſe de él quexa particular, ſino porque era conſequente al haverſe manifeſtado mal ſatisfecho del Pontifice, el qual no eſtaba bien con ſu Nuncio, porque ſe creia engañado de ſus perſuaſiones, y promeſſas por haver dado el Capelo à Alberoni, de que tanto ſe arrepentia, y aſſi no le permitiò entrar en Roma, y ſe retiró à ſu caſa en Bolonia.

Eſtas, que llamaba Alberoni venganzas del Pontifice, ò temores, los deſpreciaba con inmodeſtia, y ſe gloriaba ſu vani-

nidad de ser objeto de la ira de los Principes, y de hacer figura en el Theatro del Mundo: mantenia con tesón las idéas de la Guera; aunque havia assegurado falsamente à Inglaterra, y à Francia, que el Rey de España se contendria en la sola recuperacion de Cerdeña: no le daba credito la Inglaterra, rezelosa de tan gran Armamento; y assi embió à Madrid al Coronél Stanop, para que viendose con el Señor Bubb, Embaxador Britanico en aquella Corte, no solo indagassen, à que se enderezaban tantas prevenciones de guerra; pero aun tenian facultad de proponer un Ajuste entre aquella Corte, y la del Emperador, no solo porque veía el Rey Jorge armados otros Principes; sino porque en virtud de la Alianza del año passado le pedia el Cesar socorros. Las mismas diligencias hacia la Francia: no estaba fuera de sospechas el Regente; porque como veia, que el Parlamento, y los Magnates del Reyno llevaban mal lo despótico de su Regencia, y en la Bretaña havian sucedido algunos rumores, rezelaba fuessen fomentados de Alberoni; y assi, embió à Madrid al Marques de Nancre, para que, de acuerdo con Stanop, propusiessen la Paz con el Emperador: Esforzabanse estos Ministros, quanto era possible; mas yá Alberoni se havia endurecido en el empeño: daba con altaneria las respuestas, y conocian, no queria desistir de la Guerra. No se descuidaba el Ministro del Rey de Sicilia, Abad del Maro, con quien hablaba Alberoni mas obscuro. Aun afectando confianza, tenia hecha la intencion contra la Sicilia, y al mismo tiempo propuso una Liga à su Rey: de él no dexaba tambien de desconfiar el Emperador; y para ponerle mal con él, y que de necessidad adhiriesse al de España, queriendole hacer instrumento, que él mismo entregasse aquel Reyno, le propuso con el mayor artificio la Liga, con estas condiciones.

Que España atacaria al Reyno de Napoles, pondria una Esquadra de Navíos en el Mediterraneo, y daria 12ꝟ. Infantes, y 3ꝟ. Cavallos, para que uniendolos à sus Tropas, invadiesse el Rey de Sicilia al Ducado de Milán, cuyos derechos le cederia la España: Que mantendria la Guerra, hasta que todo el Estado se rindiesse; y que para los gastos de ella, daria el Rey Catholico un millón de reales de à ocho, como el Rey de Sicilia pusiesse luego aquel Reyno en depósito en ma-

manos del Rey Phelipe, cuya propiedad le quedaria, quando todo el Eſtado de Milán eſtuvieſſe conquiſtado. Eſtas propoſiciones las hizo Alberoni al Abad del Maro; las mandò repetir por el Marqués de Villa-Mayor, Miniſtro de Eſpaña en Turin, y las dexó con aſtucia tranſpirar, para que viendole tratar Liga con Eſpaña, ſe hicieſſe ſoſpechoſo al Emperador, à los Reyes de Inglaterra, y Francia, y aun à los Principes de Italia, porque nada deſeaban menos, que vér crecer al Duque de Saboya con el Eſtado de Milán; y mas los Genoveſes, que le tuvieran mas intimamente vecino, y no ſe podrian yá defender de él, perſeverando los rezelos de que deſeaba à Saona, y el Final. El Rey de Sicilia, cuya perſpicacia de entendimiento era la mas felíz, acompañada de una ſingular aſtucia, conoció los fondos de la intencion del Cardenal, y aunque le era mas util Milán, que Sicilia, vió que tiraban à engañarle, empeñandole en una Guerra, que no podia mantener, bien que le cumplieſſen la palabra; porque no eſtendiendoſe ſu poder à poner en Campaña mas que quince mil hombres, ni con los otros quince mil, que la Eſpaña ofrecia, podia reſiſtir el poder del Emperador, deſembarazado de la Guerra del Turco, porque ſe havia yá elegido à Paſarovitz para lugar del Congreſſo con el Othomano, y embió la Inglaterra al Señor de Sutón, para mediador de eſta Tregua, que ſe trataba de 24. años. Havian tambien embiado à Venecia al Procurador Runcini para ſu Plenipotenciario, y elegido el Emperador los ſuyos, que eran el Conde Slich, y el General Virmont; con que yá veía el Rey de Sicilia, que era infalible eſta Tregua, como al fin quedó concordada, y el Emperador deſembarazado para qualquiera Guerra. Eſto, y el vér, que tambien ſe trataba una Alianza entre el Ceſar, la Inglaterra, y la Francia, contra los deſignios de Eſpaña, hizo, que reſpondieſſe Alberoni en eſta forma: Que el Rey de Eſpaña luego daria un millon de peſos, y cada mes dos mil doblones para los gaſtos de la Guerra, y los quince mil efectivos: Que atacarian los Eſpañoles al Reyno de Napoles, donde la mitad del Preſidio de las Plazas, que conquiſtaſſè, havia de ſer de Piamonteſes: Que lo proprio ſe haria en las que conquiſtaria en el Eſtado de Milán, à donde, deſpues de rendido el Reyno de Napoles, debian paſſàr veinte mil hombres.

Yá

Yá el Cardenal conoció, que esto era desconfiar de él, y no querer la Alianza; y pareciendole mas facil passar à las demás ideas, conquistar la Sicilia, antes que el mismo Duque la cediesse al Emperador, ò le ayudasse à conquistarla. El Rey Phelipe se mantuvo en el systéma de atacarla; mas con tanto secreto, que nadie le pudo penetrar; bien, que el Abad del Maro, por congeturas, siempre escrivia à su Amo, cuidasse mucho de la Sicilia, porque este era el objeto de Alberoni. El Duque de Saboya yá veía que no la podia defender, porque solo tenia en ella siete mil hombres; pero mandó al Conde de Masey, que fortificasse de nuevo las Plazas; y juzgó conveniente correr el riesgo, antes que entregarla de su propia voluntad al Emperador, ni admitir sus Tropas, porque para este ultimo passo siempre havia tiempo, y pensó venderla á buen precio, para lo qual embió al Marqués de Santo Thomás á Viena; y por confiar mas al Emperador, pidió para muger del Principe de Piamonte su hijo, una de las Archiduquesas, hijas del Emperador Joseph: no determinó qual de las dos, porque sabia que la primera se trataba de casar, por medio del P. Juan Bautista Salerno, Jesuíta, con Federico Augusto, Principe Electoral de Saxonia, que instruído del mismo Salerno, havia yá abrazado la Religion Catholica, y abjurado la heregìa, que desde Lutero havia seguido esta Casa: y por este servicio hecho á la Iglesia, fué premiado despues este Jesuita con la Púrpura.

Nada ignoraba Alberoni, y para fortificar su systéma, sabiendo que se trataba en Londres una Liga contra sus designios, procuró alentar la Guerra de el Norte, para embarazar al Emperador: embió secretamente un Oficial a Mosavia, y que este mismo tratasse (aunque despues embió otro) con el Rey de Suecia, ofreciendole socorros de dinero, si hacia una Guerra, que fuesse de distraccion á las Armas de la Casa de Austria. Travó correspondencia con el Conde Vilio, Agente del Rey de Polonia en Venecia, que ofrecia la amistad de su Amo; y al fin, no dexó pieza sin tocar, para poner la Europa en Guerra, empeñando en ella al Cesar. Estas diligencias todas fueron inutiles, porque el Czár no tenia motivo para traer sus Armas á Alemania, y estaba en Guerra con la Suecia, cuyo Rey, aunque tenia que recuperar en el Imperio los Estados de

de Bremén, y Verdén, esto era dificil, yá posseídos del Rey de Inglaterra; y assi, havía convertido sus Armas contra el de Dinamarca, cuya Guerra no hacia eco à la que la España havia menester: con que estas negociaciones del Norte le fueron inutiles, porque no le faltaban al Emperador artes, y poder para apartar de sí el cuidado de esta Guerra, y trataba con blandura, y amistad á los que la podian mover. Concilióse el animo del Czár, mandando passar preso á Napoles á su hijo primogenito el Principe de Alexo, que de el rigor de su padre huía, aunque era su cuñado, que havia tenido por muger á una hermana de la Emperatríz. Esto le fué muy grato al Czár, porque le facilitó el haber á sus manos á su hijo, que poco despues murió en una prision, no sin graves sospechas de haver sido á violencias de un veneno.

De quien mas cultivaba la amistad el Emperador, era del Rey de Inglaterra, (como quien solo podia frustrar los designios de la España) que yá haviendo formado una competente Esquadra, solo otra de Inglaterra se le podia oponer, y con efecto mandó yá prevenir el Rey Britanico una de veinte y seis Navios, exponiendo al Parlamento la necessidad que de ella havia; porque permaneciendo obscura la intencion del Rey Catholico, rezelaba fuesse en auxilio del Pretendiente de aquella Corona, con acuerdo del Pontifice, que tenia en sus Estados refugiado á Jacobo, á quien reconocia por Rey de la Gran Bretaña, y que havia dispuesto su casamiento con la Princesa Clementina Sobieski. Havia yá el Rey Jacobo, con Poderes dados al Duque de Ormond, contrahido este Matrimonio, y baxaba con su Madre, y Hermana esta Princesa á encontrar con su Marido, que havia salido de Pesaró á este efecto. Sentia mucho este casamiento el Rey Jorge, porque era interés de su Casa se extinguiesse la de Stuard, y se quexó mucho con el Emperador, que huviesse consentido á este Tratado, y permitido saliesse de sus Estados la Princesa. No parecia proprio del Emperador embarazar estas Bodas, y mas siendo Clementina su parienta: ni era decente á un Principe Catholico impedir un Sacramento de la Iglesia, del qual podia resultar la propagacion, y conservacion de una Familia Real, tan antigua, y esclarecida como la de Stuard; pero todo lo venció la razon de Estado, y el temor,

mor, que se tenia á las Armas de España; y como todavia se hallaba esta Princesa en sus Estados, mandó seguirla, y alcanzada en Inspruch, ordenó arrestarla, y ponerla en un Convento, para que no se consumasse este Matrimonio: esto dió escandalo á los Catholicos, pero no admiracion, porque yá puestos los Interesses de la Casa de Austria en manos del Rey de Inglaterra, era preciso obedecerla. Todo esto era contra la España; mas lo era la Liga, que en Londres se trataba, entre el Cesar, la Inglaterra, y la Francia. Havia passado á aquella Corte el Varon de Penteridér por el Cesar; y por el Christianissimo el Abad de Dubois, primer Secretario de Estado, hombre íntimo del Regente, y que havia padecido en tiempo de Luis XIV. grandes persecuciones, y trabajos. Tratabase todo con Diego Stanop, Secretario de Estado, y el mas favorecido del Rey; y estos tres Ministros, que tenian en su mano la voluntad de sus Amos, gloriandose de Legisladores del Mundo, dieron la ley á la Europa: dividieron los Reynos á su modo, estudiando (como decian) el equilibrio de las Potencias. Quedaron de acuerdo en los Articulos Stanop, y el Abad Dubois, pero no los mostraron á Penteridér, porque antes querian bolver á intentar, que admitiesse el Rey Catholico proposiciones de Paz, y establecerla general. El Emperador se protestó, que no consentia á ella, si no le mostraban los Articulos, y assi se le embiaron con tanto secreto, que pudiesse el Inglés, y el Francés negar, que en Viena se havian visto, escritos en forma, que parecian favorables á la España. Ordenaron los propusiessen al Rey Phelipe los quatro Ministros, que por Inglaterra, y Francia estaban en Madrid, con los quales tuvo varias conferencias el Cardenal Alberoni. La suma de los Capitulos era esta: Que para sossegar las controversias repugnantes á la Paz de Vadén, y á la Neutralidad de Italia, restituiría el Rey Catholico la Cerdeña al Emperador: Que ratificaría la Renuncia al Reyno de Francia por los Borbones de España: y la de España por los de Francia: Que reconoceria el Emperador por Rey de las Españas, è Indias al Rey Phelipe, y sus descendientes, renunciando los derechos á esta Corona: Que el Rey Catholico haria el mismo reconocimiento, y renuncia á favor del Emperador en los Estados de Italia, que posseía, y el Final, que havia vendido

á

á los Genoveses, y aun cederla el derecho de reversion, que se havia reservado en la Sicilia, quando la entregó al Duque de Saboya: Que consentiria, y reconoceria el Emperador por Successor de los Estados de Toscana, y Parma al Primogenito de la Reyna de España, Isabél Farnés, extincta la linea varoníl de los Principes, que los posseían; pero que havian de quedar estos Feudos Imperiales, y Liorna, como aora, Puerto franco; y que llegando el caso de la succession de un Infante de España, se le entregaría la Plaza de Puerto Longón: Que serían incompatibles estos Estados con la Monarquìa de España, y que se les pondria desde luego un Presidio de seis mil Suizos, y mientras que estos venian, de Ingleses: Que consentiria á la disposicion, que se havia de hacer del Reyno de Sicilia, aun contra el Tratado, y la cession de Utrech, á favor del Duque de Saboya; y que el derecho de reversion se passaria al Reyno de Cerdeña, destinada, en vez de la Sicilia, á este Principe: Que se haria un Tratado particular entre el Emperador, y el Rey Catholico, concediendo Indulto general á todos los que huviessen adherido á uno, ú otro Partido, con restitucion de sus bienes, Titulos, y Dignidades.

Este Proyecto fué mal recibido de Alberoni, y ponderado como indecoroso al Rey, porque parece que le obligaban por fuerza á admitirle, con una superioridad, y arrogancia, como quien daba la ley, y sin estár antes consultado en la Corte de España. Esta circunstancia le hacia gran fuerza al Rey Phelipe; y aunque parece que á la Reyna se la facilitaba la succession de Toscana, y Parma, era con el acibar de quedar Feudos Imperiales, en que se conocia, que las Potencias mediadoras tiraban á engrandecer al Emperador.

No pareció entonces esta condicion digna de llevarse, ni se podia admitir sin consultarlo con el Gran Duque, y el Duque de Parma, que la repugnaron fuertemente. Este ultimo embió a Alberoni los Papeles, en que se demuestra claramente ser Parma, y Plasencia Feudo de la Iglesia, y estendidas las razones contra el Imperio, que pretendia lo contrario. El Gran Duque expressó con mas viveza su resentimiento, no solo porque la plena libertad, que goza la Toscana, es emanada de la que tenia su Republica, quanto por la dura condicion de

de ſufrir Preſidio foraſtero, y vér excluída de la ſucceſſion à ſu hija la Viuda Palatina, que ſe havia reſtituído à Florencia, y à quien tenia particular afecto.

Era verdaderamente ſu animo llamar un Infante de Eſpaña à la ſucceſſion, tomandole como heredero de Maria de Medicis, muger de Henrique IV. ò como hijo de la Reyna Iſabel Farnés, que tenia mas immediato el derecho. Havia manejado con arte, y felicidad eſte negocio en Florencia el Padre Fr. Aſcanio, de la Orden de Predicadores, que hacia los Negocios del Rey Catholico, hombre ſagáz, ſabio, y aplicado. No dexaba de encontrar ſus dificultades en la voluntad de algunos Miniſtros afectos al Imperio; pero el Gran Duque eſtaba ſiempre por la Caſa de Eſpaña, y le havia el Rey Catholico ofrecido, que el modo, y las circunſtancias ſe dexarian à ſu arbitrio. Eſtas condiciones, y las de creer, que el Rey Phelipe padecia ultrage en admitir los propueſtos Articulos, los hizo deſpreciar, y dió el Cardenal à los Miniſtros Eſtrangeros una reſpueſta ſeca, y poco obligante. Con eſto ſe confirmaron en ſu Alianza los tres referidos Potentados, y à toda priſa ſe acabó de armar la Eſquadra, que à cargo del Almirante Binghs havia de paſſar al Mediterraneo. Quexóſe en Londres de eſte Armamento el Marqués de Monteleon, Miniſtro del Rey Catholico, y le fué reſpondido, que aquella Eſquadra eſtaba deſtinada à mantener la neutralidad de Italia, empleandola contra quien quiſiere turbarla.

Eſta noticia no la ignoró Alberoni: dió Monteleon cuenta exactamente, y expreſſó, que no ſe liſonjeaſſe el Rey Catholico, con que eſtas eran ſolo amenazas, porque los intereſſes del Rey Jorge podian patrocinar los del Emperador. Eſta es la mas fuerte critica contra la conducta de Alberoni; porque ſi creía, que eran ſolo inſinuaciones las de la Inglaterra, y la Francia, padeció la deſgracia de mal inſtruido en los intereſſes de los Principes, y no conoció el formal eſtado del Mundo: ſi creía hablaban de veras, è imaginaba poder ſola la Eſpaña reſiſtir à tres poderoſos Principes, era inconſideracion; porque debia conocer las fuerzas maritimas, con que tomaba el empeño, inferiores à las de Inglaterra; ni las Tropas, que podia embiar el Rey Catholico à qualquier empreſſa podian recibir aumento, ocupado por los Ingleſes el Mar,

è inundada de Alemanes la Tierra; porque tenia el Emperador en Alemania 80ŋ. hombres ociosos, y era el Arbitro de la Italia; à cuyos Principes hacia contribuir grandes sumas de dinero, con sola una Carta del Governador de Milán. Estaba bien prevenido el Conde Daùn, y fortificadas las Plazas del Reyno de Napoles, donde prevenia un Campo volante con las Tropas, que por el Trieste havia recibido. Havia tambien passado el Marqués de Lita, Governador de Tortona, con 2ŋ. hombres à la Lunegiana, presidiando à la Ula, y Labenza; y concurria tambien el Duque de Modena à cerrar los passos, por donde podian penetrar los Españoles à la Lombardía, si hacian desembarco en el Puerto de la Especia: de lo que havia mandado prevenir à los Genoveses el Emperador.

Estos respondieron, que no tenian fuerzas para oponerse à Principe tan poderoso, como el Rey Catholico, y que ofrecian la mas sincera neutralidad. Tambien baxaban Tropas al Ducado de Milán, destacadas de la Ungría: se aumentaron los Presidios, y se abastecieron de Viveres las Plazas. El Cardenal se reía de todas estas precauciones, porque creyó sorprender la Sicilia, y llevado del ardór de su empeño, se lisonjeó, que como aquel Reyno no era parte de los Estados del Emperador, no le defenderian los Aliados. Este modo de discurrir era el mas arrojado, porque yá havia visto en las presentadas proposiciones de Paz, que se destinaba la Sicilia al Emperador; y assi era preciso defenderla, y con esta ocasion dominarla; pues aunque se havia altamente quexado en Londres, y en París de esta nueva disposicion, contra el Tratado de Utrech, el Rey de Sicilia, se le respondió: que esto importaba al Equilibrio de la Europa: quisose entonces unir con la España, por redimir esta vejacion; pero esto lo propuso con tanta obscuridad, y reservas, que no tuvo el Cardenal tiempo de ajustar el Tratado con un Principe tan dificil como Victor Amadéo; y mas, que yá tenia hecho el animo contra la Sicilia, y creia, que ocupada esta mudarian de viso las cosas, y modificarian el proyecto los Aliados, porque conocerian la dificultad de emprender una Guerra contra una Isla presidiada de 30ŋ. Españoles, y se figuraba, que la conquistaria en dos meses, como à Cerdeña, porque deseaban los Sicilianos sacudir el yugo del actual Dominante, y admitir el de

los

los Españoles, que le havian experimentado suave, por mas de tres siglos. No los governaba el nuevo Principe con tyranía; pero como en lo economico era tan exacto, no se distraían las Rentas Reales con la profusion, que en tiempo de los Reyes Catholicos; y havia en todo una Regla, que, aunque justa, era odiosa à los Vassallos; porque la relaxacion humana no queria Principe advertido, sino negligente; y à esto llaman benignidad.

Todos los Reyes Catholicos lo havian sido en Sicilia, porque la bastidad de el Imperio Español hacia menos aplicado el cuidado à cada Reyno en particular, y mas à los que el Mar separaba: el mismo cùmulo de Reynos hacia floxa, y remisa la dominacion Española: el descuido la hacia parecer liberal. Es en sí verdaderamente generosa, y poco interessada; pero es inaplicada tambien, y de sus descuidos se construían los logros de los Subditos distantes, no haviendose sabido servir de Italia, y Flandes, mas, que para destruirse, y despoblarse; lo que se cree sucede tambien con Indias. Por esto no era tan bien visto en Sicilia el Duque de Saboya, porque atendia mas, y governaba con formalidad mayor, haciendo observar sus Decretos con una severidad, que parecia tyrania, y era justicia.

Como quiera, los Sicilianos, es cierto, que estaban siempre combidando à los Españoles; pero no conoció los tiempos, ni la situacion de aquella Isla el Cardenal Alberoni, porque tenia muchas Plazas fuertes que tomar, y estaba á este tiempo el Emperador desembarazado, y Dueño de Napoles; por donde por la corta distancia del Faro, podia desde Rixoles socorrer con Barquillos, y Falucas las Plazas, pues todas las mas fuertes son maritimas; y una, que por un mes se resistiesse, daba tiempo á poner en forma la oposicion, é introducir la Guerra; la qual no podia el Rey Catholico mantener sin Armada, superior á quantas podian poner los Aliados.

Estas eran evidencias, que no quiso advertir el Cardenal, porque no admitia su ambicion de gloria consejo, ni comunicaba con viviente alguno sus idéas; creyendo, que el secreto era toda el alma del negocio, y no fiando de nadie, para iluminarle en lo que entendia. En estos errores suelen caer los génios sumamente reservados, y que se glorian de incompre-

hensibles; no porque no sea el secreto el fundamento de las grandes resoluciones; pero es menester elegir Ministros á quienes fiarlas, porque por lo mismo que son grandes, traen consigo tan dificiles circunstancias, que no las puede entender uno solo; y mas empressas Monarquicas, que de tan distintos oficios dependen. Despues de ideado, amó tanto su proprio empeño el Cardenal, que no supo desistir de él, y fiando (como decia) gran parte de la obra á la fortuna, mandó, que juntandose en Barcelona Tropas, y Naves, que en toda la España havia prevenido, entregando dos Pliegos sellados á los Comandantes, hizo partir esta Armada el dia 18. de Junio, mandada por el Gefe de Esquadra Don Antonio Gaztañeta, buen Piloto, pero poco experimentado en la Guerra; mas tocabale el mando por su antiguedad. A este iban subalternos los Gefes de Esquadra Don Fernando Chacón, Marqués Estevan Mari, y D. Balthasár de Guevara. Constaba la Armada de veinte y dos Navìos de linea, tres Navìos Mercantiles, armados en Guerra, quatro Galeras á cargo del Gefe de Esquadra Don Francisco Grimau, en que tambien iba otro Gefe de Esquadra, Don Pedro Montemayor, una Galeota Mallorquina, y 340. Bastimentos de transporte, con dos Balandras. Estos llevaban de Tropas 36. Batallones completos, quatro Regimientos de Dragones, y seis de Cavallería, que componian 30y. hombres, mandadas por Don Juan Francisco de Vete, Marquès de Lede; gente veterana, y escogida, y Tropas, quales Monarca alguno no tenia mejores, disciplinadas por diez y ocho años continuos de Guerra, que se havian hallado en todas las funciones, de las que hemos escrito.

Havia en estos ocho Batallones de Guardias Españolas, y Vvalonas, gente esforzada, que cada Soldado podia ser Oficial. Tambien se embarcaron cien Piezas de Cañon de batir, quarenta Morteros, una cantidad immensa de Polvora, y Municiones, con 1500. Mulos para el trén de la Artillerìa; 600. Artilleros, y hasta 1500. que en la Artillerìa servian; una Compañia de sesenta Minadores, y cinquenta Ingenieros, subordinados á D. Próspero Berboon, Ingeniero Mayor, hombre en este facultad de los mas insignes de su siglo, pertrechos de Guerra innumerables, y quantos instrumentos son precisos para ella.

Nunca se ha visto Armada mas bien abastecida; no falta-

ba

ba la menudencia mas despreciable; y yá escarmentados de lo que en Cerdeña havia sucedido, traìan 150g. Faginas, y 300g. Piquetes para Trincheras: se pusieron Viveres para todo este Armamento por quatro meses. Todo se debiò al cuidado de Don Joseph Patiño, que aunque no tenia mas Despacho, que de Intendente General de Tierra, y Marina, le havia conferido tan plena autoridad el Cardenal con Cartas misivas, que la tenia sobre toda la Expedicion, y las operaciones, que se havian de hacer en ella, y era arbitro del dinero, y caudales destinados para esta empressa, y tenian instrucciones Gastañeta, y Lede, de nada hacer sin su dictamen; y aun en caso de discordia, seguir el de Patiño; y en fin, de obedecer quantas ordenes, en nombre del Rey, diesse. Esto era haverle fiado el todo; y aunque era Don Joseph Patiño hombre capáz, zelante, inteligente, y desinteressado, era uno, y no lo podia executar todo, ni entenderlo; y como el Cardenal era de génio despótico, y creìa, que el solo podia governar la Monarquìa, transfirió su autoridad en uno, y creyó, que lo podia todo hacer, y comprehender: este era desorden, porque los demás no se hacian cargo de sus propios oficios, creyendo estaban al de Patiño. A los Gefes se entregaron Pliegos: se havian de abrir en determinados Lugares: el primero se abrió en Cerdeña, en la Bahìa de Callér: alli se tomaron otras Tropas, que se incluyen en el referido numero, y se embarcó el Theniente General Don Joseph Armendariz.

Partió todo el Armamento á 28. de Junio de Callér, y el dia 30. dió vista á Sicilia, llevando la Proa á San Vito, donde se havia destinado el desembarco. Un temporal la sotaventó sin desunirla. El 1. dia de Julio hizo punta á la parte de Monelo; pero no pareció á proposito aquella Playa, aunque está dos millas de Palermo, y continuó el viage hasta dár fondo en el Cabo de Salento, quatro leguas distante de la Capitál de aquella Isla: la misma tarde se desambarcó la mayor parte de la Infanterìa, y se acampó en las alturas de San Elìas, donde huvo escaséz de agua. Al otro dia se feneció el desembarco de todas las Tropas, y se abrió el otro Pliego, y se declaró Capitan General de aquel Exercito, y Virrey de Sicilia el Marqués de Lede: el dia 3. se marchó quatro millas,

y

y se acampó en la Torre del Agua de Corsarios : aqui vinieron muchos Cavalleros de Palermo, y los Diputados de la Ciudad à ofrecerla al Rey Catholico, pidiendo solo manutencion de sus Privilegios. El Conde Masey, que alli governaba, dexó luego esta Capitál, y dexando alguna Guarnicion en el Castillo, se retiró con 1500. hombres à Siracusa : gran parte de la Nobleza fué á encontrar al Marqués de Lede al Campo de Mala-Espina, desde donde marcharon quatro Compañias de Granaderos de Guardias Españolas, y ocuparon la Puerta Nueva de la Ciudad, y el Palacio : estos mismos despues se acercaron à Castelamár, presidiada de 460. Infantes Piamonteses; y por la parte de la Marina, le bloquearon tambien dos Compañias de Granaderos del Regimiento de Saboya, y Guadalaxara : otra Compañia de Guardias Españolas ocuparon el Fuerte del Muelle, y la Linterna. Se intimó la rendicion à Castelamár : respondió con honra su Governador Cavallero Marelli : se tomó un Navío nuevo de 64. Piezas, que havia en el Muelle de Palermo, á cuya Bahía passó la Armada Española. Los Piamonteses trabajaban una pequeña media Luna entre el Fuerte de la Flecha, y San Pedro : los Españoles pusieron por esso ducientos hombres en las casas immediatas, y adelantaron otros à un ribazo, para hacer fuego sobre los Trabajadores. En este dia 5. se declararon Thenientes Generales al Cavallero de Lede; à Don Juan Chacoli; à Don Antonio Pinatelo, Marqués de San Vicente; al Conde de Montemár, y à Don Feliciano Bracamonte; y al otro dia, Mariscales de Campo al Señor Dupui; al Conde de Sueveghen; al Marqués de Rebes, y al Conde de Roydoville; despues al Señor de Vaucop. La noche del dia 7. y 8. se trabajó en una pequeña paralela, para cubrir la Batería, dirigida al franco, y cara del Baluarte de San Pedro, que mira à la Ciudad; pues ocupada esta, no se necessitaba de quitar el fuego opuesto para montar la brecha : se destacó Don Lucas Espinola, con el Marqués de Villadarias, con los Regimientos de Dragones de Batavia, y Frisia, y 500. Infantes en derechura à Mecina, y en dos Cuerpos siguió despues toda la Cavallería, y Dragones; y à la testa de cada una iban un Theniente General, y un Mariscál de Campo. La Infantería se embió por Mar, destinando el lugar del desembarco entre la

Tor-

Torre del Faro, y Melazo: alguna quedó en Palermo contra el Castillo; y el dia 13. despues de seis horas de batería, se rindió à discrecion. Esto llevó muy mal el Rey de Sicilia, y se formó Processo al Governador; pero no era Fortificacion, que tenia resistencia. Quedó un Campo volante de 3g. hombres à cargo del Conde de Montemár, à quien tambien se le dió orden de bloquear à Trapana: baxaron luego Milicias del País à unirse con las Tropas Españolas, y aquellas se enfurecieron tanto contra los Piamonteses, que en Cantanieta mataron los Paysanos quarenta de ellos.

La Ciudad de Cathania se apoderó de su Castillo, aclamando al Rey Phelipe, è hizo prisionera la poca Guarnicion, que en él havia: las de Trapana, y Termini hacian algunas salidas; pero las contuvo el Conde de Montemár, manteniendo su Campo volante en el Valle de Mazara. Mecina era la mas dificil empressa: tenia de Presidio 2500. Piamonteses, y al dár vista à la Ciudad la Armada Española, se commovió el Pueblo de genero contra ellos, que abandonando los Baluartes, se retiraron à la Ciudadela, guarneciendo los Castillos de las cumbres del Monte, y del Salvador. Sin dilacion el País cubierto obedeció al Rey Catholico. Las Galeras de aquel Reyno, mandadas por Cabos Saboyardos, se refugiaron en Malta.

Para empezar las operaciones por la Parte de Palermo, se movieron (como se ha dicho) à cargo del Conde de Montemár contra Termini: llegaron el dia 26. y por Mar desembarcaron las Municiones en la Playa de San Cosme, y San Damian, guarneciendo à la Ermita con una Compañia de Granaderos del Regimiento de Valladolid:luego se empezaron los trabajos para la Trinchera, y componer una Batería de Morteros, y á 31. de Julio se perficionó la paralela. Desde el llano de Santa Ana se batía la Plaza baxa del Baluarte de los Balbases, y parte de la cara del de Villarroél: con esto hizo llamada la noche del dia 4. de Agosto el Castillo, y se rindió á discrecion, quedando prisioneros 300. hombres. Don Joseph Vallejo, y el Marqués de Villa-Alegre, partieron á bloquear á Siracusa, de donde salieron dos Navíos Ingleses, fletados del Conde Masey con quatrocientos hombres para Augusta, los quales, sacando quatro Compañias de Infantería, que de es-

esta Ciudad quedaban, dieron fuego á las Minas, que tenian hechas para volar el Castillo, que no hicieron mucho efecto. Desamparada la Ciudad, la ocuparon los Españoles, y repararon el Castillo. Havianse de las Galeras de aquel Reyno escapado todos los Sicilianos, que en ellas servian, y solo quedaba mal abastecida la Chusma de algunos Oficiales Piamonteses. Para guarnecerlas embió Mafey 200. hombres á Malta, para donde partió tambien con su Esquadra Don Balthasar de Guevara, para pedirlas al Gran Maestre de San Juan, ò sacarlas con violencia de aquel Puerto, si era possible. Esto ultimo no era fácil intentarlo, porque las protegia el Cañon de la Plaza: el Gran Maestre Perellos se escusó entregarlas, diciendo, no era Juez de las diferencias de los Principes, y que no podia negar refugio á quien le buscaba en su Puerto: que como era Neutrál, dexaba á las Galeras en su plena libertad; pero si perseveraban en él hasta la decission de la Guerra de Sicilia, las entregaria al Dueño de ella. Esta respuesta tomó muy mal el Rey Phelipe, y se prohibió á la Isla de Malta el Comercio con Sicilia, negandola los granos, que acostumbraba dexar extraer; mas despues que las abrigó de la Esquadra Inglesa, que llegó, como veremos, dexó el Gran Maestre salir las Galeras, que se fueron á Napoles, y de alli á Villafranca de Niza, no haviendolas querido entregar á otro, que á Don Miguel Regio.

Este destacamento de Navíos, que ordenaron el Marqués de Lede, y Don Joseph Patiño, empezó á enflaquecer las fuerzas de la Armada: las restantes Naves entraron en el Puerto de Mecina, donde hallaron dos Navios del Rey de Sicilia, que no tuvieron tiempo de escapar; pero no podian los Españoles valerse de ellos, porque los defendia la Ciudadela, y el Fuerte del Salvador. Bien recibidas de los Mecineses llegaron todas las Tropas Españolas, y luego se dió principio al Sitio de la Ciudadela; pero como embarazaban los ataques los Castillos de la Montaña Matagrifon, Gonzaga, y Castelazo, se atacaron antes ellos, y en pocos dias se rindieron á discrecion. En el primero havia 120. hombres. En este estado dieron aviso los Ministros de Italia á los Gefes Españoles, que yá navegaba las aguas del Mediterraneo la Armada Inglesa, mandada por el Almirante Jorge Binghs. Havia salido esta Esquadra

tra desde 14. de Junio de sus Puertos: constaba de 20. Navíos de Guerra, todos de linea: el mayor, que era el Navío Brafieur, tenia 90. piezas: dos havia de 80. y de 77. los demás eran de 60. y el menor, que era el Rochester, tenia 50. Cañones: el Guastland, y Grifin eran de fuego: Blasilik, y Blast de Bombas. No eran grandes estas fuerzas; pero les pareció à los Ingleses que bastaban, porque yá havian embiado de antemano un Oficial de Marina à Cadiz, y otro à Barcelona, con pretexto de Negociantes, paraque se informassen por menor del Armamento Maritimo del Rey Catholico; y assi estaban los Ingleses tan exactamente informados, que sabian el nombre, y el numero de las Piezas de cada Navío, y de su Tripulacion. Quando la Armada Inglesa llegó à las alturas de Alicante, despachó Binghs à Madrid un Oficial suyo, que le servia de Secretario, con Cartas para el Coronèl Stanop, en que le decia, hallarse con su Esquadra en el Mediterraneo, y que tenia Instrucciones de su Soberano para tomar las medidas mas proporcionadas al Ajuste entre el Rey Catholico, y el Emperador; y en caso de reservarlo, y persistir aquel en turbar la Neutralidad de Italia, y los Estados de este, que tenia orden de embarazarlo con las fuerzas de aquella Armada. Stanop lo participó al Cardenàl Alberoni, que induxo al Rey à permitir le diesse en su nombre una respuesta, la mas sobre sí, y orgullosa, porque le respondió á Stanop, que podia executar el Almirante Binghs las ordenes de su Amo como le pareciesse.

Esta sequedad no dexò de picar al Inglés, y tomó el rumbo de las Costas de Napoles, yá hecho el animo à exercer toda hostilidad. A este tiempo passó de Londres á París el Secretario Diego Stanop, para dár la ultima mano al Tratado de la Triple Alianza, que se firmó en Londres á 2. de Agosto. Tenia por Apendice, el que entre sí hicieron el Emperador, el Rey Jorge, y el Christianissimo, del modo como oponerse á la España; y quedó concordado, que pondria las Tropas el Emperador, la Armada Navál la Inglaterra, y la Francia concurriria con un equivalento considerable, en dinero. Embiòse al Conde Cadogán al Haya, para disponer, que los Estados Generales de las Provincias Unidas entrassen en esta Liga. Hizo este Ministro los mayores esfuerzos para persua-

dirlos, y los mismos hacia por lo contrario el Marqués de Berreti Landi, Embaxador del Rey Catholico. El Inglés proponia la antigua amistad de las dos Naciones; la union de sus interesses de Religion, y Estado; la gloria de entrar à la parte de dár á la Europa equilibrio, y la infraccion de la Neutralidad por parte de los Españoles; y sobre todo, el exemplar de la Francia, en que la Casa de Borbón, contra sì misma, posponia los derechos de la Sangre á la pùblica utilidad, y quietud. El Marquès Berreti Landi, por lo contrario, ponderaba la ambicion de la Casa de Austria, y quanto les importaba á los Olandeses no engrandecerla, porque aspiraba á la depression de sus vecinos, como se dexaba conocer, en que aún no havia dado cumplimiento al Ajuste de la Barrera: mostrò, que los Coligados, ni formaban, ni querian equilibrio, porque con darle al Emperador la Sicilia, le acrecentaban el poder, y le rendian esclava á la Italia; con lo qual serían sus Armas tan formidables, que no hallarian resistencia: Que la Neutralidad havia sido violada por el Emperador, como havia muchas veces explicado, abusando de la paciencia del Rey Catholico, hasta que llegaron los agravios á punto tan insufrible, que era desdóro de la Magestad tolerarlos: Que no era la Inglaterra la que obraba, sino un Rey Alemán, por los proprios interesses de la Casa de Hannovér, y para mantener lo usurpado al Rey de Suecia: Que tampoco era la Francia, ni el Rey, que solo tenia ocho años, el que movia las Armas contra Phelipe de Borbòn, Rey Catholico, sino el Duque de Orleans, despòtico en la Regencia, ò por odio á su Sobrino, ò porque buscaba en el Emperador, y el Rey Jorge Protectores á mas altas idéas: Que el Rey de España, nada invadiria, que no huviesse sido suyo; y yá que en este ultimo Tratado, queriendo tyranizar la Europa los que se llamaban Legisladores, rompian el de Utrech, adjudicando al Emperador la Sicilia: Que la España no estaba obligada á mantenerle, sino á defender aquel Reyno, porque se havia despojado de él, para darle á un Principe, que no le embarazaba, pero no para exaltar á su enemigo, Los Olandeses no querian bolver á tomar las Armas, y destruir su Comercio por la Casa de Austria, que tan mal los havia pagado: mantenian ardientes quexas con el Emperador, y conocian con evidencia, que la Ingla-

glaterra, y la Francia bolvian á una Guerra voluntaria, por privado interés de los Dominantes, no de sus Subditos; y resolvieron hablar con Ambos Ministros obscuramente.

La respuesta dada á Cadogán fué, que no podian entrar en confederacion alguna con el Emperador antes de rematar el negocio de la Barrera, y dár la ultima mano al Tratado de Ambers. Al Marqués Berreti dixeron, asseguraste al Rey Catholico de su constante amistad, y que lo suplicaban componer amigablemente las diferencias con el Emperador. Cadogán concibió esperanzas de esta respuesta, creyendola sencilla: dió noticia de ella á su Corte, y á la del Emperador, y passó á Ambers á hablar al Marqués de Prié, Governador de Flandes, que partió á este efecto de Bruselas. Tratóse de la composicion de la Barrera, que con palabras la facilitaron los Alemanes; pero obraban de mala fee, mal extendida de los Ingleses, que dieron por assentado el Ajuste, y en su consequencia, que la Olanda adheria á la Alianza. Diego Stanop, que estaba en París, padeció tambien este engaño, y creyendo, que tanto poder unido pondria miedo al Rey Catholico, pidió un Passaporte para ir á Madrid, queriendo partir sin él, porque yá sabia las ordenes, que su Amo havia dado al Almirante Binghs, y rezelaba, que le detuviessen en Madrid, si llegaba la noticia de alguna hostilidad.

El Cardenal Alberoni entendió la desconfianza; pero diò el Passaporte, por no negar tan visiblemente los oidos á un razonable Ajuste. Estaba entonces el Rey Catholico en el Escorial, donde fué Stanop recibido: tuvo algunas conferencias con Alberoni, al qual sorprendiò la noticia, de que havian entrado en Alianza los Olandeses, aunque el Marqués Berreti havia escrito lo contrario. Todo el tiempo que estuvo á averiguarlo, diò esperanza de Ajuste; pero despues conociendo el engaño, picado de las hostilidades de la Armada Inglesa, que despues referirémos, esperanzado de recobrar la Sicilia, por los progressos que iban haciendo las Tropas, y animado de que no le faltarian caudales, porque acababan de llegar de Indias los Galeones muy interessados, y traian doce millones de pesos, se obstinò en el dictamen de la Guerra, y determinò romper las conferencias con Stanop; pidiòle este la ultima resolucion, y fué la respuesta: Que solo podia el Rey

Catholico convenir en la Paz, quedando por la España Sicilia, y Cerdeña, y que el Emperador satisfaciesse al Duque de Saboya con un equivalente, como tambien los daños ocasionados á los Principes de Italia, de donde retiraria las Tropas, que excediessen á un cierto numero: y que no se hablaria de la succession de la Toscana, y Parma, ni de infeudar estos Estados al Imperio. Distribuyò estas condiciones en ocho Articulos, y en el ultimo pidiò, se retirasse la Armada Inglesa á sus Puertos. Stanop, que á los primeros dias de su arribo havia concebido esperanzas de Ajuste, y las havia dado á las Cortes de los Aliados, quedò abrasado de esta respuesta, y en nombre de los Principes de la Liga dexò un Papél al Cardenal, en que decia: Que si el Rey Catholico no admitia el Tratado en el termino de tres meses, subministrarian los Aliados del Emperador los socorros en él ofrecidos: y que si contra ellos, sus Vassallos, ò Negociantes, intentaban hostilidad, ò mandaba hacerla, que le harian luego la Guerra, y dispondrian en otro Principe la succession de Toscana, y Parma; y que suspenderia el Emperador las Armas en estos tres meses, si hacia lo proprio la España.

Estas proposiciones encendieron tambien el animo del Cardenal, y se aplicò mas á la Guerra. Para justificarla, se diò de todo quenta á los Olandeses, por medio del Ministro Español, en una Carta, con grande artificio escrita; y entre otras cosas decia: Que la Inglaterra, y la Francia havian sido la causa de la Guerra de Sicilia, porque havian dado el aviso secreto, de que se trataba de cederla el Duque de Saboya al Emperador. Esta proposicion yá no llegaba á tiempo, porque no era facil sembrar cizaña entre los Aliados, tan firmes en su empeño, que aún admitian en la Alianza al Duque de Saboya. Havia este Principe quedado consternado de la invasion contra Sicilia, que nunca creyò, y se echò todo en manos del Emperador, el qual ofreció defender la Sicilia, pero quedarse con ella. Pedia el Duque un equivalente en el Estado de Milán, y á esso tiraban las quexas, que daban sus Ministros, en Londres, y Parìs. Fué la respuesta: Que si dexaba sus Tropas Auxiliares con las del Emperador, se le daria la Cerdeña.

Esto era de sumo desagrado al Duque, porque siempre havia immensa diferencia de Reyno á Reyno: le achicaban el

po-

poder, con obligarle à mantener el que le daban: no queria hacer la cession de la Sicilia, esperando el exito de las cosas, y sin esto no le querian admitir en la Alianza. Los Coligados no querian tampoco sacar sus Tropas de las Plazas, entregandolas à los Españoles, porque no esperaban recompensa, y era ponerse de la parte mas flaca. Nunca ha padecido mayor vejacion su alto entendimiento, que por muchas bueltas que daba, recurriendo à sus naturales mañas, halló las puertas cerradas, y vió que era preciso cooperar con sus proprios Enemigos à su ruina, por no padecerla mayor. De ellos procedia el daño de perder la Sicilia, porque nunca la huviera invadido el Rey Catholico, si no viera que la destinaban los Aliados al Emperador; pues aunque los Españoles tuvieron idéa de recobrarla, era en cambio del Ducado de Milán; que querian conquistar para el Duque: por esso le combidaron à una Liga particular. (como diximos) Rebolcandose entre espinas Victor Amadéo, y sabiendo que el Emperador havia dado orden al Virrey de Napoles de defender à Sicilia, mandó à sus Governadores en Mecina, Siracusa, Melazo, y Trapana, admitiessen como Auxiliares à las Tropas Alemanas; pero que mantuviessen el Govierno de las Plazas. Detuvo prisionero en su propria casa al Marqués de Villamayor, Ministro de España, hasta que se diesse libertad al Conde de Lascaris, que lo era del Duque en Madrid.

Aplicando el mayor cuidado, dió fondo en Napoles la Armada Inglesa. En los agassajos, y obsequios, que hizo el Conde Daún al Almirante Binghs, explicaba la necessidad de su auxilio. Luego le pidió escoltasse gente á Rixoles: no se negó á ello, y passaron 3U. hombres; y como el dia 7. llegò la orden de su Amo de atacar à la Armada Española, hizo vela ázia el Faro de Mecina: despachó un Oficial al Marqués de Lede, pidiendole dos meses de tregua, y expressando venia para componer tan peligrosa disputa. El Marqués respondiò, no poder condescender á su suspension de Armas, porque no tenia orden, ni instruccion para ello. Yá sabia el Inglés, que no havia de conseguir, porque traía desde la respuesta que diò la Corte el desengaño; pero quiso dár esta otra aparente justificacion al Mundo, y embiar un Explorador, para saber donde, y como estaban ancoradas las Naves Españo-

ñolas, cuyos Destacamentos no ignoraba, porque desde Siracusa daba el General Beséł, que estaba en Rixoles, todas las noticias al Conde Mafey. La Mañana del dia 9. de Agosto descubrió la Torre del Faro à los Ingleses, con la Proa dirigida à su entrada, y al amanecer dió fondo à vista de dicha Torre del Faro, en el Cabo de las Mirtelas. Las Naves Españolas estaban dadas fondo en el estrecho; y rezelando de la intencion de los Ingleses, como eran yá pocas, porque faltaba (como se ha dicho) la Esquadra de Guevara, pareciòles conveniente (todo de orden de Patiño) salir de lo angosto ázia el Cabo de Spartivento, para unirse à las que faltaban, porque havian de bolver por alli, y en el interin descubrir mas la intencion del Inglés, porque creia el Marqués de Lede, que bolveria aquel mesmo Oficial, declarando absolutamente el animo de Binghs, que no entendió estár obligado à esso, y con el beneficio de la noche, procuró penetrar el Faro en el alcance de los Españoles. El dia 10. por la mañana passó el Estrecho, saludandole las Naves de Transporte, que alli estaban dadas fondo: algunas cargadas de Viveres para la Armada se llevó consigo el Comandante Inglés. Aún le creian amigo, porque haviendose el Marqués de Lede quexado con el referido Oficial, embiado del Almirante Binghs, que huviesse escoltado Tropas del Emperador, respondió, que esto no era acto de hostilidad, sino de proteccion à quien se amparaba de la Vandera del Rey Britanico. No se puede negar algun genero de engaño en el Inglés, y alguna cándida credulidad en los Españoles, porque asseguados, que venia aquella Esquadra à embarazar la Guerra, no se passearía inutilmente por estos Mares, y mas que los Ingleses abrazaban con gusto esta ocasion de destruír la Armada Española, porque no quieren vér por Mar muy armado al Rey Catholico, no solo por los perpetuos zelos del Comercio, pero aun por no perder la alta actual prerrogativa de ser Dueños de ambos Mares.

Dos Fragatas ligeras de los Españoles avisaron à su Gefe, que venia en su seguimiento el Inglés con solas las Gavias: (este fué otro dissimulo) y una Corbeta suya avisó à este, que yá no estaban lexos los Españoles, que no viendo hacer fuerza de velas del Inglés, se atrevessaron mantenidos à la capa,

co-

como quien ſabia de cierto, que no eran aquellos Enemigos, haſta que viendoles venir à Proa directa, tomaron el rumbo ázia el Cabo de Spartivento, ſin cargar de Velas, por no moſtrar deſconfianza, ni temor. En la ſimplicidad de eſta conducta conſiſtió todo el daño, porque D. Antonio de Gaſtañeta eſperó à la capa à los Enemigos, ſuperiores en fuerzas, y perdió tres dias, en los quales podia haverſe retirado à Malta, ò dado la buelta à Cerdeña, porque, ni el Inglés deſampararia à aquellos Mares, ni perdida la oportunidad, era facil irle ſiguiendo: dió por diſculpa, que aſsi ſe lo havia mandado Patiño, y que guardaba ſus ordenes: eſte decia, que le havia mandado ſalir del Eſtrecho para ſalvarſe, que no tenia forma de aviſarle, ni aun noticia que embiar, y que una vez fuera del Faro, tocaba à la prudencia de Gaſtañeta governarſe. No entramos en la queſtion, ſi debia la Armada Eſpañola retirarſe à ſus Puertos, luego executado el deſembarco, porque eſte fué error del Cardenal Alberoni no mandarlo, fiado quizá, en que la Armada del Rey Catholico podia reſiſtir à la Ingleſa, liſonjeado del numero, ſin advertir, que verdaderamente no havia en aquellas mas que ocho Navíos de Guerra, los demás eran viejos, y Mercantiles, armados con mas Piezas de Cañon, que la conſtruccion de la Nave ſufria. Ni aunque la calidad de las Naves, y el numero fueſſe igual à las de los Ingleſos, ſe debia aventurar una accion, porque eſtos no tienen otro oficio, y aventajan en el Mar en pericia, y deſtreza en gran parte à los Eſpañoles en eſte ſiglo. Retiraronſe à Spartivento los Eſpañoles, les faltó el viento antes que à los Ingleſes, que llevaban ſu derrota por el Nordeſte: por cuya circunſtancia, ò por la variedad de las corrientes, ò maniobras, amanecieron el dia 11. mezclados, è interpolados los Navíos de ambas Eſquadras. El Eſpañol mandó remolcar los ſuyos de linea, acercandolos à S. Phelipe el Real, que era el Comandante: las Galeras de Eſpaña, aunque en calma, pudieron hacer hoſtilidad, no la quiſieron empezar, y fueron tomando la Coſta. Refreſcó un poco el tiempo, y hallandoſe la Eſquadra del Marqués Mari, que formaba la Retaguardia, muy ſeparada del Cuerpo de Gaſtañeta, y muy à la tierra con los Navíos de ſu diviſion, ſolicitó ſalir de la Enſenada, y juntarſe al Comandante; pero no pudo. Los Ingleſes continuaban

ban ſu rumbo con diſſimulo, haciendo fuerza de Velas, para dexar atrás cortados los Navíos de Mari, y ganarlos el viento, que lo conſiguieron, porque eſtaban mas à la Mar. Logrando de eſta buena diſpoſicion ſeis Navíos Ingleſes, bolvieron la Proa contra Mari, que aún tenia ſus Navíos ſeparados; y como eſtaba aterrado, tomó el partido de echarſe à la Coſta de Abola, donde pararon ſus Navíos, combatiendo con ſiete Navíos Ingleſes de linea todo el tiempo, que permitió la ſituacion de haver pueſto la Proa á tierra; y no pudiendo reſiſtir mas á fuerza tan ſuperior, procuró ſalvar los equipages, poniendolos en la arena, y abarrancando las Naves, de las quales algunas ſe quemaron por sí miſmas, y otras pudieron ſacar los Ingleſes, deſpues de baradas. El Marqués de Mari ſaltó á tierra con muchos Oficiales: lo reſtante de la Eſquadra Ingleſa fué á atacar el Cuerpo principal de la Eſpañola, compueſta de los Navíos nombrados S. Phelipe el Real, el Principe de Aſturias, San Fernando, San Carlos, Santa Iſabél, S. Pedro, y las Fragatas Santa Roſa, la Perla, la Juno, y el Volante, que unidas, tenian la Proa á Cibo Paxaro: tumultuariamente quiſieron formar la linea; pero no pudieron. Cinco Navìos de los Ingleſes atacaron á los de los Eſpañoles, que quedaban mas atrás; y como eſtos iban uno á uno, los fueron tomando los Ingleſes, no ſin la reſiſtencia de que era capáz tan deſigual combate. Con el reſto de las Naves ſe adelantó Binghs á las dos de la tarde, y cargó contra la Comandante de Eſpaña con ſiete Navìos, y un Burlote de fuego. Dos Naves de linea combatian las primeras: ſufrió dos deſcargas S. Phelipe, ſin diſparar, haſta que los dos Ingleſes le dieron el coſtado; entonces correſpondió con todas ſus andanas, de forma, que antes que paſſaſſen de ellas, havian recibido los Ingleſes dos deſcargas, y á fuerza de velas ſe adelantaron á repararſe del daño: la Comandante Ingleſa continuó ſu curſo, arrimandoſe con ſu Almiranta, que mandaba el Contra-Almirante Delabál, y otros dos Navíos de linea, por la Popa de San Phelipe, que ſufrió las deſcargas, ſin poder emplear un tiro: bolvieron las dos Naos primeras, que le atacaron con los Bordos, rendidas á ceñir ſus coſtados, y le dieron ſus cargas, correſpondiendo á ellas, y ſe retiraron un poco por ambas aletas de S. Phelipe, acribillandole con deſcargas de

Me-

Metralla, Balas de fierro, y plomo, chicas, de ſuerte, que no le dexaron aparejo pendiente, ni de labor, ò benque, ni de brandál, que no cayeſſe la mayor parte ſobre la cubierta, ni vela entera: dos Navìos Ingleſes ſe le acercaron mas por la parte de eſtribor, para abordarle; pero no lo hicieron, porque todavia daba, aunque maltratado, San Phelipe ſus arribadas, y orzadas, con una de las quales hizo perder el curſo del abordo á un Burlote, que le arrimaron para incendiarle, que con ſu Bàupres le desbarató todo el guardapolvo de el Corredor alto, y parte del Eſpejo de la Popa. Haviendole muerto yá á Gaſtañeta ducientos hombres, con todo daba ſus deſcargas, y recibió otra vez el Burlote, protegido de la Nave de Binghs, cuya amura tapó con la aleta de la parte de eſtribor de San Phelipe, y le dió una deſcarga á tiempo, que hallandoſe Don Antonio de Gaſtañeta al pié de la Meſana, le alcanzó una bala, que le atraveſſò la pierna izquierda de parte á parte, y quedó clavada en el tovillo de la derecha: continuaba con todo á reſiſtirſe en el miſmo lugar; y dividiendo una bala de Cañon por medio de la barriga á un hombre, le dieron unos pedazos del cuerpo en el pecho, y cara á Gaſtañeta, de genero, que cayó por eſta violencia, y por la ſangre, que de las heridas vertia. Entonces le retiraron á curarle con el Capitán Don Pedro Dexpois, herido de un aſtillazo en las eſpaldas: cortó una bala la driza de la Vandera, al tiempo de arriarla, y ſe rindió la Comandante Eſpañola. Tres Navìos de linea havian atacado al Principe de Aſturias, que mandaba Don Fernando Chacón, que ſe reſiſtió valeroſamente, haſta que desbaratado el buque, y obras fuera del agua, muerta la mayor parte de la Guarnicion, rotos los Palos Mayores, Bergas, Gavia, y Meſana, todo el Velamen del aparejo, y desbaratada toda la Ovecanduria, y la Jarcia, herido de un aſtillazo en la cara, ſe rindió: lo miſmo hizo la Fragata Santa Roſa, que mandaba Don Antonio Gonzalez, deſpues de haver peleado tres horas contra cinco Navìos: igual tiempo combatiò Don Antonio Eſcudero, que mandaba el Volante contra tres Ingleſes; y aunque tenia ſu buque ſeis balazos á la lengua del agua, por donde recibia tanta, que empezaba á hundirſe, los Oficiales, y Marineros arriaron la Vandera, y ſe rindieron, ſin quererlo conſentir el Capitán.

Tantas horas peleó tambien Juno, quedando enteramente fracasada, y muerta la mayor parte del Equipage. Como iban atacandolos successivamente los Ingleses, una despues de otra, tres Naves atacaron á la Perla, que mandaba Don Gabriél de Aldrete: defendiase valerosamente; y con el favor, que le dió Don Balthasar de Guevara, que bolvia de Malta, por el barlovento de los demás Navìos de España, y el Sudo: este pudo escapar á Don Gabriél á dicha Isla: la Fragata la Sorpresa, que mandaba Don Miguél de Sada, aunque era de la division de la Esquadra de Mari, como estaba mas abanzada, la atacaron los Enemigos, y despues de casi deshecha, la rindieron: lo proprio sucedió al amanecer del dia 12. á la Nave Santa Isabél, que mandaba Don Andrés Rigio, atacada de quatro Navìos Ingleses. Los Navìos Españoles mas adelantados se pudieron retirar á Malta, y Cerdeña. A tiempo que estaba combatiendo con los Ingleses San Phelipe, llegó de Malta, como se ha dicho, Don Balthasár de Guevara con dos Navìos de linea, y poniendo la Proa á él, pudo atravessarse sobre los dos Navìos, que daban á San Phelipe los costados, y hacer fuego á uno, y á otro, hasta que viendo, que se arriò la Vandera de San Phelipe, dirigió la Proa sobre el Navìo del Almirante Binghs, que le seguia por Popa, y dandole el costado, le hizo fuego. Executó lo mismo la Nave San Juan, que seguia en las mismas aguas â la de Guevara, y se retiraron ambas, con el beneficio de la noche, ázia Poniente, por donde, con su abrigo, escaparon las Naos San Luis, y San Juan, despues de haver combatido la Almirante Inglesa. Las Galeras de España, que mandaba Grimau, como no podian defender las Naves, se retiraron â Palermo: de los Navìos de Mari sacaron los Ingleses el Real, y las Fragatas San Isidro, y el Aguila: se quemaron la Esperanza, un Burlote, y dos Balandras: los que se salvaron fueron los referidos San Luis, San Juan, San Fernando, el Cuerpo Espin, la Tolosa, el Leon, San Juan el Chico, la Flecha, y una Galeota â Bombas.

Para repararse los Ingleses de los daños padecidos, se entretuvieron quatro dias cinquenta millas â la Mar: despues entraron faustosos con los Navìos rendidos en Siracusa los dias 16. y 17. de Agosto. Esta es la derrota de la Armada Española, voluntariamente padecida en el Golfo de Araich,

Ca-

Canál de Malta, donde ſufrió un combate ſin linea, ni diſpoſicion Militar, atacando los Ingleſes à las Naves Eſpañolas à ſu arbitrio, porque eſtaban divididas. No fué batalla, ſino un deſarreglado combate, que redunda en mayor deſdóro de la conducta de los Eſpañoles, aunque moſtraron imponderable valor, mas que los Ingleſes, que nunca quiſieron abordar, por mas que lo procuraron los Eſpañoles. El Comandante Inglés dió libertad à los Oficiales priſioneros, y embió uno de los ſuyos al Marqués de Lede, eſcuſando aquella accion como coſa accidental, y no movida de ellos, ſino de los Eſpañoles, que tiraron el primer cañonazo; cierto es, que la Eſquadra de Mari diſparó los primeros, quando vió que ſe le echaron encima para abordarle.

El Marqués de Monteleon, Miniſtro de Eſpaña, en Londres, ſe quexó altamente de eſta operacion, y eſcrivió el Señor Gratz, Secretario de Eſtado, un papél ſumamente reſentido de hoſtilidad tan impenſada, no haviendo atacado los Eſtados del Emperador el Rey Catholico, à quien tantos actos de amiſtad debian los Ingleſes, y ſu Comercio; y como eſto era yá haver de hecho movido con ſimulacion à ſu Soberano la Guerra, no podia uſar mas de ſu empléo, haſta recibir ordenes de ſu Corte, poſteriores à eſta noticia. La reſpueſta, que tambien ſe le dió por eſcrito, fué deſpues de tres ſemanas, porque eſperaba una relacion exacta del hecho, aunque yá havian tenido noticia de él, y de la que llamaban Victoria, por un Expreſſo de Napoles. En eſte intermedio llegó la Carta del General Binghs, eſcrita con ſobervia, en el proprio deſprecio, que hacia de ſu gloria; el eſtylo era ſucinto, como refiriendo coſa de menor entidad; y dixo, que havia viſto fuera del Faro, tomando el Borde largo la Flota Eſpañola, compueſta de veinte y ſeis Navíos de Guerra, entre grandes, y pequeños, dos Burlotes, quatro Galeotas de Bombas, y ſiete Galeras: Que deſtacó à los Navíos Kent, Sobervio, Grafton, y Leofort, para alcanzar à los Eſpañoles: Que el dia 11. viendoſe eſtos acercar à los Ingleſes, algunos Navíos, con las Galeras, tomaron la Coſta, y que deſtacó al Capitán Valtón en el Navío Cantorver, para ſeguirlos; y que yá à tiro, un Navío Eſpañol hizo una deſcarga contra el Argile, mandado del Capitán Norburi, que con el reſto de ſu

Armada ſiguió al Comandante Eſpañol: Que aquellos quatro Navíos, que ſeguian à los que ſe iban retirando, les dió orden de no tirar contra los Eſpañoles, ſino en caſo, en que ellos proſiguieſſen en hacer fuego; y que viendo, que proſeguian en hacerle, el Kent havia atacado á S. Carlos; el Leofort, à Santa Roſa; el Grafton, al Principe de Auſtrias, que le dexó, deſpues que ſobrevinieron Breda, y el Capitán, y que todos rindieron à los Navíos Eſpañoles, contra quienes peleaban: Que deſpues de Kent, y el Sobervio, atacaron à San Phelipe, con otros dos Navíos, mantuvieron una eſpecie de combate, ſiempre huyendo, haſta las tres de la tarde, en que el Kent ſe acercó à la Popa de San Phelipe, y le dió una gran deſcarga; pero haviendo ſido ſotaventado el Sobervio, le atacó à ſobre viento, para abordarle; mas haviendo San Phelipe dado un golpe de timon, huyó el bordo, y que al fin el Sobervio le obligó à rendirſe: Que un Contra-Almirante Eſpañol havia hecho ſu deſcarga contra el Biarfleur, pero que luego tomó el viento, y que ſe fué con otro Navío de ſeſenta Piezas: Que el Almirante les havia ſeguido haſta la noche; pero que haviendo tenido poco viento, ſe eſcaparon, y que él bolvió à la Flota: Que la Nave Eſſek tomó à la Juno, y el Montaipu, y Ruperto à la Anna-Volante: Que el Vice Almirante Coronobail ſiguió al Grafton, para ſoſtenerle; pero corria poco viento, y ſe acercaba la noche: por eſto pudieron eſcapar los Eſpañoles, à quienes perſeguian: Que el Contra-Almirante Delabál, y el Kene Real havian ſeguido dos Navíos baxo viento, y que uno de ellos fué rendido, como lo hizo Vvaltón al que montaba el Contra-Almirante Marqués de Mari: Que eſte Marqués ſe ſalvò, con ſu plata, y ſus mejores efectos, y los demás Navíos, que con él eſtaban, los havian los Ingleſes apreſado, quemado, ò echado à fondo: Que de las 21. Naves de ſu Armada Ingleſa no ſe havia perdido alguna; ſolo havia ſido Grafton un poco maltratado. Al fin, que los Eſpañoles havian perdido veinte y tres Naves, una Galeota, un Burlote, y otro Baſtimento con 5ŋ390. hombres de equipage, 728. Piezas de Cañon, y que de todo ſu grande Armamento, ſolo les quedaba à los Eſpañoles 15. Naves, y las Galeras; y que ſe havian llevado las preſas à Puerto Mahòn, haviendo quedado ſu Mageſtad Britanica dueño del Mar.

Eſta

Esta relacion no es muy distinta de la que los Españoles daban: Es arrogante, como lo fué la respuesta del Secretario Gratz à Monteleon: Dixo, que la accion del Almirante Binghs no debia parecer estraña, porque yá le havia prevenido el Conde Stanop al Rey Catholico, que si no se contenia de las hostilidades, se lo impedirian los de la Liga: y que el atacar la Sicilia, era romper la neutralidad de Italia, y obrar contra el Proyecto de los Aliados, presentado à su Magestad Catholica, à quien se le havia dado de tiempo tres meses para admitirle; con prevencion, que si en ellos no se abstenia de la Guerra, que la impedirian los Aliados.

A este Papél diò otra respuesta Monteleon, y uniò copia de una Carta de Alberoni, que le escrivió, en que se explicaba contra el Almirante con termiuos ofensivos; porque sobre llamarla accion indigna, y hecha con mala fee, decia haver recibido del Conde Daún gruessas sumas de dinero: Que no se debia defender Neutralidad, yá quatro años rota por los Austriacos: Que los sucessos de la Guerra, y los accidentes eran varios, y que toda humana felicidad estaba expuesta à ellos; y que assi creía, que el Rey Britanico, con su prudencia, y moderacion, no aprobaria lo hecho por el Almirante Binghs. No dió otra respuesta la Corte de Londres, aunque el Cardenal Alberoni, haviendole embiado Monteleon la que diò en 15. de Septiembre el Secretario Gratz, escriviò otra Carta, con terminos injuriosos, y violentos, como era su génio; y mandò al Marqués de Monteleon saliesse de Londres, el qual poco despues passó al Haya, donde el Marqués Berreti mostrò à los Estados Generales las razones del Rey Catholico, y diò copia de las referidas Cartas. El Rey de España sacó de sus Dominios à los Consules Ingleses, è hizo represalia de todos los efectos de aquella Nacion: mandò se armassen Corsarios, à los quales perdonò la parte que tocaba al Real Erario de las presas, para alentar los Armadores: lo proprio hicieron los Ingleses, el Emperador, y el Rey de Sicilia: con que se llenaron los Mares de Pyratas, con daño del Comercio de todos, y ningun util de los Soberanos.

No desalentò este infausto sucesso à las Tropas Españolas, que estaban sobre Mecina, donde se havian retirado à abrir Trinchera contra la Ciudadela, por tener dispuestas las

Tro-

Tropas al desembarco, que los Ingleses podian hacer; pero se bombardeaba la Ciudadela, y el Castillo del Salvador: despues se aplicaron los Sitiadores á construír las Baterías, que á 10. de Septiembre yá disparaban. En 11. se abriò otra Trinchera de diez Cañones, detrás de la Iglesia de Santa Cruz, contra el Rebellin. Por la Puerta del Socorro, que dá al Mar, recibian los Sitiados Tropas Alemanas, quantas el Marqués Andorno, Piamontés, pedia: embiaba â Rixoles los heridos, y mudaba con gente fresca los cansados: por esso pudo en el Rebellin levantar luego una Trinchera de faginas, por poder jugar el fusil contra los Trabajadores Españoles, que formaban la paralela, que por esta razon para perficionarla costò mucha sangre. El Governador sacò de la Ciudadela todos los Sicilianos, entre los quales el Coronél Gisani, algunos Cavalleros Panormitanos, y algunos Mecineses, dos Capitanes, y dos Thenientes, y los embiò â Calabria. La noche del dia 12. se concluyò la paralela; en el 18. se diò assalto al camino cubierto: no fué grande la defensa, y le ocuparon los Españoles, donde fortificados, tiraron una linea por la otra parte de la Ciudadela, que mira al Mar gruesso, por plantar una Batería â la parte del Jardin, que es la menos fuerte, y vér si se podia impedir la comunicacion en las Barcas de Calabria. Contra estos Trabajadores se acercaron quatro Naves Inglesas haciendo fuego. Sostuvieron el puesto los Españoles, y passò con la Cavallería el Marqués de Lede: contra las Naves dispararon las Baterías de Puerto-Salvo, de Puerta Perpetusa, del Llano de las Carretas, y del Bastiòn de Don Blascos, y se apartaron los Ingleses. La noche del 20. hizo la Plaza una salida: mas vigorosa fué la del 22. en que 500. Alemanes se acercaron primero con silencio á las Trincheras. Traían prevencion de cera, pez, y azufre, á los quales sostenia un Regimiento. No lograron mas que una sangrienta accion, que fué dilatada, y favorable á los Españoles, porque la mayor parte de los que salieron quedaron en el Campo.

Al otro dia, en que estaba de Trinchera Don Juan Caracholi, rompiò el Alva con muy concertada musica de Oboes, Cornetas, y Trompetillas: esta era arrogancia Española, porque á estos instrumentos siguieron sesenta Cañones, que batian en brecha la Ciudadela. Huvo una hora de tregua,

gua,

gua, que esta pidió para enterrar los difuntos. A los 27. yá estaba el Rebellín arruinado; y haviendose alojado en el Fosso los Españoles, rompieron los Sitiados el segundo Puente, y se acogieron à la primera retirada para batir, la qual era precisa antes de ser dueños los Sitiadores del Rebellín, que se atacó por Mar sobre Puentes llanos, fundados en cubas vacías, y vigas. Esto era sumamente arriesgado, porque estaban en descubierto, expuestos à todas las Piezas de la Ciudadela, y del Salvador. La accion mas sangrienta fué la del 29. porque à la media noche resolvieron los Españoles atacar quatro Trincheras, que havian hecho los Sitiados, una trás de otra, à espaldas de la Ciudadela, por la parte del Mar, para evitar no ser cogidos enmedio en el assalto general, estár flanqueados de las Contraguardias, por seguridad de su comunicacion, y del modo de retirarse, como tambien para ocupar una Batería de seis Piezas de Cañon, que havian hecho los Piamonteses, porque no adelantassen los Españoles los Aproches ázia aquel Mar, y no penetrassen al Llano de San Raynero, y quitassen enteramente la comodidad de acercarse Barcos de Calabria, de donde todas las noches recibian los Sitiados socorros de gente, y Viveres por manos de el General Vassel, que (como diximos) estaba en Rixoles, y emanada del Conde Daún, havia dado una orden à los 1500. Alemanes, que dentro estaban con el General Valais, que no rindiessen la Plaza, aunque quisiessen los Piamonteses. Seiscientos Granaderos salieron à defender esta Batería. Los Españoles, para cogerlos enmedio, con Falucas desembarcaron por la otra parte de ella: la Accion fué viva, y prolixa, porque unos, y otros iban subministrando gente fresca à la peléa; pero como los Tudescos, y Piamonteses estaban cogidos en medio de los Españoles, padecieron mucho, y no podian apenas retirarse. Al mismo tiempo atacaron à los Trincherones, no todos bien defendidos porque havia muchos à que atender. Despues passaron tan adelante los Españoles, que llegaron hasta la Torre de la Linterna, que está en el Llano de S. Raynero, entre la Ciudadela, y el Salvador. Havianse yá ocupado los Atrincheramientos, y mandó el Marqués de Lede retirar los que tanto se havian adelantado, porque estaban entre dos fuegos. No se consiguió esto facilmente, porque iban persiguiendo à los

que

que se retiraban con tan ciego valor, que cinco Granaderos Españoles, siguiendo á los Enemigos, se metieron dentro de las puertas de la Ciudadela: creyó esta, que seguian Tropas, y estaba yá la Guarnicion para hacer llamada; pero viendo que no eran mas de cinco hombres, cerrando la puerta, los detuvieron prisioneros, á los quales, en premio de su valor, dió luego libertad el Marqués Andorno. En esta ocasion perdieron los Españoles 300. hombres, y algunos Oficiales: muchos mas murieron de los Enemigos, de los quales quedaron quarenta prisioneros, con un Mariscál de Campo, un Theniente Coronél, quatro Capitanes, y otros subalternos, los mas Alemanes. Al otro dia se dió una suspension de Armas de tres horas para enterrar los difuntos, y en el espacio de ellas salió de la Ciudadela el Marqués de Entraides Tierines, para tratar de la rendicion, que al 30. de Septiembre se executó, precediendo las Capitulaciones, que saliò libre la Guarnicion, que era de 3500. hombres, con sus Armas, por la Puerta de los Griegos, con Vandera desplegada, y Tambor batiente, para embarcarse á Rixoles. Se entregó tambien el Castillo del Salvador, y las dos Naves, que en el Puerto estaban: se permitió al Conde Ricio, y á otros, que no eran Militares, salir de la Ciudadela para Calabria, y se restituyeron los prisioneros de parte á parte. Esta Victoria persuadió enteramente á los Sicilianos, que quedarian los Españoles dueños de aquel Reyno, que era lo que tan ardientemente deseaban. Se celebró esta noticia con extraordinario júbilo en la Corte del Rey Catholico, porque parecia compensaba en parte la pérdida de la Armada Navál, y hacia inutil la Victoria de los Ingleses, para el fin del Cardenal Alberoni, que con esto se fortificó en su systéma, y acaloró quanto pudo la Guerra, embiando gruessas sumas de dinero, qual nunca se ha visto salir de España en poder de los Ministros de Italia, para socorro, y subsistencia del Exercito de Sicilia, adonde desde Roma, Genova, y Liorna se embiaban continuamente Municiones, y Reclutas; pues aunque dominaban el Mar los Ingleses, y guardaban aquellas Costas, no podian en una Isla embarazar el arribo de una, ó dos Embarcaciones, que guardando una collada en tiempo favorable, se metian en un Puerto.

Sin perder tiempo el Marqués de Lede, dos dias despues de la

la rendicion de la Ciudadela de Mecina, destacó para Melazo el Regimiento de Castilla, y las Brigadas de Milán, y de Borgoña, con alguna Cavallería, y dexando Governador en Mecina al Theniente General Don Lucas Spinola, con 2U. hombres de Guarnicion, siguió con el resto de las Tropas. Havia entrado yá en Melazo refuerzo de Alemanes, hasta 3U. que ocupaban la Ciudad baxa, el Castillo, y la parte de la Ciudad murada la tenian los Saboyardos. Estaba yá de antemano bloqueada de los Españoles; pero en la noche del 13. y 14. de Octubre desembarcaron con el General Carrafa hasta 8U. Alemanes; porque aunque de la parte de Levante havia una Bateria Española, que lo podia impedir; pero no por Poniente, porque Melazo hace una lengua de tierra de doce millas, que forma su promontorio, aunque es muy angosta: con que tenian comodidad los Alemanes para desembarcar, porque la Ciudad baxa está bañada de dos aguas, por Poniente, y Levante. Assi formaron un Campo de 8U. hombres en aquella poca tierra, dando la derecha al Mar, y la siniestra à la Plaza, dexando en el centro de la linea el Convento de San Pipino, à la qual defendia con gran atrincheramiento de tierra, y fagina, de donde se podia batir el Campo Español, cuya linea abrazaba la Plaza por una, y otra parte del Mar.

Havia el Marqués de Lede, con los Oficiales Generales de un Regimiento de Cavallería, llegado la noche del dia 14. al Campo con la Infantería Irlandesa, dexando orden le siguiessen las Guardias Vvalonas mas presto, que lo restante del Exercito. Al otro dia, que era el 15. de Octubre, antes del amanecer, se formaron los Alemanes en batalla delante de su Trinchera. Eran once Batallones, con uno de Piamonteses, y mil Cavallos: estos los mandaba el General Conde de Veterani, y à todos el General Carrafa. Hicieron acercar contra la siniestra de los Españoles las Galeras de Napoles, y por la derecha algunos Navíos Ingleses, para molestarlos con su Artillería, y mas abaxo, dos millas lejos, havia algunas Embarcaciones, y Falucas, fingiendo un desembarco. Al Alva atacaron los Alemanes los puestos abanzados, que estaban defendidos de varios Piquetes de Regimientos Españoles, los quales se defendieron quanto fué possible; pero cargados de fuerza superior, quedaron todos muertos; ò prisioneros, y

entre ellos el Mariscál de Campo Barón Zuevegen. Con este buen principio atacaron la finiestra de la linea, y el centro, que ocupaban los Regimientos de Castilla, Milán, Guadalaxara, Aragón, y Utrech: la defensa fué vigorosa; pero fué mayor el acometimiento de los Alemanes, porque venciendo con continuados assaltos la resistencia, hicieron retirar à los Españoles, y ocuparon el terreno. Dos veces le recobraron, la tercera le bolvieron à perder, y penetró la Cavallería Alemana hasta el acampamento, con animo de atacar por las espaldas de la derecha la Infantería Española, mientras la Alemana atacó el flanco; pero la Cavallería no pudo perficionar su designio, porque el Regimiento de Milán se le atravessó, y dando una descarga entera, oponiendo despues las bayonetas, embarazó à la Cavallería. A este tiempo la Infantería Alemana, despues de haver formado la siniestra, atacó el centro de la linea, creyendo haver vencido, à tiempo que las Guardias Españolas, dexando su campamento de la siniestra, marchaban en cuerpo de batalla à ocupar los puestos abanzados. Al principio fueron rechazados, y puestos en huida sus Piquetes; pero abanzaron despues con la Brigada Irlandesa, para entretener el ímpetu de los Alemanes, descargando la fusilería por el flanco de sus Batallones, y dexandolos siempre à la derecha, para poder atacar los cortados por el centro. Dados yá los passos convenientes de esta marcha, los Españoles se echaron con vigór, convirtiendo las Armas, dando media buelta, porque yá tenian cortados à los Enemigos, à quienes con el mayor brio atacaron los Regimientos de Cavallería Farnés, que mandaba el Duque de Atri, el de Salamanca, los Dragones de Vatavia, y Lusitania, aunque el terreno estaba plantado de viña. Dieron tres gruessas descargas los Alemanes, que hicieron gran daño en esta Cavallería, mas arrojada con la vertida sangre de muchos Oficiales, y entre ellos el Duque de Atri, que quedó herido en un brazo. Al fin, por todas partes ceñidos, los que se havian creído vencedores, se empezaron à desordenar de genero, que huyeron ázia la Plaza, tan descompuestos, que con el Alfange, y Bayoneta les hacian huìr sin resistencia, matando los Españoles, que siguieron hasta las puertas de la Ciudad. Defendian los dos Batallones Alemanes los puestos abanzados,

que

que havian ocupado al principio; pero atacados por las Guardias Españolas, los desampararon, y se retiraron con tanto desorden à sus Trincheras, que abanzandose las Guardias, à tiempo que los primeros vencidos se retiraban à la Ciudad, hicieron tanto fuego sobre ellos, que muchos se vieron obligados à echarse al Mar por la izquierda de la linea Española, el qual miserable refugio buscaron los que no estaban mas à tiempo de entrar en la Plaza. Los mas se anegaron, ò fueron en el agua heridos, porque los Españoles acudieron à la orilla, sufriendo el fuego de las Galeras: la Cavallerìa Alemana, que, como diximos, no pudo penetrar las espaldas de la linea, quedó cortada, y assi padecia gran daño, por todas partes ceñida de Enemigos, al quererse retirar.

Este fuerte combate duró tres horas: los Españoles acabaron antes la municion que traìan, y concluyeron la Accion con la bayoneta. Perdieron los Alemanes 3ꝟ. Infantes, y de 300. Cavallos de los Saboyardos, que salieron, ni uno bolvió à la Plaza. Quedaron mil prisioneros, entre ellos el Conde Veterani, con 58. Oficiales: perdieron dos Vanderas, y muchos Estandartes. De los Españoles murieron 1500. hombres, y 150. quedaron al principio prisioneros. Hallóse en el mayor fuego de guerra el Marques de Lede, à cuyo lado hirieron gravemente en el costado à su Hermano el Cavallero de Lede. Se portaron con gran valor Don Joseph de Armendariz, y el Conde de Glimes; los Mariscales de Campo Don Geronymo de Solìs, el Conde de Roydenille, el Señor de Rebes; los Coroneles Don Francisco de Evoli, D. Francisco Miguél Coeyo, Don Manuel de Sada, Don Joseph Almazán, que quedó mortalmente herido, con su Theniente Coronél, y Sargento Mayor, y aun el Coronél Don Francisco Doetinguen, que tambien recibió una herida mortal, Don Lucas Patiño, Coronél del Regimiento de Ibernia, que como mas antiguo, mandaba la Brigada Irlandesa, que con su Theniente Coronél, y tres Capitanes quedaron heridos. El Duque de Atri, que sacó, como se ha dicho, una herida en el brazo. De los Alemanes quedaron en el Campo Español heridos mortalmente los Capitanes Laudreti, Hevi, y Berri, de los Regimientos de Salazo, Toldo, y Vvalte; y prisioneros el General Conde Veterani, como se ha dicho, los Capitanes

Braċtál, Fitegerál, Gramont, Kuikel, de los Regimientos de Tiſte, Staremberg, Lorena, y Veſſel, y el Sargento Mayor Varol, con diez Thenientes.

Eſta victoria, poco eſperada de la arrogancia Alemana, añadió brio, y puſo en gran credito à los Eſpañoles, porque era la primera Accion en Sicilia, clara, y en Campaña. Quexóſe mucho con el General Carrafa de eſta pérdida el Conde Daún: fué la reſpueſta, que no eran aquellos miſmos Eſpañoles los que él havia vencido en Gaeta. Luego que acabó la Accion, llegaron al Campo las Guardias Vvalonas, la Brigada de Saboya, y otros Cuerpos de Infantería, Cavallería, y Dragones; que ſi huvieſſen dos horas antes llegado, ſe perdian 8ɥ. Alemanes, que combatieron contra 6ɥ. Eſpañoles, que eran los que eſtaban en el bloquéo de la Plaza, y los Cuerpos, que primero ſe deſtacaron de Mecina, à los quales ſe añadieron los que traxo conſigo, como ſe ha referido, el Marqués de Lede.

Acabó de llegar el Exercito Eſpañol delante de ſus Trincheras, y fortificó las ſuyas el Alemán, embiando mas gente, que por tierra paſſaba à Calabria, deſtacada de Ungría. Poco ſatisfecho Daún del General Carrafa, le ſacó de Melazo, y embió al General Zumiunghen, porque la Guerra de Sicilia la havia pueſto el Emperador à cargo del Virrey de Napoles, de donde llegaban continuados ſocorros de Viveres, y dinero. Tanta gente cargó en aquella tierra, que no pudiendo ſubſiſtir la Cavallería, ſe bolvió á Napoles; y como yá entraba el Invierno, padecian muchas borraſcas las Embarcaciones deſtinadas á Melazo, y aun tardaban, de lo que ſe podian temer llegar las Proviſiones, lo que puſo al Exercito Alemán en ſuma coſternacion, y falta de lo neceſſario; pero ſe havian tan fuertemente atrincherado, que deſconfió el Marqués de Lede de poder atacar en ſus formas la Plaza, antes de romper las Trincheras enemigas, cuya empreſſa le perſuadian muchos de los Oficiales Generales, y llegó á tanto la variedad de dictamenes, que yá le acuſaban de floxo, è irreſoluto. Como creció el numero de Alemanes de Melazo de 16ɥ. Infantes, y 2ɥ. Cavallos, hicieron los Eſpañoles linea de contravalacion, en la que el Ingeniero Mayor Theniente General Verboon conſumiò ſumas inmenſas de di-

ne-

nero; cuya falta, alguna vez se hacia sentir en el Exercito, porque todo havia de passar por Letras de Italia, y no havia Bancos, que sufriessen estas remesas; por lo qual se aventuraron gruessos caudales en Falucas, y Barcos desarmados.

Manteniase bloqueada de la Cavallería Española Siracusa, donde estuvo el Conde Mafey, hasta que llegasse el Varòn de San Remi, á quien embiò el Rey de Sicilia para mantener las Plazas á orden suya, hasta que viesse si podia en Viena, y Londres sacar algo mas que el Reyno de Cerdeña por equivalente de Sicilia; pero viendo, que aun le podia faltar lo que le ofrecian, si no adheria luego á la Triple Alianza, vino forzado en ella, y admitiò á Cerdeña, Rey de la qual fué reconocido en Viena á 5. de Noviembre, y cediò la Sicilia, de la qual hizo Virrey el Emperador al Duque de Monteleon: mas para satisfacerse con este acto possitivo de dominio, que porque pudiesse tener tan prompto efecto, no posseyendo en ella mas que tres Plazas Maritimas, quando toda la Isla estaba por los Españoles, que havian agregado á su Cavallerìa la mas escogida de la del Paìs, y se servian de ella para guardar muchos passos, y ayudar al bloquéo de Siracusa, y Trapana, y aun correr las Marínas, desde Melazo á Mecina, donde Don Lucas Espinola la hizo reparar luego las Brechas, y la puso en estado de defensa.

Aunque hizo celebrar mucho en Madrid el Cardenal Alberoni la felìz, y ventajosa Accion de Melazo; por las disposiciones de aquellas Trincheras, y varios avisos, conociò que la Guerra de Sicilia iba larga, y que era obra de muchos años; porque el Emperador reforzaba cada dia su Exercito, y el del Rey Catholico se disminuía: por esso ordenò al Marqués de Lede conservar mucho aquellas Tropas, y no entrar en Accion general voluntariamente, sino en caso preciso, y de assaltar las Trincheras de Melazo, si parecia conveniente. El Duque de Orleans, que yá havia hecho el systéma de estrechar la amistad con la Inglaterra, y el Emperador, no solo contribuía con caudales; pero prohibiò á los Franceses el servicio de España, tanto por Mar, como por Tierra, llamando á todos con un Edicto: y previno Almacenes en los fines de Navarra, y Cathaluña, arrimando algunas Tropas, con manifiesta deliberacion de atacar los Reynos de España. Muchos

creían,

creian, y aun los mismos Franceses, que esto era una engañosa apariencia, para satisfacer à sus Aliados; pero yá obraba el Duque de veras, y con animosidad contra el Rey Phelipe, dando à entender al Consejo de la Regencia, y à los Principes de la Sangre, que esto era por su proprio bien, y porque tuviesse los Estados de Parma, y Toscana, como en el Tratado de la Quatriple Alianza se le ofrecian. La verdad era estár picado, de que el Cardenal Alberoni le queria sublevar los Pueblos, y quitarle la Regencia, y aun al Rey de su poder, y ponerle, como decia el Cardenal, en seguro, desconfiando del Duque. No faltaban en Francia hombres de todas esferas, que assi lo entendian; y por medio del Principe de Chelamár, trataban una conjura contra el Duque, no contra el Rey, ni el Reyno. Los sugetos que entraban en ella no nos consta con evidencia, porque este secreto, solo le tenia Alberoni, y Chelamár.

Hallabase en París Don Vicente Portocarrero, Hermano del Conde del Montijo, que passaba â Madrid, y de él se valió Chelamár, como persona de la mayor confianza, para poner unos Pliegos en manos de Alberoni. La seguridad de la ocasion, y lo prolixo de su Escritura, hizo, que Chelamár no la velasse con la cifra. Alguna Espía, en la propria Secretaría del Embaxador, ò los recelos del Duque, que eran los mas vigilantes, hicieron creer, que llevaba consigo Portocarrero papeles de importancia: y en Potiers, assaltado de una Manga de Soldados en una Posada, dentro de su propria cama, fué despojado de todos sus Papeles, y de los Pliegos, que el Embaxador le havia entregado; al qual, aunque le dieron esperanzas de restituirselos, y el Señor Blane, uno de los Secretarios de Estado, le llamó para esso, le conduxo despues con gente armada à la casa de su habitacion, le arrestó en ella, con Guardias de vista, y buscando todos los retretes, encargó, y selló todos los Papeles del Oficio, y los que dexaron el Duque de Alva, y Marqués de Casteldosrius. En una Representacion por escrito, de 10. de Diciembre, se quexó con el Rey Christianissimo altamente el Principe de Chelamár, de que se havia con él dos veces violado el derecho de las Gentes en la intercepcion de sus Cartas, y en el arresto de su persona, y Secretario, con el embargo de los Papeles.

Pon-

Ponderó la ofensa como injusta, y estraña, y confessó embiaba al Rey su Amo algunos Proyectos de personas afectas al Rey Christianissimo, y al Reyno, sin poner en execucion su contenido, sino dando esta noticia al Rey Catholico.

El mismo Duque de Orleans, contra quien todo esto se ponderaba, era el que recibia esta Representacion, y deliberaba sobre ella, por la niñéz del Rey; y assi hizo poco efecto. Sus Papeles quedaron embargados: los Pliegos, que Portocarrero llevaba, nunca se restituyeron; y en 12. de Diciembre se le dió orden, que al otro dia saliesse quarenta leguas de la Corte, hasta que llegasse la del Soberano. Assi lo executó, y se quedó en Blois. Como el Regente havia participado à todos los Ministros Estrangeros esta resolucion, diciendo, era el Principe de Chelamár motor, y principal instrumento de una conjura contra el Rey, y el Reyno, aquel escrivió tambien à los mismos, no havia hecho mas que participar à su Amo un Proyecto de hombres zelantes, y apassionados del Rey, para librar el Reyno del despótico, y tyrano dominio del Regente: este hizo imprimir dos Cartas del Embaxador, dirigidas à Alberoni en el Pliego, que interceptó à Don Vicente Portocarrero, en que se leían clausulas, que manifestaban la conjura, aunque no declarando à punto fixo el objeto de ella, porque le decia, que si era menester dár fuego à la mina, y llegar à los hierros, era preciso anticiparse antes que tomassen mas cuerpo los abusos, y el poder. Citaban las Cartas otras yá escritas sobre el mismo assumpto, y notadas con unas letras, ò numeros las memorias que incluían, las quales no imprimió, ni sacó à luz el Regente. Es constante, que esta conjura, ò designio no era contra el Rey, ni el Estado, solo se enderezaba à juntar Cortes Generales, y à minorar la autoridad del Duque de Orleans, ò quitarsela enteramente. Havia yá descubierto esta intencion el Rey Catholico en una Carta, que desde 3. de Septiembre escrivió al Rey su Sobrino, y la mandó entregar por su Embaxador en París, en que se quexaba de la Alianza de Francia con su mayor Enemigo, que era el Emperador; y que algunos, prevaliendose de su menor edad, querian con violencia aumentar sus proprios interesses: daba à conocer los perjuicios de esta Guerra, que la Francia movia contra un Principe de la pro-

pria

pria Casa Real; y en fin, aunque no nombraba al Regente, todas las flechas se enderezaban à este blanco. Otra casi, del mismo tenor, escrivió à todos los Parlamentos de la Francia en 4. de Septiembre, è hizo imprimir un Manifiesto à 6. del mismo mes, dirigido á los Estados Generales de aquel Reyno, de los quales se declaraba Protector, y ponia patentes las razones de minorar la autoridad del Duque, los riesgos que esta amenazaba. Despues se imprimió en España una instancia, ò súplica de los Estados Generales de Francia, como implorando la proteccion, y la fuerza del Rey Phelipe, para librarlos (como decian) de un violento despotismo del Regente. A 9. de Noviembre hizo el mismo Rey una declaracion muy resentida de la Guerra, que se le movia, y muy llena de amor, y compassion por la Nacion Francesa; por lo qual, aunque se le hiciessen hostilidades, permitia todavia el comercio, y ser tratados los Franceses, como Españoles, dandoles un año de tiempo para retirar sus efectos á los que quisiessen salirse de sus Reynos, con libertad de quedar en ellos, sin ser molestados. Despues hizo otra declaracion en 25. de Diciembre, en que firmaba, no creía, que los Franceses por pretexto alguno tomassen contra su Persona, y Reyno las Armas, despues de haver derramado los thesoros de su sangre, y caudales para socorrerle, y mantenerle en el Trono. Todos estos violentos passos, è inconsideradas Escrituras que disponia, y mandaba publicar Alberoni, no tuvieron mas efecto, que irritar mas al Regente, perseverar en su systéma, y determinar la Guerra contra la España; y tanta fuerza, ò libertad dió á su ira, que mandó prender á muchos de los que creía, ò le constaba eran Parciales del Rey Catholico, y Autores de la ideada sublevacion de los Pueblos contra su Persona, porque no ignoraba no ser contra el Rey: pero este nombre le servia para honestar sus resoluciones. Prendió al Duque de Humena, Hijo natural del Rey Luis XIV. y á su Muger, y á otros. Con muchos no se atrevió, porque era conciliarse enemiga toda la Francia.

Nunca creyó la España, ni el Mundo, ni sus proprios enemigos, que tendria antes de la Paz general aliada contra si la Francia, que era la que llevó todo el empeño de mantener al Rey Phelipe en el Trono, y tanto por esso havia padecido; y

assi

y assi se renovaron los odios contra los Franceses, aunque el Cardenàl Alberoni se lisonjeaba, que nadie tomaria las Armas contra el Rey Phelipe; y que al verle, se passarian à su Partido. Por esso tuvo idéa de hacer entrar al Rey armado en la Cathaluña de Francia, quedandose en la Raya, como llamando à los Franceses; pero tenia bien pagadas, y contentas las Tropas el Duque Regente, y esparcia, que queria el Cardenàl mandar ambas Monarquías, y venir à Francia Tutor de su Réy Luis XV. en nombre del Rey Phelipe, à quien creia pertenecerle la Regencia, como primer Principe, de la Sangre. Estas reflexiones inspiraba tambien en sus Aliados, para que temiessen mas à la España, que con el pretexto de la Tutela, queria unir ambos Reynos: lo que Alberoni pensaba, no lo podemos saber, porque un hombre tan reservado, no expondria manifiesta su idéa; pero es constante, que aspiraba, por medio de la intentada sublevacion, à hacer elegir Curador del Rey de Francia, al de España.

En este año pariò la Reyna Catholica en 13. de Marzo una Infanta, à quien se la dió por nombre Maria Ana. El Rey padeció rezelos de príncipos de hydropesía, no sin una profunda tristeza, y su aprehencion la daba à los Vassallos. Se resolvió por esso à hacer Testamento: si voluntariamente, ò inducido de Alberoni, es secreto muy obscuro; cierto es, que dexaba Curadora à la Reyna, con solo el consejo, y dictamen del Cardenàl Alberoni, mientras duraba la menor edad del Principe de Asturias. Los Españoles padecieron el desconsuelo mayor, no solo porque yá concibieron el grave peligro en la salud del Rey, pero por vér, que en qualquier funesto accidente, no se libraban del violento Govierno del Cardenàl. Huvo en Madrid, con el mayor secreto, algunas secretas conferencias entre los primeros Magnates: y Dios, con mejorar la salud del Rey, libró la España de la intestina inquietud, que la amenazaba. Quanto era de su parte la fomentaba el Duque de Sant-Agnan, Embaxador de Francia. El Marqués de Nancre, yá mucho tiempo, havia sido llamado à Parìs; y aunque Sant Agnan se havia despedido, dilataba el salir de la Corte, hasta que Alberoni, mal satisfecho de lo que aquel censuraba su conducta, le hizo dár orden saliesse luego de España.

La noche del dia 10. de Diciembre murió en las Trincheras, que havia levantado contra Federico Alá, en Noruega, Carlos XII. Rey de Suecia, herido de una bala de Sacre, que disparaban del Castillo, mientras de este, con fuegos artificiales, querian descubrir los Aproches Suadeses. Esta improvisa muerte desconcertó, en parte, las medidas del Cardenàl Alberoni: Ofreciale este socorros, si movia el Sueco la Guerra en Alemania, como la tenia ideada al principio de la otra Campaña. En efecto se hallaron en los papeles del Varòn Gheitz, su primer Ministro (que fuè despues degollado en Stokolmo) un Tratado ajustado con el Señor de Osternàn, Plenipotenciario del Czár, donde quedaron de acuerdo, que este passaria, con un Exercito de 80ꝗ. hombres, contra Polonia, para bolver à entronizar al Rey Stanislao, y que baxaria à Alemania con un Exercito de quarenta mil. El Sueco, sustentando este empeño, contra qualquier Principe, que quisiesse oponersele; y que acabada esta empressa, le ayudaria el Czár, contra el Duque de Hannovér, à recobrar los Estados de Bremén, y Verdén, y mantener las Armas contra la Inglaterra, si esta usaba de su poder.

Alberoni tenia ofrecido al Sueco socorros, (como diximos) y no havia perdido las esperanzas, que en caso de vér el Othomano, que se mezclaba el Emperador en esta Guerra, moverla èl, para recobrar lo perdido en Ungría; porque Ragotzi no estaba desesperanzado de obtener de la Puerta Othomana bolver à mover las Armas, aun en tan reciente Paz. Todas estas idèas se le desvanecieron al Cardenàl; pero no su firmeza de animo.

La Emperatríz, en 13. de Mayo, dió à luz á la Archiduquesa Maria Theresa, mal compensada con una hembra la pérdida del hijo, que el passado año havia parido, lo que puso en suma tristeza, y aprehencion la Corte; porque vér al Emperador, despues de tantos años de casado, sin succession varonil, suscitaba algunos disgustos en los Principes del Imperio, perjudiciales á la autoridad, y quietud del Emperador, que nada afloxando de sus magnificas idèas, proseguia en texer á la Italia los grillos, alojando sus Tropas en los Estados de los Principes de ella, y fatigando el dominio de la Iglesia con tránsitos contínuos de Soldados para Napoles, arrepen-

repentido de las que havian hecho passar por Mar, que le costaban mucho, y perdió en una borrasca algunas. Eran inutiles los lamentos de el Pontifice, porque los Oficiales Alemanes daban la mayor libertad á su gente, pareciendoles ser prerrogativa de la mucha autoridad la licencia, y el desacato. No se atrevia el Govierno de Roma, ni á quexarse, por no dár mayor ocasion á la insolencia, que alentaban los mismos Cardenales, parciales del Emperador para manifestarsele obsequiosos, y no eran pocos. Uno mas tuvo este año de su partido; porque el Cardenal Francisco Judice, á quien el Rey Catholico havia hecho baxar sus Armas, puso las de el Emperador, y se declaró de su partido, sacando un Manifiesto, en que pretendia justificarse, y daba, entre otras razones, que siendo el Reyno de Napoles (de donde era natural) del Emperador, y haviendole despedido de su servicio el Rey Catholico, y embargado, sin motivo, las rentas del Arzobispado de Monreal, que tenia en Sicilia, estaba en su libertad, y que debia seguir el partido de los Napolitanos. Esto lo juzgó el Mundo variamente, como todas las demás cosas, en que entra usurpandose el oficio de Juez, el afecto, el génio, y la passion.

AÑO DE M.DCCXIX.

CRecia cada dia la mala satisfaccion entre las dos Cortes de España, y Francia: mantenia esta desunion el Cardenal Alberoni, que se consideraba muy en desgracia del Duque de Orleans, y lo vendia al Rey Catholico por servicio: havia hecho yá vanidad de la obstentacion, de genero, que obligó, haviendo yá declarado la Inglaterra á España la Guerra, á que la declarasse formalmente la Francia en 9. de Enero, y el dia antes se havia publicado en París un Manifiesto, en que se daban las razones de mover las Armas contra el Rey Catholico; decia: Que aunque los Soberanos no están obligados á dár cuenta mas que á Dios de sus operaciones, pero que quando importa á su gloria, ò á la tranquilidad pública, es bien informar al Mundo de su justicia: Que ha-

havia tomado esta empressa por el proprio bien de la España: Que no conocia sus actuales interesses, y era preciso mantenerla, sin imputar esta infraccion de Tratados á la religiosidad del Rey Phelipe, sino al inconsiderado empeño de sus Ministros: Que esto era manejar los interesses de la España, que tanto á la Francia la costaban, que se vió esta en terminos de bolver á llamar á París al Rey Phelipe, si no huviesse tenido la Providencia ocultos remedios; bien, que, en la Paz de Utrech, tratando de los interesses del Emperador, y la España, no se hiciessen mas, que Ajustes provisionales, y no decissivos; porque el Emperador no havia concurrido á nada, ni queria admitir reconciliacion con la España, aun despues de la pérdida de Landau, y Friburgh, y los Tratados de Rastad, y Vada, que eran los que tanto deseaba Luis XIV. y los hizo proponer al Conde de Gros, y al Principe Eugenio, embiando particularmente para esso al Conde de Luch á Viena: Que el Rey Catholico havia escrito en 16. de Mayo del año 13. á su Abuelo, que no podia durar la Paz, si no le reconocia Rey de España el Archiduque; y que en otra de 31. de Enero del año de 14. escrivia, que havia renunciado á Flandes, Napoles, y Milán á la Casa de Austria; Sicilia al Duque de Saboya; Gibraltár, y Menorca á los Ingleses: Que estaba prompto á ceder lo de Cerdeña al Duque de Baviera; y que assi, debia el Archiduque conocerle Soberano de lo que de la Monarquìa le quedaba: Que entonces era claro, que el Rey Catholico se contentaba de ella, assi desmembrada, y que lo proprio debiera aora hacer: Que la España havia querido turbar su Estado con secretas conjuraciones: Que para assegurarse de ellas, havia sido precisado consentir á una Alianza, no solo perjudicial á la España, pero util, porque se le presentaba un Ajuste, en que ganaba mas de lo que podia esperar, y nada perdia de lo que creyó posseer: Que para perficionar esto, eran precisas las Armas, despues de avisado del rigor de ellas el Rey Catholico, y aun dadole á ver la utilidad de las proposiciones, siendo una de ellas, que el Christianissimo alcanzaria para el Rey de España á Gibraltar: Que todas havian sido despreciadas, creyendo, que ir contra la Neutralidad de Italia, y Sicilia, no era de cuenta de los Aliados.

El

El Rey Catholico mandó publicar otro Manifiesto en 19. de Febrero, dando los motivos por qué no havia admitido el Tratado de la Quadruple Alianza. Decia, estár yá rescindido el Contrato de la Neutralidad de Italia, porque le havia violado muchas veces el Emperador: Que tambien lo estaba la cession de Sicilia, porque nada havia observado de sus Pactos el Duque de Saboya: Que se le havia propuesto un Tratado por unos Principes, que pretendian dár la ley à toda la Europa con modo tan imperioso, como quitando la Soberanía à quien Dios la havia concedido: Quexabase de la Inglaterra, despues de haverla prometido tantò beneficio en el Comercio, de la que llamaba traycion de Binghs, y mala fee: Ponderaba la ambicion de la Casa de Austria, y la interessada amistad con el Rey Jorge. En fin, con quien mas se ensangrentaba era contra el Regente. Estos Papeles, y otro, que escrivió Alberoni en su defensa, tirando una impropria linea de comparacion entre él, y el Regente, tocante al Ministerio, con palabras injuriosas, y ofensivas contra el Duque, exaltó su ira al grado mas superior, y fundando una personal enemistad contra Alberoni, avivó las Artes, y la Guerra. Determinó hacerla contra Cathaluña, y la Navarra; y se enderezaron Tropas à la Guienna, mientras baxaba el Duque de Bervich, que aunque estaba en París, porque no se havia resuelto la empressa, huvo sobre esso una Junta de Guerra, en que no concurrieron los mas experimentados, sino los mas lisonjeros. La voluntad del Duque de Bervich, hizo confiar al de Orleans, sin que le hiziesse fuerza ser Bervich Duque de Lyria en España, Grande de primera Classe, y tener à su Hijo Primogenito casado con la Hermana de el Duque de Veraguas; cierto es, que de mala gana tomó este encargo, y restituyó el Toyson al Rey Catholico, que no le quiso; pero dependia enteramente de la Francia, à quien debia su sér; y aunque no fue de dictamen de atacar à Fuente Rabia, este fué el del Duque de Orleans, por mas facil, porque le abria el camino à la Vizcaya, cuyos Puertos podia ocupar, y despues hacer al Rey Catholico la amenaza de entregarlos à los Ingleses, que con esta intencion ofrecieron concurrir à esta Guerra, embiando una Esquadra à los Passages. El Duque Regente, para ser arbitro de ella, no quiso que

le

le ayudassen los Inglefes, y se quedó de acuerdo, en que ellos atacarian otra parte de España. Alberoni, que nada dexaba de penetrar, viendo frustradas las esperanzas de la Guerra del Norte en la Alemania con la muerte del Rey de Suecia; y que los ofrecimientos de Ragotzi eran aereos, aunque embarazado en la peligrosa, y dificil Guerra de Sicilia, discurrió introducirla en Escocia: no sabia por donde empezar tan gran máquina, y se dió el caso, que ó cansado el Pontifice de tener en sus Estados al Rey Jacobo de Inglaterra, interessando por él, insinuó al Rey Catholico, por medio del Cardenal Aquaviva, y escriviendo al Padre Daubantón, que sería dár fuertes zelos, y alguna diversion á los Inglefes el llamar á España á Jacobo: el Cardenal Alberoni abrazó esta oportunidad; y como era amigo de empressas ruidosas, quiso, que antes de passar este Principe, se le embiasse un Confidente suyo, con quien tratar el modo, como dár mas que zelos al Rey Jorge. El Rey Jacobo mandó al Duque de Ormond, que estaba en Francia, que passasse á Madrid. Executólo luego, lo que dió en rostro á los Inglefes, y Olandeses; y aun estos se quexaron con el Rey Phelipe, diciendo, podia irritar mas tan gran demonstracion al Rey de la Gran Bretaña, y aun hacer tomar otras medidas á los Estados Generales. Alberoni desmentia con falsas expressiones su idéa, asseegurando, que solo huía Ormond de la Francia, porque sabia lo queria prender el Regente, y que se havia refugiado en España, pero no entrado en la Corte: que las de Londres, y París usaban del artificio de estas quexas, para acumular mayores crimines á los Ministros del Rey Catholico. Mientras esto decia Alberoni á los Ministros Españoles, que servian en las Cortes Estrangeras, para que lo publicassen, prevenia un formidable Armamento en Cadiz, y en los Puertos de la Galicia, deteniendo Naves para transporte, y passando Armas de Vizcaya, y Barcelona. El pretexto era el mejor, porque se havian embarcado con cantidad de Tropas Alemanas en San Pedro de Arenas para Melazo; y como se mantenian atrincherados ambos Exercitos, sin ossar atacarse unos á otros, creía el Mundo, (y lo creían los Aliados) que embiaba este socorro á los suyos el Rey Catholico. Algo empezaron á dudar, quando vieron, que en 8. de Febrero desapareció el Rey Ja-

cobo

cobo de Roma. Embió algunos de los suyos, con apariencia de su propria Persona, por Bolonia al Estado de Milán, para Francia: otros embió por el camino de Genova por el Rey en una Corbeta Francesa, prevenida en Neptuno secretamente del Cardenal Aquaviva. Passó á España, y fué recibido del Rey Catholico con las mayores demonstraciones de amistad, y atencion, y magnificamente regalado. Esto hizo desvanecer la opinion, de que estaba preso en Milán, porque en Voguera havian arrestado dos de aquellos Criados suyos, que de industria hablaban con Mysterio, con lo qual creyeron tener en las manos al Rey. Assi lo participaron aquellos Ministros á Viena, y á París, y Milord Stairs á Inglaterra: assi lo havia participado Don Francisco Colmenero, Governador del Castillo de Milán, al Embiado de Inglarerra, que residia en Genova, y este á su Corte; pero burló á todos la bella disposicion de este viaje, sobre lo qual exclamó con palabras violentas el Conde de Cadogán en el Haya, dando á conocer el artificioso engaño de los Españoles; y que el Reÿ Catholico, quando fingia querer la Paz, encendia la Guerra: mostró un genero de Manifiesto, que salió en Escocia, firmado del Rey Phelipe en 24. de Febrero, en que decia, emplearia todas sus fuerzas para restituir al Trono al Rey Jocobo. Este Papél fué apócrifo, le inventaron los Parciales de la Casa Stuarda, para mover los Pueblos, y esperanzar los de su Partido, previniendolos á tomar las Armas, porque no faltaba en Escocia quien sabia el secrèto, ò por lo menos no ignoraban haver passado el Duque de Ormond á España;y al que espera, cada pequeño indicio le propone abultado su deseo. El Cardenal Alberoni, despreciando los riesgos que esta empressa tenia, hizo que Ormond partiesse de Vilbao á la Coruña, donde se havian de unir las Naves que salieron de Cadiz, que eran dos de Guerra de sesenta Cañones, y una Fragata de veinte, mandadas por Don Balthasár de Guevara, que escoltaba los bastimentos de transporte, en que havia 5ꝰ. hombres, cantidad grande de Municiones, y 30ꝰ. Fusiles. Iban en ellos cinco Ingleses del Partido Jacobita, hombres de distincion, disfrazados, y estas veinte y quatro Velas salieron de Cadiz á 10. de Marzo. Prevenido de antemano el Rey Jorge, sacó un Tallon, diciendo, que Jayme Butler, Duque de Or-

Ormond, se havia embarcado en España para sublevar la Irlanda, y que ofrecia 10ŋ. libras Esterlinas al que le cogiesse vivo, ò muerto. Esto previno los ánimos de los traydores, y los leales. Esta Esquadra de España estaba en trozos, dirigida á varias partes: mil hombres, los mas Irlandeses Catholicos, llegaron á Escocia, á Pololum, Garoloch, y Kintail, con los Milordes Mariscal Scafort, y Tullivardina, desembarcando en aquella Playa los dias 16. y 17. de Abril. Traían 3ŋ. Fusiles para armar Paysanos, aderezos para 500. Cavallos, y Municiones: ocho dias despues passó á Bracaam Scaforth, de donde havia escrito Cartas circulares á sus Amigos, y Vassallos, para venir armados á assistirle, y á la Ciudad de Imuernesa, para que fuesse sin contradiccion recibido. Estos hombres ocuparon unos Castillos de poca entidad, y algunos puestos, agregandoseles hasta unos 2ŋ. Paysanos, numero infinitamente menor al que esperaban. No se les declararon mas del Partido del Rey Jacobo, no porque dexaba de haverlos, porque la nota, que en Madrid presentaron de los que les aguardaban, llamandolos con solicitud, era mas numerosa, y de personas de distincion, que no nombramos, porque tuvieron la fortuna de no ser descubiertos; y es facil, que se abultasse este numero para determinar el ánimo del Rey Catholico á la empressa, hecha tumultuariamente, y con poca reflexa de Alberoni, porque eran pocas Tropas las que embió, para mantener una Guerra civil contra su Rey, bien armado, y á quien se dispusieron á socorrer luego sus Aliados, y la Olanda, de donde marcharon 2ŋ. hombres uniendose en los Puertos de Francia todas las Naves de Transporte possibles para embarcar quatro á cinco mil hombres, porque marchaban ázia Ostende seis Batallones del Emperador, y el Duque de Orleans hacia prevenir en Brest una Esquadra de Naves de Guerra, para unirse á la de Inglaterra, que mandaba el Almirante Norris. Estos socorros debian estár previstos de Alberoni, pues aunque solo pretendiesse turbar la quietud del Rey Jorge, y empeñar en nuevos gastos sus Aliados, embió tan poca gente, que no podia mantener viva la rebelion: marcharon luego Tropas Inglesas, para defender la Escocia, navegando ázia Caitnes, con ánimo de introducir la sedicion en Souther-Land, despues de ocupar el Castillo de Dumrobin.

Los

Los Miniſtros Reales, invigilando ſobre aquel Reyno, encontraron en Korke, en un ſoterraneo de una caſa, cantidad de Fuſiles, y Alfanges, que debian ſervir á los Sublevados. Pocos ſe agregaron al Milord Tullibardina, acampado contra el Fuerte Kingraíl, que ocuparon, y guarnecieron con ſeſenta hombres. Eſtaba en eſtas Coſtas en dos Navíos del Rey el Capitán Voyle, y uniendo algunas Naves Mercantiles con gente, ſe acercó al Caſtillo, que eſtá á la orilla del Mar, y como eſte ſe defendia, acercó ſus Naves el Inglés. Con el favor de la noche batió el Caſtillo, echó en Lanchas ſu gente â tierra, y le atacó, y reſiſtióſe la Guarnicion con valor; pero eſtando dos millas lexos el Campo de Tullibardina, no pudo ſer ſocorrido, porque los Rebeldes, en las tinieblas de la noche no ſe atrevieron á moverſe de la Trinchera que havian levantado, creyendo que aquella Guerra era fingida de Tropas del Rey, para que deſamparaſſen ſu Campo. Al fin, ſe rindió el Caſtillo, donde tenian los Sublevados quatrocientos barriles de Polvora, Municiones, y Harina de repueſto: todo, y la Fortaleza quemaron los Ingleſes, y ſe bolvieron â embarcar.

Los Rebeldes, para moverſe, aguardaban las noticias, en que havian convenido con el Duque de Ormond, de la ſublevacion de Inglaterra, è Irlanda, porque en ambos Reynos havian de hacer el deſembarco los Eſpañoles, como ſi fueſſen treinta mil. Eſto mantenia en inaccion â los Eſcoceſes del Partido Jacobita. Un Navío Eſpañol, con otro Patache de Tranſporte, echó gente â tierra en la parte Septentrional de la Eſcocia, â tomar lengua, ſi ſabian algo del Duque de Ormond, y no pudiendo lograr noticia, bolvieron â embarcarſe. Salió el Almirante Norris con diez Naves buſcando la Eſquadra Eſpañola, que en el Cabo de Finiſterræ padeció tan furioſa borraſca por doce dias, que ſe ſeparó toda, echando los Cavallos al Mar: muchas Naves de Tranſporte naufragaron, quatro entraron en Lisboa, ocho en Cadiz, diez y ocho en los Puertos de Galicia, donde ſe ſalvaron fracaſados tres Navíos de Guerra: de los de Tranſporte pocos pudieron ſervir. El Rey Catholico pagò las que no fueron capaces de aconche, y retirò ſus Tropas por tierras de Portugál, porque aſſi lo permitiò el Rey Don Juan, inſtandole el Miniſtro

de España, Marqués de Capicelátro. Las Naves de Guerra de Galicia contra el Duque de Ormond, saliéndo de Vigo, y Pontevedra, intentaron sublevar la Bretaña, que sabian estaba descontenta del Govierno del Duque de Orleans;y el Conde de Bonamaur, Francés, se ofrecia, entre otros,por Cabo de la sedicion; pero no tuvo efecto, porque aunque la Provincia creia estár ajada, y oprimida, no tuvo valor á la rebelion, ni Cabos, que la alentassen, porque la mayor parte de la Nobleza estuvo por el Regente. No se podian internar los Rebeldes de Escocia á la parte meridional, porque no parecia el Duque de Ormond, y todo el Reyno estaba quieto; por lo qual, sin hacer progresso alguno, atacados de pocas Tropas del Rey, quedaron derrotados. Muchos se salvaron con los Cabos principales: otros quedaron prisioneros, y llevados en triunfo á Londres.

Este éxito tuvo esta Expedicion: Assi, pródigo del dinero, y sangre de la España Alberoni, todo lo intentaba, y nada le podia salir bien, porque queria contrastar el poder de tres Principes grandes, con solos los caudales de España, que havia agotado, consumiendo, no solo los del Rey, pero de Particulares. Bien es verdad, que el meter la Guerra en casa á los Ingleses, lo embarazó la desgracia del temporal, y por su causa no haverse podido introducir en Escocia mas Tropas Españolas, que sostuviessen á los Malcontentos, que el Regimiento de Leon, que de repente hizo embarcar en los Passages el Principe de Campo Florido. Los descontentos de Francia con el Govierno del Regente, y temores, de que en su tutela enfermasse de muerte el Rey niño, tampoco pudieron jugar las Armas, ni declararse del todo; porque Don Blás de Loya, á cuyo cargo estaba salir de los Puertos de Laredo, y Santandér con dos Navíos, cargados de Armas, y Patentes para algunos Cavalleros de la Bretaña, nunca salió de los Puertos, pretextando el mal temporal, que muchos llamaron miedo, por no tener el mayor credito de valor en las Tropas este Oficial. Llegóse á esto, el que poniendo de mala fee con Alberoni al Coronél Boisiniene, le fué mandado retirar como preso á Burgos. Tuvose por cierto, que Boisiniene tenia la comission, y el secreto de ganar á muchos de los que venian en el Exercito de Bervich, para que se

pas-

passassen al del Rey Phelipe, y mantener la correspondencia con los principales Franceses de la Bretaña, que estaban esperando Armas, Patentes, y ordenes del Rey Catholico, para la sublevacion; pero cortada la comunicacion, iban con el arresto de Boisiniene, y las esperanzas de los Bretones, con la detencion, y miedo de Loya, que nunca tuvo animo de embarcarse; muchos de ellos, descubiertos yá, se arrojaron al peligro del Mar, por huír el evidente de caer en las manos del Regente, y en una pequeña embarcacion arribaron à Santandér, y de aqui à Madrid, donde se quexaron agriamente de la mala conducta, y poca resolucion de Don Blás de Loya. De este modo se mojaba con las desgracias, y con la fatalidad de los Subalternos el ardimiento del Cardenal, y se desvanecian sus intentos. De estas malas resultas salió, que se embiasse preso al Castillo de Alicante al Duque de Veraguas, porque este se correspondia con el de Bervich, y aun suponia, que con el de Orleans.

En Sicilia mantenia las Trincheras de Melazo con gran penuria, y escaséz de Viveres el General Barón Zumiunghen, sin poder atacar à los Españoles, que havian hecho unas lineas invencibles. En el Exercito havia encontrados pareceres, porque muchos Oficiales Generales eran de opinion, que atacasse el Marqués de Lede à los Enemigos, antes que se reforzassen, porque el Ministro de Genova havia dado aviso, que se prevenia en Vado un gran comboy de 15ӯ. mandados por el General Merci, y escoltados por las Naves de Guerra de la Esquadra Inglesa. El Marqués de Lede creyó insuperables las Trincheras enemigas, y no poder empeñarse en el Sitio de Melazo; porque como no le podia quitar la comunicacion del Mar, este mismo socorro, que esperaba la Plaza, hacia impossible su rendicion; porque con las Tropas, que havian de llegar, y las que estaban, tendrian los Alemanes 24ӯ. hombres, numero superior al Exercito Español, de donde faltaban los que servian de Presidio à Mecina, à Palermo, y Termini, y los que bloqueaban à Siracusa, y Trapana; y aunque los Ministros Españoles, que servian en Italia, havian embiado cantidad de Reclutas, y de la gente que despidiò Venecia, havian formado dos Regimientos, que se iban embiando à Sicilia, con el de Lombardía, que se sacó de Longòn, y

las Tropas que se pudieron sacar de Cerdeña, no bastaba esta gente á formarle al Marqués de Lede un Campo igual al que tenian los Alemanes, porque este rumor de las Tropas que se esperaban, havia puesto en consternacion â Palermo; y escrivian de Napoles, que era la intencion hacer desembarco en aquella Playa, y assi fué precisado el Marqués de Lede à hacer otro destacamento para assegurar aquella Capitál, que governaba el Marqués Dubui, porque havia sido llamado al Campo el Conde de Montemár, al qual havia casi siempre destacado, teniendo el Marqués de Lede lexos de sí, porque era uno de los que se oponian à la que llamaba floxedad del Marqués, y aborrecia la inaccion. El Marqués tenia ordenes de la Corte de conservar el Exercito, porque Alberoni, yá que no pudo tomar à Sicilia por sorpresa, queria dilatar aquella Guerra, para esperar el beneficio del tiempo, cansar à los Aliados, y hacerse necessario al Rey, porque en la forma que estaba entablada, solo él podia seguir aquella empressa; ni otro mas que su absoluto modo de obrar podia sacar dinero para tantas urgencias, porque yá havian entrado tambien los Franceses à la Navarra, y havia determinado el Rey Cathólico salir con las Tropas que le quedaban à encontrarlos, mas con la esperanza de traerlos à sí, que de oponerse con las Armas.

Partió al fin de Vado con las Tropas el General Merci, y llegó á Napoles á 24. de Abril: no pudo luego passar à Sicilia, porque se havian de juntar Viveres, y Municiones, y avisar al General Zumiunghen de las operaciones, que debia hacer el desembarco. En 23. de Mayo partió de Vaya, escoltado de ocho Naves Inglesas, y en mas de 200. Velas de Transporte: traía consigo 12U. Infantes, dos Compañias de Usares, dos Regimientos de Corazas, y uno de Dragones. Estas Tropas, parte se embarcaron en la Ribera de Genova, parte passaron á Napoles por el Trieste, y lo mas de la Cavallería que salió de Milán, fué por tierra. El dia 26. de Mayo, al anochecer, la Flota de los Alemanes dió vista á las Costas, el rumbo ázia el Faro, y las Proas á Estromboli: siguió esta Navegacion hasta el Cabo de Orlando, de donde vino el bordo, y se puso á la capa el 27. en la altura de Pati. Alli llegó el General Zumiunghen, y se hizo Consejo de Guerra. De Mecina,

cina, viendo eftas operaciones, fe deftacó Cavallería, y Granaderos por Sanagati, y Torre del Faro, para impedir el defembarco; pero yá la Armada fe havia acordonado en el Golfo de Olivieri la noche del 27. y á 18. millas de Melazo, entre Pati, y Olivieri echaron 19. Puentes. Con efta noticia fola tuvieron los Alemanes la gloria de que levantaffe el Sitio el Marqués de Lede, porque podia fer cogido enmedio de las Tropas que llegaban, y de la Guarnicion de Melazo, y queria tener el refguardo de las Montañas, y la comunicacion con el Mar Meridional. Efta noche entró la Trinchera el dicho Montemár, y fe empezaron á dexar las lineas, desfilando, con alguna precipitacion, de genero, que fe dexaron en el Campo los enfermos, recomendados con una Carta al Conde de Merci, 29. facos de Harina, y otros Viveres. En el Campo havia ocho Cañones, tres en el Parque, y cinco en las lineas, los quales fe embiaron á Mecina: la marcha fe tomó por el camino de Barceloneta al largo del Rio: defpues tomaron la Vanguardia los cinco Batallones de las Trincheras, y en la Retaguardia quedaron cinco Compañias de Granaderos, y los Oficiales, avifando las Partidas abanzadas: todo fe executó, fin que lo fintieffen los Enemigos; pero una chica Partida del Regimiento de Caftelár, que no oyó el avifo, quedó defpues prifionera. Unido el Exercito, profiguió fu marcha: llevaba en la Retaguardia los Granaderos, mandados del Marqués de Reftes. Cubrialos por la finieftra la Cavallería, mandada por el Marqués de San Vicente. Con efta orden el Exercito fe retiró á Rodi, y Cafal del Caftro, dexando parte de la Cavallería en Pozo de Gotto, y Barceloneta, y lo grueffo del Exercito fe acampó á lo largo del Rio de Rodi. La mañana del dia 28. falió la Guarnicion de Melazo, y ocupó las Trincheras de los Efpañoles: Tomó el Hofpitál con los Enfermos, y los Viveres, que fe havian dexado. Con efto defcansó la victoria, y fe hicieron falvas en la Plaza, dando con ellas, y con las concertadas feñales avifo al Conde de Merci de lo que havia fucedido. Los Alemanes, dexando fu Trincherón de Melazo, fe acamparon fuera, baxo el tiro del Cañon, corriendo fus Partidas hafta Merci, y fuego de los Arcos. La mañana del 28. el Conde de Merci, en el feno vecino á Olivieri, cerrado de dos grandes promontorios, llamados San-

Santa Maria de Tindaro, y el Cabo de Caraba, hizo su desembarco; luego ocupó à Fati, Ciudad abierta, y yendose á unir con la Guarnicion de Melazo, todos aquellos Lugares vecinos prestaron la obediencia. La misma noche determinaron atacar á los Españoles en Rodi por dos partes: pero el Marqués de Lede, no pareciendole estár en aquel Campo seguro, hizo una marcha muy larga, y se acampó en Francavilla, para cubrir, segun decia, todo el País, acudir á qualquier parte, que los Enemigos, se encaminassen, y tener la retirada, en todo accidente, á Palermo. Viendo malogrado su designio Merci, acampó su Exercito, con el ala derecha al Mar, la siniestra á Omeri: luego mandó prevenir Faginas, y Gaviones para el Sitio de Mecina; y el primer dia de Junio, valiendose de los Barcos, que tenia alli de transporte, hizo un Destacamento de 3U. hombres contra la Isla de Lipari. Tenia su Castillo 500. Españoles de Guarnicion, que se retiraron á él. Los habitadores retiraron las Mugeres, y Niños al Cabo de Orlando, despues al Continente de Sicilia; y no pudiendo ser Lipari socorrida, se rindió con su Castillo, prisionera de Guerra la Guarnicion. El Marqués de Lede embió á llamar sus Destacamentos para reforzar el Exercito. Se destacaron 300. Cavallos con el Coronél Conde de Pezuela, á cargo del Brigadier Cavallero de Aragón, para observar en la altura de S. Pedro de Patri los Alemanes, que havian destacado 500. Cavallos á Saponara, y cogieron á su Duque, que estaba enfermo. Algunos dixeron era ficcion, para dexarse tomar de los Alemanes, con quienes estaba de acuerdo.

El Marqués de Lede, del Campo de Francavilla fué solo á Mecina, donde hizo reparar el Fortin de los Capuchinos; y para mantener á la devocion del Rey Catholico la Ciudad, la quitó las gavélas por tres años, y esta hizo un Donativo para las presentes ocurrencias. Todo el Reyno de Sicilia se armó contra los Alemanes, á cuyos Piquetes mataban á traycion. Publicó un Edicto el Conde de Merci, en que mantendria el Emperador los Privilegios á aquel Reyno, y quitaba catorce años de las gavelas si le prestaba la obediencia. El dia 2. de Junio el Marqués de Lede reconoció los passos de Ibiza, Saponara, y Calvaruzo, donde dexó algunos Veteranos con Cavallería del País: la Brigada de Castilla,

con

con dos Regimientos de Cavallería, los puſo en la Eſcaleta: la de Saboya en Taurmina. Embió al Marqués de San Vicente Catanea: al Conde de Montemár á Palermo, para dár diſpoſicion de Viveres para Mecina; y el Exercito á eſta Ciudad. Se la entró baſtimentos á lomo de Mulos, porque eſtaba poſſeído de los Enemigos el Mar. Por eſta parte era dificil traerlos á Palermo: por eſſo ocupó Montemár á Caſtel-Brolo en la Coſta de Tramontana, por donde los embiaba por agua, y ſolo tenian que andar por tierra á Francavilla ocho leguas. El dia 17. de Junio ſe puſo en marcha el General Merci con todo ſu Exercito deſde el Rio Roſolino en dos columnas, para ocupar las alturas de las tres Fuentes. Una columna marchaba por lo largo del Rio, otra por el camino de Caſtro-Real. Las Partidas abanzadas de los Eſpañoles ſe iban retirando, que era el Deſtacamento del Conde de Pezuela, quatro Compañias de Granaderos de las Guardias, y los cinquenta Caravineros; y la Infantería, que ocupaban á Fondaco. El dia 19. ſe proſiguió ſu marcha, empezando á baxar por la Montaña, que domina el Rio de Francavilla, haciendo que tres columnas tomaſſen las opueſtas alturas á eſta Ciudad. Obſervaba â los Enemigos el Capitán de Caravineros Don Juan de Ezpieta; con lo qual el Marqués de Lede ſe puſo en Batalla en ſu Campo de Francavilla, que havia bien fortificado, aunque no havian á eſte tiempo llegado todos los Deſtacamentos, que llamó el dia 20. al amanecer. Proſiguieron los Alemanes á baxar por quatro diſtintas partes al Rio à la parte de los Capuchinos, y una columna mandada del General Schendorf, como iba llegando â llano, tomó la marcha de la Montaña, que dominaba la ſinieſtra de los Eſpañoles, ocupada por el Brigadier Don Pedro de Tancour con el Regimiento de Ibernia, y ocho Piquetes. Con otros cinco Piquetes ocuparon la mitad de la Colonia el Coronél Don Sebaſtian de Eslava: eſte hacia frente al grueſſo de les Enemigos: el Marqués de Lede reforzó á Tancour con el ſegundo Batallon de Caſtilla; pero los Alemanes le apretaban tanto, que perdiendo mucha gente, ſe retiraba. Viendo eſto el Marqués de Lede, hizo abanzar al abierto, que eſtá entre eſta Montaña, y los Capuchinos, los Batallones de Utrech, y Borgoña: y ordenò á Eslava mantener quanto pudieſſe

dieſſe

dieſſe aquel pueſto; lo qual executaba con la mayor bizarría, ſoſtenido de dos Campañias de Granaderos de las Guardias Vvalonas, mandadas por el Baron de Venelt, y el Señor de Bay, que moſtraron el mayor valor, pero como los Alemanes, con una intrepidéz ſingular los cargaban, y hacian tanto fuego ſobre el ala derecha Eſpañola, ſe iba Eslava retirando. Lede hizo guarnecer el Sitio con el Batallón de Ibernia, ſoſtenido del de las Guardias Vvalonas, al miſmo tiempo, que los Enemigos baxaban de la altura. A la una de la tarde el grueſſo del Exercito Alemán, que eſtaba en el Rio, atacò con gran denuedo, y reſolucion la derecha Eſpañola: fué rechazado por tres veces de los Piquetes, y de las Guardias Eſpañolas con un Regimiento de Dragones, que eſtaba en aquel pueſto; pero abanzando los Alemanes, que yá, con muerte de muchos Eſpañoles, y de Tancour, los havian echado de todas las alturas, ſe vieron obligados, los que querian adelántados defender el ala ſinieſtra, á retirarſe al cubierto de la derecha de los Capuchinos, ſiempre peleando, mandados por Don Juan Caracholi, que recibiò una herida mortal, y Don Domingo Luqués. Los Piquetes, atacados por todas partes, ſe retiraron á ſu Cuerpo, haciendo opoſicion en los Capuchinos á diez Batallones de Alemanes, que atacaron con vigor imponderable aquel pueſto. Los Batallones de Utrech, y Borgoña, con las Guardias Vvalonas ocuparon el Puente: alli puſieron ſu mayor esfuerzo los Alemanes, pero ſiempre con infelicidad. La columna que baxò cara á los Capuchinos diò varios aſſaltos: pero fué ſiempre con gran pérdida rechazada, de genero, que bolvia la eſpalda. Enardecidò Merci, acudiò con los Oficiales: no tuvo mejor fortuna, y quedò gravemente herido. La ſinieſtra del Alemán no atacò en forma á la derecha Eſpañola, contentandoſe de ſoſtener quanto podia los que bolvian rechazados del centro, donde eſtaba el mas vivo fuego de la Accion: el que de ella ſe apartaba de los Alemanes, venia combatido de los Granaderos, y Dragones, que havia mandado el Marqués de Lede ſalir de la linea con los Regimientos de Flandes, y Andalucía, y ocupar las margenes baxas del Rio. No las atacaron los Dragones, y Granaderos á cavallo Alemanes, porque eſtos guardaban la falda del Monte, y el camino de la Mota, manteniendoſe con

gran

gran valor al fuego de dos Batallones, aunque algo desordenados. Enfurecido Merci, echaba mas Tropas à la Accion; pero como este puesto de los Capuchinos estaba ocupado de las Guardias Españolas mandadas por Don Joseph Armendariz, y el Marqués de Villadarias, Oficiales del mayor brio, y honra, no era facil romper esta linea, sostenida de las Guardias Vvalonas, los Batallones de Utrech, y Borgoña, que les tocó aquel puesto. Los Generales Zumiunghen, y Sechendorf, se empeñaron ambos valerosamente varias veces en este acometimiento, siempre con infelicidad, sin reparar que era insuperable el Campo Español, porque el ala derecha estaba cubierta del Rio, y de una linea, presidiada, como hemos dicho, de Tropas tan bravas: enmedio havia un Convento de Capuchinos, fortificado, y guarnecido de escogidos Batallones: el ala siniestra estaba arrimada à Francavilla, cubierta de varias viñas, y paredes: con que no podia ser por todas partes atacado el Campo, ni pelear la Cavallería. En esto ultimo tuvo Merci ventaja, porque si huviera podido entrar à la Accion la Cavallería Española, no la tenian los Alemanes, para oponersele. Por esso resolvió atacar el Campo el Alemán, fiandolo todo al valor de su Infantería, que hizo maravillas; pero encontró con otro, no menos fuerte. La noche dió fin à la ira de Merci, que se retiró herido; pero no desengañado, donde mostró mas valor, que prudencia, porque si durára mas el dia, el Emperador, en una que no fué batalla, perdia todo su Exercito; y fué felicidad no haver perdido mas, que 5ꝟ. hombres, muchos Oficiales, entre ellos el Principe de Holstein, y el General Rokor: los heridos passaron de 1500. Los Españoles perdieron 2ꝟ. hombres, al Theniente General D. Juan Caracholi, al Señor de Tancour Don Francisco de Ayala, y hasta cien Oficiales. Quedó herido el Cavallero de Lede en una espalda, y Don Pedro Seatahufort, con no pocos Oficiales de las Guardias Españolas, y Vvalonas.

Al otro dia ocupó el General Merci las Montañas, que los Españoles posseian, fortificando las gargantas de ellas, porque no pudiesse ser atacado. Muchos Oficiales Generales decian, que debia el Marqués de Lede hacer seguir al Enemigo aquella mesma noche, porque guiado de la Cava-

llería del Pais, podia ocupar los pueſtos, por donde les fueſſe dificil baxar al Llano para Melazo, ni tomar el camino de Mecina, ó abrirſe paſſo al Mar; pero ni los Alemanes ſe retiraron con el deſorden, que los Eſpañoles creian, ni dexó el Conde de Merci de tener ſu Exercito junto à la media noche, aunque ſin mas proviſiones, que ſeis dias de Pan, que llevaba el Soldado en la mochila; pero tenian los Oficiales ſu Bagage en parage ſeguro, cubierto de dos Regimientos de Cavallería, y otros dos de Infantería, y aſſi pudo en los dias 22. y 23. fortificarſe, é ir adelantando ſu Vanguardia ázia el Mar, haviendo ſu Cavallería ocupado el pueſto, que eſtá entre los Jardines, y la Torre, que ſe hizo para recibir los Viveres de Calabria, porque de Trapana ſe hacian continuas conductas de Viveres, y ſe retiraban los heridos. Muchos culparon à Lede, de que en eſta ocaſion pudo haver acabado con los Alemanes, ſi los huviera ſeguido. Paſſó à aquel Reyno el General Merci para curarſe, y quedó Zumiunghen con el mando. El dia 2. de Julio, deſpues de dos veces rechazados, tomaron los Alemanes à Taurmina: los Payſanos les facilitaron la entrada por una puerta, por no padecer los eſtragos de la Guerra, ò por inteligencia, como ſe creyó, de algunos Clerigos del Lugar. El Caſtillo de Mola, que preſidiaba con 200. hombres el Theniente General del Regimiento de Saboya, Paſtor, ſe defendió con un imponderable brio, aun batido con dos Cañones de 24. y ſufrido muchas Granadas Reales incendiarias. Llegaron al Campo del Marqués de Lede los Regimientos de Cavallería de Borbòn, y Milán, que venian de Palermo, y unidos al de Flandes, y Barcelona, ſe deſtacaron para Maſcari, obſervando al Exercito enemigo, que ſe enderezaba à Mecina: Bolvió de Palermo el Conde de Montemár con el Regimiento de Bravante, y los Batallones de Lombardía, Landini, y uno de Suizos, para reforzar el Exercito. Tambien aumentaron el ſuyo los Alemanes con la gente que bolvió de Lipari, y la que ſacaron de Siracuſa, introducida por Taurmina, y Santa Tecla, donde tenian intencion de poner ſu Campo, deſpues de haver fortificado el paſſo de las tres Fuentes, que facilitaba la comunicacion con Melazo, de donde eſtrechaban el Campo Eſpañol, è incomodaban las Tropas, pero el Conde de Pezuela, con trece

Com-

Compañias de Granaderos, que mandaba el Coronél Don Patricio Landini, y trefcientos Dragones de fu Regimiento, defalojó à los Alemanes de las tres Fuentes, defpues de un choque muy fangriento. Eftos folo tenian la intencion de adelantarfe, y affi, defamparando à Taurmina, el bloquéo de Mola, y dexando à la Efcaleta, marchando por la Forca, baxaron por la Ribera del Rio Agro, y tomaron el camino de Mecina, acampandofe ocho millas diftante de la Ciudad de San Eftevan, fin que fe lo embarazaffe el Marqués de Lede, como podia, fegun affeguraban muchos Oficiales. Yá con efto eftaba amenazada Mecina; fiendo cierto, que los Enemigos, antes de baxar por el Agro, eftaban en Quarteles, cafi no comunicables, y atacados por fu Retaguardia, ò Flanco derecho, no podian fer focorridos, fino à mucha cofta, pues para effo havian de baxar cueftas bien dificiles; pero al Marqués de Lede le parecia no moverfe de fu Campo de Francavilla, y affi hizo inutiles las ventajas, que tuvo en él, pues defpues de cantar la Victoria los Efpañoles, vencido el Exercito Enemigo, fe halló efte capáz de marchar, eftendido por las Montañas, y en un mes abrirfe varios paffos por la Mar, ocupar à San Eftevan, y aun adelantarfe hafta Dromo, tres millas de Mecina. Eftas difpoficiones daba defde Calabria el General Merci, que luego que mejorò de fus heridas, bolviò al Campo, para emprehender el Sitio: los Efpañoles bolvieron à ocupar à Taurmina, y Don Lucas Efpinola, Governador de Mecina, fe prevenia à la defenfa. Eftas noticias las pintò el génio, y el afecto varias en la Corte de Efpaña. Reconociò el Cardenal la variedad de los dictamenes, y que el Conde de Montemár, Don Lucas Efpinola, Don Pròfpero Berboon, y otros Oficiales Generales, fe oponian al Marqués de Lede, cuya conducta era de fu aprobacion, y affi determinò facar à Berboon, y à Montemár de Sicilia, y que por ellos fueffen las dos Galeras del cargo de Don Pedro Montemayor, con las quales havia de paffar de Efpaña á Italia el Rey Jacobo de Inglaterra. Queria el Cardenal defembarazarfe, porque veía era otro obftáculo á la Paz, pues la primera condicion feria facarle de los Dominios del Rey Catholico. Efto inftaban los Olandefes, que fe mantenian neutrales, aunque havian yá ofrecido entrar en la Quadruple Alianza, dando

tres mil hombres para esta Guerra, si en termino de tres meses no hacia la Paz el Rey Catholico. Para esto embiaron à Madrid al Varón de Elostér, que no fué recibido de Alberoni con aquella urbanidad, que los Olandeses esperaban, porque el Cardenal creyó, que traeria modificados los Articulos yá propuestos; y este solo instaba, que se admitiesse el de Londres, al qual tenia Alberoni tanto horror, y con poco que de él se huviesse mudado, sin duda se convendria al Ajuste, que hacia cada dia mas dificil; porque havia explicado al Marqués Annibál Scotti, Ministro Extaordinario de Parma en Parìs, el Duque de Orleans, que nunca dexaria las Armas, si no salia de los Dominios de España Alberoni: por el Rey Jacobo decia lo proprio la Inglaterra, y assi se halló embarazado el Rey Phelipe en el pretexto de insinuarle bolviesse à Roma.

La fortuna abrió camino. Estaba, como diximos, arrestada en Inspruch la Princesa Clementina Sobieski, Muger del Rey Jacobo, y havia el Emperador mandado passasse à la Ciudad de Olao en Silesia, donde estaba su Padre. La Princesa, que no havia determinado mas, que seguir à su Marido, dispuso huirse, lo que executó en esta forma. A los 15. de Abril partieron de Scelestad, en Alsacia, el Señor de Miscet con su Muger, ambos Irlandeses, acompañados del Señor de Guidón, Mayor del Regimiento Dillón, y los Señores Uhogan, y Toole, todos Irlandeses: llegaron incógnitos à Inspruch, Guidòn tomó nombre de Conde de Cernet, Flamenco: los demás passaban por sus camaradas, y criados. El pretexto era baxar à vér la Italia. La Princesa, avisada de que aquellos venian para patrocinar su fuga de orden de su Padre, en termino de un dia halló modo de executarla; porque saliendo de la casa, en que estaba disfrazada en habito plebeyo, y sola, con dos camisas debaxo del brazo, burló el conocimiento de las Guardias, y siguiendo à lo largo à uno, que la guiaba al lugar, donde la esperaban los demás, marchó 32. leguas, sin parar, fingiendose hija del supuesto Cónde de Cernet. Esta fuga no supieron los Ministros de Inspruch, hasta despues de dos dias. Despacharon varios Correos, para seguirla, con ordenes de arrestarla, y uno dió con ella en una Posada Campestre; pero conocido de los de su Comitiva, le combidaron á beber, y dandole vino compuesto de un fortissimo

ſimo beleño, le emborracharon, y dexandole dormido, proſiguió la Princeſa ſu viaje haſta Boloña, donde la encontró la Condeſa Maar, y en Roma fué recibida con demonſtraciones de ſuma benignidad del Pontifice. El Emperador, por dár ſatisfacion al Rey Jorge, ſacó de ſus Eſtados al Principe Sobieski, que ſuponian Autor de eſta fuga. Eſte guſtoſo aviſo, que con Expreſſo ſe dió al Rey Jacobo, le hizo ſalir de Eſpaña, quitando al Rey Phelipe el ſinſabor de inſinuarſelo. Hizo de buena gana eſtos exceſſivos gaſtos Alberoni, porque ſe quitaba un gran embarazo; y mas, ocupado con la nueva Guerra, que hacia la Francia en Navarra la baxa. A 21. de Abril, antes que baxaſſe el Duque de Bervich, paſſó el Vidaſo el Marqués de Silli con 20U. hombres, cerca de Vera, en la Provincia de Guypuzcoa; luego ocupó el Caſtillo de Behodia, deſpues la Hermita de San Marcelo, á Caſtelfolit, al Fuerte de Santa Iſabél, y lo que fué mas dañoſo, los Paſſages, donde tenia un buen Arſenál, y ricos Almacenes de Guerra el Rey Catholico, muchos Cañones, y ſeis buques de Guerra por acabar. Todo lo quemaron los Franceſes, aprovechandoſe muy poco de quanto havian encontrado, aunque el daño que hicieron paſſaba de dos millones. A 2. de Mayo, tomando un pequeño Fuerte, poco diſtante de Fuente-Rabía, quedó embeſtida la Plaza: las Guarniciones de los Fuertes, que havian tomado, quedaron priſioneras. Baxó el Duque de Bervich al Exercito, y halló eſparcidos unos Papeles, impreſſos en Madrid en 7. de Abril, cuyo titulo era: *Declaracion de ſu Mageſtad Catholica ſobre la reſolucion, que ha tomado, de ponerſe à la Cabeza de ſus Tropas, para favorecer los intereſſes de ſu Mageſtad Chriſtianiſſima, y de la Nacion Franceſa.*

Todos eran partos del reſentido entendimiento de Alberoni, como lo havian ſido los demás Papeles en eſte aſſumpto eſcritos, que tanto irritaron al Duque Regente: ni eſte ultimo era el mas templado, porque ponia ſu autoridad en duda, y le llamaba, no abſolutamente Regente, ſino que pretendia ſerlo; y eſta prerrogativa le daba al Rey Catholico, que llamaba á la deſercion á las Tropas Franceſas, no ſolo ofreciendolas premios, pero el agradecimiento del Rey Chriſtianiſſimo, quando, ſaliendo de la menor edad, llegaſſe á reynar.

nar. El Duque de Bervich embió un exemplar de eſtos Papeles al Rey Chriſtianiſſimo: el Duque de Orleans le oyó con deſprecio, y reſpondió en nombre del Rey: Que yá conocia el Autor de él: Que no havia tomado las Armas contra el Rey, ni la Eſpaña, que tanto á la Francia le coſtaban; sí, que ſolo tenia por objeto un Govierno Eſtrangero, que oprimia á la Nacion; y abuſando de la confianza de ſu Soberano, queria renovar una Guerra general: Que eſtas Armas no pretendian, ſino que, á deſpecho de ſu Miniſtro, fueſſe el Rey Catholico reconocido por tal de toda la Europa, y confirmado en el Trono: Que ſi el Rey de Eſpaña improperaba á la Francia de haverſe unido con ſus Enemigos, eſtos eran los que él havia atacado, y le ofrecia una Paz ventajoſa: Que á ſolo ſu Miniſtro, enemigo de la Paz, ſe debia imputar la reſiſtencia del Rey, las conſpiraciones contra la Francia, y los Eſcritos injurioſos á la Mageſtad del Chriſtianiſſimo en la perſona de ſu Tio el Duque de Orleans, que era el Depoſitario de ella: Que eſtaban mas los que parecian enemigos del Rey Catholico en ſus proprios intereſſes, que ſu Miniſtro, que por ſatisfacer ſu particular ambicion, queria empeñarle en una Guerra, que ſe ſalia infauſta: Que la ternura, y amor, que moſtraba el Rey Catholico á los Franceſes, era ſolo de palabra, porque no podia haver mayor hoſtilidad, que querer introducir en un Reyno la Guerra civil, la convocacion de los Eſtados, la deſercion, y la rebeldía: Que por la Renuncia ſe havia hecho yá el Rey Catholico Principe Eſtrangero para la Francia: Que con actos ſolemnes havia reconocido aquella Regencia, y la queria de nuevo reconocer, ſi faltaba á ſus Aliados: Que el Rey Catholico hacia injuria á ſus Franceſes, creyendolos capaces de deſercion; y que él ſolo les mandaba combatieſſen por la Paz, eſperando en la Nobleza Eſpañola para obtenerla, y librar al Rey de un yugo Eſtrangero, perjudicial á ſu gloria, y á ſus intereſſes: Que ſus Enemigos eſtaban promptos á hacer la Paz, ſobre que la aſſegure, no la palabra de un Miniſtro, que deſprecia la fee pública, y que ſe ha explicado no conſeguirian de él mas que una Paz fingida; ſino la palabra Real, y la buena fee de una Nacion, que aun quando no tuvieſſe un Rey de la Caſa de Francia, era digna de particular aprecio. El

Rey

Rey Phelipe salió de su Corte, acompañado de la Reyna, aunque estaba preñada: iba tambien el Principe de Asturias y el Cardenal, que dispuso se quedasse en Madrid el Ayo del Principe, Duque de Populi, á quien tenia aversion, porque no era de su dictamen: la naturaleza, la ingenuidad, y la prudencia del Duque no podia ser de la aprobacion de Alberoni; el qual poco despues, haviendo sabido, que en una conversacion havia dicho el Duque, no haria el Regente de Francia la Paz, si no sacaba el Rey de sus Dominios al Cardenal: este, mal dueño de sí mismo, hizo, que se le quitassen al Duque de Populi sus empléos, y que saliesse desterrado de la Corte. Por motivo igualmente leve hizo poner en un Castillo á Don Pedro de Zuñiga, Duque de Naxera. Estos engaños padecia el Rey, mal informado, porque tyranizados sus oídos del Cardenal, solo á él escuchaba. Nombróse Capitán General del Exercito, que se enderezaba al socorro de Fuente-Rabía, al Principe Pío, haciendole passar de Barcelona. Se havian con dificultad juntado 15ꝟ. hombres, que marchaban á Navarra; pero era yá tarde, porque desde los 27. de Mayo tenia Bervich la Trinchera abierta contra Fuente-Rabía. Havian baxado otras Tropas del Rosellón, y llegado al Campo el Principe de Contí, para servir de aventurero en él. A 5. de Junio yá se batía en brecha: Hicieron los Españoles una regular defensa, mientras el Rey se iba acercando á la Plaza; pero quando yá no estaba mas que dos millas de ella, tuvo noticia, que se havia rendido á 18. de Junio, haviendo hecho la llamada el Comandante Don Joseph Emparan, despues de haver sido muerto de una bomba el Governador: pudo el Rey apresurar su viaje, y la marcha de las Tropas, pero no queria el Cardenal, ni el Principe Pío exponer la Persona del Rey á una empressa impossible, por ser tan inferiores en numero los Españoles: con todo esso el Rey, sin sabida del Cardenal, mandó apresurar su Exercito; pero como las Montañas por donde havia de passar eran tan dificiles, no pudo llegar á tiempo de ponerse el Rey á vista de las Tropas Francesas, que era lo que deseaba, esperando, que su presencia facilitasse la desercion: y como miraba al Cardenal como impedimento de su designio, explicólo su indignacion con palabras, que podian significar haver caído de su gracia;

pe-

pero la Reyna le mantuvo en ella, porque aún estaba persuadida, que las Disposiciones del Cardenal eran las mas acertadas para el bien de la Monarquía. Los Franceses embarcaron en tres Fragatas Inglesas 800. hombres, mandados por el Cavallero de Guire; y llegando á 12. de Junio á la Playa de Santoña, cañonearon las Baterías, que los Españoles havian hecho, guarnecidas de 700. Miqueletes Cathalanes: por la noche desembarcaron á un quarto de legua. Los Franceses ocuparon la vecina Montaña, de donde, al amanecer, baxaron á la Villa, y huyendo las Milicias Urbanas, que la defendian, prestando la obediencia, ocuparon los Enemigos los Fuertes, y las Baterías: estaba entre ellos el Coronél Stanop, que havia propuesto esta expedicion á Bervich, porque yá sabia, que havia embiado el Rey Catholico á Santoña á D. Carlos Grillo, para dár calor á la construccion de unos Navíos, que estaban por acabar; tres quemaron los Franceses, y los materiales para construir otros siete, llevandose 50. Piezas de Cañon: obraba en esta empressa con animosidad Stanop, á quien havia embiado el Rey Britanico, para observar, si hacian de veras la Guerra los Franceses, de donde se colige, que por sus intereses particulares, no hacia otra cosa, que los mandados de Inglaterra el Regente. Esto aumentaba las sospechas en el Rey Catholico. El Duque de Bervich mandó atacar á San Sebastian: la Ciudad se rindió á 2. de Agosto, la Ciudadela á 17. mucho antes de lo que los Franceses lo esperaban: esta Guarnicion, la de Fuente-Rabía, y la de la pequeña Isla de Santa Clara, que tambien se havia rendido, passaron á Pamplona, porque Bervich, con los Españoles era franco, galante, y liberal, pues, ni ellos, ni estas Plazas se defendieron hasta darle lugar á no serlo: la Provincia de Guypuzcoa presto obedeció á los Franceses, pidiendo solo, que en los Tratados de Paz, la Francia, y la Inglaterra pactassen la conservacion de sus antiguos Privilegios, y libertad, prevencion poco decorosa â aquel País, y que le pareció mal â Bervich, quien le respondió, que esta Guerra, no era mas que para obligar al Rey á la Paz, y no admitió tampoco contribuciones. Partiò luego para el Rosellòn: con esto creció el cuidado del Rey de España, creyendo le atacarian â Pamplona: por esso la presidiò con 10ꝧ. hombres; pero viendo yá marchar

las

las Tropas Francesas de la Navarra, se retiró à la Corte, y mandó, que el Principe Pio, con el restante del Exercito, marchasse á Cathaluña, que estaba amenazada de los Franceses; porque sobre acercarse Tropas al Rosellón, se embiaba gran cantidad de Viveres, y Municiones á Colibre, que llegaron muy pocas, porque en una furiosa tempestad naufragaron los mas de los Barcos de transporte. Esto impidió el Sitio de Rosas, de genero, que ocupados los Franceses en la toma de pequeños Castillejos en la de Urget, ocupando tambien à Castel-Ciudad, se aquartelaron: pues yá le parecia á la Francia, que en aquella Campaña podia desenganyarse de sus falsas idéas Alberoni; porque havia perdido el Rey Catholico en tres meses dos Provincias, con sus Plazas, y padeciendo costosos daños de mas de tres millones de pesos en los Passages, y en Santoña, que era el principal designio de los Ingleses, suspirando siempre, porque España no tenga Navíos, para aprovecharse assi de los thesoros de las Indias con los suyos.

Estos malos sucessos, y el haver tenido el Rey Phelipe la noticia, que estaban los Alemanes en Sicilia, sitiando â Mecina, sin que huviessen los Españoles podido embarazarlo, le hizo entrar en la reflexion, que le havia puesto Alberoni en empeños, de que no podia salir, y empezó á enagenar el ánimo de este Ministro, que no dexando de conocer alguna mudanza en el Rey, apelaba al favor de la Reyna, que tambien estaba cansada de sostener la despotica voluntad de aquel hombre, á quien, por su baxo origen, miraba interiormente con desprecio. Alberoni, viendo todo el Mundo conjurado contra èl, haciendo rostro á las amenazas de la fortuna, se esforzaba á mantenerla. Todo el arte era, apartar del Rey á quantos podian influir consideraciones, que avivassen la reflexion, y tenerle falto de noticias. Por esso havia mandado á los Ministros, que servian en las Cortes Estrangeras, que ni á los Secretarios del Despacho Universal las comunicassen, y solo á él en derechura se escriviesse, paraque estrechado mas el Rey á mendigar avisos de lo que passaba, ni aun pudiessen los Secretarios darselos; porque estos, de oficio, le presentan las Cartas de los Ministros, que no dexa el Rey de leerlas, porque es dificil en materia de Estado minutarlas: por esto las

queria Alberoni en su poder, porque dexando la formalidad de llevarlas al Rey, solo le decia lo que no embarazaba á su idéa, conociendo la oportunidad, y la sazon. Esto lo hizo tambien por quitar al Marqués de Grimaldo la ocasion de hablar mas frequentemente con el Rey, temiendo, que en la sinceridad de Grimaldo peligrasse su gigante autoridad: por esso en las jornadas que el Rey hacia á Balsaín, Aranjuez, ò el Escorial, solo se servia del Secretario Universal de Guerra Marqués de Tolosa, para dár las ordenes de Guerra; que las de Estado, solo las fiaba á su pluma propria, ò á la de un Secretario suyo particular. Este era desorden, nunca visto en una Monarquia, porque los Ministros no tenian respuestas de oficio, y vivian con la desconfianza de que nada llegaba á oídos del Rey, y aun se hallaban embarazados en el obedecer á quien no era declarado primer Ministro, ni tenia oficio alguno, por donde juridicamente podia mandar. En este riesgo vivian qnantos executaban sus ordenes; y aunque lo revalidaba todo el tácito consentimiento del Rey, era trabajo creer, que en algun tiempo, cayendo Alberoni de la gracia, fuesse preciso, sufriendo algun cargo, reconvenir á su Soberano con razones; porque las del Subdito no tienen mas eficacia, que la que les dá la comprehension, ò benignidad del Principe. Conocian los Ministros, que no debian obedecer sin rèplica ordenes perjudiciales al bien de la Monarquía; pero la sobervia de Alberoni havia degenerado en fiereza, y no sufria, que le replicassen; porque nada contenido en la circunspeccion, y moderacion de ánimo, precisa en el que govierna, prorrumpia en palabras ofensivas, con modo tal, que muchos hombres, dignos de la mayor atencion, salian ajados de su presencia. El mismo peso de los Negocios detenia, ò confundia los Expedientes; ni era un hombre solo capáz de darle á quanto ocurria en tan varias lineas; y assi, ni respondia muchas veces á lo que se le consultaba, ni la respuesta, si la daba, era cathegorica, y formal: y como no le bastaba el tiempo á evacuarlo todo, no tenia registro alguno al pié de la letra de lo que ordenaba, y assi salian muchas ordenes encontradas, y repugnantes.

Brilló entonces la constante fidelidad de los Españoles: decian algunos, que menores trabajos havian padecido en

tan

tan dilatada Guerra, que en estas violencias de un Estrangero. Conocia Alberoni, que estos desordenes estaban desaprobados del zelo, y la prudencia del Confessór del Rey, el Padre Guillelmo Daubanton: no ignoraba por congeturas, que este imponia al Rey en el conocimiento de la ruina de su estado, y obligacion de repararla; y assi determinó aplicar sus esfuerzos á sacarle de España, y llamó á ella otro Jesuíta Español, que havia treinta años, que estaba en Italia, llamado Francisco de Castro, muy conocido de la Reyna, y que la havia acompañado, con el Padre Velati, Jesuíta tambien, su Confessor hasta Pamplona: este pensaba introducir en la gracia del Rey, para echar à Daubanton. Era el Padre Castro de apreciables calidades, virtuoso, y politico, y se le hacia injuria en creer sujetaría esclavo su dictamen al de Alberoni; pero este, para salir del dia, solo queria apartar à Daubanton, y probar nueva fortuna. A este tiempo tambien turbó la cabeza del Cardenal, y puso en aprehension la España la invasion de los Ingleses en Galicia. A 10. de Octubre entró en la Bahía de Vigo con una Esquadra Inglesa el Vice-Almirante Michelles: traía hasta 4U. hombres de desembarco, mandados por el Vizconde Chacón: à tres leguas de la Villa desembarcó los Granaderos, y los puso en batalla. Los Paysanos, desde las alturas hacian bastante fuego, con poco efecto, porque era de lexos. Acabó de desembarcar toda la gente; y la Guarnicion, que estaba en la Ciudad, clavando las Piezas, y quemando las Cureñas, se retiró à la Ciudadela: intimóle la rendicion à la Ciudad el Inglés, y por no padecer los estragos de la Guerra, le embió las llaves: entró en ella el Brigadier Homovod con dos Regimientos, y presidió tambien el Fuerte de San Sebastian, que havian los Españoles abandonado: pusose una batería de bombas à la Ciudadela, è hizo gran daño. Despues de quatro dias se desembarcó el Cañon, y antes de batir, se intimó al Governador, no se le daria quartél, si se le abria brecha. Rindióse à 21. de Octubre: salió la Guarnicion libre, y los Ingleses saquearon aquellos Almacenes, que estaban llenos de los Pertrechos, que havian dexado las Naves destinadas, como se ha dicho, al desembarco en Escocia, quando la tempestad las bolvió à las Costas de España. Hallaronse 6U. antiguos Mosquetes, y cantidad de polvora;

llevaronse las Piezas de Cañon, que en la Ciudad havia pocas de bronce: tambien llevaron dos Navíos destinados al Corso, y otros quatro Mercantiles. Esta noticia recibida por la Corte, dió mas cuidado, porque se creyó, que seguirian otras Tropas de desembarco; y assi se mandaban passar, baxo la mano del Marques de Risbourgh, las que estaban en Estremadura, y Castilla. Acudieron las Milicias del País à ocupar los puestos, porque no se internassen los Ingleses en la Provincia; pero aquellos no havian venido, mas, que para hacer hostilidades, y assi se contentaron de saquear los Lugares abiertos de la Marina, y se bolvieron à embarcar. Esta Expedicion nada tenia de heroyco. Perdieron sin fruto los Ingleses alguna gente, y se conoció mas un espiritu de venganza, por el desembarco de Escocia, que cumplir con lo ofrecido, de atacar la España, de acuerdo con el Duque de Orleans.

Havia yá formado su linea de contravalacion el General Merci contra la Ciudadela de Mecina, à la qual se havia reducido en 19. de Agosto D. Lucas Spinola, cerrando à Terranova, despues que la defendió quanto pudo, porque yá estaban perdidos los Castillos de Matagrifon, y Castelazo, mal defendidos de sus Comandantes, que en cortos dias, con igual defensa, los entregaron, quedando la guarnicion prisionera de Guerra. En la noche del dia 19. tiraron los Alemanes una paralela desde la cortina, que del Bastion de Don Blasco vá à la Ciudadela, hasta Santa Theresa, en el mismo parage, que los Españoles construyeron la batería, llamada de Mariani. Con esta noticia juntó nuevo Consejo de Guerra el Marqués de Lede: los dictamenes fueron varios: el Conde de Montemár, que aun estaba en Sicilia, y en el Campo, dió el mismo parecer, que havia dado en los antecedentes Consejos del dia 22. 27. y 29. de Julio, que se reducian, à que se marchasse à toda costa à socorrer à Mecina, y ahora à la Ciudadela. El Marqués de Lede se resolvió marchar à dicho socorro, dando las providencias, para que pudiesse subsistir la Cavalleria, que estaba en mal estado, por falta de forrages, y se havian introducido en las Tropas Españolas muchas, y peligrosas enfermedades, causadas de las mutaciones de aquel Reyno, que las padece crueles, aunque no muy dilatadas.

Se

Se embió à ocupar el Campo de Rometa, y se mandaron encaminar las harinas à Castro-Real, y Barceloneta. Daba el Marqués de Lede algunas razones à su lentitud, y entre otras, la falta de medios; cierto es, que muchas veces la havia, porque los caudales, que el Rey Catholico tenia en Italia, no podian passar à Sicilia con la promptitud, que era menester, por falta de Letras, porque nadie se queria cargar de meter, en su Barco un dinero, que si le cogian los Enemigos, estaba hasta el bastimento perdido. Havia tambien havido algun desperdicio en Sicilia con la confusion de la Guerra, y faltaba Don Joseph Patiño, que desde el mes de Abril havia salido de Sicilia para España. Los Banqueros de aquella Isla, ni podian anticipar tantos caudales, ni querian aventurar los que tenian; porque era claro, que, perdida Mecina, no le quedaba al Rey de España Plaza alguna, y no se podria mantener en el Reyno. Esto desalentaba à los Paysanos; y toda la Tierra, que cubrian las Plazas, contribuía, y estaba à devocion del Emperador: con que yá, en caso desesperado, no tenia el Marqués de Lede otro partido que tomar, que venir à las manos. Esto no èra facil, porque havian fortificado sus puestos los Alemanes, y proseguia el Sitio con vigor: al fin, el Marqués de Lede puso su Campo en Rometa, reconoció el Sitio, y halló, que no se podian atacar los Enemigos, sin una sangrienta, y aventurada Accion: repetianse los Consejos de Guerra, y persistian muchos Oficiales, y el Conde de Montemár, en el dictamen de atacar las lineas de Merci, antes que llegassen 8ŋ. hombres, que se havian ultimamente embarcado en Vado, mandados por el General Bonneval; pues hallandose los Enemigos en su derecha à San Miguel, y su izquierda à la Mar, un pequeño Campo entre Castel-Gonzaga, y el Baluarte del Secreto, fortificada la Montaña de la Galera, y guarnecida con 1ŋ. hombres, y lo proprio Montesanto en la caida ázia el Campo; y que, como desconfiaban de la Ciudad de Mecina, tenian dentro 6ŋ. Infantes, discurria Montemàr, que no constando el Exercito de los Enemigos de mas de 18ŋ. hombres, no podian tener en el Campo mas de 10ŋ. porque se hacia cargo de donde estaban los demás; y teniendo el Marqués de Lede 14ŋ. hombres, queria que las Milicias, con dos Batallones, los menos

fuer-

fuertes, marchassen à las cercanías de la Montaña de la Galera, con un Comandante capáz de ocuparla, si los Enemigos la abandonassen, y baxar por ella à Montesanto, para entretener à los que estaban alli; y no abandonando la Galera, mantenerse en observacion, para ocupar los Enemigos en guardar aquel puesto, con el gruesso de los Infantes marchar à San Estavan, ò Landeria, y entrar à atacar al Enemigo por la frente, á tiempo que la Cavallería, Dragones, y escogidas Milicias del Pais, atacassen por la parte de la Marina con la mayor immediacion á la Infanterìa, no debiendose acometer por la derecha de los Enemigos, porque estaba favorecida de la Artilleria de Castel-Gonzaga, y los puestos de la Galera, y Montesanto; ni absolutamente por la izquierda, porque estaba estendida hasta el Mar, y abrigada del Cañon de las Galeras de Napoles: que la Ciudadela aun no havia perdido la Estrada encubierta, que tenia 4U. hombres de Guarnicion, y que avisado del dia, y la hora Don Lucas Spinola, podia hacer una salida con 2U500. hombres al mismo tiempo, no dudando, que atacando por todas partes el Campo Alemán, se moveria el Pueblo de Mecina.

Este parecer dió Montemár en 9. de Septiembre en el Campo de la Metta; pero no le pareció al Marqués de Lede seguirle, porque imaginó insuperables las lineas de los Enemigos con tan poca Infanterìa Española, haviendo dexado en Francavilla 3U. hombres, y teniendo un gruesso Destacamento en Palermo, firme en que, si perdia aquella Accion, no tenia Tropas con que mantenerse en el Reyno; y era su instruccion dilatar (como hemos dicho) quanto pudiesse la Guerra. Muchos, entonces, y despues, culparon esta lentitud de Lede, inflamados los ánimos de los Españoles con la confianza de haver observado el miedo, que les havian cobrado los Alemanes, haviendose puesto en precipitada fuga mas de una vez grandes partidas de Tudescos, al descubrir una, ò dos Compañias de Cavallerìa Española. Por el tanto maliciaron algunos, que estas detenciones del Marqués de Lede no tenian su principio en el natural ardimiento del Rey Phelipe, y de su Ministro. Con todo esto aguantó en Rometa, hasta que se perdió la Estrada encubierta de la Ciudadela de Mecina, que fué á los ultimos de Septiembre, defendida

de

de los Españoles con valor que admiraron los proprios Enemigos, porque fueron muchas veces rechazados, y les costó gran sangre el alojarse. Despues de esta pérdida se retiró el Marqués de Lede á Bronte. El dia 8. de Octubre, estando assaltando los Alemanes un Revellin de la Ciudadela, entró en el Faro el Comboy de Bonnebál, que á 28. de Septiembre havia partido de Vado. Traìa 8 U600. Infantes, 700. Cavallos, gran numero de Mulos para la Artillerìa, 40. Piezas de Cañon de batir, y 30. Morteros, 4U. Barriles de polvora, y mucha cantidad de otras Municiones. Tambien iba segundo Comandante el General Lucini: con este socorro acaloró mas los Ataques á la Ciudadela el Conde de Merci, que andaban tibios, porque havia perdido en este Sitio mas de 3U. hombres con tan vigorosas salidas, y defensa, que hacian los Españoles, conducidos con acierto, y vigilancia de Don Lucas Spinola, Don Luis de Aponte, y otros Oficiales de valor, y experiencia. Palmo á palmo se defendian los Sitiados, aunque havian perdido mas de 1500. hombres, y estaba cansada la Guarnicion. Con todo, abierta la brecha al cuerpo de la Plaza, sostuvieron nueve assaltos, antes que hiciessen la llamada, que fué á 18. de Octubre, despues de tres meses de Sitio: se huviera D. Lucas Spinola mantenido un mes mas, si esperára ser socorrido, y huviera tenido Municiones; pues aunque los Enemigos dixeron, que havian hallado 300. quintales de polvora, no havia 100. ni ellos pudieron negar la gloria de esclarecido defensor á Don Lucas, á quien el dia 19. se dieron las Capitulaciones mas honorificas, que se acostumbran en la Guerra, estendidas en quarenta Articulos, y passò la Guarnicion al Campo Español, la mayor parte por Mar. El Marqués de Lede se bolviò á retirar á su antiguo Campo, baxo de Ethna, en un Fuerte, forrageando quanto havia entre Mecina, y Palermo, por si los Alemanes intentaban passar por tierra á aquella Capitál. Esta entera rendicion de Mecina quitò gran parte de Paìs á los Españoles; y como havia el Emperador nombrado Virrey de aquel Reyno al Duque de Monteleon, passò este luego á Mecina, de lo que se experimentaron no pocos inconvenientes, partido el mándo Politico, y Militar, donde lo encadenado de las dependiencias mantenia en dissension los Gefes. En esta victoria parecia consistir

ſiſtir todo el Reyno de Sicilia: voló la noticia à Viena, y exaltó la eſperanza del Emperador, no ſolo à poſſeer aquel Reyno, pero à inſinuar à ſus Aliados, que coſtandole tanto dinero, y ſangre de ſus Tropas, y no haviendole voluntariamente entregado el Rey Phelipe, no eſtaba obligado à mantener lo que por el havia ofrecido en el Tratado de Londres. La Francia, y la Inglaterra reſpondieron, que eſtaba capitulado, no alterarle por ſuceſſo alguno, fauſto, ò infauſto de la Guerra. Eſtas, que parecian reſpueſtas imperioſas, y dár la ley, deſagradaban ſumamente al Emperador; pero pedia la neceſſidad contemplar à los que ſe havian declarado amigos, con eſperanza, de que ſi poſſeìa la Sicilia por fuerza de ſus Armas, como ſe lo ofrecia el Conde de Merci, podia dilatar las condiciones favorables à la Eſpaña, que conſiſtian en la Renuncia à aquel Trono, y el reconocimiento de ſucceſſion à Toſcana, y Parma. En la Renuncia havia determinado no dexar el Titulo de Rey Catholico, del qual no ſolo uſaba, pero quando ſe ofrecia, creaba Grandes de Eſpaña, porque le era peſado irſe deſpojando de aquella prerrogativa, ò ſeñal de la Accion à la Monarquía Eſpañola, que tanta guerra, y trabajo le coſtaba: ni veía de buena gana, que todavia puſieſſe en ſus dictados el Duque de Saboya ſer Rey de Sicilia, porque tambien ſe intitulaba Rey de Cerdeña; pero ſu Miniſtro en Viena fingia no entender eſte deſagrado del Emperador, y havia muchos meſes, que inſtaba le ganaſſen á ſu Amo la Cerdeña por fuerza de Armas: havia yá determinado eſta Expedicion la Corte de Viena, con acuerdo de ſus Aliados. La Inglaterra no queria concurrir en mas que en comboyar, con la Eſquadra que tenia en el Mediterraneo, Tropas. La Francia ofrecia ſus Galeras; y con efecto, creyendo ſe executaria eſta empreſſa, las hizo paſſar á Genova, mandadas por el Baylío de la Platerìa. Tenia prevenidos el Emperador 8U. hombres á cargo de Bonnevál para eſſo, y todo tren de Artillerìa, y haſta 12U. con las Proviſiones, y Viveres, daba el Duque de Saboya. A eſte efecto previno en Genova gran cantidad de granos. Eſta empreſſa no era tan llana como ſe la figuraban los Alemanes, porque eſtaba Cerdeña guarnecida de mas de 4U. hombres de buenas Tropas. Era ſu Governador General Don Gonzalo Chacón; y de Ca-

llér

llér lo era el Vizconde del Puerto, hombre esforzado, y vigilante, que puso aquel Castillo en la mejor defensa. Embió al Ministro, que residia en Genova, cantidad de Municiones, y estaban las tres Plazas de aquel Reyno prevenidas para una larga resistencia. Las cosas de Sicilia no pedian esta distraccion de Armas del Emperador, y clamaba incessantemente Merci se le embiassen las Tropas destinadas á Cerdeña, contra la qual siempre havia tiempo; y ganada la Sicilia, no se podia mantener aquella Isla, porque cargaria contra ella toda la Guerra. Estas justas consideraciones hicieron desvanecer la empressa, y passó Bonnevál á Mecina, como hemos dicho, porque el Emperador queria antes assegurar sus cosas, que las agenas, y veìa, que de necessidad havia de alargar la Cerdeña el Rey Catholico, acosado de tantos, y tan poderosos Enemigos, y governada su Monarquìa por un hombre aborrecido singularmente del Rey de Inglaterra, y el Regente de la Francia, contra quienes no havia perdido diligencia; ni la Corte de Viena estaba lexos de creer, aunque vanamente, que Alberoni havia conspirado contra la vida del Emperador á lo menos creyeron tenia inteligencia con Mon-Señor Cini, Consejero Aulico, que á instancia del Emperador havia sido preso en Turin, y embiado al Castillo de Milán. A esta sazon tambien se fulminaba un riguroso Processo en Viena contra el Conde Nimsech, Cuñado del Conde de Altám, que era muy favorecido del Emperador: se havia puesto á question de tormento al Abad Tedeschi; pero en todo esso no havian concurrido las maliciosas artes de Alberoni, porque despues se averiguó, ser el delito de Nimsech, revelar al Abad Tedeschi, y este al Ministro de Saboya, secretos de Estado, que sabia por su oficio de Consejero Aulico, y otros, que con arte podia penetrar de su Cuñado. Cini tenia culpa semejante, por la mala conducta, que havia observado en Venecia: y se desengañó la Corte de Viena, que hasta allá no havian podido llegar las artes de Alberoni: verdaderamente no debia aborrecerle el Emperador, porque por la utilidad que le havia resultado de su conducta, mas parecia Ministro Cesareo, que del Rey Catholico. Estaba empero en suma en desgracia del Regente, y del Duque de Parma su Soberano, á quien, despues que fué Cardenal, no tenia tan perfecta atencion como

era juſto: conocia el Duque lo deſcabellado de aquel Govierno, los progreſſos de las Armas Auſtriacas, el abſoluto dominio, que iban tomando en Italia, con apariencias de ſer cada dia mayor, y perſuadia à la Corte de Eſpaña la Paz; pero ſe havia yá empedernido el animo de Alberoni, y hacia vanidad de la obſtentacion. Hizoſe preciſo à los que aborrecian la Guerra, y temian peligrar en ella, apartar eſte hombre de los oídos del Rey: tomó eſto à ſu cargo el Duque de Orleans, y por medio del Marqués Annibál Scotti, (que era el que mas temia, y peligraba) hizo entrar en eſte dictamen al Duque de Parma.

Hallóſe acaſo en París Milord Peterbourgh, que por ſu guſto (como muchas veces acoſtumbraba) havia de baxar à Italia. Era ſu génio ingerirſe en todos los Negocios; y bien conocido eſto del Regente, le encargó, que ſe vieſſe con el Duque de Parma, y ſe determinaſſe à la ultima diſpoſicion de echar de Eſpaña à Alberoni, aſſegurandole, que ſin eſta condicion, nunca veria la Paz, tan deſeada de todos, y neceſſaria, no ſin ſoſpechas del Emperador, que el Duque de Parma fomentaſſe la Guerra à Peterbourgh. No le pareciò conveniente ir à Plaſencia, por no dár ſoſpechas à los curioſos, y en Novi, Lugar del Genoveſado, tuvo de acuerdo una conferencia con un Miniſtro de Parma: eſte ſecreto entonces le penetraron pocos. Al fin, armado de grandes Papelones, que deſcubrian la vida, y conducta de Alberoni,que le mandó dár el Duque de Orleans, paſſó à Madrid el Marqués Annibál Scotti, con caracter de Embiado del Duque de Parma à aquella Corte: Tambien eſte le diò las inſtrucciones neceſſarias, y eſcrivió Cartas confidenciales de ſu puño à el Rey Catholico, y à la Reyna. Todos los inſtrumentos ſe reducian à ponderar al Rey el conocimiento de la ruína de ſu Monarquía, la neceſſidad de la Paz, y la impoſſibilidad de hacerla, teniendo mano en el Govierno Alberoni, no ſolo por ſu conocida pertinacia, ſino porque creían los Enemigos, que no ſerían ſolidas, y firmes las convenciones, eſtando à los oídos del Rey un Miniſtro, à quien creían de tan mala fee, y que no reputaba como coſa abominable el faltar à la palabra.

No coſtó poco trabajo à Scotti tener una larga, y ſecreta Audiencia con los Reyes; porque Alberoni, que tan ſoſpecho-

cho-

choſo, y lleno de rezelos vivia, (lo que à todo Miniſtro le ſucede) aplicaba el mayor cuidado à que nadie hablaſſe con el Rey: conocia eſtár perſeguido de todos, y con eſpecialidad de todas las Potencias enemigas de Eſpaña. Havia viſto declinar en parte la ſatisfaccion, que antes tenía el Rey de ſu conducta, y leía en el ſemblante de la Reyna algun enfado de toda la autoridad, que le havia dado. Eſtaba entre sí imaginando el retirarſe voluntariamente: retiróſe, pero no tenia adonde porque no era Obiſpo de Malaga, ni Arzobiſpo de Sevilla. El Rey, que yá havia hecho, ſobre el preſente eſtado de las coſas, ſéria, y repetida reflexion, ayudada de las que inſinuaba el Confeſſor, ſe acabó de determinar, leyendo los Papeles del Duque de Orleans, y las Cartas del de Parma; y viendoſe caſi preciſado à no proſeguir la Guerra empezada, ſaliendo con la Reyna, y el Principe el dia 5. de Diciembre al Pardo, dexó un Decreto en manos de D. Miguél Durán, Marqués de Toloſa, Secretario del Deſpacho Univerſal, Parte de Guerra, y Marina, eſcrito de ſu propia mano, con orden ſe le notificaſſe al Cardenal; era ſu tenor: „Que eſtando „obligado à procurar à ſus Vaſſallos las ventajas de una Paz „general, para la qual ſe buſcaban los medios, que la hicieſ„ſen ſólida, y duradera, y queriendo para eſſo quitar todos „los obſtaculos, que pueden retardar una obra, en que tan„to intereſſa el bien público, como tambien por otros juſtos „motivos, havia reſuelto apartar de los Negocios, en que te„nia el manejo el Cardenal Alberoni: y al miſmo tiempo „ordenarle ſalir de Madrid en termino de ocho dias; y de los „Reynos de Eſpaña en tres ſemanas, con prohibicion de no „mezclarſe mas en coſa alguna del Govierno, ni parecer en „la corte, ni otro lugar, en que el Rey, la Reyna, ú otro Prin„cipe de la Caſa Real ſe pudieſſen encontrar. Eſto hirió altamente à la ſobervia del Cardenal, quanto menos eſperado: creía ſeria mas honrada ſu caída, en caſo de apartarle de los Negocios, porque ſiendo uno de los Prelados de Eſpaña, era imaginable le mandaſſen retirar à Malaga, de donde le quedaban las Bulas, aunque havia renunciado; pero el Rey, y la Reyna entraron en el conocimiento del daño, que les ocaſionaba la deſgraciada conducta de eſte hombre, que no ſalió como ſe penſaba. No faltó quien le ſubminiſtraſſe al Rey, te-

nia motivos para prenderle, y conſtruído el Proceſſo informativo, embiarle á Roma; pero no le pareció poner las manos en lo Sagrado de la Púrpura, fiando, que lo haria ſu Santidad, quando le tuvieſſe mas cerca, porque lo contrario era entrar en grandes empeños, ſi ſe entregaba, ò no al Pontifice, en caſo que los cargos no pertenecieſſen á materia eſpiritual. Pidió el Cardenal, ſe le permitieſſe una vez hablar al Rey, ò à la Reyna: negóſele, y ſe le concedió eſcrivir: creyeron muchos, que el Rey no leyó eſta Carta, y le mandó reſponder, que obedecieſſe. Tambien ſe le ordenó, que entregaſſe los Papeles, que tenia, pertenecientes à los interiores manejos, los caudales que tenia del Rey, y la quenta de como ſe havian diſtribuído, y quantos havian eſtado à ſu diſpoſicion. Todo lo obedeció, aunque ſus émulos decian, que no havia entregado mas Papeles, que los inſubſtanciales, reſervando los mejores, ni quenta de los caudales tan clara, como era preciſo; ni à la verdad era poſſible darla. El Rey no quiſo hacer examen mas riguroſo de Papeles, ni dinero, aunque lo deſeaba el Marqués Annibál Scotti, que en nombre de ſu Amo le pidió al Cardenal los Papeles de ſu paſſado Miniſterio de Parma: tambien entregó los mas inutiles, diciendo, havia yá embiado al Duque los demás. Toda eſta repreſa la hizo de algunos Papeles, para tener armas, (ſegun deſpues ſe conoció) no ſolo para defenderſe de los cargos, que creía le podia el Papa hacer, ſino aun para deſcubrir ſecretos de Eſtado, quando le importaſſe à ſu credito, y à la buena opinion de ſu conducta paſſada: empezaba deſde entonces à eſtudiar, y prevenir aquellas artes, que reparaſſen la preſente deſgracia: pidió al Rey Paſſaporte, y Eſcolta, por la ſeguridad de ſu perſona, y aun expreſſó, que ſin él no podia paſſar por la Francia, por los precedentes diſguſtos, ni embarcarſe ſin otro del Rey de Inglaterra. El Rey le dió el ſuyo, y una Eſcolta, y le inſinuó, iba ſeguro haſta Italia: por lo qual eſcrivió al Regente de Francia ſe le concedieſſe. El Cardenal luego trató de poner en ſalvo ſus Papeles, por varias partes, y caminos extraviados. Nadie le vió antes de partir, mas que Miniſtros Eſtrangeros. Muchos de los Eſpañoles creían no haver tenido dia mas feliz, que aquel en que le vieron dexar la Eſpaña, porque le havian concebido un fatál aborrecimiento. Otros muchos fue-

ron de tan contrario dictamen, que juzgaron, que en este solo hombre havia perdido mucho la Monarquía Española, y el Rey Ministro, que no pensaba en otra cosa, que en su Real servicio, en la recuperacion de lo perdido, y credito de sus Armas, pareciendoles, que en esta ocasion no huviera salido del Govierno: y no se le puede negar la gloria, de que los tres Enemigos irreconciliables de España, que lo eran à la sazon el Emperador, el Duque de Orleans, y la Inglaterra, se conspiraron en sacar á este hombre de España, diciendo por el tanto los Españoles afectos al Cardenal, que no lo harian esto por el bien de la Nacion, aunque el Regente, el Inglés, y el Emperador ponderaban, que debia hacerse assi, por la conservacion de la Paz.

A 11. de Diciembre salió el Cardenal de la Corte para Aragón: un Oficial le alcanzó en Lérida, pidiendole de orden del Rey algunos Papeles, que no se hallaban, y para esso las llaves de sus cofres, que entregó puntualmente. Hallaronse algunas Escrituas de las que el Rey buscaba; pero no las mas essenciales. Tambien se le halló una Letra de cambio de 25ꝟ. doblones, que hizo pedazos en presencia del Oficial. Prosiguiò su viaje, y antes de llegar á Girona, fué atacado de unos Miqueletes, y á no llevar tan buena Escolta, le huvieran cogido, y hecho pedazos, porque estaban muy mal con él los Cathalanes, porque durante su ministerio se havia conquistado á Barcelona, y sujetadose lo demás de aquel País. En este encuentro le mataron un Criado, y dos Soldados del Rey. El Cardenal, saliendo de su Calesa, llegò á pie á Girona disfrazado: entrò en la Francia con Passaporte del Christianissimo, y un Oficial del Regimiento de la Corona le fué acompañando hasta Antivo: dudòse, si era quererle hacer este honor por hidalguía el Regente, ò assegurarse de su persona, para que con nadie comunicasse, porque creian los Principes, y aun muchos Ministros Españoles, que todo esto era fingido, que no havia caído de la gracia del Rey, y que solo se le apartaba de España para hacer la Paz; pero que bolveria luego. Esto mismo insinuaba con terminos obscuros en sus Cartas el Cardenal á sus Amigos, principalmente á los que tenia en Genova, donde pensaba hacer su mansion, y se le prevenia un quarto en el Convento de los Padres Claustra-

les.

les. El Rey daba baſtantes mueſtras, para que creyeſſen havia enteramenre caído de ſu gracia, porque no ſolo tomó el dinero, que él havia dexado en poder de la Caſa de los Pitís, pero aún en otras partes; y en Genova ſe hizo recobrar el que el Cardenal por letras havia embiado: eran ſin duda caudales del Rey, embiados para la Guerra, porque Alberoni no tenia rentas para acumular tanto dinero. Soſpechaban algunos, que tenia gran cantidad en poder de un Gentil Hombre, llamado Franciſco Maria Grimaldo, perſona de quien podia fiar por ſu antigua amiſtad; y la experiencia, que Alberoni tenia de la integridad del ſugeto, y haverle hecho algun beneficio. Eſte punto es para noſotros obſcuro, porque Grimaldo lo negaba acerrimamente; ni en los Libros de los Bancos de San Jorge parecia: uno, y otro era poca prueba para el deſengaño; porque ni Franciſco Maria Grimaldo havia de confeſſarlo, ni poniendo en varias cabezas el dinero, y dandole varios gyros, ſe podia probar ſu dueño; ni probandolo, havia medio como lo recobraſſe el Rey, porque la Caſa de San Jorge es una Republica aparte, donde eſtán ſeguros los caudales de qualquiera, por la buena fee, que en eſto ſe obſerva. El Rey ſe explicó con todos ſus Miniſtros, que ſervian en las Cortes Eſtrangeras, de lo indignado, que eſtaba contra Alberoni; y en prueba de que havia hecho muchas coſas ſin ſu noticia, pidió las Cartas originales, que Alberoni les havia eſcrito deſde el Año 16. y copias de las de los Miniſtros à Alberoni, con quenta de los caudales, que de ſu orden havian adminiſtrado. Al Miniſtro que reſidia en Genova ſe le ordenó, invigilaſſe en los paſſos, y operaciones del Cardenal: prohibióſele el verle, y del tenor de las ordenes ſe le dió à entender, quedaba pendiente algun interés del Rey en las operaciones de eſte hombre. Se proveyó luego el Arzobiſpado de Sevilla: ſe alzó el deſtierro al Duque de Populi, y ſe le reſtituyeron ſus empléos, y ſe puſo en libertad à los Duques de Veraguas, y Naxera. Todo era haver deſaprobado el Rey (mejor informado) lo que Alberoni havia hecho. Eſte fué un nuevo exemplar de los innumerables Miniſtros de Principes, que ſubieron, y baxaron en todos tiempos; aunque eſte quedaba en tál eſcalón con la Púrpura, que nunca podia baxar mucho.

Ha-

Havianse retirado los Franceses, donde solo quedaban algunos Regimientos aquartelados en tierras de España, y los Presidios de los Castillos, que havian tomado: à su abrigo tomaron las Armas contra el Rey mas de 2y. Cathalanes, que infestaban el País abierto: ocupaban los caminos, y siempre huyendo de las Tropas del Rey, robaban, y executaban sus acostumbradas crueldades. Uno de los Rebeldes, que estaban en Italia, passò con Patente del Christianissimo à ponerse á la cabeza de ellos: las Ciudades, y las Poblaciones no tuvieron parte en esta sublevacion: todo era de gente baxa, y facinerosa, mas pobre con la quietud, que por esso aborrecia. En ausencia del Principe Pío, mandaba el Principado Don Francisco Gastano de Aragòn, Theniente General: no havian aún buelto de Navarra las Tropas; y assi durò este desorden hasta que se restituyò el Principe Pío á Cathaluña, que luego saliò á Campaña, para recuperar la pérdida. Iba por Intendente de este Exercito Don Joseph Patiño, al qual creían todos apeado de su autoridad, porque se la havia dado demasiada Alberoni, y havia sido el instrumento de sus principales operaciones: cargaban entonces sus Enemigos contra Patiño, que los tenia muchos: acusabanle de la profusion de immensos thesoros, y que no haviendo despedido á tiempo la Armada Navál de Mecina, havia sido la causa de haverse perdido; porque Don Antonio Gastañeta, para disculparse, cargaba todo contra él, y se renovaban estas acusaciones ahora, que le imaginaban caído. Nada de esto ignoraba el Rey, porque tenia cerca de sí quien se lo ponderaba; pero no quiso poner en juicio formal la materia hasta mas indagacion, y se mantenia con Patiño indiferente. La ausencia del Cardenal bolviò á estrechar con el Rey al Marqués de Grimaldo, por quien corrian los Negocios de Estado, y otros, los mas principales de la Monarquía. El Rey puso las dependiencias regulares en los Tribunales que tocaba, y diò mas gratos oídos á la Paz. Estaba todavia en Madrid el Baròn de Closter, y havian los Estados Generales de los Paises Baxos obtenido de los Aliados otro termino de tres meses mas, para que la España admitiesse el Tratado de Londres, y assi despacharon un Extraordinario con una Carta al Rey Phelipe, la mas bien ponderada, para inclinarle á la Paz: la respuesta, por no perder

der el méthodo hasta aqui observado, toca al siguiente año, porque este espirò, sin que en el breve termino, que quedaba de él, desde la salida del Cardenal, se pudiessen componer cosas tan grandes, aunque luego que este dexò la España, entraron los Aliados en esperanza de que estaba concluída la Guerra, porque contra ella fuertemente trabajaba en Madrid el Duque de Parma por medio de su Ministro Annibál Scotti; y el Abad Dubois se entendia yá con el Confessor del Rey Catholico, para persuadirle la Paz: la queria el Rey ardientemente: pero no de aquella forma propuesta, y sin mejorar algun articulo, porque sentia mucho restituir la Cerdeña; queria que al Emperador le costasse la Sicilia, dár un equivalente al Duque de Saboya, y no sujetar feudatarios del Imperio los Estados de Toscana, y Parma: los Aliados no querian mudar una letra de lo yá convenido entre ellos; y esto era lo que embarazaba al Rey Catholico, combatido presentemente del dolor de haver muerto el Infante D. Phelipe en 29. de Noviembre, á los siete años cumplidos de su edad. De esto se tomaba pretexto para no admitir en España al Padre Francisco de Castro, que yá se enderezaba á ella; porque era hechura de Alberoni, y no queria el Rey mudar Confessor, como el Cardenal alguna vez se lo havia insinuado. Castro llegò despues á Alicante, pero no se le permitiò passar á Madrid, diciendo cessaba el motivo á que le llamaban, què era á ser Maestro del Infante D. Phelipe. Contra el Cardenal tuvo el Rey nuevo, y mas grande motivo de indignacion; porque olvidado de sí mismo, y de quanto al Rey debia, escriviò desde Francia una Carta al Duque Regente, en que hablaba de él, con poca veneracion de aquel Principe, usando de terminos ofensivos á la Magestad; y para hacer mas negra, è indigna la operacion, quiso comprar la proteccion del Regente, con ofrecer revelarle las personas, que contra él se havian conjurado en Francia, y muchos secretos de la España, importantes á su seguridad. El Regente despreciò tan vil ofrecimiento, y todo llegò á noticia del Rey Catholico: el modo se ignora. Muchos creyeron havia el Regente embiado copia de la Carta al Rey: de esto no nos consta; pero sì de que al Rey daba esta razon mas de indignacion contra Alberoni, que negaba, no haver tal Carta escrito. No la hemos visto, pero sì

al-

alguna minuta de ella, embiada de Francia; cuyo resumen tambien se viò en las Cortes de Parìs, Viena, Londres, y en muchas de Italia; y muchos fueron de parecer, que esta Carta fué mandada hacer, y prohijada al Cardenal, que siempre se ha mantenido con inclinacion á los interesses de España.

AÑO DE M.DCCXX.

A La Carta, que los Estados Generales escrivieron al Rey Catholico, como diximos, se diò la mas urbana, y benigna respuesta en 4. de Enero, para obligarlos á que se empeñassen con los Aliados á admitir el Proyecto de Paz, que se embiò al Marqués Berreti, para presentarle á aquel Govierno; estos eran sus Articulos: Que se restituirian á la España las Plazas tomadas en Europa, y en América: Que se evacuaria la Sicilia, y las Tropas Españolas serìan transportadas á gastos de los Aliados, con Armas, Artillerìa, y Municiones á España: Que restituirian todos los Navíos, y Buques, tomados en esta Guerra, principalmente en la Accion de 11. de Agosto del año de 18. en los Mares de Siracusa, y en el Navìo del Señor de Martinitz, que se havia retirado á Brest con dinero, y efectos de la España: Que la cession de Sicilia al Emperador, serìa con el derecho de reversion, como se havia dado al Duque de Saboya: Que se restituirìa Puerto-Mahón, y Gibraltar al Rey: Que quedaria á España la Cerdeña, y se restituirìan las Plazas de Orbitelo, y Puerto Hercules: Que los Estados de Toscana, y Parma no estuviessen sujetos al Imperio como Feudos: Que la succession se estenderia á las hembras; y que passaria desde luego el Infante Don Carlos á Toscana, donde ni en Parma, no havia de haver Presidio alguno: Que se debiesse solicitar la restitucion de los Estados de Castro, y Roncillòn, que possee el Papa, en perjuicio de la Casa de Farnés; porque en la Investidura de Pablo III. en la Ereccion de aquel Ducado, las Mugeres venian nombradas á la succession, en falta de Varones, y aun los hijos naturales de la dicha Casa: Que la dominacion, y el Comercio de las Indias Occidentales se debian arreglar segun el Tratado de Utrech: Que el Rey Ca-

tholico se reservaba en el Congresso otros puntos pertenecientes à los Vassallos; y que nombraria sus Plenipotenciarios quando se huviessen concordado en el lugar.

Los Estados Generales embiaron Copia de este Proyecto à París, donde los Ministros de los Aliados, en 19. de Enero, tuvieron sobre esto una Junta, y declararon, havian visto con dolor estos Articulos, que destruían el Tratado de Londres, y París, que servian de vasa immutable à la Paz, sin los quales no se podia executar; y declararon proseguirian en la Guerra, si espiraba el termino dado al Rey Catholico. Los Olandeses despacharon luego un Expresso à Madrid, para que su Ministro esforzasse sus oficios, à que el Rey Phelipe se conviniesse. El Conde Stanop embió tambien à Madrid al Secretario Schaub. No se descuidó el Regente con el Padre Daubantón, ni el Marqués Annibál Scotti con la Reyna, y con el Marqués de Grimaldo. Al fin, tantas persuasiones vencieron el ánimo del Rey Phelipe, que hizo un Decreto, en que, dando por motivo el bien público, y la quietud de sus Vassallos, adheria, y aceptaba el Tratado, firmado, primero en Londres en 2. de Agosto de 1718. y despues ratificado en París: Este Decreto, y los Poderes de Plenipotenciario, para formar solemnemente esta adhesion, se embiaron al Duque de Orleans, à quien entregó su confianza el Rey Catholico, para cumplirle la palabra de interponerse à la execucion de la restitucion de Gibraltar, y Puerto-Mahón, porque se le havia insinuado, que havia ofrecido el Rey Jorge restituir la primera, y que se trataria del modo de recibir un equivalente por la segunda. En esta resistencia, que mostró el Rey Catholico à la Paz, hizo vér, que no obraba por sí solo Alberoni en los movimientos passados, y que su Amo no estaba poco acalorado en los mismos; pero desde su allanamiento depuso el Regente su ira: vióse satisfecho con la expulsion de Alberoni, y con la entera confianza del Rey Phelipe; y assi, se puso de acuerdo con la España, ofreciendo sus mas eficaces oficios para lo que deseaba. El Marqués Berreti, con Poderes del Rey Catholico, firmó esta adhesion al referido Tratado en el Haya à los 17. de Febrero, con los Ministros de los Aliados, que allí se hallaban: por el Emperador el Conde Leopoldo de Vium Disgratz: por la Francia el Señor Florian de Morbille: por la Inglaterra

el

el Conde de Cadogán. Estos Articulos son los mesmos, que se le fueron propuestos, y referimos en el Año antecedente. A esto se seguia la convocacion del Congresso; pero se suscitaron muchas dificultades, y la mayor era la evacuacion de la Sicilia, y Cerdeña, porque los Aliados querian por Preliminares de la Paz la execucion del Tratado, y mientras esto se discurria, nació otra mayor dificultad, que haviendose hecho publicar la promessa de la Francia à la España sobre lo de Gibraltár, el Parlamento de Inglaterra no queria consentir à la restitucion de esta Plaza, aunque el Rey Jorge se inclinaba à esto; ò porque huviesse contrahido alguna obligacion con la palabra dada à la Francia, ò porque conocia ser de poco util, y no de pequeño gasto aquella Plaza à los Ingleses, como ha mostrado la experiencia, contra las esperanzas, que havian concebido quando la ganaron. El Christianissimo, que tenia resuelto la demolicion de las Fortificaciones, que havia ganado en Guipuzcoa, y la Navarra Baxa, mandó suspenderla, aunque llegando con sus Tropas el Principe Pío à Cathaluña à los primeros dias de Enero, iba abanzando, para sacar à los Franceses de la Gonza de Tremp, donde se hallaba con alguna gente el Marqués de Voñas; y como este era inferior en fuerzas, se retiró à la Cerdeña, con mas precipitacion, que era licito à los que se gloriaban Vencedores, y se incorporó con las Tropas, que mandaba el Marqués de Fimarcón, que se componian de once Batallones, quinientos Granaderos, y dos mil y quinientos Veteranos, sacados de los Presidios del Rosellón: añadianse à estos mas de dos mil Arcabuceros de Campaña, y Miqueletes, los mas rebeldes de su Soberano, que yá, temiendo el rigor del Principe Pío, se havian abrigado de las Tropas de Francia. Ocupaban estos los caminos reales, pero los Españoles passaron (aunque trabajosamente por la mucha nieve) el que llaman Coll de Queralt, y atacando los Enemigos, los pusieron en confusion, retirandose hasta el Cañon de Mont-Luis, y dexaron à los Españoles toda la Cerdeña franca. Desde Puigcerda se hizo un destacamento à cargo del Theniente General Don Tiberio Carrafa, para atacar (dandose las manos con las Tropas de Vich, y Girona) los Quarteles, que los Franceses tenian en Ripoll, Camprondon, y Aulot, que no aguardaron el combate, y se

retiraron à Francia : luego el Principe Pío passó à Castél-Ciudad, yá de antemano bloqueada, y la noche del dia 22. de Enero abrió la Trinchera contra la Torre Blanca : dos dias despues capituló la Guarnicion, que era solo de cinquenta hombres, y quedó prisionera de Guerra; quedaba el Castillo, que à los 29. se rindió. Esto, aunque parece cosa de poca importancia, era de suma entidad para sossegar los Rebeldes de Cathaluña, à los quales pudo despues el Principe Pío perseguir con mayor comodidad; bien, que los Cabos principales se passaron à Dominios del Rey Christianissimo.

El Cardenal Alberoni, desde Francia tuvo forma, para que en Genova sus amigos pidiessen una Galera à la Republica, que le traxesse desde Antivo, de donde, sin tocar en Genova, passó à Sestri de Levante, Lugar del Genovesado : halló aqui Cartas del Duque de Parma, en que se le insinuaba, no entrasse en aquel Estado, y lo proprio hizo el Pontifice, y mas le hizo presentar por los Ministros del Cardedal Lorenzo Fiesco, Arzobispo de Genova, una Carta del Cardenal Pauluci, en que le ordenaba el Pontifice, no valerse del Breve, que le havia concedido, para que le pudiesse qualquier Obispo consagrar. Esto tiraba, à que no querian las dos Cortes de Roma, y España, que fuesse Obispo de Malaga, y se estudiaba en aquella el modo como quitarle el Obispado; pero no le havia, sin que precediesse cargo formal, y sentencia. Todas estas demonstraciones pusieron en aviso al Cardenal, y en la inteligencia de que no solo havia él enteramente caído de la gracia del Rey; pero que le hacian algunos cargos, y yá se reservaba mas en la casa en que vivia, y por medio de sus Confidentes embió secretamente à Genova lo mas precioso, que tenia en su poder, y algunos Papeles, de los quales entregó al Canonigo Bertamín de Plasencia, su grande amigo. Havia tomado Passaporte del Governador de Milán Conde de Coloredo, para passar por Dominios del Emperador al Estado del Papa; pero yá con estas disposiciones, que significaban armarsele no conocidos riesgos, resolvió quedarse en Sestri. El Rey Catholico, que no havia querido poner las manos en la Púrpura, y deterle en sus Reynos, mejor informado de las operaciones del Cardenal, creyó, no debian quedar muchos excessos sin castigo; y con acuerdo del Duque de Parma pidió

al

al Pontifice, se asseguraſſe de la persona del Cardenal, y le embió materiales para construír el Proceſſo, porque ni aun el informativo havia querido el Rey empezar. El Pontifice se valió del Cardenal Joseph Renato Imperial, Genovés, para que escriviesse al Senado de Genova, se arrestasse la persona del Cardenal Alberoni, y escrivió al dicho Imperial un Papél, en que le decia: Que por relevantiſſimas razones, que à su tiempo se sabrian, importaba sumamente à la Iglesia, á la Santa Sede, al Sacro Colegio, y que aún se podia decir con verdad, à la Religion Catholica, y à la Christiana Republica, que luego se asségurassen de la persona del Cardenal Alberoni, para hacerle immediatamente passar al Castillo de Sant-Angel, y proceder contra él con aquellas resoluciones, que fuessen justas; y añadió, que mandasse al Padre Maineri, Religioso de la Congregacion de los Ministros Agonizantes, passasse luego á Genova con esta comiſſion, y entregasse un Breve de su Santidad sobre el propio assumpto: executòlo puntualmente el Cardenal Imperial, dandole oportunidad favorable para esto, el que el actual Dux de Genova era de su propia Casa, y su Amigo, llamado Ambrosio Imperial, á quien, y al Govierno, escriviò una Carta bien expreſſiva, embiando copia del Papél, que le havia escrito el Pontifice, para que fuesse el Cardenal Alberoni arrestadò, y tenido en custodia, hasta que el Papa embiasse por él. Con estos Despachos llegò el dia 24. de Febrero el Padre Maineri á Genova, y entregando luego al Dux sus Cartas, estè juntò los Colegios, aunque era dia de Fiesta, donde huvo reñida disputa, porque no le faltaban á Alberoni entre aquellos Senadores algunos Amigos. Por pluralidad de votos, viendo assegurar al Pontifice, que esta prision importaba á la Religion Catholica, se mandò arrestar en la propia casa, en que vivia en Sestri, poniendole por guarda una Compañia de Soldados por el Coronél Mogavi, siempre á la vista.

Este arresto le pareciò al Govierno provisional, porque no determinò entregar la persona del Cardenal, si no le constasse ser Reo convencido en materia de Religion: por esso, respondiendo el Govierno en Carta del Secretario Juan Vicente Bentura, al Cardenal Imperial, insinuò, necesitaban saber individualmente los cargos, que al Cardenal se hacian, para

vér

vér si eran dignos de ser entegrado, sin violar el Derecho de la Hospitalidad. El dia 2. de Marzo el Padre Maineri presentò al Dux copia del Breve Pontificio, porque el original no le diò hasta el dia 8. en que tambien llegò la respuesta del Cardenal Imperial, que contenia lo mismo que el Breve. Se reducian los cargos á tres puntos.

Que havia empleado el dinero de las Bulas de la Santa Cruzada, y otros Subsidios Eclesiasticos en Guerra contra Principes Catholicos: Que la havia movido en tiempo que la tenia el Emperador contra el Turco, causando tantos daños á la Europa, y á la Italia; y que havia, por particulares interesses, prohibido á los Subditos de España de tomar Bulas de la Dataría de Roma, por los Beneficios, que conferia el Pontifice. Y estos cargos, examinados por el Govierno de Genova en la Junta del que llaman Concelleto, parecieron insubsistentes, y no llenaban la expectativa, y la gran máquina de delitos, que havian concebido por la primera exercion del Pontifice en el Papél escrito al Cardenal Imperial, y en el Breve, que entregò el Padre Maineri; y creyendo no bastaban á violar el Derecho de las Gentes, y el de la Hospitalidad, haviendose Alberoni como refugiado al Estado de la Republica, le pusieron en libertad; y escriviendo al Pontifice una Carta muy reverente, y obsequiosa, en que narraban los motivos de esta resolucion, por no haver hallado en los que el Papa havia significado bastante material á la infraccion de las Leyes, y á las del Derecho de las Gentes, y de la pública libertad, á la qual tenia el Cardenal Alberoni derecho, una vez acogido á la Soberanía de esta Republica, que por su propio decoro le debia observar el de la Hospitalidad, que se le havia concedido, aun en atencion á su Sagrada Púrpura. No solo con esta respuesta indignaron los Genoveses al Pontifice, pero aun al Rey Catholico. El Marqués de San Phelipe, su Ministro en Genova, havia hecho fuertes representaciones, para que no se sacasse al Cardenal del arresto, porque tenia en ello interés su Soberano, y que se le entregassen quantos Papeles tenia en su poder el Cardenal, pertenecientes al passado Ministerio, que exerciò en España. No le hicieron fuerza al Govierno de Genova estas instancias, yá tenaz en su systéma; y respondieron con mas pompa de pala-
bras,

bras, y afectado obsequio al Rey Catholico, que con execuciones, porque se le quitaron al Cardenal las Guardias, y se le insinuó saliesse del Genovesado, porque no querian empeños con Principes, que se iban poco à poco declarando, porque à las instancias del Rey Catholico, se vinieron las de el Christianissimo, y Britanico, por medio de sus Ministros, que residian en Genova. Tambien escriviò al Govierno el Rey Phelipe un Despacho bien expressivo; pero ni llegò à tiempo, ni los Genoveses (muchos del partido de Alberoni) quisieron mudar dictamen; y tan precipitados fueron en quitarle la libertad, como en darsela. Dieron por escusa al Rey Phelipe, que le havian recibido, porque venia con su Passaporte, y de otros Principes: Que no havian usado con él, mas, que con otro qualquiera, que se refugiaba à sus Tierras; y que despues que havian sabido, yá muy tarde, que estaba en desgracia del Rey, le havian mandado salir de ellas. Alberoni, viendose perseguido de todos, implorò el patrocinio del Emperador, que no se le quiso otorgar, aun ofreciendo aquel descubrirle secretos, que le importaban; pero lo tolerò sin darse por entendido, de que se havia refugiado el Cardenal à algunos Feudos de Lombardia, porque saliendo con gran secreto de Sestri, y embiando algunos Criados suyos por otros parages, para engañar las congeturas, passó à uno de los Feudos Imperiales, abrigado de sus Amigos, y conocidos, que los tenia muchos en Lombardía; y de genero se robó à los ojos, y à la noticia del Mundo, que raros sabian con certidumbre donde se hallaba, y muchos creían, que escondido en Genova. El Rey Catholico pidió à los Genoveses satisfaccion de esta, que imaginaba ofensa, ò poca atencion à una Representacion hecha en su nombre; y lo propio instaba el Pontifice, que se puso de acuerdo con el Rey de España en vengarse de aquella Republica: esta, para sincerarse, nombró Embiado Extraordinario à España à Francisco Maria Balbi, y se disponia à embiar otro Gentil-Hombre sin caracter à Roma; pero el Cardenal Pauluci declarò en nombre del Pontifice, no sería admitido, como ni lo fue Balbi del Rey Catholico, que mandò en sus Fronteras, y Puertos del Mar, no se le permitiesse entrar en sus Reynos, quando yá estaba previniendose à partir; y ordenò, que su Ministro en

en Genova esparcieſſe esta noticia, sin participarla de oficio: en lo que moſtró el Rey benignidad, porque le quitó à Balbi el deſdoro de retroceder. El Cardenal Alberoni, antes de ſalir de Seſtri, eſcrivió una Carta al Cardenal Pauluci en 20. de Marzo, y al Decáno del Sacro Colegio el Cardenal Fulbio Atali, en que hablando con la mayor veneracion del Sumo Pontifice, daba las diſculpas à los cargos, que no ignoraba ſe le hacian, creyendo, que ſolo eran los tres yá mencionados en el Breve del Papa, y Carta del Cardenal Imperial: moſtraba en el contexto de eſtas Cartas, caſi con evidencia, no haver ſido Autor de la Guerra de Italia; antes haverla repugnado: y daba los motivos de todo lo que el Rey Catholico havia ordenado à ſus Subditos contra la Dataría de Roma, eſcuſandoſe de no haver tenido parte en eſto, y en quanto ſe le acriminaba; y traía por teſtigos muchos Miniſtros del Rey de Eſpaña, y à ſu Confeſſor el Padre Daubantón. Tambien en eſtas Cartas, y otras que ſacó deſpues, ſin poner el Lugar en que eſtaba oculto, prevenia diſculpas à los cargos, que ſe le podian hacer, y revelaba muchos ſecretos de oficio, y los mandó imprimir; pero los crimenes que ſe le imputaban eran de mas ſuperior inſpeccion, aunque no nos conſta del fundamento que la acuſacion tenia, ò ſi todo era calumnia; cierto es, que haviendo ſido hecho Inquiſidor General de Eſpaña el Obiſpo de Barcelona Don Diego de Aſtorga, ſe le dió por el Pontifice comiſſion de formar el Proceſſo informativo ſobre Alberoni, cuyas culpas abultaba el vulgo de los Eſpañoles mas de la verdad, por el odio, que à ſu perſona tenia. El Duque de Parma era el principal inſtrumento de todo lo que contra Alberoni ſe executaba, y mantenia viva la indignacion del Rey Phelipe, quien quiſiera no haver contribuido à emplear tan mal la Púrpura, (como decia) ò que le privaſſen ahora de ella. Eſto miſmo deſeaba el Pontifice; pero el Sacro Colegio era caſi abierto Protector del Cardenal, porque la hacian, para ſemejantes caſos, cauſa propria; y aſſi, en Roma no tenia verdadera perſecucion, como en Eſpaña creían, ni havia en quien emplearla, porque Alberoni ſe mantenia eſcondido, ſin que con certidumbre ſe penetraſſe donde eſtaba; y quando preſumia que ſe podia tranſpirar, ſe mudaba à otro parage, disfrazado en habito de ſeglar, y con lo-

ſolo un Criado, porque havia entrado en la ſoſpecha, que le buſcaba el Rey Phelipe, para entregarle al Pontifice, y que el Miniſtro de Genova hacia quantas deligencias eran poſsibles para haberle à las manos. En eſte ſuceſſo de Alberoni nos hemos ceñido à referir lo pùblico, porque no nos es licito revelar algo mas ſecreto, ni ſon parte eſſencial de los Comentarios los particulares acaecimientos de un individuo, aunque tanta figura haya hecho en Eſpaña, porque de un hombre privado, no ſe deben referir mas operaciones, ni lances, que los que tienen relacion, è interès pùblico; ò connexion con los Principes.

Los Alemanes que eſtaban en Mecina, reſueltos à ſacar del Reyno à los Eſpañoles, paſſaron por Mar á Trapana; y quando el Marquès de Lede con ſu Exercito eſtaba en Alcamo, aquellos ſe acamparon en Santa Ninfa: todo era enderezarſe á Palermo, ò á dàr una Batalla, porque Merci queria ganar la Sicilia, antes que los Eſpañoles, en virtud del Tratado admitido por el Rey Catholico, la dexaſſen; ſin reparar, que ſe le daba con certidumbre lo que buſcaba con rieſgo; porque ſi perdia una Accion general, podian mudar las coſas de ſemblante, porque el Emperador tenia muchas coſas á que atender, y el Rey de Inglaterra empezaba yá á eſtár impaciente, que ſe le dilataſſen la inveſtidura de Bremèm, y Vverdem: conocia, que era arte de la Corte de Viena, para tenerle dependiente; y eſto llevaba mal la ſoverbia de los Ingleſés: no eſtaba la Francia tampoco en eſtado de proſeguir la Guerra, porque un nuevo Banco Real, y el de la Compañia de Miſiſsipi, havia recogido todo el dinero del Reyno con varios Edictos, y por él daban Papeles de Banco, que no tenian ſu curſo, ni en èl, para convertirlos en dinero, ni aun en el Mercado, y las Tiendas. Eſtos arbitrios havia inſpirado al Regente un tal Lanus, Inglés, que há muchos años andaba por el Mundo, porque no podia por un homicido bolver á ſu Patria. Eſte era hombre de ſublime ingenio, y de la mas profunda inteligencia en el Negocio; pero de la voluntad mas depravada, lleno de mala fee, y de todo genero de engaños. Los hombres mas ricos, ſe havian reducido á pobres en toda la Francia; y encadenados los inconvenientes uno con otro, no eran ponderables la deſolacion, los lamentos, y miſerias

de aquel Reyno. Esta narracion ha menester mas volumenes, que son estos Comentarios; ni es de mi assumpto escrivir lo que en Francia passaba, si no tiene connexion con la España; y solo lo hemos de passo tocado, para dâr á vér la constitucion del Mundo, y quan vidrioso era dâr aliento con una victoria al Rey Catholico, para que dilatasse evecuar â Sicilia. Havia dado al Marqués de Lede facultad de hacer una suspencion de Armas, por si ganando tiempo, se pudiesse abrir el Congresso de paz, antes que saliessen de aquel Reyno los Españoles. El Emperador no queria tratar de ella, si antes no evacuaban â Sicilia, y Cerdeña; y no teniendo las ordenes los Generales de Lede, y Merci, aunque se trató de Ajuste, y passaron Oficiales de una parte â otra, no quisieron los Alemanes convenir en la suspension de Armas el dia 7. de Abril, y se movieron del Campo de Santa Ninfa ázia Alcamo, donde estaban los Españoles, acampandose solo tres leguas distantes. El Marqués de Lede se mudó â Valguarnera; pero viendo que los Enemigos por la derecha podian tomarle las espaldas, y no era lugar de tener segura la subsistencia, marchó hasta Monreal. Merci ocupó el Campo de Alcamo, y quando supo que los Españoles estaban en Palermo; tomó su marcha, y el dia 23. de Abril baxó por la Montaña vecina â la Ciudad, y se acampó en la llanura â tiro de Cañon del Exercito Enemigo, con la izquierda â monte Peregrino, que ocupó luego, y la derecha â la Montaña llamada la Escala de Carini. Los Españoles tenian su derecha al Fuerte del Muelle de Palermo, y la izquierda â boca de Falco, bien atrincherado el frente, y ocupadas, y fortificadas algunas casas. A este tiempo se hallaba con su Esquadra el Almirante Binghs dada fondo al Escaro de Mondelo: tenia hasta 40. Embarcaciones de transporte, cargadas de Artilleria, Municiones, y Viveres pera el Exercito Alemán. El dia 26. destacó dos Navíos de Guerra, y una Balandra, y Cañones. Dos puestos, que al pié del Monte Peregrino tenian con cien hombres ocupados los Españoles à la Marina, luego los desampararon, con alguna pérdida. El dia 29. al amanecer, los Alemanes atacaron una casa al pié del Monte, que ocupaban 500. Españoles, muy abanzada de su linea. La noche antecedente havia adelantado Merci seis Batallones en dicho Monte, y

con

con el favor de las ſombras, pudieron ocupar las alturas de aquel pueſto, deſde las quales, haciendo gran fuego, ſe travó una corta diſputa, porque viendo los 500. Eſpañoles, que ſe movia el Exercito contrario à ſoſtener à los ſuyos, ſe retiraron haſta un reducto, que havia Lede mandado hacer, donde ſe formaron, y mantuvieron, aun batidos de cinco Piezas de Cañon de Campaña. Merci mandó atacarlos de los Granaderos, ſoſtenidos de otra Infantería: y aquella, aunque pequeña Accion, fué bien executada por una, y otra parte; pero al fin, fueron los Alemanes rechazados con pérdida, porque no era facil romper por el reducto: intentaba Merci apoderarſe de los pueſtos, que tenian ocupados los Eſpañoles enfrente de ſu linea, para tomar deſpues el Muelle; pero no ganando el reducto, mudó de idéa, y ſe bolvió á acampar mas cerca del Enemigo.

El dia 30. ſe empezaron á cañonear los Exercitos: trabóſe alguna eſcaramuza, en que ſe retiraron eſcarmentados los Coraceros de la Guardia de Merci, y yá ſe movian las alas de las lineas para acometer, quando en una Faluca, deſpachada de Genova, llegó al Marqués de Lede orden de ſu Amo, de ceſſar toda hoſtilidad, y evacuar los Reynos de Sicilia, y Cerdeña. Dióſele para eſto poder amplio, con ſu inſtruccion, y luego avisó el General Merci, que yá eſtaba pueſto en Batalla. Pareció un milagro de la Providencia evitar tanto eſtrago, porque huviera ſido una de las Batallas mas crueles de eſta Guerra, ſegun las diſpoſiciones de los animos, yá enconados, y ambicioſos de la mundana gloria: Eran las fuerzas iguales, y ſe peleaba á viſta de la Capitál, creyendo cada uno, que en aquel dia ſe decidiria tan dilatada queſtion. Los Palermitanos hacian deſde las Murallas plegarias, y rogativas por los Eſpañoles, aguardando la Batalla: y quando vieron retirarſe las Tropas, y ſe publicò la cauſa, no huvo demonſtracion de quexa, y dolor, que no hicieſſen. Los Generales ſe juntaron, para tratar del modo de la evacuacion de los Reynos, y ſe concordò en 28. Articulos. Era la ſuma de ellos una ſuſpenſion de Armas por Mar, y Tierra, haſta que llegaſſen las Tropas á Eſpaña: Que evacuarian á Palermo las Tropas Eſpañolas dentro de cinco dias, con todos ſus Fuertes, y que marcharian los Eſpañoles á Termini, conſer-

vando aquella Plaza, hasta la entera evacuacion, y el confin de ella, ocupando los Lugares de Bautina, Veintimilla, Giminia, Montemayor, Caltabuturo, Petralia, Vicari, Polici, la Rochela, Rocapelamo, y Cacamo: y que á medida, que se embarcarian las Tropas, se irian evacuando estas Aldéas: Que los enfermos, y heridos, con sus Medicos, Cirujanos, y Assistentes, quedarian, hasta curarse en los Hospitales, en que se hallaban con una Guardia de 20. hombres Españoles, dandoles lo necessario, por su dinero: Que podian quedar en Palermo los Ministros de la Intendencia, Comissarios de Guerra, Thesoreros, y Contadores, hasta ajustar sus quentas, y dár providencia al embarco: Que qualquiera que sirviesse en el Exercito Español, pudiesse sacar sus Familias, y bienes muebles de aquel Reyno: Que sus Almacenes de Viveres quedassen por los Españoles: Que las Tropas, que estaban divididas por el Reyno, tuviessen libre passage, y alojamiento en la marcha, para embarcarse: Que evacuado Palermo, se retirarian las Tropas de Girgenti: Que lo propio harian las de Augusta, con sus Armas, Pertrechos, y Municiones de Guerra, y las que bloqueaban à Siracusa, y estaban en otras partes del Reyno: Que las Tropas Españolas debian ser conducidas á las Costas de España con sus Armas, Cavallos, y Bagages: Que qualquiera que quisiesse seguir el partido del Rey, pudiesse salir del Reyno: Que se darian Transportes bastantes para las Tropas, pagandolos el Rey Catholico, y Escolta de Navíos Ingleses, segun el numero á que conviniesse el General Binghs: Que se embarcarian las Tropas en dos, ò tres Partidas, poniendo el numero á proporcion del bastimento: Que los Españoles se llevarian los Cañones, Morteros, Armas, y quantos Pertrechos de Guerra havian traído, dexando los que en el Reyno havian hallado: Que los Navíos, y Galeras, que del Rey Catholico se hallassen en los Puertos de aquel Reyno, pudiessen libremente salir: Que se restituirian de una parte a otra los prisioneros: Que se daria seis meses de termino á qualquiera que quisiesse vender sus efectos, para seguir el partido del Rey Catholico. Estos eran los principales puntos mas estendidos, y con clausulas, que quitassen todas las dudas. Fueron firmados estos Capitulos del General Merci, Marqués de Lede, y el Al-

Almirante Binghs. Por el Reyno de Cerdeña se concordò en 24. Articulos la evacuacion: casi eran del mismo thenor; y en Articulo separado ofreciò el Plenipotenciario del Emperador dexaría á aquel Reyno, en comun, y en particular, todos sus Privilegios; y aunque la cession fué hecha al Emperador, se declaraba la condicion de haverle de ceder al Duque de Saboya. Con efecto passò á Cerdeña, para recibir el Reyno Comissario Imperial, Don Joseph de Medicis, Principe de Otayano, á quien le entregò, en virtud de estos capitulos, y de la orden que tenia del Rey, Don Gonzalo Chacòn; y aquel al Varòn de San Remi, que tomò possession por el Duque de Saboya, y se quedò en él Virrey, y Capitán General: Las Tropas Españolas, que alli estaban, passaron luego á España: Lo proprio hicieron las de Sicilia, que por todo Agosto yá estaban en Barcelona. Salieron de este Reyno 20ꝟ. hombres de buenas Tropas, 4ꝟ. de Cerdeña: Este fin tuvo tan costosa Expedicion.

Luego se tratò, entre las Potencias que havian de concurrir á la Paz, de elegir el lugar del Congresso: Quedaron de acuerdo, en que fuesse Cambray; pero aun no se havian nombrado Plenipotenciarios para él, porque querian los Principes tenerlo todo ajustado, y aún permanecian las mayores dificultades; ni el Emperador, despues de posseída la Sicilia, queria la Paz, por no ceder con mas solemnidad los derechos de la Monarquía de España, y por el rezelo, que los Principes todos en el Congresso le limitassen el poder sobre la Italia, porque los Soberanos de ella hacian secretas instancias sobre que se pusiesse en esto remedio, pues de otra manera era dexarlos esclavos. El Rey Jorge queria deslindar algunas dependiencias con el Emperador, antes de entrar en el Congresso, para estár mas libre, como decia, á hacer justicia. La Corte de Viena las queria tener indecisas, para tener dependiente al Rey de Inglaterra, y estas politicas dilataban la Paz. La Francia no tenia interés en diferirla, pero no la apresuraba, porque el Regente no podia perficionar sus idéas. Solo el Rey de España instaba para la conclusion de la Paz, porque de su parte havia executado quanto havia ofrecido; pero creían era todo afectacion, porque estaban los Españoles formando un grande Armamento en Cadiz, y las Costas de Andalucía, adonde man-

mandó el Rey Catholico passar las Tropas que tenia en España, reemplazandolas de las que de Sicilia iban llegando. Prevenianse Naves, baxo el mando del Gefe de Esquadra Don Carlos Grillo, que havia sido declarado Theniente General; y Galeras, baxo el de Don Joseph de los Rios, con otros muchos Barcos de Transporte, y se conducian à Cadiz cañones, armas, pertrechos, y gran cantidad de viveres. Esto tuvo en nueva expectacion à la Europa. Era digno de admiracion, que sin descansar un ínstante, no evacuado todavia el Reyno de Sicilia, entrasse el Rey Phelipe en nuevas idéas, que dieron rezelo à la Francia, Inglaterra, y Portugál: Y aqui se bolvieron à desengañar otra vez, de que el génio de el Rey Catholico, tan inclinado à la Guerra, no tenia necessidad de quien se la aconsejasse, si la juzgaba justa, y que no pararia, hasta recuperar lo que era suyo. Con estos rezelos determinaron los Aliados, no adelantar los passos à la Paz, hasta que se viesse el designio de los Españoles, porque la fama abultaba el Armamento, aun al parecer mayor, que el que se hizo para Sicilia. Era entretenimiento oír delirar los mejores Politicos, y pretexto de precaucion adelantarse los temores à excesso indigno. Dudaban los Ingleses de otra conspiracion contra el Reyno, hecha en Roma à impulsos del Pontifice, y mas estando yá proximo à tener succession el Rey Jacobo Stuard porque estaba la Reyna en cinta. Y no carecia Londres de alguna confusion, por las variedades de las Acciones del Banco de Mardelstr, que, haveindose aumentado á precio jamás visto, baxaron al mas infimo, con notable perjuicio de infinitos, que havian perdido alli sus caudales, engañados. Havia passado el Rey Jorge á Hannovér, para componer privadas diferencias con los Principes de Alemania, y del Norte; y se creía dilataba con arte la buelta á Londres, hasta que cessasse aquella confusion, y esperaba vér el paradero de las Armas de España, que estaban en movimiento. Despacharon varios Correos á Gibraltár, y Mahón: reforzaronse las Guarniciones, y se abastecieron las Plazas. Esto lo dispuso la Regencia de Londres, aún ausente el Rey; porque sus Enemigos esparcieron con artificio, que se entendia con el Rey Phelipe, y se dexaría perder á Gibraltár, para salir con ayre de la palabra dada al Regente de Francia.

El

El Rey de Portugál, aunque aſſegurado del Miniſtro de Eſpaña, que no era contra ſus Eſtados el nuevo Armamento, inſenſiblemente abaſteció de todo lo neceſſario ſus Plazas fronteras, y no ignoraba por menor el numero de ſus Tropas, de las quales poco antes havia paſſado reſeña. El Duque Regente, que tan contra sí tenia la Francia toda, por lo aniquilado del Comercio, el univerſal retiro del dinero á las Reales Arcas, y Banco, tambien admitió la ſoſpecha, que pudieſſe la Eſpaña otra vez intentar la ſublevacion de la Francia, viendola turbada, ſin medios, y abatida: y aunque Don Patricio Laules, que hacia los Negocios del Rey Catholico en París, ſe esforzaba á ſoſſegar los rezelos del Govierno, ſe fingian olvidados; pero permanecian en el corazon del Duque, que yá empeñado en ſu deſpotiſmo, hacia las mayores demonſtraciones, para que no le creyeſſen temeroſo. Deſterró á todo el Parlamento de París á Pontuíſo: quitó muchos empleos, y haciendo acercar Tropas á la Corte, ſe mantenia en ſu dictamen, mas apoyado de las Armas, que de la razon; porque queria obligar al Parlamento á firmar un nuevo Edicto, que ſobre la Bula *Unigenitus* ſe havia hecho, deſpues de tantos rumores, que coſtó aquella Pontificia Conſtitucion, mal admitida de los Franceſes, y rechazada de los mas, como vulnerativa de los Privilegios de la Igleſia Galicana; ò porque vivia aquel disfrazado Janſeniſmo, que no pudo apagar el vigilante zelo de Luis XIV. Viendo eſtos rezelos de la Europa el Rey Catholico, que turbaban la Paz general, eſtuvo preciſado á declarar con un Papél del Marqués de Grimaldo al Miniſtro de Inglaterra, que reſidia en Madrid, que no ſe movian aquellas Armas contra ſu Soberano, ni Principe alguno de los de la Quadruple Alianza. Ni eſto quitó la aprehenſion, y no ſe adelantaba la Paz, ni ſe nombraban Plenipotenciarios, aunque el Rey Catholico havia yá nombrado á D. Franciſco de Benavides, Conde de S. Eſtevan del Puerto, y al Marqués Berreti. Deſpues nombró el Emperador al Conde de Vium-Diſgratz, y al Barón de Penteriter: el Chriſtianiſſimo al Señor de S. Conſter, y al Señor de Morbille: la Inglaterra á Millord Certeced, y Milord Pobort, ſin que ninguno de los Plenipotenciarios de los demás Principes ſe movieſſen. Llegaron á las cercanías de Cambray los del Rey Catholico, para deſengañar

al

al Mundo, quan de buena fee trataba la Paz, aunque veian prevenia sus Armas para nueva Expedicion.

Haverse unido las Cortes de Roma, y España contra el Cardenal Alberoni, estrechó de ellas la buena inteligencia, á que cooperaba no poco el Duque de Parma, que, dando al Pontifice esperanzas de mejor Ajuste, se resolvió á embiar á España Nuncio al Arzobispo de Rodas Mon-Señor Aldrobandini, llamandole de la Nunciatura de Venecia: este era Florentin, y muy afecto á la Casa de Parma, con la qual Familia Aldrobandini, ilustre en Toscana, havia tenido antigua inclusion. No se havia la España olvidado del Cardenal Alberoni, ni de la desatencion de que cargaban á los Genoveses, contra los quales clamaba á España el Pontifice, de que havia quedado desayrado, por tomar el empeño del Rey contra Alberoni. El Govierno de Genova creía haver cumplido con ambos Principes, con quererles embiar el Ministro, que no admitieron; y aunque havian hecho muchas diligencias, para que el Rey Phelipe dexasse entrar en sus Reynos á Francisco Maria Valbi, viendo la constante repugnancia del Rey, se aquietaron, creyendo haver hecho quanto cabia en lo possible, porque, para componerse con la España, se valieron con el Duque de Parma, embiando privadamente á Plasencia á Juan Bautista Morando, que aunque no trató immediatamente con el Duque, por medio de el Conde Ignacio Roca, muy favorecido del Duque, tuvo poco favorable respuesta, porque se escusó este de entrar en interposiciones con el Rey de España, justamente indignado contra el Govierno, con la dilacion de siete meses. Creyeron muchos yá apagada esta centella; pero el Rey Catholico ordenó á su Ministro de Genova, hiciesse, en los terminos mas fuertes, nueva instancia, para que le diessen los Genoveses satisfaccion de la libertad concedida á Alberoni, y la diessen tambien al Sumo Pontifice, sin la qual no admitiria el Rey alguna. Esta instancia, para parecer mas expressiva, la hizo el Ministro por escrito, con terminos muy aprovechados del Pontifice; y resultó, que luego los Genoveses hicieron passar á Roma Ministro Extraordinario, con caracter de Embiado, á Constantin Valbi, exponiendose á que no fuesse admitido. Esto vendieron por obsequio al Rey Catholico, y que se le havia dado caracter, porque

que el primero que quisieron embiar, havia de ir sin èl. Al Rey respondieron con palabras de mayor veneracion, pero solo palabras, porque nada resolvieron: repetian las yá muchas veces oìdas escusas, y bolvieron à pedir, fuesse admitido (para sincerarse) el nombrado Ministro à la España. Con esto, y con haver determinado tentar otra vez la interposicion del Duque de Parma, imaginaron, no tener mas que hacer. Alberoni, desde su Retiro, nada ignoraba, y bolvió à escrivir al Cardenàl Pauluci, sin declarar el lugar, quexandose, le trataban como al mas vil, y facineroso Reo; y que, ni le era lícito publicar donde estaba, porque se le insidiaba la vida; y que el Duque de Parma hacia las mas exactas diligencias para prenderle, y entregarle; por lo qual suponia, havian passado à conferir con el Duque algunos Oficiales de el Rey Phelipe, desde Longón. Creía el Cardenal, que el Confessor del Rey avivaba esta llama; y era aprehension, porque la modestia, y rectitud del Padre Daubantón, no era capáz de venganza, aunque inspirasse en el Rey las mas justas reflexiones. Cierto es, que se adelantó su autoridad de genero, que creían los Españoles, que tenian la mayor parte en el Govierno los Jesuítas, y se atribuyó al Confessor la resolucion de embiar Tropas à Africa.

Estaba Ceuta, 26. años havia, sitiada de Tropas de el Rey de Marruecos; y aunque la impericia de los Moros nada havia adelantado contra la Plaza; pero haviendo yá passado à servir à los Infieles algunos Franceses Hugonotes, Ingenieros, y Oficiales, fortificaron de genero las Trincheras, y los Aproches, que estaba mas apretada la Plaza, y mas impossibilitada de hacer ventajosas surtidas. Su Exercito se componia de mas de 20ŷ. hombres, aguerridos con la escuela de Sitio tan dilatado, aunque pocas funciones havian tenido en los 26. años, pues à fuerza de minas los hacian volar, y apartar de los Españoles. Con la ultima Conducta de Tropas de Sicilia llegó el Marques de Lede à Barcelona; y llamandole luego à la Corte, fué creado Grande de España de segunda classe. Se le aprobó con esto quanto en Sicilia havia hecho: y mas con haverle nombrado Capitán General para la Expedicion de Africa, para la qual se juntaban Tropas en Malaga, Cadiz, y Tarifa; pero ningun Cuerpo de los que de Sicilia havian ve-

nido, para dexarlos descansar, y exercitar los que en España havian quedado. Muchos de los Oficiales Generales fueron nombrados tambien à esta empressa, porque eran de la satisfaccion de Lede. Haviase justificado de algunas imposturas, y calumnias Don Joseph Patiño, y llamado à la Corte, se le reintegró en la Intendencia General de la Marina, limitandole á este empléo la autoridad; y viendo, que iban lentas las prevenciones para la Expedicion, que ninguno la tenia mayor que Patiño, se le ordenó passasse á Cadiz. Con esto se pudo poner en varias conductas á la vela el Exercito, embarcado en distintos parages á ultimos de Octubre, y escoltado de la Esquadra de Naves, que mandaba Don Carlos Grillo, de las Galeras del cargo de Don Joseph de los Rios, y de otras tres Naves de la Religion de San Juan, á las quales pidió el Rey le sirviessen en este parage hasta el desembarco, como lo executaron, dandoles el Rey provisiones por el tiempo que se podian entretener.

Estaba Ceuta sitiada desde el año de 1694. que la embistió el Bajá Ali Beneb Dalat con 40U. Moros: este Sitio le hacia el Marrueco, no solo para quitarse el embarazo de aquella Plaza, pero para entretener, y entregar al peligro algunos Moros mal afectos, y parciales de su hijo, con quien havia tenido Guerras civiles: aquel Campo le destinaba, mas para suplicio, que para theatro de gloria, porque nada adelantaron los Sitiadores en viente y seis años, en cuyo espacio de tiempo havrian muerto mas de cien mil Moros. Como era la idéa del Rey de Marruecos, no solo Militar, sino Politica, resolvió no dexar la empressa; y tanto se fortificaron en ella los Sitiadores, que à las faldas del Monte, que llaman Bullones, fabricaron casas para los principales Gefes à proporcion de su grado; y plantando el Campo tràs de las Trincheras en una lengua de tierra, bañada de una, y otra parte de las aguas del Mar, havian plantado huertas, y sembraban en los vecinos campos, quanto cubria su Cañon, y su Exercito; de forma, que havian hecho una poblacion acomodada para Sitio tan dilatado: las Trincheras estaban con su Fosso, y reductos, y fabricada parte de ellas de las ruinas de la antigua Ceuta, muy estendida en su izquierda al Mar, y la derecha al Monte: ocupaban la lengua de tierra de Mar à Mar, donde havian tirado quatro paralelas, con comunica-

cion

cion de una à otra, en lo mas angosto frente de la Plaza, porque era la lengua el passo para tierra. Adentro tenian Piezas de Cañon; y mas era una fortificacion contra Ceuta, para embarazar las salidas, que verdadero Sitio, porque nunca havian batido en brecha. Por el Mar la entraban à la Plaza continuos socorros de gente, Municiones, y Viveres. Esto costaba mucho al Rey Catholico, y determinó hacer levantar el Sitio, observando despues las disposiciones del País, para meditar los progressos, que se debian hacer, ò retirar las Tropas. A 14. de Noviembre estaban yá todas desembarcadas en Ceuta, con algunos dias de descanso: esta noche se mandó à Don Joseph de los Rios, hiciesse fuego por la mañana sobre la siniestra de los Moros, y por sus espaldas, fingiendo con Lanchas un desembarco, para distraerlos. Havia mandado el Marqués de Lede hacer algunas bocas en el camino encubierto, para que por ellas, y las Puertas pudiesse à un tiempo salir el Exercito hasta los ataques del Enemigo, dividiendo las Tropas en varias partes. El dia 15. al amanecer, salieron estas en quatro columnas de à seis, y siete Batallones cada una, uniendose à los que estaban en la Plaza, porque las que de España havian passado nuevamente, no excedian de diez y seis mil hombres: precedian los Granaderos, y muchos Gastadores para arruinar las Trincheras, porque promptamente pudiesse la Infantería penetrar al Campo enemigo, el qual estaba de sus mismas Trincheras cubierto, sin que se pudiesse por otra parte atacar, porque estas ocupaban ambas orillas de Mar: cada columna tenia un Cuerpo de Cavallería por Retaguardia à la derecha. Con un tiro de Cañon se dió la señal, y empezó à disparar Don Joseph de los Ríos, executando con acierto lo que se le havia mandado. Esto desordenó los Moros, acometidos con tanto impetu de los Españoles en sus atrincheramientos, que fueron puestos en la mayor confusion: defendieronse poco, cargando sobre ellos tanta gente, y de paralela en paralela se retiaron, hasta unirse à su Campo, donde havia hasta unos 20ʉ hombres. Vencidas, y penetradas las Trincheras, se puso de la otra parte en batalla el Exercito Español, quanto permitia la estrechéz del lugar. Tambien la frente del Campo estaba fuerte con fossos, y cortaduras; pero los Españoles las fueron poco à poco venciendo, y de altura

en altura hacian retroceder à los Moros, que se resistian, y peleaban con bravura, sostenidos de 2ÿ. Negros de la Guardia del Rey de Marruecos, que llevaron el peso de la batalla, y hacian frente, mientras se retiraban los muertos, y heridos, y por esta razon no se pudo saber à punto fixo su numero. Duró la Accion quatro horas, hasta que se pusieron los Infieles en precipitada fuga, parte por el camino que vá à Tetuan, y otros por el de Tanger, donde tenian otro pequeño Campo de Cavallería, del qual se tomaron las Tiendas. Lo escabroso del terreno no permitió cortar à los que huían, y assi se quedó el Exercito en aquel Campo, donde halló 29. piezas de Cañon, 4. Morteros, mucha cantidad de Viveres, y Municiones, y se tomaron quatro Estandartes, y una Vandera. Del Exercito Español quedaron muertos algunos Oficiales, y mas de cien hombres: doble numero huvo de heridos, entre los quales gravemente en la cara el Cavallero de Lede, y en un lado el Mariscál Don Carlos de Arizaga. Algunos Oficiales, Soldados Moros quedaron prisioneros: los muertos que se hallaron en el Campo no llegaban á 500. se demolieron luego sus Fuertes, y atrincheramientos, y se logró hacer levantar un Sitio tan prolixo, y molesto.

El Rey Catholico presentó en persona tres Estandartes à la Virgen de Atocha: uno embió con Expresso al Pontifice, y le escrivió una Carta muy obsequiosa, y reverente. Los Ingleses empezaron luego à tener rezelos por su Comercio, si se apoderaba el Rey Catholico de las Costas de Africa en el Estrecho, y yá discurrian el modo como atajar las idéas del Rey Phelipe, si acaso tenia otra mas, que libertar la Plaza, no siendo, ni haviendo sido en todos tiempos menos perjudiciales à las conquistas de la Iglesia los Hereges, que los Gentiles, y Mahometanos. En este año se encendió un executivo, y riguroso contagio en la Provenza: empezó por Marsella, adonde traxo Mercaderias infectas una Nave Francesa, que venia de Esmirna, y Alexandría: cogió aquella Ciudad extenuada, sin viveres, ni dinero, y la pobreza ayudó al estrago, porque murieron mas de 60ÿ. personas: se estendió despues à Aix, y otros Lugares, hasta 26. poblaciones. Embiaronse Tropas à guardar el Rodano, y el Duque de Saboya hizo lo proprio en el Varo. Antes de fenecer este año passaban los muertos de cien mil.

AñO

AÑO DE M.DCCXXI.

DEspues de la accession del Rey Catholico à la Quadruple Alianza, y evacuacion de Sicilia, y Cerdeña, nada parece que faltaba à la Paz, porque no havia Guerra; pero estaba aquella muy lexos, pendientes aún muchas diferencias, no solo entre el Emperador, y el Rey Catholico, sino entre este, y la Inglaterra, y aun con la Francia, que dilataba entregar las Plazas de Fuente-Rabía, y San Sebastian, de las quales no se havia hecho mencion alguna en los ultimos Tratados, pretendiendo tres Potencias grandes, à porfia, destruír la España, con máscara de la pública utilidad. Todos iban á perficionar sus idéas antes de la Paz; y conociendose necessarios para ella, y aun Garantes, en quanto recíprocamente se havian de ofrecer al Emperador, y al Rey Phelipe, la Francia, y la Inglaterra no querian soltar la usurpada tixera de la mano; porque sobre darles mayor autoridad, esperaban algun util de la dilacion.

El Rey de Inglaterra no havia aún conseguido las investiduras del Ducado de Bremén, y Vverden, en la forma que las deseaba, y el Emperador le hacia penar, para tenerle asido á su favor en las controversias, que sabia se havian de suscitar quando diesse la Toscana al Infante de Castilla D. Carlos, segun lo estipulado: con que deseando estos dos Principes, el Emperador, y el Inglés, fenecer cada uno antes sus dependiencias, ninguna se concluía, y con pelillos, y repáros insubstanciales, se dilataban las recíprocas renuncias del Emperador á la España, y del Rey Catholico á lo que el Emperador posseía en Italia, y Flandes, porque este negocio se trataba en Londres con los Ministros de las Potencias interessadas, y havia el Rey de España á este efecto embiado á aquella Corte sin caracter, pero con credenciales, al Theniente General D. Jacinto Pozo Bueno, Governador de Pamplona.

El Duque de Orleans, Regente de la Francia, que se governaba por los dictamenes del Abad Dubois, generalmente adverso á la España, no perdiendo de vista sus antiguas idéas,

y

y expectativa à la Corona de Francia, si muriesse Luis XV. no queria descontentar al Emperador, y estaba tan de acuerdo con la Inglaterra, que se tenian mutuamente ofrecido dilatar el Congresso quanto à cada uno de ellos conviniesse; y mas, que el Duque, viendo tan favorable oportunidad, de casar bien sus hijas las Princesas de Monspensier, y Baujolois, havia muy de lexos, por el P. Daubantón, Confessor de el Rey de España, escudriñado, si tendria buen exito su proposicion, queriendo dár una al Principe de Asturias, y otra al Infante Don Carlos; y que en trueque tomaria para el Rey de Francia la Infanta de España.

Esta idéa, muy à sus principios, fué con gran secreto comunicada al Marqués de Grimaldo, Secretario del Despacho Universal de Estado, y Ministro de la mayor confianza del Rey. Hacia negocio con el misterio de secreto el Duque de Orleans; y queriendo exagerar conveniente el Tratado para la España, fingia rezelos, que le turbarian la Inglaterra, y el Emperador, si lo penetraban; y mientras las respuestas no venian decissivas, ni entregaba las Plazas, que de la España tenia, ni embiaba sus Plenipotenciarios al Congresso, aun haviendo mas de seis meses llegado à las vecindades de Cambray el Conde de S. Estevan, y el Marqués Berreti, Plenipotenciarios del Rey Catholico, que tenian sonrojo de estár en Cambray solos, debiendo acudir antes à recibirlos los de Francia, por celebrarse el Congresso en su Reyno; y aunque se disponia à partir el Señor de San Conster, nunca llegaba este caso, y estaban muy remotos del viage los de Inglaterra, y Alemania. El pretexto de la dilacion era, que todavia no se havian reciprocamente entregado los Actos de las mencionadas Renuncias, que era el fundamento de la Paz, y de usar en el Congresso los titulos, y dictados, que à cada uno de los Principes pertenecian, porque el Emperador no queria soltar el de Catholico, con pretexto, que posseía parte de la Monarquía de España, y havia yá reconocido Rey de ella al Rey Phelipe. (que assi le llamaban los Imperiales, por no decir Catholico) Tenaces sutilezas del amor proprio, y de la Soberanía, no porque creían los Principes, que los titulos, y dictados dán derecho mas del que pueden dár las Armas, sino porque los lisonjea tan prolija pompa de voces, que les abulta

la

la Mageſtad: comun delirio de los mortales, que no ſatisfechos de ſer mucho, quieren ſer lo que no ſon.

No deſcuidaban en Inglaterra, y Parìs de imponer en lo que les importaba al Duque de Parma, porque influyeſſe en lo que proponian, y le ofrecieron firme patrocinio contra las violencias, que uſaba el Emperador en Italia, y el Govierno de Milán en los Eſtados del Duque, ſobre los limites del Pó, y paſſo de Tropas à la Lunegiana, y Maſſa, que preſidiaba el Emperador con gran cuidado. El Duque de Parma, hombre prudentiſſimo, fingia abſtraccion de la Eſpaña, y de ſu Govierno, aunque influyeſſe en la Reyna lo que convenia para ſu quietud, y que el principal objeto havia de ſer ſolo perficionar la obra de aſſegurar la Toſcana para ſu hijo primogenito. A bueltas de eſto, algo ſe queria introducir fuera de ſu oficio el Marqués Annibál Scotti; y aunque yá havia en el Palacio muchos Parmeſanos, el Govierno permaneció, deſpues de echado Alberoni, ſolo en el Rey. Embiabanſe algunas particulares Conſultas al Preſidente de Caſtilla D. Luis de Mirabál, y al Comiſſario General de la Cruzada D. Franciſco Antonio Ramirez de la Piſcina; pero lo mas eſſencial paſſaba por el P. Guillermo Daubantón, y el Marqués de Grimaldo; y mas deſpues que havia caído de la gracia, y del empléo D. Miguél Fernandez Durán, Marqués de Toloſa, el qual, por la incluſion que tenia con la Caſa de Don Juan Prieto, con cuya hermana, viuda del Marqués de Gallegos, havia caſado Toloſa, ſe juzgó intereſſado en el Aſſiento de Viveres para el Exercito de Africa, donde, por ſer de mala calidad, havian perecido mas de 4ʉ. Soldados, y al retirarſe las Tropas, ſe llenaron de enfermos todos los Hoſpitales de Andalucia, de genero, que ſe temió alguna infeccion. Tomó el Rey rigurosa cuenta de los Autores de eſta deſgracia, y las Caſas de Prieto, y Gallegos padecieron una multa conſiderable: otros Oficiales, è Intendentes paſſaron por rigoroſo examen: ſe formó el Proceſſo, y ſe quitaron muchos empléos. No era Reo de eſta maldad el Marqués de Toloſa; pero ſe le probó entraba en el Aſſiento como participe: coſa muy opueſta à ſu Miniſterio de Secretorio del Deſpacho Univerſal de Guerra, y Marina, cuyos empleos confirieron; el de Guerra, à Don Balthaſár Patiño, Marqués de Caſtelár, hombre en eſta materia inteligentiſſimo;

mo; y el de Marina à D. Andrés Pez, Preſidente de Indias. Poco deſpues murió Toloſa de peſadumbre, ò de tóſigo, como dixeron muchos.

El Rey havia diferido mucho al Marqués de Toloſa en tiempo de Alberoni, y eſto le confirmó en una natural deſconfianza, haviendo padecido tantos engaños. Retardaba, eſcrupulizando, el Deſpacho, y manteniendoſe caſi ſiempre fuera de Madrid: no faltaban quexoſos, ni en el Aula zelos de el Mundo, porque Grimaldo no dexó tomar pié en la gracia, y entera confianza del Rey à Caſtelár, aun con el apoyo de la Reyna, porque verdaderamente el ánimo del Rey era á Grimaldo, propenſo por ſu blandura, ſinceridad, é indiferencia, eſtudiando no apoyar ſu dictamen en las Conſultas, que ſubia al Deſpacho, ſino muy inſtado del Rey, y aun mandado, diciendo, que ſiempre el dictamen del Rey havia viſto el mas acertado, y prudente. Eſte deſinterés, y deſnudéz de afectos aprobaba el Rey; y por oírle de oficio, y que dieſſe ſu parecer, le creó Conſejero de Eſtado, con retencion de la Secretaría, que adminiſtraba. Eſto explicó el favor ſobre los demás Secretarios, y ceſſó en parte la politica guerra, no pareciendoles á los embidioſos oportuna. El mantenerſe en la aceptacion del Rey el P. Daubantón, y el Marqués de Grimaldo, ponia ſiempre de peor calidad la fortuna del Cardenal Alberoni, que aún vivia como ſepultado en unas Caſas de Campo de los Feudos Imperiales, pueſtos entre el Eſtado de Milán, y el de Genova. No le faltaban ocultos Protectores, y no ignoraba la Corte de Viena donde ſe hallaba; pero ſe daba por deſentendida, ſabiendo que el Rey Catholico, y el Papa deſeaban mucho haberle á las manos; y eſto le hacia rezelar, que les importaba, y aſſi le toleró en aquellos Feudos, aun no ſiendo Alberoni acepto al Emperador.

El Pontifice Clemente XI. conſervaba tan tenazmente ſu indignacion, que queria quitarle el Capelo; pero los cargos que ſe le fulminaban en Eſpaña no eran baſtantes para tan ruidoſo caſtigo: ſe le pretendia probar, que havia ſubrepticiamente, y con engaño como arrancado el Capelo de manos de ſu Santidad; pero eſta prueba era ſumamente dificil, porque havian precedido empeños del Rey, y de la Reyna, y es cierto, que deſtinaba contra el Turco las fuerzas que contra

Cer-

Cerdeña se emplearon, à no haver el Emperador, con la intempestiva prision de D. Joseph Molinés, provocado al Rey Phelipe à la Guerra. Querian hacerle cargo de que havia embiado Ministro à la puerta Othomana, y suponian, que fué el Coronèl Boisiniene, Francés, à quien embió à Ragotzi; y haviendo este à la buelta passado por Genova, el Marqués de San Phelipe, Ministro de España, por haber sus papeles, y su persona, con agassajo, y dinero, le persuadió, que fuesse à Madrid, è hizo, que se le juntasse por camarada un Oficial del Rey, para que no le perdiesse de vista; pero los Papeles de Boisiniene no contenian mas, que el despacho de Embiado á Ragotzi, y una Instruccion muy regular, ofreciendo à aquel Principe dinero, para ayudar à recobrar la Transilvania de manos del Emperador, y alentar los Rebeldes de Ungrìa: licitos ardides de la Guerra, ò los ha hecho licitos el ser en todo comunes, porque todos los practícan, aunque fuesse indirectamente à favor del Turco; y por Alberoni se traía el exemplo de haver mandado Gregorio IX. à los Templarios, Cavalleros Hierosolimitanos, y Prelados de Oriente, no obedeciessen al Emperador Ferdinando II. quando passó à la Conquista de Jerusalén, porque estaba el Pontifice mal con el Emperador: le havia excomulgado, y movido Guerra en la Pulla, mientras estaba empleado en la Suria, contra Saladina, distrayendole de obra tan santa, aun despues de haver recobrado el Santo Sepulcro. Assi tratan à veces los Principes sus interesses de estado, posponiendo à todo: con que ni el Rey Catholico, ni Alberoni faltaban à la Religion, como querian suponer en Roma, por haver embiado un Ministro al Principe Ragotzi, Catholico, que es lo que se respondió à un Manifiesto, que sacó el Emperador sobre este assumpto. Y por lo que mira al Papa, oí assegurar à Boisiniene, haver estado primero en Roma, y dado noticia à su Santidad de la comission, que llevaba al Principe Ragotzi, para divertir las Armas del Emperador. De qué sentir fuesse el Papa no lo podemos decir; lo cierto es, que no querian al Alemán en Italia: porque dicen de su Cavallo, que le parece al del Turco, que no nace yerva adonde pisa. Ninguna de estas idéas produxo mas efecto, que formar aparente causa à Alberoni, que la juzgó insubstancial la Junta de Cardenales deputada

á este efecto; pero no se atrevian á absolverle, porque estaban contra èl empeñados el Rey, y el Pontifice, y con mucho dissimulo el Duque de Orleans, que nunca le perdonó el insolente trato, que contra él havia usado quando mandaba la España.

Entre sus mayores presecuciones, y desde sus ocultos retiros, bolvió Alberoni á salir á la luz del Mundo, quando menos lo esperaba, porque á 19. de Marzo murió el Sumo Pontifice Clemente XI. haviendo governado la Silla Apostolica 20. años: Varon ajustado, y ageno de interès, como lo manifiestan las cortas riquezas, que atheforó su Casa, aun menores de las que se creían. Su caracter de floxo, è inconstante se descubrió en los graves Negocios, que en su Pontificado se le ofrecieron, combatido del poder de la Casa de Borbón, y la de Austria, nunca resistido al ultimo con quien hablaba, porque no le persuadia tanto la razon agena, como la floxedad propia; pero esta dexacion se dudó, si era natural, ó necessaria para mantenerse en tantas turbulencias con unos, y con otros. Sentia muy de veras el no poder concordar entre sí las Potencias Catholicas, y aun algunas veces le vieron explicar estos sentimientos con lagrimas: y con la precision de haver de ceder al que mas podia, se vió algunas veces precisado tambien á faltar á lo que havia ofrecido, por no poderlo cumplir. Por todo esto se le compuso aquel Dystico:

Promittis, promissa negas, deflesque negata:
His tribus admissis, quis neget esse Petrum?

Era hombre eloquente, y peritissimo en la Lengua Latina; tanto, que sus Homilias, y Oraciones, que se dieron despues á la luz pùblica en dos Tomos, no son inferiores, aun â las obras mas elegantes, y doctas, que en semejantes assumptos escrivieron los Santos Padres. Algunos creían, que havia dado muchas plumadas en su juventud á las elegantissimas, y pulidas satyras del Setano, Autor incógnito, porque este es nombre supuesto. Lo personál venia bien con la dignidad, que representaba, y todas las demás prendas del ánimo con las inquietudes, que padeció la Europa en todo su Pontificado. Al fin, con esta muerte se le mudó á Alberoni todo el theatro. Dudóse en el Sacro Colegio, si se havia de convocar al Cardenál Noalles, y al dicho Alberoni; à aquel le obstaba es-

estár en desgracia de la Santa Sede, por no haver admitido la Bula *Unigenitus*, contra la controversia de la prohibicion de los Libros de Prete Kesnel: à este, el estár processado, y fugitivo; y lo que es mas, tan oculto, que no se le podia presentar personalmente la convocatoria. Con poco contraste se resolvió à favor de ambos Los Cardenales eran Jueces, y hacian causa propia, y prudentemente huían de hacer alguna nulidad, que diesse ocasion à la desgracia de un Scisma. Convocóse à Noalles, y no acudió, por su vejèz, como otros: la Convocatoria de Alberoni, passandola por manos del Cardenal Fiesco, Arzobispo de Genova, se fixó en las puertas de la Cathedrál, y un tal Abad Vielato, Gentil-Hombre Genovés, Amigo de Alberoni, le entregó la Carta del Sacro Colegio, è Indulto, para que assistiesse al Conclave, que empezaria el dia 30. de Marzo, y duraria el Indulto, hasta diez dias despues de elegido el nuevo Pontifice. Semejante citatoria se embió al Obispo de Briñano, para que se fixasse en las Puertas de la Parroquia de Sestri de Levante, Lugar de donde havia Alberoni desaparecido; pero haviendo recibido la que encaminó Vielato, el Cardenal partió (segun se dixo, que no nos consta) de Castillón de la Estribiera, en el Mantuano, y tomó para Roma caminos extraviados, porque creía, que el Duque de Parma le tenia puesto gente en emboscada, para prenderle. Esto le motivó vér, que Oficiales de Longón frequentaban à Plasencia, y el mismo Governador de la Plaza Don Diego Manrique, siendo pública la voz, que salió de ella, por vér si podia prender à Alberoni, y havia estado en Genova, para tomar lengua. En fin, su fortuna le dió salvo á Roma, y fué admitido en el Conclave, donde algunos Cardenales no le trataban; y otros, con mucho desapego.

Havia embiado Embaxador al Sacro Colegio el Emperador al Conde Kinschi, porque el Cardenal Miguél Federico Althán, que hacia los negocios del Imperio, estaba en el Conclave. Lo proprio sucedia al Cardenal Aquaviva, que hacia los de España; y assi, mandó el Rey passar de Florencia á Fr. Salvador Arcanio, Dominico, para que assistiendo en la Secretaría de Cardenal, cuidasse de ellos; pero como estaban á su cargo los de Toscana, y el Gran Duque estaba gravemente abatido de su edad, y sus achaques, se mandó apresurar

ſu viaje á Roma al Agente de Eſpaña Don Felix Cornejo, para que Fr. Salvador pudieſſe reſtituirſe á Florencia. Los negociados del Conclave no ſon de nueſtro aſſumpto, aunque entraban á la parte de la Guerra contra Eſpaña; porque el Emperador, con ſus Parciales, queria que ſe eligieſſe al Cardenal Franciſco Pinateli, Napolitano; pero no adherian Franceſes, y Eſpañoles, ni el Eſquadròn, que llamaban de los Zelantes, que hacian numero mayor, aunque de Eſpaña no havia llegado el Cardenal Carlos de Borja, ni Luis de Belluga, por mucho, que el Rey Catholico les mandò apreſurar ſu viaje, y diò crecida ayuda de coſta. De los Franceſes faltaron algunos por el embarazo de las quarentenas, porque todavia perſeveraba el contagio de Provenza, y ſe havia eſtendido, no ſolo á Aix, y Tolòn, pero aun á algunos Lugares del Languadoc.

Embarazada todavia la Europa en la indeciſſion de la Paz, buſcaban los Zelantes un neutral, y eſtaban yá los mas, en el primer eſcrutinio, por el Cardenal Fabricio Paulachi, al qual diò la excluſiva, en nombre del Emperador, ſu Miniſtro el Cardenal Althán, que ſorprendiò á todos, por no eſperada; ni el Cardenal tenia de ſu Soberano eſta orden, ni lo huviera hecho, ſi vieſſe, que ſalia elegido por los de la faccion Auſtriaca. Se deſpachò á Viena, y de alli ſe ſupo, que aun al Emperador le cogiò de nuevo; pero ſoſtuvo lo hecho por ſu Miniſtro, porque pintò con tales colores el hecho, que introduciendo yá deſconfianza en el Emperador, confirmó la excluſiva: medios, que tomó Dios, porque queria ſobſtituir á la Silla de San Pedro al Cardenal Miguél Angel Contì, Romano, que fué elegido, ſin que huvieſſe penſado en ſerlo, y ſe adorò Sumo Pontifice á 8. de Mayo, concurriendo todas las facciones, porque pareciò ſumamente neutrál, y Varòn de conocida bondad, de una Familia Iluſtriſſima, y que cuenta en ella, no ſolo muchos Capelos, pero Tiaras. Havia ſido Nuncio en Portugál, de donde ſacò la Púrpura, y no havia por donde Principe alguno deſconfiaſſe de ſu neutralidad, y mas conocido ſu génio apacible, y ajuſtado, y lo que le impedia el trabajar, que eran ſus grandes, y habituales enfermedades, que era lo que mas eſtimaban los Cardenales, porque ſe mantenia la eſperanza en los que aſpiraban al Pontifi-

ca-

cado, y mandarian mas absolutos los que serían elegidos à los primeros empléos.

El Cardenal Alberoni mejoró de fortuna, porque el nuevo Pontifice le permitió viviesse en Roma como retirado; pero no le dió el Capelo, porque los cargos estaban pendientes, y havia llegado poco despues à aquella Corte el Cardenal Belluga, que tenia orden del Rey Catholico, para que instasse, que se hiciesse justicia sobre ellos, y no gracia. Belluga, hombre de vida austera, y Religioso, y sumamente zelante, cargaba sobre las costumbres de Alberoni, fundado en lo que se le imputaba en ellas de poco conforme al Sacerdocio, y á la Dignidad de la Púrpura; pero los Romanos no hacian caso de esto. No me atrevo á decir, que estas acusaciones fuessen verdaderas; pero como tales las tenian el Rey de España, y el Cardenal Belluga, que de otra manera, con conciencias tan delicadas, no insistieran en su castígo: ni el despreciar estos cargos en Roma, suena desprecio á las virtudes; sino, no juzgarlos bastantes, aun siendo ciertos, á quitar un Capelo. Tambien tuvo el venturoso accidente, que fuesse elegido Secretario de Estado el Cardenal Jorge Spinola, Genovés, hombre sumamente politico, y avisado, no enemigo de Alberoni, porque los Genoveses, menos el Cardenal Imperial, no lo eran, y assi se fué difiriendo el Negocio, hasta que se aplacasse el animo del Rey Catholico, que era lo que deseaba el Pontifice, y havia para esto interpuesto los oficios del mismo Cardenal Belluga, que no admitió desde luego el encargo, porque sabía quanta indignacion perseveraba en la Corte de España contra Alberoni.

Los Genoveses, que pretendian no deber dár yá mas satisfaccion al Pontifice, por haver faltado el que se dió por ofendido, meditaban retirar á Constantin Valbi de Roma, que aún no havia logrado audiencia del passado, ni del nuevo Pontifice; pero el Ministro de España, que residia en Genova, instó, que su Amo queria se satisfaciesse á su Santidad, porque el Pontifice siempre era el mesmo, aunque se mudassen Sugetos. Con esto pretendia obligar al Pontifice, á que contemplasse al Rey en lo de Alberoni, y que caminassen de acuerdo, y mas no haviendose admitido á audiencia alguna al Embiado de la Republica Francisco Maria Valbi, que yá

ha-

havia passado á España con permission del Rey, insinuada por el Marqués de San Phelipe al Governador: las palabras eran obscuras, porque dixo significasse al Govierno, podia embiar á Valbi á España, que sería admitido. Antes de saber esto, nombraron á Hypolito Mari, para que passasse á Plasencia á implorar el favor del Duque de Parma, á efecto de ser Valbi admitido: despues no le huvieran embiado, á no haver el Marqués puesto por condicion de ír su Ministro á España, el ir Mari á Plasencia, y permanecer Valbi en Roma; porque queria el Rey, no solo su satisfaccion, pero la del Pontifice. Esto mismo decia el Cardenal Aquaviva en Roma: todo lo qual sirvió para entretener la causa de Alberoni, pero no para no dár Audiencia á Constantin Valbi, como la Corte de España queria, hasta que el Rey la diesse al Ministro de Genova.

El Cardenal Spinola, Secretario de Estado, como buen Genovés, dispuso, que diesse su Santidad Audiencia á Valbi, sin esperar consentimiento de la Corte de Madrid, que no lo llevó bien, pero dissimuló, porque aún estaba pendiente el negocio principal, que era el Capelo de Alberoni. Hizo Valbi una Oracion á su Santidad, llena de especiosas, y sumissas palabras, pero nada mas; porque los puntos, que quedaron pendientes, y dilatados, no tuvieron mas Ajuste; menos el hacerse absolver el Dux Ambrosio Imperial en secreto, y los Senadores, que havian entrado en el Monasterio de S. Phelipe, que llaman el Nuevo. De lo de Bonin no se trató mas, ni de lo que los Romanos havian propuesto, de pagar los reditos, que tenian los Genoveses en el Banco del Santo Espiritu en trigo, para que tuviesse éxito el del Estado Pontificio.

Con todo esto, el Rey Catholico no daba audiencia á Francisco Maria Valbi, pretendiendo de los Genoveses possitiva satisfaccion, sin explicar qual fuesse. Estos havian embiado yá al Duque de Parma á Hypolito de Mari, para que interpusiesse sus oficios con el Rey, para que fuesse Valbi bien admitido; pero mas exasperaron el animo del Duque, que le inclinaron á favorecerles, porque no se detuvo Mari mas que dos dias en Plasencia, y parecia un méro cumplimiento, y sin necessidad, porque creían, que Valbi sería luego admitido. El Duque quedó casi ofendido de esta seca manera de pedir, y como por complacer el Ministro de Genova, Marqués

de

de San Phelipe: en fin, fuessen influxos del Duque, ò que Valbi no queria hablar al Rey en la forma satisfactoria, que se le havia prescripto por Papél del Marqués de Grimaldo, se dilataba la Audiencia, con gran sentimiento de los Genoveses, que se creían engañados, ò del Rey, ò del Marqués de San Phelipe; porque decian, no debia ser admitido en España, si no lo havia de ser á la Audiencia del Rey. Assi passó todo este año, sin que la consiguiesse, ni se atreviessen los Genoveses á hacerle bolver sin ella. Quantos medios aplicaron fueron en vano, ni el Duque de Orleans se quiso meter en esto, ocupado en exigir de la España lo que mas le convenia, y dilatando embiar sus Plenipotenciarios al Congresso, hasta que lo consiguiesse. Mostraba empeño, de que los Ingleses restituyessen á Gibraltar; pero el Parlamento se oponia: ni el Rey Jorge confessaba, que havia dado palabra de esto, porque la interna dissension de los partidos no estaba extincta, antes clamaban agriamente contra muchos del Govierno, que havian dexado quebrar el Banco de las Acciones de Indias, subiendolas á immoderada ganancia, de lo que resultó perderse los caudales, baxando de golpe á nada; en lo que culpaban á muchos, que con la autoridad del mándo se havian aprovechado. El Rey inquiriò contra ellos; huyò el Thesorero del Banco á Flandes, y estaban con suma agitacion los ánimos; y no dexaba de dár fomento al rezelo de la Corte, haver en Roma la Princesa Sobieski, muger del Rey Jacobo, parido un Principe; y aun corria voz, que le havian embiado gruessos donativos desde la Inglaterra los de su Partido; pero esto no nos consta, ni del regalo hecho en esta ocasion por manos del Cardenal Aquaviva á la Reyna, que assi la llamaban en Roma, de lo qual se dolian mucho los Ministros Ingleses en Italia; pero jamás supieron la verdad, aunque como tal trataba sus sospechas el Señor de Abenante, Ministro Britanico en Genova, hombre impetuoso, y que daba á las materias mucho cuerpo; y como era generalmente Austriaco, procuraba fomentar la discordia entre la España, y la Inglaterra. Estaba allá esta compuesta, y se ratificó el Assiento de los Negros, y la Inglaterra mandò restituir à la España quantos Navios se apresaron en la funcion de Sicilia en los Mares de Siracusa. Tambien restituyò la España los que tenia de represalia

Mer-

Mercantiles, y en esto fué á perder mucho; porque los Navíos Españoles estaban yá todos podridos en Mahòn, y el mejor, y mas nuevo, que era S. Phelipe, se havia accidentalmente quemado en el mismo Puerto, de otros havian vendido las jarcias, y gumenas, y huvo poco, ò nada que restituír; pero todo lo passò el Rey Catholico, por vér el fin de este Negocio de Toscana, que unicamente ocupaba la Corte; y conociendo los demás Principes lo dilataban hasta componerse á su modo; con todo, se hicieron las Renuncias entre el Emperador, y el Rey Catholico, y se retificaron, cambiando las ratificaciones en Londres, siendo aquella Corte mas árbitra, que medianera. De esto dependia todo el mal de la España, porque no permitian los interesses del Rey Jorge, como Duque de Hannovér, desunirle del Emperador, ni enconarle; y assi por los suyos, y las investiduras, que pedia de Bremén, y Vverdén, sacrificaba las que se havian de haver yá dado de la Toscana al Infante Don Carlos, segun los Tratados de la Quadruple Alianza. El Emperador no las negaba, pero no las concedia; antes admitia con gusto las quexas de Cosme III. Gran Duque de Toscana, que se dispusiesse de sus Estados sin su noticia, y las de la Viuda Palatina Ana Maria Luisa, que no se la dexaba el Govierno de ellos, si sobreviniesse al Principe Juan Gastòn, unico hijo del Gran Duque, hombre mas mal tratado de sus desordenes, que de su edad. Estimaba el Emperador qualquier repugnancia, que mostrassen los Toscanos de estas disposiciones de succession y las fomentaba; porque arrepentido de lo que ofreciò, buscaba pretextos para no cumplirlo, y los Ministros Españoles, que en su Consejo de Italia tenia, le aconsejaban esto, temiendo, que el vér otra vez Españoles en Italia, fuesse crisis fatál para el dominio del Emperador en ella. Los Consejeros Alemanes insistian, en que se cumpliesse lo estipulado con sus debidas precauciones, y deseaban la Paz, para echar de Viena á los Españoles, que no ignorando esto, lo dilataban, porque necessitasse el Emperador de ellos, con cuyo consejo regìa los Reynos, que de la Monarquìa de España havia tomado; ni les faltaba á estos Ministros, principalmente al Arzobispo de Valencia, y á los Cathalanes, animosidad contra el Rey Phelipe; porque los que una vez han sido rebeldes, jamás deponen el rencor contra su Soberano,

y

y adulaban verdaderamente al Emperador los que mas acerrimamente votaban contra el Rey de España, cuyo nombre le era odioso; porque le parecia, que le quitaba una Corona, que la tenian los Austriacos por suya: y como parte de ella, temia el Emperador en Italia el nombre solo de Españoles: en Toscana le era ingrato, y huviera estimado una declarada contradicion del Gran Duque, y aun Testamento contrario à la disposicion de la Quadruple Alianza; pero el Gran Duque Cosme era propenso à los Españoles, y mas heredando un Infante de la Familia de Borbón, que no carecia de derecho à sus Estados por Maria de Medicis, Muger de Henrique IV. No pensaba en hacer Testamento, pero queria que el Rey de España desistiesse de presidiar sus Estados, como acordado en el Tratado de Londres, y aun no perfecto, por no haverse cumplido lo de las Investiduras: dió gran sobresalto à la España la grave, y peligrosa enfermedad, que padeció el Gran Duque, quedando Heredero el Principe Juan Gastón, adversissimo à los Españoles, inclinado à los Tudescos, aunque con la floxedad de su negligente génio, solo aplicado à la ociosidad, y à la entera abstraccion de Negocios, y aun apartado de la sociedad civil. Era naturalmente adverso al Padre Fray Salvador Ascanio, que hacia los Negocios de España, aun por la misma razon, que era acepto à su Padre; y assi, era menester, muriendo este, que tratasse aquellas dependiencias uno, que le fuesse à lo menos indiferente. Por esto mandó el Rey Catholico al Marqués de San Phelipe, su Ministro en Genova, que luego passasse à Florencia, si moria el Gran Duque, y se encargasse de aquellos Negocios, que eran los que merecian entonces toda la aplicacion de la Corte; porque la Reyna queria à toda costa hacer Soberano à su Hijo Primogenito.

No se dió el caso de passar el Marqués, porque mejoró el Gran Duque, y huvo tiempo de proseguir con quietud las negociaciones de las Investiduras, de las quales se trataba lentamente: no con tanta lentitud las suyas el Duque de Orleans, porque tenia yá ajustadas las bodas, que meditó, restituídas las Plazas de San Sebastian, y Fuente Rabía à la España, y lo que havia el Marqués de Castel-Rodrigo tomado en la Cerdeña à la Francia. Se publicó à un tiempo la boda

de Luis XV. Rey de Francia, y Maria Ana de Borbón, Infanta de España. Tenia el Rey once años, y la Infanta quatro, y passó formalmente à pedirla à la Corte de Madrid, en nombre del Rey Christianissimo, el Duque de San Simón. Fué convenido, passaria luego la Infanta à París, para ser criada à aquella moda, y educada de las Señoras Francesas, que baxarian à la Raya de España à recibirla, hasta donde la acompañarian las Españolas; y se dió este encargo de conducirla hasta Irúm al Marqués de Santa Cruz, donde se havia de recibir la Princesa de Montpensier, Luisa Isabela de Orleans, Hija del Duque, de edad de doce años, ajustada yá de casar con Luis Fernando de Borbón, Principe de Asturias, que tenia catorce, la qual yá havia capitulado en París, haviendo por el Principe, y el Rey Catholico firmado las Capitulaciones el Duque de Ossuna, Embaxador que era Extraordinario en París, y Don Patricio Laules, Theniente General de los Exercitos del Rey, que hacia allá los Negocios de España, al qual para este efecto se le dió caracter de Embaxador. Luego partió para España el Duque de Ossuna, y la Princesa de Montpensier à 18. de Noviembre. Los Reyes Catholicos acompañaron à su Hija hasta Burgos, y allá aguardaron la Nuera, que venia servida de la Familia, que havia de recibir la Infanta en la Raya.

Parecieron al Mundo intempestivos estos Matrimonios, y hecho con ambiciosa arte del Duque de Orleans el del Rey, à quien se le daba una Muger, que no podia serlo, hasta que passassen por lo menos diez, ò doce años, y todo este tiempo mantenia sus esperanzas à la Corona: lograba casar su Hija con el Heredero de España, y fortificar relevante Alianza en todo caso: atribuyóse esta idéa al Abad Dubois, yá Cardenal; pero se le hacia al Duque injuria, cuyo sutilissimo ingenio no perdonaba diligencia à su interés: creian muchos, que aprendió el Duque del Cardenal, y era al contrario: solo se servia de él como mecánico instrumento, apto, y apropósito para sus idéas, porque para el fin no despreciaba medio alguno el Cardenal, el qual era ya Arzobispo de Cambray, y primer Ministro del Regente; cierto es, que por su mano se trataron estos casamientos, porque era él quien se correspondia con el Padre Daubantón, que à poca persuasiva venció al

Rey,

Rey, amantiſſimo de ſu Familia, y quiſo la Reyna colocar en Sólio tan alto à ſu Hija. Los Eſpañoles ſintieron mal del caſamiento del Principe, tan anticipado à ſu edad, porque ſe enerbaban las fuerzas que la naturaleza neceſſitaba para el incremento, y robuſtéz, ſiendo ſumamente delicado de complexion: Por eſſo el Rey le tuvo ſeparado de ſu Muger con quanta vigilancia era poſſible; y mas, que era tambien la Princeſa delicada, y en tan tierna edad, incapáz de que ſe conſumaſſe el matrimonio. Los Criticos añadian à la quexa, que Franciſca Maria Borbón, Madre de la Princeſa, y Muger del Duque de Orleans, era Hija ilegitima del Rey Luis XIV. y aunque legitimada en el año de 1681. no queria en la Caſa Real de Eſpaña eſta nota la delicadéz de los Politicos, no haviendo neceſſidad; pero juzgó el Rey Catholico que la havia, por atraer á sí con nuevos vinculos el feróz deſcariñado ánimo del Duque de Orleans, que le havia ſido no pocas veces enemigo, y tenia en ſu poder todo el de la Francia, y todas ſus riquezas, haſta aora inutiles, porque no parecia nada de lo que en ſu interior meditaba.

No ignoraba el Rey el deſcontento de los Eſpañoles, que no havian tenido parte alguna en eſtos Caſamientos; por lo menos no ſe juntó Conſejo de Eſtado para ellos, ni caſi havia Conſejeros que juntar; y para confundir las melancolicas ponderaciones con bullicios, y mercedes, ſe hicieron grandes fieſtas quando entró la Princeſa de Aſturias en Madrid, y ſe formó la Caſa del Principe; eligiendo el Rey para Mayordomo Mayor al Duque de Populi, que havia ſido ſu Ayo; al Conde de San Eſtevan del Puerto por Cavallerizo Mayor; y al Conde de Altamira Sumillér de Corps: y ſe le ſeñalaron por Gentiles-Hombres de Camara al Duque de Gandía, al Marqués de los Balbaſes, y al Marqués del Surco, que fué tambien ſu primer Cavallerizo: Mayordomos de Semana fueron el Conde de Saſſateli, y el Conde de Arenales. A la Princeſa ſe dió por Camarera á Doña Luiſa de Gante, Viuda del Duque de Montellano; y ſe le nombraron, Mayordomo Mayor al Marqués de Valero, aunque eſtaba Virrey en Mexico: Mayordomo de Semana al Conde de Anguiſola, Placentino: Cavallerizo Mayor, al Marqués de Caſtél-Rodrigo: Primer Cavallerizo, al Hijo del Marqués de San Juan, que tambien

fué Mayordomo: Damas, á la Duquesa de Lyria, á la Marquesa de Moya, y á la Marquesa de Torrecusa: Señoras de Honor â Doña N. Amezaga, â Doña N. Quadra. Assi, entre júbilos, y festejos en las dos Cortes de España, y Francia feneciò este año.

AÑO DE M.DCCXXII.

POcos materiales para los Comentarios dán los hechos de este año, muy conforme al passado en la indecission de las cosas, tratadas lentamente con arte, menos del Rey Catholico, por su realidad de animo, y buena fee. Todas eran falsas apariencias de Paz, y Guerra: aquella nadie la promovia, porque no havia dexado de dár rezelos la complicacion de los modos entre la misma Casa de Borbòn con los referidos Casamientos, y el que se prevenia de la Princesa de Vauxalois, quarta hija del Duque de Orleans, con el Infante Don Carlos, primer hijo del segundo Thálamo del Rey Catholico: tenia aquella poco mas de seis años, el Infante siete, y parecia, que tantos intempestivos matrimonios encerraban gran mysterio, ò mas estrecha Alianza. De esto naciò la voz de una Liga entre Francia, y España, admitidos á ella la Olanda, y el Rey de Cerdeña, que juzgaron irritados contra el Emperador: Los Olandeses, porque se havia en Ostende formado una Compañia de Comercio para las Indias Orientales, con gran perjuicio de la Olanda, y contra la Paz de Munstér: Y el Rey de Cerdeña, porque despues de tan largas esperanzas, dilatadas con arte de los Austriacos, se le negò para su hijo por Esposa á la Archiduquesa Maria Amelia, segunda hija del Emperador Joseph, y se diò al Principe Electoral de Baviera Carlos Alberto, de lo que estaba sumamente picado el Rey de Cerdeña, y assi casò â su hijo Carlos Emmanuel, Principe del Piamonte, con Ana Cristiana, hija del Palatino de Salusbachi, y celebrò grandes fiestas.

Mas ni esta voz de la Liga tenia fundamento, ni el Duque de Orleans, cuyo unico objeto era la Corona de Francia, queria emplear las fuerzas de el Reyno, ni tanto athesorado dine-

dinero por interés de un Infante de España, aunque le estimasse para su Yerno, porque su idéa tenia mas altos fines, para los quales era menester tener amigos, no contrarios, ni despechados los que le podian ayudar, contra el derecho de la Casa de España, á coronarse Rey de Francia, si faltaba Luis XV. cuya delicada salud abultaba las esperanzas del Duque, que posseía al Rey, y al Reyno con despotismo, mal tolerado de los Franceses, aún amantes de las cenizas de Luis XIV. y como estaba vecino el Rey á salir de la menor edad, con pretexto de instruírle, queria estár algunas horas solo con él, sin que assistiessen, ni su Ayo el Mariscál de Villarroy, ni su Maestro el Obispo de Frexus. Villarroy defendia su derecho, exaltando su empléo mas de lo que juzgaba conveniente el Duque; y assi, se le mandò saliesse luego de la Corte á su Govierno de Leon. Poco despues, dexando un papél al Rey, se retirò el Obispo; pero se le mandò bolver; y obedeciò. Huían todos de oponerse al Duque, y no querian intervenir con él á un Govierno, que le juzgaban infeliz para la Francia, y aventurado para el Rey; porque del Duque, y de su elegido instrumento el Cardenal Dubóis, no se tenia al concepto, que era menester, para que se aquietassen los leales. Todo esto era indirectamente contra la España, porque el Duque de Orleans, embarazado de sus propios arcanos pensamientos, no atendia á los interesses de la España, aunque las palabras eran las mas afectuosas; ni el Rey de Cerdeña, tan gran politico, y observador de los tiempos, se dexaba llevar de su ira; antes mantenia siempre Ministro en Viena, y exponia esperar del Emperador, se le rehiciesse, y recompensasse el daño de haver perdido la Sicilia, de la qual era corta compensacion la Cerdeña; y que assi, se le diessen las Langas, Feudos Imperiales, puestos entre el Genovesado, y Saboya, que se adhirieron con el Final al Estado de Milán, y el Feudo de Espino, que havia el Emperador confiscado á los Imbréas de Genova; pero el Emperador no pensaba en estas recompensas, y solo le dixeron, le venderian el Feudo de Espino, como despues se executò.

El Emperador tomaba por pretextos los rezelos de esta soñada Liga, para las prevenciones de defensa, que hacia en Italia, completando los Regimientos que tenia en Milán, y Man-

Mantua, y fortificando aquel Castillo con obras exteriores, y aun fundiendo Piezas de Cañon, y Municiones de Guerra; de genero, que quitaba todas las apariencias de Paz. Las prevenciones, que mandaba hacer en Napoles, y Sicilia, tenian el especioso pretexto del Armamento del Turco, abultado mucho mas allá de la verdad, que daba grandes rezelos à la Isla de Malta; tanto, que el Gran Maestre del Orden de San Juan llamò à su defensa un gran numero de Cavalleros de todas Naciones; y su Embaxador en Roma el Baylío Juan Bautista Spinola, pedia socorros de dinero al Pontifice; y porque los pidió aun à la España, incurrió en la indignacion del Emperador, que por motivo alguno queria vér Españoles en Italia, porque el Rey Catholico liberalmente ofreció socorrer à la Religion con ocho Naves de Linea, y seis mil hombres de desembarco, como las Naves tuviessen los Puertos del Emperador por refugio, en caso de necessidad. Ni la Religion de Malta ossaba aceptar este socorro sin licencia del Emperador; ni este ofreció sus Puertos, sin muy dilatada respuesta, y unas condiciones, que dexaban conocer el desagrado, de que Armas Españolas avistassen à los Reynos de Italia; porque creía se valdrian de este motivo para poner pié en la Toscana, y conservar la gente en la Isla Elba: y assi los Ministros Austriacos ofrecian Tropas al Papa, cuidadoso de que los Turcos acometiessen por la Costa del Adriatico; pero los Romanos, mas temian à los Alemanes, que à los Turcos; porque contra estos hallarian muchos en su defensa; y para sacar despues à los Alemanes, no havria quien socorriesse al Pontifice, no haviendo Principe en Italia, que sacasse contra el Emperador la cara, ni estaban sus Erarios para esto. Faltaban union, y fuerzas; y assi abatidos, sufrian, aun sin alivio de la quexa, la esclavitud, no solo de contribuciones, pero de un despotismo sin igual, y mayor, que tuvieron todos los Emperadores de Occidente.

Como es consequente à la felicidad de la lisonja el numero de Parciales, apenas le quedaban à la España, y la Francia en Italia, y por donde quiera se encontraban Emissarios del Emperador, muchos no encargados, ni con comission alguna, sino arbitrariamente, pareciendoles ganaban autoridad, y respeto, declarandose por el Emperador, aun hom-

bres

bres de tan baxa, è infima fortuna, que no podian hacer mal, ni bien, ni esperaban, que llegasse à oídos del Emperador su nombre. Donde mas esto se reconocia era en Toscana, llena de Emissarios, Espías, y Parciales de la Casa de Austria, que inspiraban en aquellos Pueblos el amar la libertad, y que la conseguirian con ayuda del Emperador, si ellos se declaraban contra lo establecido en la Quadruple Alianza, que no le convenia al Emperador romper de proprio motu, pero sí con el mas leve pretexto, y que ninguno podia ser mayor, que la declarada resistencia de los Pueblos à la disposicion, de que recayesse la succession en un Infante de España. Los hombres leves, y de ligera consideracion adherian à este dictamen; pero los sérios, experimentados, y entendidos, le veían impracticable de sobstener, ni con la proteccion del Emperador, la qual yá la conocian fraudulenta, y que era traerlos al lazo por sus propios pies; y assi despreciaban estas sugestiones, y esperaban otro genero de libertad, en que entrasse en Italia, à balancear en algo el poder de los Austriacos, un Principe Español, que siendo Duque de Toscana, y Parma, con la adherencia del Rey Catholico, se hiciesse respetar mucho mas, que lo eran cada una de por sí la Casa de Medicis, y Farnesio; porque insinuaba el Rey Catholico, que aplicaria todo su poder à engrandecer este Principe, no solo con hacerle restituir al Duque de Parma el Condado de Castro, y Ronziglioni, que le usurpaba el Papa, sino añadiendole otros Estados.

Otra tuvieron los Toscanos insubstancial sugestion à favor del Principe Ferdinando de Baviera, Hijo segundo del Duque Maximiliano Emmanuel, casado con Maria Ana Carolina de Neoburgh, Hija del Principe Palatino del Rhin Guillelmo, yá difunto, de Ana Maria Francisca de Saxonia la Vvembourgh, que casó en segundas bodas con el Principe Don Juan Gastón, hijo unico, y heredero del Gran Duque Cosme, por donde la Muger del Principe Ferdinando venia à ser entenada del Principe Juan Gastòn; y aunque este estaba separado de su Muger, que no quiso baxar à Italia, y no se havia jamás correspondido con los Principes de la Toscana, Maria Ana Carolina ahora escrivió à su Padrastro, con ocasion de que baxaron à Italia el Principe Electoral de Baviera, y su Hermano Ferdinando, y passaron à Florencia, para vér á su Tia

la

la Princesa Violante, viuda del Gran Principe de Toscana difunto, y su Hermano el Principe Theodoro de Baviera, Obispo de Ratisbona, que estaba en los Estudios de Siena. La venida de estos Principes la juzgaban muchos mysteriosa, y no faltaba quien la aplicasse á direccion del Emperador, yá unido con la Casa de Baviera; pero es constante, que en esto no tuvo parte: aunque tambien lo es, que el Principe Ferdinando procuraba introducirse en el ánimo de los Florentines con fiestas, y bullicios, no sin algunas dádivas á personas con quienes tenia mayor conocimiento. No havia en Florencia quien no creyesse, que todo era arte para insinuarse en las voluntades, de lo que tomaron sombra el Gran Duque, y aun su Hijo, de los quales no recibieron mas, que los inescusables agassajos, no sin alguna quexa de haver sido pocos; pues á los Principes Toscanos les era desagradable quanto les turbaba la quietud, y mas si comprehendian, que era aquello galantearles la succession del Estado. La Princesa Maria Ana Carolina, en la Carta que escrivió, tratandole de Padre al Principe Juan Gastón, le recomendaba á su Marido, con clausulas de esperar, que en quanto dependiesse de su parte, adelantaria su fortuna, y mas no teniendo persona mas allegada. El Gran Duque mandó á su Hijo, no responder á esta Carta, de lo que formaron quexa los Principes Bávaros; y con pretexto de vér la Italia, passaron á Roma, y Napoles, á la buelta para Alemania, solo de passo á Florencia, haviendolos su Padre mandado restituirse á su Casa, porque no ignoraba los rezelos, que esto havia engendrado en España, estimulado el Rey fuertemente de los Ministros, que en Italia le servian, y mas del Duque de Parma, qué havia concebido sumas sospechas.

El Emperador, aunque no tenia parte en los designios de los Principes Bávaros, de todo quanto era enagenar de la España los animos de los Toscanos, sacaba algun rayo de esperanza de no cumplir lo tratado; porque los Españoles, que en Viena le servian en el Consejo de Italia, le asseguraban, no equivalia la Sicilia, al peligro que corrian los Estados de Milán, y Napoles, si los Españoles, baxo de qualquier pretexto, ponian pié en Italia, y mas posseyendo un Infante de España la Toscana, y el Estado del Duque de Parma, cuyo Soberano Francisco Farnesio, aunque no tenia mas de 44. años, estaba casado con una muger de 52.

Por

Por esso aplicó la Corte de Viena toda su arte, aun por medio de la de Roma, para que se casasse el Principe Antonio Farnés, Hermano del Duque, y menor un año de edad; pero extremamente gruesso, y en concepto de muchos, inhabil à la generacion, y consistia en los dos individuos toda la Casa: el Duque, aunque, por algunos domesticos sinsabores, no corria bien con su Hermano, no disintió jamas del casamiento; pero no queria alargar lo que este le pedia, que era una porcion de Estado, para vivir con decencia, y saber, qual sería el Patrimonio de sus Hijos, si se daba el caso, que el Duque los tuviesse de otra Muger, sobreviviendo à esta. Tan encontradas idéas no dexaban efectuar el casamiento del Principe, y era tan maligno el pensamiento de los Ministros Austriacos, que creían gustaba el Duque de que se extinguiesse su Familia, porque heredasse el Infante Don Carlos, Hijo de la Reyna: pensamiento iniquo, è improbable en el buen ajustado ànimo del Duque, Principe entendido, capáz, y de bellas máximas, aunque en los Principes no lucen, porque el corto poder se opone à las bellas ideas de la especulativa.

El Congresso de Cambray, porque havia de determinar el modo de esta succession del Infante Don Carlos, era el objeto de la universal expectacion, y alli nada se hacia mas que gastar en inutiles magnificencias, combites, y celebridades, respectivamente cada Ministro, por los dias del nombre, y cumple años de sus Soberanos. La artificiosa dilacion del Emperador, nadie la dexaba de conocer; pero le contemplaban las Cortes de Inglaterra, y Francia, y en la de España no estaba el Govierno tan puntual, y aplicado, como era justo en coyunturas tan criticas, porque el Rey adolecia de una flaqueza de espiritus en la cabeza, que le inhabilitaba à grande aplicacion; y aunque suplian mucho el Padre Daubantón, y el Marqués de Grimaldo, unicos por los del Despacho, no podian dos hombres solos regir una Monarquia tan vasta, y faltaba el Consejo de Estado, del qual havia muchos años que el Rey no se servia, ni havia mas que tres Consejeros, que eran el Duque de Arcos, Don Miguél Francisco de Guerra, y el Marqués de Grimaldo: con los dos primeros nada se consultaba: faltaba, por la muerte del Marqués de Vedmár,

la Presidencia de Ordenes, y el Primer Ministro de Guerra por la de Don Andrés de Pez, la Presidencia de Indias, y el Ministro de la Marina: mas à su quebrada salud, que à su oficio, atendia el Presidente de Hacienda Marqués de Campo-Florido: con que todo iba lento, y sin despacho. Retirado el Rey à la nueva Granja, que mandó construir con grandes expensas en el Sitio de Balsaín, donde se consagró una Iglesia á San Ildefonso, que dió el nombre al nuevo Palacio, adonde no se permitia fuesse alguno, sin especial licencia del Rey, y la obtenian pocos. Los Ministros Estrangeros iban, quando lo pedia la necessidad; y en el nuevo Sitio solo se permitia estár de asiento al Marqués Annibàl Scotti, Embiado Ordinario del Duque de Parma, que no entraba en el manejo Monarquico; pero algunas cosas passaban por su interposicion, las que no estaban yá prevenidas por Doña Laura Piscatori, Ama de la Reyna, la qual no se mezclaba en el Govierno, viendo, que por la inaplicacion del Rey se le atribuía todo, y no queria cargarse del odio de los Españoles, mirando lo futuro, y la conveniencia de sus Hijos, contentandose de promover la Soberanía del Infante Don Carlos en los Estados de Toscana, y Parma.

Las Naciones, adelantando los hechos, interpretando mal algunos avisos de España, publicaban, que el Rey estaba dementado, y referian casos, en que lo sería indubitablemente, si fuessen ciertos: ni se dexaba de creer en la misma España, y en Madrid, porque le veían huir de la Corte, y estár siempre en el Escorial, ò en Balsaín; de genero, que yá el Marqués de Grimaldo rezelaba cargarse de todo, como el Rey queria, porque no se le atribuyesse lo que à muchos no salia à gusto, siendo impossible satisfacer la ambicion de todos: por esso aconsejó al Rey, fuesse llamado al Gavinete del Despacho el Principe de Asturias, lo qual se executó algunas veces, con gran placér de los Españoles; pero no duró este méthodo, porque el Rey estaba casi siempre solo con la Reyna, sin sus Hijos: estaban en el Escorial, quando el Rey en Balsaín, Madrid, ò Arajuéz. Buscar tanto la soledad, aumentaba la opinion del desconcierto de la cabeza del Rey; mas era atrasso del Despacho, porque todo passaba por manos de Grimaldo; quedandose en Madrid los demás Secretarios; y era

tan-

tanta la mole de los negocios que deseaban expediente, que Grimaldo, para ayudarle, hizo llamar al Escorial à Don Joseph Rodrigo, Secretario del Universal Despacho, por lo Eclesiastico, Govierno, y Justicia.

El Duque de Orleans, que nada de esto ignoraba, havia hecho passar à Madrid al Señor de Chavigni, Embiado de Genova, para informarle del estado de la Corte con mas exactitud, que lo hacia el Señor de Monlerier, à su parecer. Con grande arte el Duque proponia, que el Rey dexasse la mecanica del Govierno à su Hijo el Principe de Asturias, pareciendole, que siendo este su Yerno, é inspirando en la Princesa su Muger las máximas, que al Duque le conviniessen, mandaria mas en España, de la qual nunca se asseguraba, midiendo con lo adverso de su ánimo el de los Españoles, y dandole siempre en el rostro la Ley Sália, en caso que faltasse Luis XV. que por el derecho claro à favor del Rey, ò de sus Hijos, si se havia de conformar à las disposiciones de aquella Ley, por esso adheria à que se renovassen siempre Renuncias, no bastandole tantas celebradas en París, Madrid, y Utrech. El Cardenál Dubois era el instrumento proporcionado à las idéas del Duque, no el Autor, como muchos creían; porque de vastas idéas Monarquicas, y sutilezas de Corte, sabía mas, con grandes ventajas, el Duque, que el Cardenal; pero este executaba mejor las disposiciones de aquellos designios, porque era siempre arrojado sin escrupulos, para quien no havia medio reputado por malo, si conducia al fin, y en caso de dexar el Rey de España el Govierno, conbidaba èl mismo al Duque de Orleans para ir por Embaxador á España.

Gran parte ignoraba de esto el Rey; y la Reyna, no bien avisada del Conde de Landi, Ministro de Parma en París, pareciendola muy secreto favorecido del Duque de Orleans Chavigni, dispuso con el Rey, que este bolviesse á París, y que se quedasse Monlerier, de quien tenia poca confianza el Duque, por parecerle no adheria ciegamente á sus dictamenes. No tenia el Rey repugnancia á dexar gran parte del Govierno, vistas las representaciones de los Consejos, que se quexaban alguna vez de la falta del Despacho con la mayor veneracion, y como indirectamente; pero la Reyna lo resistia te-

tenazmente, y el Padre Daubantón, que en esto no adhirió à alguna insinuacion del Duque de Orleans, el qual no proponia mas razones, que las que publicaban con mas evidencia la inhabilidad accidental del Rey al Govierno, porque con esso miraba à todo, y à tener pretexto de salir de Francia, ò buscar en ella refugio, si la fortuna le bolvia las espaldas, quando el Rey Christianissimo tomasse la possession del Trono, como lo hizo en este año, por haver salido de la menor edad, segun las Leyes de aquel Reyno.

Ungido en Rems, como es costumbre, y tomadas en apariencia las riendas del Govierno, con èl se quedó el Duque de Orleans, è hizo declarar Primer Ministro al Cardenál Dubois, el qual, para hacer cosa grata à la Francia, y á la España, se aplicó á que se abriesse el Congriesso de la Paz, y que por fin diesse la minuta de las Investiduras de Toscana, y Parma el Emperador, á favor del Infante Don Carlos, como lo hizo, pero muy diminutas, y no en todo conformes al Capitulo quinto de la Quadruple Alianza, porque ni estendia claramente la succession á todos los Hijos de la Reyna, ni absolvia al Infante de ir á Viena á prestar el juramento de fidelidad, y tomar la Investidura actual, quando llegasse el caso de heredar, y apretando las clausulas de feudalidad en quanto suelen ceñir á los Principes feudatarios del Imperio de menores calidades, y circunstancias, que un Infante de España.

Embiadas por manos del Duque de Orleans estas Investiduras á Madrid, el Rey las consultó con el Presidente de Castilla Marqués de Mirabál, con facultad, que las consultasse con los Ministros, que mas aproposito le pareciessen; y fueron reprobadas, declarando el Rey, no las admitiria en aquella forma, y que retiraria sus Plenipotenciarios de Cambray. Esto se escrivió con algun calor á Londres, y París, quienes, para garantir el quinto Capitulo del Tratado, hicieron fuertes instancias, y respondió el Emperador, no podia mudar clausula alguna, sin el assenso de la Dieta de Ratisbona, con lo qual tomaba mas tiempo, y en el interin fortificaba mejor las Plazas de Italia: concibió alguna idéa de formar Armada Maritima para el Mediterraneo, para mandar la qual eligió á Milord Forbis, Inglés, que estaba en Viena, llamado á este efecto; pero todo fueron vanas idéas, no

ha-

haviendo hallado los necessarios fondos para la Armada, ni el numero de Marineros necessario en sus Reynos. No ignoraban esto los Ministros Austriacos; pero querian dár á entender, que el Emperador se armaba por Mar, y Tierra, porque no creyessen podian conseguir cosa alguna de aquella Corte con amenazas, aun quando proseguia en estár armado el Turco, porque haviendose rebelado algunos Pueblos del Rey de Prusia, entraba el Moscovita, á rio rebuelto, à ocupar algunas Plazas, y Puertos en el Mar Caspio, y esto daba algun rezelo al Othomano; pero à un mismo tiempo su Armamento le daba al Emperador, y â los Venecianos, aùn no persuadidos de la buena fee, con que el Turco ofrecia guardar los ultimos Tratados de Passarovitz Importabale al Emperador aún abultar los rezelos, que tenia de la Puerta Othomana, porque à bueltas de esto, prevenia contribuciones de los propios Vassallos Italianos, las Plazas Maritimas de Italia en el Reyno de Napoles, y Sicilia, y aun los Presidios de Toscana, que posseía; porque corrió en la Europa la falsa voz, que passaria á Italia el Infante Don Carlos, con la Princesa de Orleans Madama de Vauxalois, destinada á ser su Esposa, la qual, acompañada del Cavallero de Orleans, hijo natural del Duque su Padre, baxó á España, y se la señaló por Camarera Mayor la Condesa de Lemos. Esta venida del Infante Don Carlos á Italia no tenia fundamento, ni lo havian pensado en España, estando aún lexos de componer los Articulos de las Investiduras, y no haviendo caudales promptos para tantas expensas; ni era razon, viviendo todavia los Individuos de la Casa de Medicis, y dos de la de Farnesio, plantarles en la cara un Successor, que podia, sin mucha dificultad, dexar de serlo. No faltaban Italianos, que persuadian esto al Rey; pero otros Ministros, consultados en ello, lo resistian fuertemente, no solo por las inutiles expensas, pero aun porque en pocas partes de Italia podia estár seguro de las Armas del Emperador, y mas viniendo á ella sin su consentimiento.

AÑO DE M.DCCXXIII.

MAS abultadas, que verdaderas turbulencias agitaron la Inglaterra en los fines del passado año, y principios de este; porque se descubrió una conjura contra el Rey Jorge, ó la dieron nombre de tal. Prendiòse al Obispo de Rochester, y al Abogado Laire; pero desterrado aquel, y degollado este, todo calmó. No es de mi assumpto escrivir lo particular de esta conjura, ni los fomentos de ella; lo cierto es, que se le dió mas cuerpo que tenia, y huvo mucha afectacion en los temores: todo importava para quedar armado el Rey, y dominante el Partido de la Corte, que publicando, tenian parte en la conspiracion los Catholicos de Irlanda, è Inglaterra, se les cargó un gruesso tributo, no solo por politica, sino por ambicion de empobrecerlos. Verdaderamente no tuvieron parte en esta idéa mal enredada los que alli llaman Papistas, ni Principe alguno, como querian persuadir á los Ingleses los Imperiales, para ponerlos mal con los Españoles, y Franceses: pero se averiguó, que ni el Rey Catholico, ni el Christianissimo alcanzaron la conjura, que se gloriaba de haver descubierto, estando acaso en Roma el Señor de Havenat, Ministro Britanico en Genova, en cuyo Puerto hizo apresar un Navío Inglés, que se destinava al Corso con Vandera Española, la qual no havia todavia enarbolado, y por esto no huvo empeño alguno: porque el que podia haver con la Republica, los Ingleses le quitaban solo con amenazas; y aun mas se les figuró, que aquel Navío se armaba para conducir á Inglaterra al Rey Jacobo, que estaba verdaderamente ignorante de esta trama, mal concebida entre algunos descontentos de Londres. Todo esto, que no parece á nuestro assumpto, lo hemos brevemente referido, porque era otro embarazo á los interesses de España, y de todo se aprovechaba el Emperador, para tomar tiempo.

Darle poco cuidado esta conspiracion, lo mostró el Rey de Inglaterra, en que, dexando á Londres, passó á Hannovér por particulares interesses, y dár la ultima mano á las Investi-

veſtiduras de Bremén, y Vverdén, que le dilataba el Emperador. Dexaron correr los Miniſtros Imperiales la falſa voz, de que havia de tener una conferencia con el Rey Jorge, con ocaſion, que paſsó el Emperador á Bohemia á coronarſe, y hacer jurar herederas ſus dos hijas, en caſo de no tener varón, è hizo paſſar alli al primogenito del Duque de Lorena Francisco Eſtevan, que lo quedó por muerte de Leopoldo Clemente, ſu hermano mayor, deſtinado Eſpoſo à la Archiduqueſa Maria Thereſa, primera hija del Emperador; y aunque eſte tratado no era público, nadie dudaba, que las diſtinciones, que el Emperador hacia al Principe de Lorena fueſſen dirigidas à eſte fin; y por eſſo no ſe pudo dár ſatisfaccion à las quexas, que de ellas formó el Infante Don Manuel de Portugál, que eſtaba en el ſervicio del Emperador, liſonjeado con tan altas eſperanzas, y ſe auſentó de Praga, por no verſe tratado con mucha deſigualdad. Era idéa del Emperador hacer elegir Rey de Romanos al que fueſſe ſu Yerno; pero todo lo hizo ſuſpender la novedad de hallarſe la Emperatriz en cinta quando menos ſe eſperaba: circunſtancia, que tambien retardó el dár las Inveſtiduras, que ſe pedian para el Infante de Eſpaña; porque havia el Emperador concebido nuevas idéas, ſi tenia un Succeſſor.

Eſta ſoſpecha avigoraba el ánimo de la Francia, y la Inglaterra, para que luego deliberaſſe ſobre ellas; porque el verle con la proxima poſſibilidad de tener un hijo, le quitaba muchos amigos, y mas los que podian aſpirar à la Corona Imperial, que venian con embidia caſi hereditaria en la Caſa de Auſtria. Al efecto, de que el Rey Jorge apretaſſe mas la concluſion de eſte negocio, ſe embió por el Rey Chriſtianiſſimo, ſin caracter, à Hannovér, Miniſtro Extraordinario al Señor de Chiavigni, hechura del Cardenal Dubois, y ſu confidente: el qual partió aprieſſa, antes que al Cardenal ſe le agravaſſe la peligroſa enfermedad de unas internas ulceras, que le impedian la orina, no ſin el embarazo de la piedra; por lo qual, buſcando el remedio, encontró el dia 6. de Agoſto con la muerte, que ſobrevino à la operacion de abrirle, y faltó con eſto en la Corte, ſino el primer móbil, el mejor inſtrumento para él; porque al Duque de Orleans le importaba poco ſacrificarle à las comunes iras, ni ſe embarazaba con ellas el Cardenal,

mien-

mientras le duraba el poder. Cierto es que celebró con fausto acaecimiento esta muerte la Francia toda; y mientras los ociosos Politicos discurrian en el Successor del primer Ministro, yá le havia tomado para sì el Duque de Orleans, y recogido exactamente los Papeles del Cardenal, que no quiso, que otros los viessen; porque el secreto, solo en los dos consistia, ni hallaba persona à quien fiar el peso de los Negocios, y la precisa continua comunicacion con el Rey, que aunque muy à los principios de la mocedad, podian hacerle impression las siniestras sugestiones contra el Duque, que jamás fió tanto à su fortuna, y su autoridad, que no viviesse con continuos rezelos. Para el despacho se sirvió de los mismos Oficiales, que tenia el Cardenal, y perseveró el mesmo systéma; pero para muchas cosas le hacia falta, porque yá todo se atribuía al Duque, y se conservaban mas vivos los odios. Importabale salir de este embarazo de la Paz, y dispuso, que se contentasse el Rey Catholico de un Papél del Rey de Inglaterra, en que le asseguraba aplicar quantos medios fuessen possibles, para que se le restituyesse Gibraltár despues de la Paz, como no se hablasse de Mahón. Para esto se valió del Marqués de Grimaldo; porque yá el Padre Guillelmo Daubantón, Confessor del Rey, havia muerto el dia 7. de Agosto, con gran edificacion, en el Noviciado de Madrid; porque luego que se sintió malo, se restituyó á él desde Balsaín, por morir en propria Casa de S. Ignacio, con tantas demonstraciones de religiosa piedad, que se imprimió en muchos, y mas con la Carta, en que daba aviso de su muerte (como es costumbre en su Religion) el P. Francisco Granados, Rector del Noviciado, à los Superiores de la Provincia de Toledo, y en ella ponderó sus virtudes tales, que hacen gloriosa su memoria. Fué un Religioso sabio, y ajustado; de génio apacible, y buen corazon para con todos. Nada pagado de los primeros empléos, que tuvo en la Compañia, y de la primera aceptacion en la Corte; era siempre su trato llano, y humilde; mereció siempre una suma confianza del Rey, desde su tierna edad, que le oía con veneracion, y afecto: por lo qual hicieron juicio los que lo observaban mas adentro, que el Rey havia perdido en este hombre un gran consuelo en su escrupulosa conciencia; y la Monarquía de España un Ministro, siempre aplicado á la mayor regularidad,
den-

dentro, y fuera de Palacio, y deseosissimo en todo del acierto. Y bolviendo adonde ibamos, quien verdaderamente consiguió, que el Rey se contentasse de las promesas del Rey Jorge, fué el Ministro Inglés en Madrid, que tenia gran cabidad con el Marqués de Grimaldo. Y yá allanado este punto, si se concedian en la debida forma las Investiduras, la Paz estaba llana, porque ni los interesses de la Italia en comun, ni los de los Principes de ella en particular la podian embarazar, ni otras privadas pretensiones de unos, y otros vassallos por los perdidos bienes, porque de qualquiera manera, ò se determinassen restituir, ò no, era igual, respecto á los Principes, aunque no respecto á los Subditos, nada considerados, quando se trata del público interés. Esta es la infelíz condicion de los hombres Privados, que se sacrifican con casi certidumbre de ser poco (alguna vez nada) atendidos; ni podian serlo todos en esta Paz, porque era preciso para esto, que el Emperador restituyesse al Duque de San Pedro el Estado de Savioneta, al Marqués de Stepala, Ula, y otros Feudos en Italia á los que havian seguido el partido de España; y esto no era de su satisfaccion, porque, ò le servian á la extension de su poder, ò á mantener muchos Españoles de su partido, que tenian gruessas pensiones sobre estos Estados; ni aun muchos Soberanos se libraban de esta infelicidad, porque no queria el Emperador se le hablasse de la restitucion de Mirandula á Pico, que se havia retirado á España, y vendido la Camara Imperial este Estado al Duque de Modena; ni de la restitucion del Monferrato, que se havia dado al Duque de Saboya; ni de la de Mantua, que pertenecia legitimamente al Duque de Guastala; ni de la de Comachio al Papa; y aunque con este tenia siempre abiertos los Tratados los Ministros Imperiales en Roma, y el Nuncio Grimaldo en Viena, todos eran artes de los Austriacos, para entretener al Pontifice, imponiendo intolerables condiciones, no solo de mantener Presidio Imperial, pero aun de que se havia de conceder la Cruzada en todos los Estados, que en Italia posseía el Emperador, lo qual excedia en gran parte al util, que le daba Comachio, y su Lago.

Yá tenia el Emperador ajustado, que la Inglaterra, y la Francia no se metiessen en esto, y se dexasse á su arbitrio, que

haria justicia; pero los Españoles lo llevaban mal, porque querian cercenar á Mantua, entregandola á quien pertenecia; mas solos en el Congresso, no serían admitidos, aunque se havia el Rey Catholico declarado de proteger al Duque de Mirandula, y al de San Pedro; y para esto se proponia se le diesse el Ducado de Massa, pagando el Emperador su valor à la Casa Cibo, que le queria vender, porque el actual Duque Cibo no tenia hijos, y en él se extinguia su linea, y con esto, reparado el daño al Duque de San Pedro, se podia el Emperador quedar con Savioneta. En esta idéa tenia el Rey Catholico, no solo la intencion de quitar de la vecindad de Toscana un Soberano, todo subordinado á la Casa de Austria, y poner un Confidente suyo, como era Francisco Maria Spinola, Duque de San Pedro, pero aun impossibilitar, que los Genoveses comprassen á Massa, porque era de conocido perjuicio al Comercio de Florencia, y Liorna, que por el camino que mandó abrir el Gran Duque Cosme III. passaba sus Mercadurías á Lombardía, y por el Pó se destribuían á toda ella, hasta Turìn, y Venecia; y como era preciso por esta nueva senda passar por Tierras de Massa, si los Genoveses compraban el Estado, se hacia inutil aquel camino, y necessitaban los Toscanos embiar sus Mercadurias por Genova, con gran perjuicio de sus interesses; y mas, que los Genoveses no querian admitir Tropas de Levante, que huviessen tocado en Liorna; ni yá, por nuevo Edicto sacado este año, concedian Puerto Franco â quantas Mercadurìas venian por Levante, desde Civita-Vechia; por Poniente, desde el Rio Varo, y Niza, porque querian obligar con esto á los Comerciantes del Norte, y Levante, que sin tocar en otra parte del Mar Ligustico, viniessen derechamente á Genova. Para facilitar esto, determinaron en el Gran Consejo hacer un Lazareto en la Especie, y embiaron con algunos Ingenieros á Francisco Mari, para que segun la planta que se le daba, en el lugar destinado empezasse á abrir las zanjas: cosa, que al Rey de España desagradaba mucho, pero no lo podia remediar, porque esto, que tiraba al Comercio, tenia el especioso pretexto del bien público, apartando la quarentena, y el ventéo de las Ropas de Levante, ò sospechosas de la Ciudad Capitál, y retirandolo á un seno de Mar muy espacioso, y ver-

verdaderamente cómodo para Lazareto, que á bueltas de él, se concedería á sus Mercadurías el Puerto franco, dando Despachos de Genova; y con esto se brindaba á los Negociantes Estrangeros á acudir á la Especie, que es una Bahía capáz, y segura, y en mejor situacion, que Genova, para exitar á todas partes sus mercadurías.

En este estado de cosas, todas indecisas, adoleció gravemente en un profundo letargo, y retencion de orina el Gran Duque Cosme III. y no huvo Ministro en Italia, que no despachasse Correo Extraordinario á su Soberano, porque se creyó, que su muerte ocasionaria grandes novedades, y los Ministros de España recelaban, que baxo pretexto de ofrecerle su proteccion al Sucessor, moviesse el Emperador sus Armas al bloquéo de Florencia, pues las tenia promptas; no solo en el Estado de Milán, con marcha de pocos dias, pero aun en la Lunegiana, y Orbitelo, donde havia numeroso Presidio para este caso. Fundabanse estos recelos, en que se havia dado orden en Milán á algunos Regimientos, de estár promptos á la marcha al primer aviso; y el Conde Carlos Borroméo, como Vicario Imperial, havia embiado, con pretexto de componer unas diferencias en Luca, al Conde Stampa, á que passando, y deteniendose en Florencia, viesse el estado de la enfermedad del Gran Duque; y se le dieron Cartas para los Governadores de los Presidios, y para el Virrey de Napoles, para que embiassen las assistencias de gente, y dinero, que el Conde Stampa pediria: no se sabian con certidumbre todas estas prevenciones, pero se sospechaban aún mayores, y que el Conde haria acercar Tropas á Toscana, si aquel Soberano falleciesse. Con esta aprehension fué en Florencia muy mal recibido; y mas, que abultaba estas voces, y estas sospechas el Padre Salvador Ascanio, que hacia los Negocios del Rey Catholico en Florencia, diciendo á los Ministros, no permitiessen novedad alguna por parte del Emperador, que su Amo no la haria. En efecto, con esta intencion avisó el Padre Ascanio al Marqués de San Phelipe, Ministro de España en Genova, que no passasse á Florencia, aunque muriesse el Gran Duque, como tenia la orden para este caso, porque importaba no hacer novedad, y mas con un Successor tan medroso, y desafecto á España. El Marqués conoció ser esto lo

que entonces convenia; y aunque el Duque de Parma le insinuó, que importaba passasse, luego que se diesse el caso de la muerte, determinó no executarlo, sin consultarlo con el Rey, y avigoró el dictamen del Padre Ascanio; de genero, que le ordenó por entonces, no passar, aunque muriesse el Gran Duque; porque el Rey, ofreciendo por su parte, no hacer novedad, instaba à las Potencias Garantes, que interpelassen al Emperador, para que no la hiciesse; y assi lo executaron, tan eficazmente, que fué obligada la Corte de Viena à desaprobar el viaje del Conde Stampa à Florencia, y mandár, no se hiciesse movimiento alguno de Tropas, ni otra operacion, que alterasse el estado de las cosas; y mas, que tenia el Gran Duque Successor, y no se daba el caso de extincion de linea. Stampa fué mandado retirar, y el Emperador se contentó assegurar al Principe Juan Gastón, no permitiria se le hiciesse violencia, si alguna meditaban los Españoles. Con esto se sossegaron los ánimos de todos, bien que antes de retirarse Stampa, dió en la Lunegiana algunas disposiciones, que manifestaban querer los Austriacos assegurar bien, que no fuesse sorprendida Liorna à Puerto Ferrayo, cuyo Governador se havia, sin razon, quexado, que el de Longón prevenia la Artillería de su Plaza, y doblaba las Centinelas, pues este solo podia mirar à la defensiva. Sinceróse el Governador, y parecian sus temores inutiles; porque ni havia en Longón gente para empressa alguna, ni havia que emprender mas que atajar qualquier movimiento de los Alemanes, que estaban mas vecinos, y en mayor numero; tanto, que los tres Batallones, que en Longón havia, eran incapaces de operacion alguna mas, que defensiva en su Plaza.

Dió largo plazo la enfermedad del Gran Duque, para tomar de una parte, y otra las acertadas medidas à la quietud de la Italia, y por resolucion fué fenecida su vida. Espiró en fin el dia 31. de Octubre por la noche: Principe, verdaderamente religioso, pio, y sumamente ajustado, en quien jamás se pudo notar vicio alguno, ni inmoderacion de afectos. Regió con gran quietud sus Pueblos, y con notable amor: Era su continua limosna tan gravosa à su Erario, que fué preciso socorrerle con tributos, no necessarios en un Principe, que jamás tuvo guerra, si solo la de algunas contribuciones al

Em-

Emperador. No hizo solemnemente Testamento en tan criticos tiempos, porque no queria verse obligado à elegir Successor despues de Juan Gastón, y su hija la Viuda Palatina, à la qual havia declarado heredera en un Testamento antiguo; dexóla 12ụ. escudos Romanos de alimentos en una disposicion singular, y privada, cuyo Papél entregó à el Arzobispo de Pisa, è hizo otros legados píos, que no cumplió el Successor, no sin gran fundamento.

Hallaronse unos pareceres sobre la succession, y declaró el Marqués Ranucini, que mandó guardar el que era favorable al Infante de España; pero todo lo suprimió el nuevo Gran Duque Juan Gastón, desafecto naturalmente à España, y en lo de la succession à todos, por su génio austero, y desapegado, por su vida insociable, y desreglada, aunque en vicios, directamente mas perjudiciales à su salud, que à su alma, que le reduxeron à estado, que poco se podia esperar de su vida, con que los Principes, atentos à esta succession, bolvian à entrar en nuevos cuidados, no haviendose todavia concluido el negocio de las Investiduras.

No dexaba el Emperador con artificio de dár à la hermana de el Gran Duque esperanzas, que sería en todo caso Governadora de aquel Estado, y ella se empezaba à mostrar mas humana con el partido de España, porque no se la hiciesse oposicion, y traxo à su dictamen, en la apariencia, al Gran Duque, quien yá no se manifestaba tan contrario, sin mas fin, que dexarle vivir en paz: por esso se le hizo por su hermana el Proyecto de declarar Heredero al Infante de España, si en su menor edad, llegando à succeder, tuviesse por Governadora de el Estado à dicha Princesa. Esto lo promovia vivamente el Duque de Orleans; pero como caminan tan à ciegas los hombres, sin certidumbre en quanto imaginan, y son tan caducas las idéas como la vida, la noche de el dia 2. de Diciembre, precediendo un deliquio de breves instantes, murió de repente el Duque de Orleans, sin haver alguno tenido noticia de su accidente, antes que de su muerte, mas que un familiar suyo, que al verle caer de una silla, fué por un vaso de agua, y le halló difunto. Sucedió esto en el Palacio de el Rey, en el quarto del Duque, cuyo cadaver fué llevado à su casa; y apenas llegó al Rey la noticia, dada por Don Luis Enrique, Du-

que

que de Borbón, quando luego le fué conferido por el Rey el primer Ministerio, sin mas aprobacion, que la de su Maestro el Obispo de Frixus, que se hallò presente, y no pudo dexar de assentir à ello, porque era en presencia de el mismo Duque, que dixo al Rey, debia elegir un Principe de la Sangre, no dudando recaeria en su persona, que era el primero, despues del Duque de Chatres, Hijo del de Orleans, que tenia pocos años. Mandò luego recoger el Duque de Borbòn los Papeles del de Orleans, que se hallaron en el quarto que tenia en Palacio; los de su casa no se buscaron, por respetos al Successor, que tuvo con Borbòn algunos sinsabores, aunque despues sobresanados. Era assentada opinion en Francia, que el Duque de Orleans tenia muchos millones ganados en los arbitrios del Banco de Missisipi; pero no se hallaron, ò su heredero los supo ocultar con gran maña; porque aunque estuviessen en las Plazas estrangeras, de Olanda, Inglaterra, Genova, ò Roma, baxo otro nombre, era muy dificil sepultar una verdad, que tantos la sabrian, y debia constar en los libros del Duque, y de los que en Francia dieron su nombre para el deposito de este dinero, que era suma desproporcionada à qualquier particular, segun se creía, porque daban en decir los mas entendidos en el Comercio de la Francia, que faltaban 300. millones de libras Tornesas; y por muchas, que huviesse robado Lauus, y otros, à quienes quiso enriquecer, para que le tolerassen, no era presumible, que el Duque dexasse assolar la Francia sin interés propio, porque su alto entendimiento, y sagacidad le hacia incapáz de ser engañado.

Creían los superficiales en esta muerte, que havia perdido el Rey Catholico mucho, faltando quien promoviesse sus intereses; pero los mas entendidos creían, que havia perdido el Emperador un Amigo, à quien contemplaba con secreto tratado, de que le ayudasse en su Casa à la succession de Francia, para excluir la Casa de España. Esta muerte del Duque nada variò el systema del Mundo, y los Plenipotenciarios Franceses de Cambray tuvieron confirmacion de sus instrucciones, porque aún era interés de la Francia la Paz, por hallarse sin mas idéas, que su quietud, que la necessitaba, molestada de tanto dispendio en el quimerico Banco del Missisipi, y del contagio de la Provenza, que en este año se le restituyò el Comer-

mer-

mercio enteramente, por haver cessado yá desde el passado toda sospecha, aunque en España todavia se daban à las ropas de Marsella algunos dias de quarentena, de lo que se quexaban agriamente los Franceses, Nacion mas prompta, y de menor reflexa en sus operaciones.

Este cuidado contra la Francia avivò el que se debia tener contra Portugál, por haverse encendido un mal epidemico en Lisboa, de lo que murieron mas de 40ꝟ. personas; pero de inferior calidad: creyòse peste; pero no fué mas que una intemperie de sequedad, no purificado el ayre de las lluvias, que havia muchos meses faltaban, y de alguna mala calidad de viveres, que hizo precisamente comestibles la falta de granos, la qual durò poco, porque acudieron de todas partes Naves cargadas de ellos, de Francia, y de Levante. En España huvo tambien alguna penuria, luego socorrida de la vigilante ambicion de los Mercaderes Italianos, que no pierden ocasion à su logro. Naciòle en este año otro hijo al Rey de Portugál, del qual fué Padrino el Rey de España, y la Reyna Viuda de Carlos II. que todavia estaba en Bayona. Dieronse los Poderes del Rey de España al Marqués de Capicelatro, su Embaxador en Lisboa, y à pocos dias muriò el recien nacido Infante.

AÑO DE M.DCCXXIV.

CON la mas ruidosa, y no esperada novedad empezò este año, haviendo hecho el Rey Phelipe en el dia 14. de Enero solemne Renuncia de todos sus Reynos, y Señoríos en el Principe de Asturias Luis I. su Primogenito, retirandose à vivir con la Reyna privademente, y depuesta toda Real pompa, y aun las Guardias, à la Quinta de San Ildefonso, en Balsaín, donde havia él mismo fabricado un Palacio, y mandado componer deliciosos Jardines: despidiò toda su Familia, para que passassen à servir al nuevo Rey, y se reservò para su mantenimiento 600ꝟ. ducados, y lo que fuesse menester à concluir los Jardines del Palacio: edificò una sumptuosa Iglesia, y la dotó, y adornò Realmente. Detuvose para assistirle al Marqués de

Gri-

Grimaldo, y por unico Mayordomo, y Cavallerizo al Señor de Valux, Francés, que era ſu antiguo Mayordomo de Semana. Con la Reyna quedaron dos Damas, quatro Camariſtas, y dos Señoras de Honor. Toda la familia, incluyendo los de eſcalera abaxo, ſe reduxo à ſeſenta perſonas; y en la Cavalleriza quedaron pocos tiros de Mulas, y Cavallos de montar, porque yá el Rey haſta el guſto de la Caza iba perdiendo, amando ſolo la ſoledod, y el retiro.

Con el inſtrumento de la Renuncia paſſó el Marqués de Grimaldo al Eſcorial el dia 14. donde eſtaba el Principe, y ſe leyó ante toda ſu Corte, no ſin lagrimas, y aun del miſmo Principe, por las razones, y clauſulas con que eſtaba concebida, dando por motivo, que haviendo el Rey conſiderado, de algunos años à eſta parte, la nada de las coſas mundanas, y los padecidos trabajos, queriendoſe retirar à penſar ſolo en ſu ſalvacion, dexaba con abſoluta entera Renuncia, ſus Reynos à ſu Hijo primogenito, jurado Principe de Eſpaña, de cuyas bellas calidades, y prudencia ſe prometia el deſempeño de la obligacion, en que Dios le conſtituía nuevamente. Prevenia en la meſma Renuncia, que muriendo el Principe Luis ſin hijos, paſſaſſe el Reyno à ſu hermano el Infante Don Fernando; y aſſi de los demás hijos por ſucceſſion; y en caſo de menor edad de Don Fernando, ú otro Succeſſor, viviendo el Rey Phelipe, formaba una Regencia de los Preſidentes de los Conſejos, del Arzobiſpo de Toledo, y del Inquiſidor General, y del Conſejero de Eſtado mas antiguo, haſta que el Rey immediato tuvieſſe catorce años. Obligaba al Rey Luis, y ſus Succeſſores á cumplir los Teſtamentos, que hicieſſe el Rey Phelipe, y ſu muger la Reyna Iſabél, y á pagar las deudas de la Corona, que eran caſi tres millones de peſos, y á contribuír qualquier coſa, que viviendo pidieſſen, baxo cuyas condiciones ſolo fueſſe válida la Renuncia: la qual hizo el Rey tan deliberado, que hizo voto de no ocupar mas el Trono, ni reynar. Era ſumamente edificativo el Papél de aviſo, que el Rey mandó paſſar á los Conſejeros: mas lo era una Carta, que de ſu puño eſcrivió á ſu Hijo, con documentos ſantos, y píos, que edificaron el Mundo, la qual fué traducida en muchos idiomas: fuera prolixo ponerla aqui á la letra; ſolo diré, que el mas penitente Anacoreta no la podia eſcri-

cri-

crivir mas expressiva, y ajustada à los Preceptos Evangelicos; tanto, que los Criticos desearon en ella se entretexiessen documentos politicos entre los morales. Recomendaba à la Reyna, y à los Infantes; y poniendo el exemplo de el Santo Rey Don Fernando, y San Luis Rey de Francia, le exortaba à la perfeccion: tambien expressaba en ella, que la Reyna se havia resignado con gusto à esta resolucion; y creyeron muchos estaba esta clausula puesta para atajar la censura de que la huviesse tomado sin su consentimiento, porque no hay exemplar en las Historias de semejante voluntario retiro en un Principe casado, y de solos 39. años de edad, y la Reyna de 31. con probabilidad de tener otros muchos hijos; y assi fué preciso incluir à la Reyna en la determinacion, sin cuyo consentimiento es cierto que no se tomó; mas no probaba esto haverle dado gustosa; pero siempre prueba un raro exemplo de virtud, y conyugál amor de convenirse al Decreto del Marido, tan arduo, que sola una superior vocacion le puede hacer llevadero, descendiendo del Trono à vida privada; y de la Soberanía à la dependencia, dexando gran parte, que la cabía del mándo, en la voluntad del Rey, à un Principe, que no era su hijo, à quien entregaba los suyos, sin concluirse el Negocio de Toscana, que havia sido el principal objeto de tantos años de negociaciones, con notable dispendio de la Monarquía. Este reparo se venia à la cara contra el Rey; y los Politicos tenian el hecho por intempestivo en visperas de un Congresso de Paz, no abierto todavia por las dilaciones, que el Emperador interponia à dár las disputadas Investiduras, aunque yá havia dado palabra à los ultimos del precedente año de darlas, y assi lo dexó en París ajustado el Baròn de Penteritér, que passó desde Cambray à este efecto; pero quando el Rey hizo la Renuncia, que fué el dia 10. de Enero, aún no se havian dado, porque estas salieron de Viena el dia 7. que no huvo tiempo de saberlo, ni se huvieran aquel dia expedido, si huviesse el Emperador previsto, y penetrado esta gran resolucion: la qual tuvieron en las Cortes del Norte, y en algunas de Italia por politica, y no espiritual, adelantandose à creer, que era para habilitarse à la Corona de Francia, en caso de la muerte de Luis XV. discurso tan improbable, quanto

to lo es, que un hombre de 30. años déxe lo que possee, aspirando á succeder á un Niño de 14. (porque esta era la edad del Rey Christianissimo) sano, y robusto, sin apariencias de fundar bien tan remotas esperanzas, que ni las debia tener el Rey Catholico, aun quando el de Francia fuesse decrepito, no solo en virtud de tantas Renuncias; sino tambien de la manifiesta oposicion de tantas Potencias, bolviendo á los principales motivos, que subscitaron la sangrienta, y pertináz, Guerra, que hemos escrito. Ni conocian bien el génio del Rey los que esto discurrian; porque ni su delicada escrupulosa conciencia era capáz de faltar á lo prometido, ni su aversion á los Negocios, ni la falta de sus fuerzas para grande aplicacion, le podian estimular á los inmensos trabajos de regir una, para él nueva Monarquía de Franceses, dividida precisamente en facciones, en caso de faltar el actual Dominante, pues aunque los Parlamentos, y los mas ancianos Padres de la Patria estuviessen por la Ley Sálica, que favorecia al Rey Phelipe, los Principes de la Sangre, y sus adheridos estarian por el inmediato al Trono entre ellos, que era el Duque de Orleans, mozo, y soltero; por lo qual los que se le seguian, miraban mas vecina la possibilidad del Sólio, que si le ocupasse el Rey Phelipe, que á mas del Principe de Asturias tenia otros tres Varones, sin los que podian tener dos Individuos, conocidamente fecundos.

Estas razones, que convencian á los mas reflexivos, avivaron el ingenio, para discurrir otras, que huviessen dado impulso á tan grande hecho; porque raros se persuadian á que era mera razon del espiritu, abstraido de cosas mundanas, y todo entregado á la contemplacion de lo eterno: yá porque pocos, criados en las brillanteses del Trono, conciben estas idéas austeras, y melancolicas: yá porque no es incompatible la Corona con la santidad, y perfeccion de costumbres, antes medio oportunissimo para servir mucho á Dios, y exercitar con superior heroismo todas las virtudes, y mas constituído el Rey en un estado, en que estaba dividido de sí mismo, por la contraída union con su Muger, no siendo siempre seguras todas las idéas de elegirse un Estado á su arbitrio, dexando aquel en que Dios le havia constituído, porque los caminos para la perfeccion son muchos, y el esta-

do,

do, que no es mas repugnante, puede ser el mejor. Estas razones tenian réplica, porque puede ser, segun la condicion del corazon humano, el acto mayor, y sin igual, dexarlo todo, y mas una Monarquia como la de España: y assi los hombres píos, y de dócil corazon lo atribuían á sólida virtud, y temor de errar en el Govierno. Los Enemigos del Rey, y algunos Ministros, que residian en aquella Corte, escrivieron, que estaba enteramente incapáz de governar, y que por hacerselo dexar con honra, havian fingido toda aquella Renuncia, y Papeles que hicieron firmar del Rey, sin saber lo que era. Esto tenia mucha improbabilidad, porque era dár por falsario al Marqués de Grimaldo, que havia estendido la Renuncia, y á los Testigos, y cargarse el Marqués de ser suyas, y no del Rey las mercedes, que se publicaron, y disposiciones, que se dieron en el mesmo dia de la Renuncia; y esto no lo huviera passado la Reyna, que era quien mejor sabía el estado de la salud del Rey, y tenia algun riesgo de mal atendida, si se probaba, que huviesse cooperado á hacer firmar al Rey lo que no entendia; porque se dieron en este mesmo dia por el Rey muchos Toysones, al Marqués de Grimaldo, al de Valux, al Marqués de Annibál Scotti, Embiado del Duque de Parma, y hasta doce Personages, sin duda benemeritos, pues el Rey los juzgó capaces de esta honra. Se dió la Presidencia de Indias al Marqués de Valero, la de Ordenes al Conde de Santistevan del Puerto, que estaba en Cambray, y se hicieron otras muchas provisiones Militares de empléos vacantes; y la Guardia de los Alabarderos al Principe de Masarano: fué nombrado Ayo del Infante Don Phelipe el Marqués del Surco Don Fernando de Figuera, y se señaló al Principe, para el Gavineto, al Marqués de Mirabál, Governador de la Presidencia de Castilla, al Arzobispo de Toledo Don Diego de Astorga y Zespedes, al Inquisidor General, Obispo de Pamplona Don Juan de Camargo, al Marqués de Valero, al Marqués de Lede, al Conde de Santistevan del Puerto, y á Don Miguel Francisco Guerra, todos Sugetos de conocida bondad, y experiencia en los Negocios: y para dár providencia á todos, se pusieron hombres de todas facultades, y se le dió al Marqués de Grimaldo por successor en la Secretaría del Despacho Universal de

Estado á su primer Oficial Don Juan Baptista de Orendain; y en la de Indias, y Marina á Don Antonio Sopeña: se dieron las futuras de los Empleos en la Casa Real á los que las tenian en la del Principe; porque todos los Criados de el Rey, y Reyna passaron á servir los nuevos Amos en el propio Empleo.

Es temeridad creer, que todo esto se havia executado sin acuerdo, y conocimiento del Rey, haciendoselo firmar ignorante, ò incapáz de saber lo que hacia. Hemos procurado (aunque ausentes) indagar esto, como punto tan essencial para estos Comentarios para la verdad del hecho, y hallamos, (refiriendonos al Año 22. de ellos) que el Rey padecia, sobre profundissimas melancolìas, una debilidad de cabeza, que le era impossible la grave, y continua aplicacion al Govierno de tan vasto Imperio: era naturalmente implicado, y le atediaban los negocios, porque le obligaban á resolverlos: cosa pesadissima á su delicada conciencia, á su genio sospechoso, y de todos desconfiado, y aún de sì mismo, y de su proprio dictamen: y aunque le havia dexado por Successor al Padre Daubantòn al Padre Gabriél Bermudez, Jesuìta de la Provincia de Toledo, hombre docto, y de virtud, este se cargaba menos de lo que hacia el Padre Daubantón; y assi quedaba mas cargado el Rey porque el Padre Bermudez no queria atender mas que á las cosas meramente de su oficio de Confessor. La mayor felicidad, y expedicion del Padre Daubantón, desimpressionando al Rey de vanos, è insubsistentes escrupulos, le entretenian, y aliviaban en parte; y assi, viviendo, no permitió al Rey esta resolucion, aun viniendo solicitada del Duque de Orleans: (como diximos) el Padre Bermudez le aliviaba menos de su natural estrechéz de conciencia; y assi luchaba el Rey mas con sus propios temores de errar, no pudiendose vencer á fiarse totalmente de uno, ni de muchos; por lo qual havia considerable atrasso en los negocios de mayor entidad: pudiera resolverlos el Marqués de Grimaldo; pero tampoco queria hacerse cargo de todo, sin clara, y explicita deliberacion del Rey, cuya melancolía crecia mas, al passo que se aumentaban sus temores, è inaccion, de lo que incurrió en desesperar de poder cumplir con su oficio sin peligro de error, ni de poderlo hacer todo; y

co-

como su radicada virtud, y piedad no le daban lugar à sufrir dudas en su salvacion, con tédio de tan espinosa ocupacion para su animo, yá estrechado de temores, y sospechas, y para su cabeza yá débil, lo dexó alegre, é intrepidamente todo, fiando en la bondad, y prudencia del Principe su hijo, que con el consejo de los que para el Gavinete le dexaba, regíria bien la Monarquía, y tendrian los Vassallos el alivio de mas prompta expedicion. Conoció verdaderamente el Rey su espiritual, y corporal enfermedad, y no hallando disuasion para esto en el Padre Bermudez, que era del mismo dictamen, ni en la Reyna, que conocia la necessidad en que el mismo Rey se havia puesto, se lo dexaron executar; porque verdaderamente, con acuerdo, reflexion, y conocimiento pleno lo executó, y quedó contento de executarlo, sin haverse conocido señal alguna de arrepentimiento, como publicaban los maldicientes, porque la virtud del Rey era mas sólida, que lo que muchos creían; pues asseguraban sus Confessores, no haverle jamás hallado pecado mortal; y el que tenía quando partió de Francia, afirmaba, que no havia perdido la gracia Bautismál. Muchas virtudes pudieramos assegurar del Rey, por assercion de hombres fidedignissimos, que le trataban familiarmente, ò sirviendo à su persona, ò siendo sus confidentes Ministros; pero la que mas resplandecia en el Rey era la verdad, y la castidad conjugál, aun combatida de lances, no solo fortuitos, pero con cuidado expuestos, de quien le importaba ganar la voluntad del Rey, aun por tan ilicitos medios. Tenia la rectitud en balanza, tan bien ponderada, que tardaba à executar lo mismo, que deseaba, porque no le engañasse su afecto; ni sin consulta de muchos Theologos executó jamás cosa en que podia intervenir escrupulo; y era en esto tan nimio, que tropezaba en menudencias, y repitiendo consultas, resolvia muy tarde. Era su génio belicoso, y fuerte amante de los Soldados, à quienes confirió los mas grandiosos empleos, hasta darles los dos Virreynatos de Indias, y los mejores Goviernos, y aun todos los del continente de España; no sin gran razon, porque havian sido los que à costa de su sangre le havian mantenido en las sienes la Corona, y tenia tan exacta noticia de todos los Oficiales, que no proveyó empleo Militar, sin méthodo muy regular, y assentado mérito,

aun-

aunque con el Rey le perdia el que no vivia ajustado, sin escandalo. Tachabanle sus mal afectos, que olvidaba tarde, y no perdonaba las ofensas. En esto de perdonar, se arreglaba por los Ministros; y siendo infalible, que no hay en las Historias Rey, que haya experimentado mas traydores publicos, y ocultos, ni mas rebeldes en numero, y calidad de personages, no ha sacado gota de sangre en tantos Reos de infidencia, que han estado presos en las Carceles de España; ni ha querido se procediesse contra ellos con la formula de juicio, y perdonó infinitos, luciendo mas esta virtud de perdonar al Enemigo, en lo que por sus Plenipotenciarios significó al Emperador en Cambray, dandole noticia de esta Renuncia, y assegurandole, rogaria siempre à Dios por sus prosperidades, y para que tuviesse succession varonil, para ser propugnaculo de nuestra Santa Religion, contra tantos Enemigos, que la combaten: La Reyna, por assentir al gusto de su Marido, se sujetó à la vida privada, y se vistió luego à la Española, renunciando todo genero de galas, y tomando un vestido de saya.

Passó luego el Principe de Asturias à Madrid, y fué proclamado Rey, aunque los mas de los Jurisperitos, y los mesmos del Consejo Real veían, que no era válida la Renuncia, no hecha con acuerdo de sus Vassallos, que tenian accion à ser governados por aquel Principe, à quien juraron fidelidad, no haviendo impotencia legitima para dexar el Govierno, ni decrepita edad, que no pudiesse tolerar el trabajo. Otras muchas razones daban los Legistas; pero nadie replicó, pues al Consejo Real no se le preguntó sobre la validacion de la Renuncia, sino se le mandó, que obedeciesse el Decreto, y muchos de los Españoles, y la mayor parte de los Magnates le oyeron con gusto, porque yá tenian Rey Español, y sumamente amado, por su afabilidad, liberalidad, y benignissimo trato; y sobre todo, amante, con el mayor excesso, de su Nacion Española, casi con aversion à las demás comparativamente. En fin, por el Rey Luis I. se alzó el Pendon con la acostumbrada solemnidad el dia 9. de Febrero: admitió toda la Familia de su Padre, y à la suya se dexó el sueldo, y se dió futura de los empléos. Lo propio se executó en la Familia de la Princesa; y no huvo mas novedad en la Monarquía, y en todo el systéma de ella, sino mudar en el Trono personas,

nas, ſin que ſe arbitraſſe otra mutacion; y mas, que el nuevo Dominante todo lo conſultaba con ſu Padre; de forma, que todavia quedaba en Balſaín el Oraculo, no ſolo para las coſas mas principales, pero aun para las mercedes, de donde fué advertido al Rey Luis ſe moderaſſe en ellas, porque havia hecho algunas, que tocaban en algun exceſſo, dando penſiones, y futuras; de genero, que aquellas fué preciſo moderarlas: ſobre lo qual ſe ordenaba al Governador del Conſejo Real invigilaſſe mucho, porque ſe quitaba el Rey, con vulgarizar los honores, el premio, à que aſpiraban Sugetos de mayores ſervicios, de los que à rio-rebuelto havian peſcado en eſta coyuntura; bien, que otras mercedes hizo, dignamente empleadas.

El Real Erario era lo que mas embarazo daba á los nuevos Miniſtros; porque ſe halló la Theſorería agotada, y ſe divulgó, que dias antes de la Renuncia havia mandado paſſar el Rey Phelipe 400ϑ. ducados, que havia en aquellas Reales Arcas. De eſto no nos hemos podido certificar; porque Don Fernando Verdes Montenegro, Theſorero General de la Guerra, no conteſtaba en eſte punto, y tenia ſus reſguardos: con que hacia ſervicio del ſilencio, viendo, que todavia ſe mantuvo en Balſaín, y que el Marqués de Grimaldo tenia caſi la meſma autoridad, con menor rieſgo, porque no parecia yá ſu firma; y el Rey (aunque con ſu dictamen) reſpondia immediatamente á ſu Hijo. Viendo eſtas mudanzas D. Juan del Rio, Marqués de Campo-Florido, y Preſidente de Hacienda, y Secretario del Deſpacho Univerſal de ella, con la general Superintendencia, y que era el Papél mas principal en el Gavineto el Marqués de Mirabál, Preſidente de Caſtilla, hizo dexacion de todos ſus empléos, que no le fué en Balſaín admitida, antes le inſinuó el Rey Phelipe, ſe daria por ſervido en que continuaſſe en ellos: hizo ſegunda dexacion, y ſe le admitió. Nombróſe por Preſidente de Hacienda á Don Juan Blaſco Orozco, Preſidente de la Sala de Alcaldes; y por Secretario del Deſpacho Univerſal de Hacienda, y abſoluto Superintendente de ella á Don Fernando Verdes Montenegro, y la Theſorería General ſe dió á D. Nicolás Hinojoſa, que yá lo havia ſido. Todas eſtas mutaciones en el Govierno de Hacienda, y nuevos gaſtos de dos Caſas Reales hacian eſcaſear

el

el dinero; y assi se discurrió en reforma de Tropas, y mas creyendose adelantada la Paz; porque en estos mesmos dias havian llegado las Investiduras para el Infante Don Carlos de los Estados de Toscana, y Parma, con las clausulas mas amplias, no solo de quanto actualmente possèian ambos Principes, pero alargada la succession á todos los Hijos de la Reyna por succession regular de Varones; aunque fué preciso, que antes saliessen Garantes la Francia, y la Inglaterra, de que en su caso havia de tomar las Investiduras de la actual possession dentro de un año el Infante. Hizo el Rey su Hermano las mayores demonstraciones de júbilo por este sucesso, y fué en publico á dár gracias á Atocha. El Infante passó luego á vér á sus Padres á Balsaìn, adonde fué, antes de ir á Madrid, el Mariscál de Tessé, Embaxador Extraordinario de Francia, que no pudo sacar del Rey Phelipe mas que un benigno reconocimiento: en lo demás se remitió á la Corte, donde le dieron, para tratar sus Negocios, por Ministro, al Marqués de Mirabál, Presidente de Castilla; porque entre los del Gavinete se havia dividido el oìr, y referir los Negocios Estrangeros, y tocaron al Presidente los de Francia, entonces bien dificiles, y secretos. Publicóse, que su mayor comission era, tomasse el Rey á bien, que dando la Infanta de España por Muger á Joseph Luis, Principe del Brasil, primogenito del Rey de Portugál, tomasse otra el Rey Christianissimo, para acelerar la succession, si fuesse possible; pues á la Infanta la faltaban nueve, ò diez años para poderla tener, y que admitiendola por Esposa el Principe del Brasil, tomaria el Rey de Francia para suya á la Infanta Maria Magdalena de Portugál, su Hermana, que tenia trece años, y casi igual á la edad del Rey, y la Infanta de España à la del Principe, que solo tenia diez años, tomando à su cargo la Francia todo el Tratado, y la conclusion de él. Estaba à este tiempo el Marqués de Monteleon en Madrid, y sus émulos publicaban, que él era de este dictamen, para malquistarle con el Rey Luis, que tomaba muy mal estas voces.

Dudóse si se embiaria à Italia al Infante Don Carlos. No huvo Ministro Español, que á ello assintiesse; pero la instaba Monteleon, cuyo voto venia con el apoyo de la Reyna Isabél, que lo deseaba mucho, por parecer adelantaba un passo

en

en la materia; y como la direccion de lo mas importante todavia estaba en San Ildefonso, determinandolo todo el Rey Luis, con parecer de su Padre, y del Marqués de Grimaldo, (que era lo propio, que à gusto de la Reyna) tuvieron orden los Ministros, que residian en Parìs, y Londres de proponer â aquellos Soberanos la intencion del Rey sobre el Infante Don carlos. Nada parecia mas natural, que declararle Gran Principe, despues de obtenidas las Investiduras. Con todo, ni esto quisieron consentir, quanto mas à que viniesse â Italia; porque consultado el Emperador sobre esto, lo resistia todo, sin haver menester de las instancias, que contra esto hacia en Viena el Ministro de Toscana; porque nada sentia mas el Gran Duque, que vér se acercaba, no solo à su Trono, pero aun à los confines de èl, el Infante de España, cuyo nombre aborrecia mortalmente; y mas, que era contra lo que havia ordenado, de que se diesse el Titulo de Gran Princesa à su hermana la Viuda Palatina, à favor de la qual disponia su Testamento.

Tampoco eran de dictamen de consentir en lo que el Rey Catholico queria, las Cortes de París, y Londres: esta menos, por mas allegada à los interesses del Emperador: la de Francia se huviera inclinado, si salian bien sus negociaciones en Madrid à Tessé; pero este adelantaba poco, porque se les havia acabado á los Españoles la subordinacion à la Francia, y trataba con el Governador del Consejo Real, Marqués de Mirabàl, genialmente adverso à las máximas de los Franceses.

Ni esto lo queria el Rey de España cometer al Congresso de Cambray; porque le parecia, que alli todo se retardaba mas de lo que deseaba la Reyna, siempre instada del Marqués de Monteleon, que deseaba bolver à Italia con el especioso Titulo de Plenipotenciario. Los Reyes de Francia, é Inglaterra, por templar en algo el ardor de esta negativa, dispusieron, que se tratasse en Cambray de dár la ultima mano al Articulo sexto del Tratado de Londres, sobre la Succession de Toscana; y principalmente sobre poner en ella Guarnicion de Esguizaros, como se havia convenido. El Emperador no pudo negar su consentimiento, porque no havia por donde dilatarlo mas; y assi lo diò à entender al Gran Duque

por su Ministro, ofreciendole, que procuraria, no le fuessen estas Guarniciones de molestia, ni de gravamen à sus rentas. Esto era dorar la pildora; porque yá veía el Gran Duque, que era desayre de su soberanía, y una tácita esclavitud de sus Pueblos, expuestos al arbitrio de Gente de Guerra, hambrienta de las riquezas, y delicias de la Italia, tan dessemejante à la Helvecia. Este Articulo quedó en Cambray nuevamente concordado, y se passó à las formales conferencias, reconocidos por Mediadores los Reyes Christianissimo, y Britanico. Los primeros passos fueron dár recìprocamente sus pretensiones el Emperador, y el Rey Catholico: aquellas las quisieron directamente de Viena los Mediadores; y las del Rey de España fueron admitidas, para embiarlas al Emperador inutilmente, porque se oponian con las del Cesar, que por preliminar de ellas, declaraba, que no se le hablasse de Italia, ni de la restitucion de Mantua, y otros Estados, que tenian en ella los que se pretendian dueños. Esto no se podia ventilar, sino en Ratisbona, y en el Consejo Aulico: que assentada la succession de Toscana, de todo lo demás no se trataba en quanto á Italia en el Tratado de Londres: ni el Rey de España, en virtud de su Renuncia, tenia derecho á entrometerse en la Italia, ni le pertenecian los interesses de sus Principes, ni los del Duque de Parma; porque este era punto de jurisdiccion, inseparable del Consejo Aulico, pues con Parma: solo havia disputa de confines, sobre las tierras que baña el Pò.

Insistia con todo el Rey Catholico, en que se debia restituír la Italia á su primer estado; porque era interés del Infante, quando posseería la Toscana, y que assi se havian de restituír â quien tocaban, los Estados de Mantua, Mirandula, Monferrato, Sabioneta, y otros Feudos de menor nombre, y que se havian de prohibir las contribuciones, y señalar por Comissarios neutrales los límites del Estado de Milan, y Parma, en las riberas del Pò, y que no se consintiesse á la venta del Ducado de Massa, sino baxo la condicion de no innovar cosa alguna el nuevo Comprador, que se disponia fuessen los Genoveses: clausula, que mira á perjudicar el Comercio de la Toscana. Nada de todo esto queria oir el Emperador, y protestó, que llamaría sus Plenipotenciarios, porque

que era la Italia la niña de ſus ojos, y ſus Indias inagotables, pues por ella lograba el dinero de Eſpaña, que hacia un gyro preciſo haſta Germania; exprimiendo eſta á los Italianos, no ſolo con las abiertas contribuciones, que á ſu arbitrio el Emperador pedia; pero con la dependiencia de toda la Italia de aquella Corte, adonde por mil modos venia á parar el dinero. No queria el Emperador achicar ſu poder, reſtituyendo á Mantua; ni dár el dinero, que le havia coſtado al Duque de Modena la Mirandula; ni podia quitar de manos del Rey de Cerdeña el Mónferrato, ſin una Guerra formal, donde no tenia interès; ni eſtos eran exemplos conformes á lo que pretendian ſacar de la Santa Sede por la reſtitucion de Comachio; y mas, quando era meneſter hablar mas moderadamente, por regir la Igleſia Catholica un Pontifice integerrimo, y ſanto, que ſe dexaria con guſto martirizar por la Immunidad Ecleſiaſtica, y defenſa de lo que á la Sede Apoſtolica pertenece.

Havia muerto en 10. de Marzo el Pontifice Innocencio XIII. y deſpues de algunos debates en el Conclave; porque la faccion de los Albanis, con gran numero de creaturas del Pontifice Clemente XI. pretendia elevar una de ellas á la Suprema Sede. En fin, aſsiſtiendo el Divino Eſpiritu, ſalió, ſin que nadie lo eſperaſſe, elegido el dia 29. de Mayo para Summo Pontifice el Cardenál Vicente Maria Urſini, Religioſo Dominico; y aunque Iluſtre por la antiguedad de ſu clariſsima Sangre, mas le iluſtraban ſus profundas virtudes, que predicaban mas con el exemplo, que con la voz. Era hombre de vida auſtera, y religioſa, de quien no ſe podia eſperar, ni contemplacion à Principes, ni coſa, que no fueſſe, ſegun dictamen, la mas perfecta: era acerrimo Defenſor de la Igleſia; y aunque el Emperador havia deſpreciado caſi la temporal poteſtad del Pontifice, como verdadero Catholico tenia ſumo reſpeto à lo eſpiritual, y mandó ſe trataſſe de lo de Comachio con mas blandura, y arte: por eſto no queria abrir camino à otras reſtituciones, por ſi podia ſacar del Pontifice la Bula de la Santa Cruzada para ſus Reynos de Italia, como lo tenia ajuſtado con el Anteceſſor; pero ſu muerte dexó el tratado imperfecto.

Eſtas reflexiones le mantenian, para no dár oídos en el

Congresso de lo que podia moderar su despotica autoridad en Italia, de lo que altamente se quexaban los Españoles, despues de haver facilitado por su parte cumplir, quanto en el Tratado de Londres quedó ajustado, y en el primer Capitulo de la accession del Rey Catholico à él; porque se obligaron los Plenipotenciarios al Conde de Provana, que lo era del Rey de Cerdeña, de restituir en tres meses en especie, ò su equivalente en dinero, la Artilleria, que los Españoles sacaron de Cerdeña, y hallaron en ella, quando la ocuparon el año de 17. y aunque sobre dineros cobrados en Sicilia podia pretender el Rey Catholico, mas que igual compensacion, el modo de pagar esta Artillería, se cometió en Genova à los Diputados del Rey de España, que fueron el Marqués de San Phelipe, y el Marqués de Santa Cruz, Vizconde del Puerto, que estaba aún en Rehenes por ella en Turin; y por parte del Rey de Cerdeña fueron Diputados el Conde de San Nazar, Governador de Alexandría, y el Conde de Grotz, Ministro de dicho Soberano en Genova.

Luego admitieron los Piamonteses el precio (aunque baxo) que ofrecieron los Españoles; porque temiendo Victor Amadéo, que se turbasse el Congresso de Cambray, quiso sacar el dinero, que pudo, y dió de mala gana para la solucion tres meses de tiempo, lo tomaron con arte los Diputados Españoles, para que el Rey le tuviesse de vér las disposiciones de Cambray, y arreglar à ellas su deliberacion, aunque fuesse en el corto interés de estos veinte mil doblones; porque solo se reflexionaba, (aunque tarde) que al Rey Catholico todos le daban de prometido, pero le tomaban de contado. No dexaba de entenderlo la subtileza, y honra de los Españoles; pero yá la Corte havia tomado empeño de hacer Soberano al Infante D. Carlos, y todo se posponia à este, mas que dictamen, anhelo; y aunque los Ministros del Rey Luis le quisiessen moderar, todavia el Rey Phelipe, valiendose del Marqués de Grimaldo, y del Padre Bermudez, era el arbitro del Govierno, y de estos eran hechuras los Consejeros del Rey Luis, que aunque todos de sana intencion, no se atrevian à disgustar al Rey Phelipe, ni estaban à tiempo de mudar systéma, antes consintieron, en que se bolviesse à embiar al Marqués de Monteleon à las Cortes de los Principes

Ga-

Garantes para apretar al Emperador à que cumpliesse todo el Tratado, y se resolviesse à dexar partir à Italia al Infante Don Carlos, puestas antes las Guarniciones de Suizos en las Plazas, como quedaba convenido.

Para que Monteleon tuviesse interés en lo que iba à solicitar, le dieron la Plenipotencia para Italia, adonde havia de residir despues de ajustado todo, y yá sin dificultad reconocido el Infante Gran Principe de Toscana: y con estas instrucciones partió de Madrid à 28. de Julio. Havia tambien de passar al Haya para ajustar la Liga de las Provincias Unidas con la Francia, y la España, en caso de mover Guerra al Emperador, reconociendolas con haver por ella sacado la cara el Rey Catholico con la Francia, para embarazar la Compañia de Ostende, que era la espina, que tenian hincada en el corazon los Olandeses; y para sacarla, no estaban lexos de una Liga con España, pero no lo havian determinado, ni ofrecido: nada se ignoraba en Viena. Con todo esso se permanecia con arrogancia, y altanería contra las proposiciones, que dieron en el Congresso los Plenipotenciarios de España. Tambien en ella tuvieron entera repulsa las que dieron los del Emperador, y se pusieron ambos Principes tan discordes, que yá la Europa desconfió de la Paz, y en ambos Reynos se hacian manifiestos preparativos para la Guerra, porque el Rey Catholico aumentó diez hombres por Compañia en todas sus Tropas, que era un aumento de 12U. y el Emperador mandó completar sus Cuerpos, que era reclutar mas de 30U. hombres: previno para dilatada defensa las Plazas de Italia, y se trabajó con calor en perficionar la de Pizigitón.

Muchos eran los Capitulos en que se discordaba: lo principal que sentia el Emperador era, querer la España, que restituyesse à quien pertenecian las Plazas de los Seberanos, que tenia en su poder. Estaba tambien picado de que se introduxesse la España en quitar la Compañia de Ostende, para lisonjear los Olandeses con el pretexto, que iban por el Mar del Sud á sus Indias, y cometian perniciosos contravandos: añadiase à esto, insistir nuevamente el Rey Catholico, que luego se fixassen los limites de los Estados del Duque de Parma, con restitucion de lo que se le havia usurpado en el Pó, por la parte de Cremona; y tambien otro pedazo de Tierra, por la via de

Man-

Mantua; porque havia de posseer el Infante, quanto posseía el Duque de Parma, al tiempo, que se estipuló el Tratado de Londres.

Pedia tambien el Emperador los Privilegios de Cathaluña, y Aragón, y quitar al Rey Catholico la facultad de dár Toysones; porque yá no le quedaba cosa de la succession de los Duques de Borgoña, y Condes de Flandes, instituidores de esta Orden. Fuera largo referir las pretensiones, que cada dia, de parte à parte se forjaban, con la antigua máxima de pedir mucho, pero lograr algo; pero yá está el Mundo muy sabio para engañar con ella, y mientras se disputan menudencias, se corrompe alguna vez la oportunidad de lograr lo mas importante, si hay necessidad, ò prisa de hacer la Paz, como la tenia el Rey de España, por assegurar la succession de Toscana, è introducir en ella de una vez Guarnicion, antes que faltasse el Gran Duque, amenazado claramente de hydropesía, y asma.

Las Potencias Garantes solo instaban, se cumpliesse el Tratado de Londres; no negaban esto los dos Monarcas opuestos, pero la inteligencia, y el modo era dificil de ajustar; porque el Emperador creia convenirle la dilacion, y no temia, que el Rey de Inglaterra hablasse de veras con tanta dependencia del Imperio por sus Estados de Germania. Tambien creia se romperia la buena inteligencia entre la España, y la Francia, no solo por la voz de que no llegaria à efectuarse el casamiento del Rey Christianissimo con la Infanta de España; pero porque sucedió un accidental disgusto entre el Rey Luis, y su Muger, que obligó à aquel (primer consejo de su Padre, y con acuerdo de algunos Ministros) à retirar la Reyna, desde el Passeo, al Palacio de Madrid, no dexandola de él salir, ni de las piezas en que dormia, ni hablar con mas personas, que la Camarera Mayor, Condesa Viuda de Altamira, y el Mayordomo Mayor, Marqués de Valero: ninguna Dama, y solo pocas Camaristas, escogidas, y no de la mayor estimacion de la Reyna.

Este genero de prision, ò reclusion dió gran golpe en el Mundo, sin mancillár el honor de la Reyna, que tenia solo 15. años y medio; y assi, los mas preciados de adivinos politicos creian tener esta pública, y descariñada resolucion mas arca-

arcanos, motivos, y razones de Eſtado, por poder deshacerſe de la Reyna, quando de Francia ſe reſtituyeſſe la Infanta. Alentaba eſta ſoſpecha el aſſegurar muchos palaciegos, que no ſe havia conſumado eſte matrimonio, aunque el Rey Luis ſe huvieſſe en un miſmo Tálamo unido con la Reyna, mas havia de ocho meſes. Mas todo eſto no tenia fundamento, ni las culpas de la Reyna eran mas, que pueriles inadvertencias, y creer, que la era lícito romper la ſeriedad, y gravedad de la etiqueta Eſpañola, tan aborrecida de las otras Naciones, acoſtumbradas à vivir, no con tanta circunſpeccion. Eſtos deſordenes, y vivezas de la Reyna eran perjudiciales à ſu ſalud, y deſayradas en la Mageſtad con llanezas (aunque innocentes) eſtrañas en lo atento, y ſério de la Nacion. Fomentaban eſtas libertades algunas liſongeras Camariſtas, poco dóciles à las ordenes de la Camarera Mayor, muger de alta ſangre, y virtud, criada deſde ſu mocedad con una modeſtia, y circunſpeccion, que no daba lugar, mas que à admirarla, y venerarla mucho.

Eſtas ſeveras Leyes del Palacio Eſpañol han tolerado las Reynas con gran reſignacion, y exemplo; y ſe tenia preſente la modeſtia, gravedad, y conſumada virtud, con que vivia la Reyna Iſabel, Muger del Rey Phelipe, y todo daba mas reſalto à las vivezas, al parecer intolerables, de una Reyna niña, que no comprehendia los inconvenientes de afloxar, ni declinar de aquel alto decóro, y ſoſtenimiento, que compete à la Mageſtad.

Haviaſe deſpedido de ſervirla, y buelto à Balſaín el Mayordomo Mayor, Marqués de Santa Cruz, que previó eſtos deſordenes; y lo miſmo penſaba hacer la Condeſa de Altamira, que informó ſecretamente de lo que paſſaba, por cumplir con ſu obligacion: No olvidando la ſuya el Rey, aunque tan jóven, con ſuma fortaleza, y ſeperioridad de animo, reſolvió caſtigar à la Reyna con eſta pública demonſtracion, y deſapego, quedandoſe en el Palacio del Buen Retiro, y con papeles circulares dió quenta de los motivos, que para eſto havia tenido, à los Conſejos, à los Miniſtros Eſtrangeros, y à los ſuyos, que ſervian en otras Córtes.

El Embaxador de Francia, Mariſcál de Teſſé, ſintió mucho eſte accidente, y trabajó para componerle; pero no pudo, haſ-

hasta que llegá el plazo, que havia el Rey determinado interiormente, segun estuviesse informado de la resignacion de la Reyna, y qué mella la havia hecho en el ánimo este castigo; mas como era tan tierna, è inocente, detestó luego sus conocidos errores, y labró mas aquella publicidad, que las precedentes amonestaciones. Sacó el Rey de Palacio trece Camaristas, las mas lisonjeras, ò menos dociles à los avisos de la Camarera Mayor: algunas de ellas quedaron sin honores, ni gages, ni entrada en Palacio: era su delito, alentar à la Reyna à ser despotica en la etiqueta de su Palacio. Tambien se despidió una Señora de Honor, à quien se cargaba alguna omision, ò nimia complacencia de dár lugar á las niñeces de la Reyna; quizá porque la parecieron substancialmente inculpables, y precisos efectos de tan tierna juventud. El dia 4. de Julio padeció la Reyna este retiro: el dia 10. la mandó el Rey sacar de el; y encontrandola en el que llaman Puente-Verde, no permitiendo, que la Reyna le besasse la mano, la abrazó, y puesta en su Carroza, la llevó al Palacio, en que el Rey vivia, prosiguiendo en la interior, y exterior union, para que olvidasse lo passado; y aun, tratandola como niña, al otro dia la regaló con un Diamante de alto precio. Con esta prompta reconciliacion se redarguyó de falsos à los Politicos, y adelantados juicios de los que presumen penetrarlo todo, y se dió á conocer lo leve de los motivos, por lo corto de la pena.

Pero ni esto libró de la critica á tan justa Accion, porque se tenia la exterioridad de el castigo por exorbitante, no siendo de entidad la culpa. Aún lo juzgaban assi en Francia, pero el Rey Christianissimo, y la Madre de la Reyna aprobaron al Rey Luis su resolucion, y la Duquesa Viuda de Orleans escrivió á la Reyna su Hija una Carta discretissima exortatoria, y con moderacion reprehensiva, ladeada toda á favor de el Rey, y persuadida á que se arreglaria en adelante al gusto de su Real Esposo, y Suegro, y á la formalidad de la etiqueta, que la hacia mas respetable; y que en fin, no havia otro medio para ser feliz.

Viendo el Emperador, que de esto no havia nacido desunion entre las dos Coronas, declinó algo de su altiva idéa, y dió oídos á moderar las proposiciones, porque todos los Prin-

Principes oían con desagrado tanta arrogancia; y havia sucedido en aquel Congresso un lance, que probaba con evidencia la immoderada altivéz de el Emperador, porque pretendia, se le declarasse preeminente, y con indisputable preferencia á todos los Principes de la Europa. Penteritér manejaba esto con arte, y por empezar por lo mas facil, pidiò al Conde de Provana, Ministro en Cambray del Rey de Cerdeña, que se contentasse de declararlo assi, por escrito. Este Ministro, que carecia de Amigos en el Congresso, y no podia rastrear cosa alguna, por captarse la voluntad de Penteritér, hizo una declaracion, que ni su Amo, ni Principe alguno podia disputar la preeminencia á el Emperador. Queriendo el Ministro Austriaco valerse de este Papél para tentar el ánimo de los demás, le propaló, de lo que todos formaron tal quexa, que el Rey Christianissimo, y Britanico passaron las suyas al Duque de Saboya; y aunque algunos creían haver sido esto con su acuerdo, la verdad es, que fué sin su participacion, y mera accion del Conde de Provana, al qual sacò su Soberano de Cambray, le desterrò á una Villa, y en su lugar embiò â el Conde de Masey, que era su Ministro en París. El Emperador no se diò por entendido, y dexò correr â Provana su adversa fortuna: antes mandò, que aquel Papél se rasgasse en el Congresso, como se executò, cediendo prudentemente â la comun repugnancia, y oposicion; porque fué opinion de muchos, que esta idéa no fué del Emperador, sí solo de Penteritér. No hemos podido saber sobre esto la verdad, porque no faltò quien dixesse, que havia sido pensamiento del Arzobispo de Valencia, que no le pudo adelantar, porque falleciò el dia 21. de Julio en Viena de hydropesía, y vacó la Presidencia de Italia: circunstancia, en algo favorable â la Paz, á que tanto repugnaba el Arzobispo, por sus proprios intereses, y por odio implacable, que tenia al Rey de España, donde se afloxò mucho la persecucion contra los que siguieron el Partido Austriaco, y se havia dado licencia para que se restituyesse â España la Marquesa del Carpio, Muger del Duque de Alva, con sus Nietos, Hijos del Conde de Galvez, y de su hija unica, y heredera de todos los Estados; aunque el Conde se quedò con su Muger en el Partido del Emperador.

Entre tantas politicas turbulencias, que agitaban la Corte, la sorprendiò, y llenò de imponderable dolor la muerte del Rey Luis, que de enfermedad de viruelas, mal curadas, ò malignas, espirò la mañana del ultimo dia de Agosto, con demonstraciones de una resignacion, mas que vulgar en edad tan floreciente, dexando tan sublime Trono. Hizo Testamento, bolviendo á su Padre lo que le havia renunciado, y encargandole mucho, cuidasse de la Viuda Reyna, que enfermò de dolor. Assistieron á esta disposicion el Presidente de Castilla, el Inquisidor General, y el Arzobispo de Toledo, con exclusion de los demás Consejeros del Gavinete. Mucho sintiò la España esta pérdida, por las adorables prendas del Rey, que sobre ser de gentíl aspecto, y bien tallado, tenia un trato amabilissimo; y como se havia criado con los Españoles, se empezaba á rozar, y familiarizar con los Grandes, á los quales favorecia en el exterior mucho mas que su Padre: era sumamente liberal, magnanimo, è inclinado á complacer á todos: ni la libertad de Rey le havia contaminado la voluntad, con solo tener diez y siete años, pues no se le descubria vicio alguno, antes grande aplicacion al despacho, y deseo de aprender, y acertar: comprehendia muy bien, però no tenia edad para resolver; y su mas allegado era Don Juan Bautista Orendain, Secretario del Despacho Universal de Estado: estaba inclinado á la Pintura, y designaba medianamente: baylaba con el mayor primor, y era gentilissimo. Dixose, que aunque con mas recato, no havia dexado de tener algunas travesuras inocentes, proprias de la edad, hasta salirse algunas noches de Palacio, acompañado de sola una, ò dos personas de su satisfaccion, sin mas motivos, que los de la curiosidad pueríl de vér, y observar, lo que en la crianza de Palacio, atareado siempre á las lecciones de varias Facultades, no havia podido hacer, dando este genero de desahogo á quella como opression de ánimo, en que los Maestros, y Ayos le havian tenido; y aun se añadiò tambien, que el desreglamiento en la fruta, y otras golosinas de muchachos, le havian hecho maliciosas, y mortales las viruelas. Havia el Rey Phelipe, en la Renuncia hecha á su Hijo, en caso de la muerte del Rey Luis, en menor edad de sus Hijos, ò sin ellos, formado como una Regencia, nombrado los Sugetos, ò por me-

mejor decir, los que ocupáren las Presidencias; pero el Marqués de Mirabál, Presidente de Castilla, no puso esto en execucion, y quiso le escuchasse el Rey: Consultó ser todavia Señor natural, y propietario de la Corona, y ponderó la obligacion, que de justicia, y conciencia tenia de bolver al Govierno.

Con esto, aunque repugnandolo, no sin la exortacion de la Reyna Isabél, y del Marqués de Grimaldo, y aun del Mariscál de Tessé, que passó luego à San Ildephonso, bolvió el Rey Phelipe à Madrid: repitió una Consulta el Consejo Real mas explayada; pero del mesmo thenor de la Representacion, que havia hecho el Presidente, Marqués de Mirabál: la mayor dificultad estaba en que el Rey (como diximos) havia hecho voto de no subír mas al Trono; y assi, formó una Junta de Theologos: algunos votaron, que el Rey no podia, en virtud del voto, governar mas como Propietario. Comunicó esto al Consejo; y este, en 4. de Septiembre (con mas eficaces razones) se confirmó en lo consultado, dando por nula la Renuncia, y el Voto; aquella, porque no havia quien la admitiera, por ser el nuevo Principe de Asturias de edad de once años; y este, porque no se podia cumplir en perjuicio de los Pueblos, que no dexan de estár sujetos à muchos inconvenientes en la menor edad, y que assi no podia ser jamás Tutór, quien era Propietario. Apretaron mucho mas al Rey, para bolver al Govierno, el Mariscál de Tessé, el Ministro de Parma, el Nuncio, y el Marques de Grimaldo. En fin, de muy mala gana, en 6. de Septiembre respondió el Rey al Consejo con un Decreto, en que se convenia en bolver à tomar las riendas del Govierno, como Señor natural, y Propietario de la Corona, sacrificandose al bien, y utilidad de sus Vassallos: y que se juntassen luego Cortes, para jurar por Principe de Asturias, y Successor de los Reynos al Infante Don Fernando. Apresuróse esto, por apagar la falsa voz, de que la Reyna havia quedado preñada; la qual divulgaron los Franceses, que sentian descendiesse del Solio esta Princesa. Y aun proponia, à media voz, Tessé, que se podia dár por Esposa al nuevo Principe de Asturias, pues solo le ganaba quatro años.

Esto, y la repugnancia de los Castellanos, para esta nue-

va union era intempestiva, y assi trataban yá, los que tenian mas parte en el Govierno, de apartar à la Reyna Viuda à una Ciudad de España, y se pensaba en Toledo, ò Valladolid.

No dexaron de levantarse los acostumbrados zelos en los mas allegados; porque por orden del Rey no podian entrar en Palacio, hasta passar quarenta dias, los que havian entrado en el del Retiro, donde murió el Rey Luis, porque ninguno de la Casa Real havia tenido todavia viruelas, ni aun el Rey Phelipe; y el estar lexos ocasionaba algun temor en los que no eran de la intima aceptacion del Marqués de Grimaldo, que gozaba plenamente del favor del Rey, y de la Reyna, que mostró con copiosas lagrimas sumo dolor de esta fatalidad, aunque la restituía al Trono, y acercaba mas à él à sus hijos, pues del primer lecho solo quedaba un individuo.

El Marqués de Grimaldo bolvió à cargarse de las Secretarías del Universal Despacho de Indias, y Estado, aunque se havia puesto yá el Toyson, porque el Rey no se podia hallar sin el, y no despachaba con gusto con los demás, por su blandura, y haver con larga experiencia aprendido el modo de obligar al Rey, y llevarle su genio.

Los Grandes en General, no gustaron de esta resolucion del Rey Phelipe de bolver al Govierno en propriedad; porque los trataba con rigidéz, siguiendo el systema, con que empezó à governar; y esto no lo ignoraban los Reyes, pero lo dissimularon, porque yá no eran perjudiciales, estuviessen, ò no contentos, por el ningun poder, ni autoridad que les havia quedado à los Nobles de mayor esphera, y bolver el Rey à remover sus desconfianzas, parecia animosidad.

Bolvieron los Reyes à Balsaín mientras duraron las viruelas, que padeció la Reyna Viuda; pero mas benignas, y de mas feliz exito, que las de su Esposo: mejoró apriessa, y mal hallada con la severidad de la etiqueta Española, deseó bolverse à París, y lo insinuó con gran secreto à su Madre, à quien dexó toda la accion, porque no se indignasse el Rey, y le negasse sus acostumbrados alimentos. La Duquesa de Orleans, Viuda, pidió al Rey, la dexasse bolver á Francia, al Convento, en que se havia criado: no disgustò esto á la

Cor-

Corte, y el Rey Phelipe pidió por esto el beneplacito del Christianissimo, que condescendió en ello. Hizose pública esta resolucion, y assi se desvaneció el temor de los Españoles, que llevaban muy mal casar con ella el Principe de Asturias Don Fernando, jurado, y reconocido como tal el dia 25. de Noviembre, con la acostumbrada solemnidad.

Poco antes havia alterado la quietud de el Aula alguna interna dissension entre los Principales Ministros; porque el Mariscál de Tessé, era declarado enemigo del Marqués de Grimaldo, y no queria tratar con él, y aun de mala gana con el Governador del Consejo Real, Marqués de Mirabál, considerado de los Franceses poco afecto á su Nacion, que aún pretendia una ciega resignacion â sus idéas; ni la Reyna se creía afecta, y propicia â Mirabál, al qual quitò el Rey la Presidencia; nombróle de el Consejo de Estado con 10U. escudos de pension: salióse luego voluntariamente de la Corte, y le succedió en el empleo Don Juan de Herrera, Obispo de Siguenza, que no mucho antes havia venido de Roma, donde fué Auditor de Rota, por Castilla, hombre bueno, templado, y de grande experiencia en los negocios.

Pocos supieron la verdadera causa de la caida de Mirabál, hombre acreditado en letras, zelo, è integridad. Creyeron algunos, que havia favorecido mucho, y aprobado la conducta del Superintendente de Hacienda, y Secretario del Despacho de ella Don Fernando Verdes Montenegro, que á essa misma sazon havian llevado preso á Ciudad-Real, y hecho aprehension de sus papeles, y bienes, porque havia aplicado á pagar deudas, menos privilegiadas, unos gruessos caudales, que su Antecessor, el Marqués de Campo Florido, dexò asignados â unos Acreedores, y le imputaban á Montenegro haverse interessado en esta mudanza de destinacion de efectos, y haverlo hecho sin orden, auuque alegaba haverla recibido â boca del Rey Luis, y que los Secretarios del Despacho Universal no las reciben de otra manera. Hizosele cargo formal, y judicial, y su Secretaria del Despacho Universal de Hacienda se dió á Don Juan Bautista de Orendain, con retencion de la futura, ausencias, y enfermedades del Marqués de Grimaldo, que yá cansado de sus trabajos, achaques, y edad, pensaba en retirarse, aunque lo resistia mucho

cho

cho el Rey. Bolvió el Marqués de Campo-Florido à la Presidencia de Hacienda, y à su Antecessor se dió Plaza en el Consejo de Castilla. Muchos creyeron, que el verdadero motivo de apartar en esta ocasion à Mirabál, y à otros, fué, el que con mala lisonja havian intentado persuadir al Rey Luis, el que no se hiciesse tan dependiente de su Padre, ni consultasse todas las cosas con él, queriendo ser ellos los absolutos en la voluntad de el Rey joven. Pensamiento muy ageno de la piedad christiana, y subordinacion de Hijo à Padre, con que se havia criado este Principe. Esto havia empezado yá à ocasionar algunos disturbios entre los dos Palacios, que llovieron al fin sobre los que los ocasionaron, mirando solamente al Sol, que nacia sin respeto alguno al que se acababa de poner por su propia voluntad, y bolvia á renacer por la de Dios.

AÑO DE M.DCCXXV.

POR artificio de mantener la dependencia, ò por otros particulares interesses, ò falta de fuerzas, no se atrevian Inglaterra, y Francia á obligar al Emperador á la Paz, viendo, que el Rey Catholico solo queria se le mantuviesse exactamente el Tratado de Londres; pero sobre la inteligencia de sus clausulas, vertia la disputa: claramente veía la España, no queria la Francia entrar en Guerra, y que todo era engaño; mas no podia entrar sola en este empeño de deshacer el Tratado de Londres, ni la religiosidad del Rey Phelipe le queria violar; y mas, que la Reyna creía assegurar para su hijo la Toscana, passando por él. Bien, que hacia el Gran Duque los possibles esfuerzos, á que no tuviessen efecto las investiduras dadas al Infante Don Carlos. El Emperador entretenia las esperanzas de la Casa de Medicis, y las que tenia de succeder al hermano la Viuda Palatina, y todo era un labyrinto de enredadas politicas, aunque jamás negaba el Emperador de querer cumplir lo que havia ofrecido. Con todo esso los Ministros Austriacos estimulaban al Principe Antonio Farnesio, á casarse, por si, con tener succession, se apartaba de ella al Infante de España: Por medio del Secretario de Malanoc,

que,

que residia en el Estado de Milán, se trataba este negocio, muy reservado del Duque de Parma; porque creian los Tudescos, que este no queria se casasse su Hermano, porque no le daba los medios, que aquel pedia. Nada ignoraba el Rey Catholico; pero era preciso dissimularlo, esperando el beneficio del tiempo, y tolerando las costosas dilaciones de el Congresso de Cambray, que se ocupaba en fiestas, y reciprocos banquetes.

Hallabase en Madrid Guillelmo, Varon de Riperdá, Olandés, que despues de haver sido Embaxador de aquella Republica en España, y dado quenta á sus Soberanos de su Embaxada, bolvió á la Corte, y abrazó la Religion Catholica, quedandose en el servicio del Rey. Como era hombre sumamente inteligente, se le dió la Intendencia de la Fabrica de los Paños, y se casó en España: No ignoraba lo que impacientaban al Rey estas politicas dilaciones de las Potencias Garantes, ò Mediadoras, y por medio de Don Juan Bautista de Orendaín propuso al Rey, que, si le permitia ir á Alemania, con pretexto de passar a Olanda á buscar Perítos Texedores de Paños para la Fabrica de Guadalaxara, él trataria por medio del Principe Eugenio, su antiguo conocido, la Paz directamente con el Emperador, dexando burlados los Mediadores.

Vino el Rey en esto, y con el mayor secreto se despachó á Riperdá, á tiempo, que el Pontifice, por medio de sus Nuncios, exortaba á ambos Principes á la Paz, á la que nunca negó el Emperador los oídos; pero queria condiciones tan ventajosas, que en muchos meses, que estaba Riperdá incognito en las cercanías de Viena, entrando de secreto alguna vez en ella, no havia podido adelantar cosa alguna; porque persistia el Emperador en lo que siempre havia dicho á los Ingleses, y Franceses. Toda su mira era, que quedasse enteramente la Italia â su disposicion, fundado en la Cession, que de ella havia hecho yá el Rey Phelipe; el qual, para seguridad de su Hijo el Infante Don Carlos, queria que Mantua, Mirandula, Monferrato, y Sabioneta, se restituyessen á quienes tocaban, sin passar por los prolijos juicios de la Dieta de Ratisbona, adonde el Emperador remitia todo lo litigioso: y lo que mas resistia la esperanza, era, que passassen por el mis-

mismo examen las razones del Duque de Parma, sobre lo que los Ministros de Milán le havian usurpado en las Riberas del Pó.

Manteniase firme la Corte de Viena, sin hacerle fuerza una Liga, que se prevenia en el Norte contra Polonia, por una execucion de justicia, hecha en la cabeza de un Protestante de Torgn, que havia fomentado una sedicion contra los Jesuítas, y pretendian los Protestantes haverse violado el principal Articulo de la Paz de Oliva. Protegialos el Prusiano, y trayendo á su dictamen al de Suecia, al de Inglaterra, y al Czar de Moscovia, se juntaban yá Tropas, sin hacer caso de la mediacion del Emperador para el Ajuste, el qual no podia dexar de socorrer al Rey de Polonia, su antiguo confederado, y Suegro de su Sobrina. Temia se empezasse por aqui una cruél Guerra de Religion, y que tomasse pretexto el Czar á baxar á Germania, que era lo que mas deseaba, para estender por alli sus dominios. Havia este ajustádo de casar su hija primogenita Natalia con el Duque de Holstein, reconocido yá heredero de la Suecia, en caso de morir sin succession la actual Reyna, y no le faltaban otros amigos en Alemania, adversos á la Casa de Austria, de la qual era generalmente enemigo el Czar, Principe belicosissimo, artificioso, aplicado, y amante de gloria; cuyo alto elevado espiritu no cabia, ni en lo vasto de su Imperio, quizá porque era de gente inculta.

Estos nublados, se creia, que hacian eco favorable á la Paz de Cambray, doblando al Emperador; pero nada se innovó; de genero, que yá desesperaba la Europa de la Paz; y mas, quando entre los aparatos de la Guerra, que intentaba mover el de Prusia, adoleciendo gravemente el Czar de Moscovia, murió. Dexó por Heredera del Reyno á su segunda Muger Marta Matuveyvuna, á quien amaba tiernamente, despues que se separó de la primera Oto-Kesa Federovuna, que aún vivia, pareciendo al Mundo estraño, que no hiciesse mencion de su Nieto Pedro Alexivvitz, hijo de su Primogenito Alexo, (que murió en la prision) y una Hermana de la Empe-ratriz, que tenia yá diez años, y la criaban fuera de la Corte. No le faltaba á este Principe partido; pero venció el de la Czariana, que tomò possession del Trono, y la obedecieron todos, sin replicar, sabiendo ella por su corage, industria, y dis-

discrecion hacerse obedecer. Con todo esto yá havian mudado las cosas del Norte de semblante; porque la Czariana no podia atender à empeños estrangeros, teniendo que cuidar mucho de los propios; porque todos los Principes Aliados por sangre (y uno de ellos el Emperador, por su Muger) à la Casa de Moscovia, llevaban mal ser excluido el verdadero Successor; porque la Czariana, naturalmente dispondria recayesse el Trono en sus Hijas.

La falta de este gran Confederado mitigó en parte la ira del Rey de Prusia, y Protestantes, de genero, que empezaban á dár gratos oídos al Ajuste; con que se quitó no poca aprehension al Emperador, y se fortificó en sus idéas, sobre el modo de hacer la Paz con la España. Con evidencia la fortuna favorecia al Austriaco Principe; porque quando podia recelar de alguna confederacion contra él entre España, y Francia, desunió las dos Coronas, con la resolucion del Christianissimo de restituir à Madrid à su destinada Esposa, la Infanta de España, porque solo tenia seis años, y buscar Muger, en la qual pudiesse tener mas prompta succession; porque yá el Rey tenia quince, y no quedaba Principe alguno de la linea de Ludovico XIV. en Francia; con que venia à recaer la Corona en Luis de Borbón, Duque de Orleans, primer Principe de la Sangre.

Gozaba del primer Ministerio en Francia Luis Enrique, Duque de Borbón, adverso à la Casa de Orleans: por esso se atribuyó esta resolucion enteramente à su embidia, y temor, de que pudiesse heredar la Corona aquella Casa, legitimamente inmediata, despues de la Renuncia de los Borbones de España. Tambien le adivinaban algunos, queria hacer Reyna à una de sus Hermanas; porque el Rey miraba con menos indiferencia, que à otras, à la Princesa Theresa Alexandrina, ultima Hermana del Duque, llamada Madamasele de Sens, que aunque tenia quatro años mas que el Rey, era la menos desproporcionada à su edad, y de muy atractiva belleza. No nos consta, que el Rey pensasse tomarla por su Esposa, ni que el Duque lo pensasse: sus émulos asseguraban, que no perdia oportunidad, para franquear de ocasiones, en que el Rey se inclinó mas; pero el éxito mostró lo contrario, porque el Rey en tan tierna edad, y absoluto, no huviera podido resistir à su passion, si la tuviera.

Assegurar podémos, que por sí lo imaginaba: solo disuadieron al Rey muchos de sus mas allegados, y secretamente su Maestro, el Obispo de Frexus. No perdonaba diligencia à esta disuasion el Duque de Orleans, el de Contí, y los demás Principes de la Sangre, que llevaban mal la restitucion de la Infanta de España; pero estaba yá esta publicada, y no hicieron poco D. Patricio Laules, Embaxador del Rey Catholico en París, y el Marqués de Monteleon, de detener la execucion, hasta que estuviesse avisado el Rey de ella en terminos mas precisos, que las passadas insinuaciones del Mariscál de Tessé, que partia de España mal satisfecho, y con la misma desgracia dexaba à los Reyes, que ocultando su desagrado, le regalaron con alguna particularidad mas de lo acostumbrado.

Hirió intimamente al Rey esta noticia, y à la Reyna no menos, acriminando mas el intempestivo Decreto, la inurbanidad de él; porque yá la Corte de Francia havia señalado el dia de la partida de la Infanta: novedad, que estrañaron las Cortes, en visperas de una Paz, de que era Mediadora la Francia; y esto la turbaba enteramente, no solo porque no podia el justo enojo del Rey Phelipe passar yá mas por esta mediacion, quanto porque, viendo el Emperador desunida la Casa de Borbón, se mantendria mas tenáz en sus idéas; pues de la Inglaterra no tenia que temer yá, porque esta gustaba de dilatar la Paz: yá porque tenia Rey Alemán, que por los Estados de Hannovér, y Bremén dependia no poco del Emperador.

El Rey de España manifestò su enojo, mandando al Abad de Fleuri, Ministro de Francia, (Successor de Tessé) que saliesse luego de la Corte, y de sus Reynos: sacó de ellos todos los Consules Franceses, aunque permitió el comercio: mandó salir de París al Embaxador Laules, y al Marqués de Monteleon, y que viniessen, sirviendo à la Infanta, à la qual no queria acompañassen Franceses: ordenò à los Ministros, que tenia en las Cortes Estrangeras, no tratassen con los de Francia; y por dár el ultimo desahogo à su enojo, anulò el matrimonio del Infante Don Carlos con la Hermana del Duque de Orleans, y la restituyò à Francia con la Reyna Viuda del Rey Luis, à quien diò à entender, no se la pagarian sus alimentos, si no vivia en España; esta amenaza la al-

canzó en Burgos, donde esperò à la Hermana, y ambas pasfaron à Francia, servidas de la Familia Real hasta la Raya, por distinto camino del que tomò la Infanta, por no encontrarse en él, y evitar tratamientos.

El Marqués de Santa Cruz fué à encontrar, como Mayordomo Mayor de la Reyna, à la Infanta à San Juan de Piedepuerto, adonde no permitieron entrar Guardias Españolas; porque venia la Infanta servida de la Familia Real del Christianissimo, y tratada como Reyna hasta los confines.

Assi se deshizo el solemne Tratado, que conforme á sus malogradas idéas, hizo el passado Duque de Orleans, que para dilatar sus esperanzas al Trono, diò al Rey por Muger una Niña, á quien faltaban, para tener Succession, doce años. Esta era la general disculpa, que daban los Ministros Franceses, protestando la mayor veneracion, y amor á la Casa de España, y sacaron como una especie de Manifiesto en Carta de Monsiur de Morbile, Ministro de Estado, á los que tenia la Francia en las Cortes Estrangeras.

El Rey Christianissimo escriviò una Carta muy reverente, dando la mayor satisfaccion á su Tio el Rey de España; pero no fué admitida, y se le restituyò al mesmo Correo: embiò segunda, y ni de manos del Correo se quiso tomar, perseverando tan manifiesto el enojo del Rey, que se persuadiò la Europa, á que se encenderia entre las dos Coronas una Guerra cruél: dieronse indicios de esso, acercandose por ambas partes Tropas á los confines de Cathaluña, y Navarra, y passando de toda España hasta 30ij. hombres á Cathaluña. Tambien en Francia se mandaron hacer reclutas; pero ambos Principes declararon en las Cortes de los Reyes, y en Cambray, que aquello solo era por modo de buen govierno y defensivo.

Por todas partes buscò la Francia Mediadores, para pacificar al Rey Catholico, y este solo admitió la mediacion del Pontifice Benedicto XIII. á quien tenia, por su conocida santidad, veneracion suma; pero eran tan escabrosas las proposiciones del Rey Phelipe, y tan duras, que no venia la Francia en ellas, porque como todo el Govierno estaba en manos del Duque de Borbón, y la España pedia fuesse este removido del primer Ministerio, no tenia tan moderado el ánimo el Duque, que decretasse contra si; y mas, quando

havia contraído el òdio comun con el casamiento, que trataba para el Rey Christianissimo.

Havia en esta Era muchas Princesas de proporcionada edad, para dár Successor al Trono, en Inglaterra, Lorena, y Principes de Germania; pero el Duque hallò reparo en todas: y aunque parecia conveniente, y la mas igual en sangre, y Religion, una hija del Duque de Lorena, no fué de la aprobacion del Duque de Borbòn; porque era esta Princesa Hija de hermana del Duque de Orleans, con quien tenia declarada enemistad, no sin parte de la émulacion en este, por la suma autoridad de aquel; y aunque havia tomado muy mal, que le huviessen buelto á su Hermana, Princesa de Vauxalois, á Francia, aún tenia alguna secreta indirecta correspondiencia con el Rey Phelipe.

No pudiendo el Duque de Borbòn casar una de sus Hermanas con el Rey, eligiòle por Esposa á la Princesa Maria Leziniski, Hija del Rey Stanislao de Polonia, el que vencido del Saxòn, renunciò la Corona, que se le havia caìdo de las sienes: este se retirò á Stlsacia á hacer una vida privada; y aunque era un Palatino de los primeros de Polonia, no se havia todavia igualado su sangre á la de los principales Soberanos, sino es que le daba pretension para ello, el haver algunos años ocupado el Trono de Polonia. Divulgòse esta idéa del Duque, y nadie la creía, no solo por la desigualdad de la sangre, pero aun por la edad, pues que tenia la Princesa siete años mas que el Rey, y parecia empeñar á este en reparar la declinada fortuna de Stanislao, dando con esta Alianza zelos al Rey Augusto de Polonia, y á sus Aliados, y algun fomento de inquietud en aquel Reyno; porque todavia Stanislao no carecia de Parciales, que dissimulaban su afecto.

No nos atrevemos á escrivir, qué fin tuvo el Duque de Borbòn en este casamiento, porque le ignoramos: adivinabanle muchos la intencion, pero todo era arbitrario; no se podia hallar àdequada á la que pareciò errada resolucion, que no hallò aprobador alguno, ni en la turba de lisonjeros, que habitan en los Palacios. Al Rey le inclinò el Duque, con describirla por una de las mas singulares hermosuras, y le presentò el Retrato parecido; pero no sin los falsos coloridos de la adulacion. El Rey tenia el ánimo sin impressiones de amor: el juego, y la caza eran sus geniales divertimientos: no tenia

pa-

para difcernir, qual era la mas digna para elevada á tan gran Sólio, y fe dexó llevar de el Duque, que decia, fe debia elegir Reyna defnuda de Alianzas, para confervar una util indiferencia en los Principados de Europa, porque yá defcaecida la fortuna de Staniflao, no empeñaba, por irreparable: Que el Trono igualaba las fangres, y que yá efta Cafa le havia poffeído, fin que hicieffe al cafo el accidente de pocos, ò muchos años de Reynado. Sacaba el exemplar de la Cafa de Sobieski, Polaca, yá entroncada con los primeros Soberanos de Europa, fin que en fu origen, antes de coronarfe, fueffe mayor, que la del Palatino de Pofnania Staniflao, à quien no quitaba las impreffiones, que dexa la Diadema, el haver fido infelíz: Que eftaba la elegida Princefa adornada de las mas altas virtudes de piedad, modeftia, y difcrecion, y en edad, y fifica conteftura de dár luego un Succeffor à la Francia, que era folo lo que havia menefter; porque la mano del Rey ennoblecia à la perfona mas humilde, quanto mas à efta, à quien folo la faltaba la dicha para igualarfe á las mas altas Princefas: Que los zelos, que podia dár á la Cafa de Saxonia, que Reynaba en Polonia, eran utiles para moderarle, y que contemplaffe la Francia, la qual heredaria el Palatinado de Pofnania; porque Stanislao no tenia otros Hijos, y alguno de el Rey, ò de fu eftirpe pudiera ir á Polonia á gozar de la herencia, y que sería el Señor mas autorizado, con la fangre, y la intimidad, infeparable con la Francia; tanto, que podia afpirar al Trono de Polonia con mucha férie de elegidos, como lo fué la Cafa Tagallona, de la qual fe eligieron tantos Reyes.

Eftas razones, bien adornadas de la fophifteria, no convencian los ánimos, pero era precifo obedecer. Mucho trabajó el Duque de Orleans para deshacer efte Tratado, pero no pudo; antes fué elegido (contra fu voluntad) para ir con los Poderes del Rey á celebrar las bodas en Argentina, adonde, de Uvitembour, havia paffado con fus Padres la Princefa, y en donde fe defcubrió un tabaco envenenado, que fe deftinaba al Rey Stanislao, por un Mercader Alemán, que huyó, y le dexò en una cafa, no haviendole podido recoger. De efte hecho, y fu Autor no eftamos informados, como es menefter para efcrivirlo, ni es de nueftro affumpto: por effo bolvémos á la Efpaña.

Dió quenta el Rey Chriftianiffimo al Catholico de fu

Ma-

Matrimonio en una Carta, que se embió á poder de el Nuncio Aldrobandi, para que la entregasse; pero no quiso el Rey recibirla, perseverando en su enojo, el qual prorrumpiò en ajustar, por medio del Varón de Riperdá, (que yá diximos la estaba tratando) la Paz con el Emperador, viniendo bien el Rey Catholico, para librarse de la subordinacion á la Francia â lo que antes repugnaba; porque aunque assi veía, que los Mediadores le engañaban, y le querian tener suspenso, y dependiente, nunca creyó, que la Francia entrasse en Guerra, y mas ahora con la nueva desunion. Con el mayor secreto se trataba este negocio en Viena con el Principe Eugenio de Saboya, el Conde Guido Starembergh, y el Conde de Sincendorf, y como desayre á los Mediadores, se convino el Rey de España en los Articulos, que despues referirémos en resumen. En Madrid se guardaba el mismo silencio, y aun se ignoraba de qué Ministro se valiò el Rey para consultar tan escabrosos Articulos. El Secretario de esta dependiencia fué solo Don Juan Baptista de Orendain, y hay bien fundadas sospechas, que lo ignoraba el Marqués de Grimaldo, de lo què arguían muchos haver en gran parte declinado el favor de que gozaba, pues le apartaba el Rey de el conocimiento de la mayor operacion, que tenia la España que hacer; porque en el discurso de veinte y cinco años de Guerra, havia mucho que componer en una Paz, que tan dificil, y casi impossible parecia á la Europa, viendo los Principes pretendientes de una mesma cosa, cuya disputa costó rios de sangre, y de dinero. Mucho lo facilitaba el Tratado de Londres, á que havía el Rey Catholicò convenido; pero sobre sus Articulos, aún havia tanto que ajustar, que el Congresso de Cambray no pudo adelantar, ni un passo, ni en esta Paz de Viena no tuvo la menor parte, ni aun noticia.

Mucho sintieron este particular ajuste la Inglaterra, y la Francia, aunque lo dissimulaban; mas la Olanda, por quien el Tratado de Comercio, que siguió â la Paz, se daba â la Compañia de Ostende, viendolas perjudiciales al Comercio de los Olandeses en el Oriente: unidos con los Ingleses, se quexaron con tono muy alto en Madrid. Se les respondió: Que havia aguardado diez y seis años, desde la Paz de Utrech, á que obligassen al Emperador á una Paz menos ventajosa; pero viendose con tyranas politicas engañado, la havia

via ajuſtado como havia podido con un Principe, à cuyo engrandecimiento havian concurrido, con lo reſtante de Europa; y que ſi de eſta Paz ſentian perjuicio alguno, era todo efecto de ſus Armas, y de ſu Politica: Que eſtaba en animo de mantener religioſamente lo que havia ofrecido: Que tomaſſen las medidas que les parecieſſen convenientes, que el Rey havia tomado las que eran mas utiles à ſus Vaſſallos, moleſtados de tan dilatada Guerra.

Eſta reſpueſta, y la eſtrecha alianza, que publicaba el Emperador queria tener con la Eſpaña, puſo en grande agitacion â los Olandeſes, que creían exterminar la Compañía de Oſtende; mas yá con eſtas nuevas ventajas ſe eſtablecian mejor, y luego crecieron ſus Acciones.

El Rey de Cerdeña diſſimulaba mucho el ſentimiento, que eſta Concordia le havia cauſado; porque tranquilas yá las Cortes, en que ſe fraguaba la Guerra, no tenia à que aſpirar, y ſe havia preciſamente de quedar con la Cerdeña, Reyno pobre, y no tablero capáz para las vaſtas idéas de Victor Amadéo, que penſaba bolver à peſcar en mar turbio, ofreciendoſe, con eſtudiada indiferencia, á todos, aunque de mas buena gana huviera entrado con la Francia, y la Eſpaña en una Guerra contra el Emperador, por ſi podia eſtenderſe por el Eſtado de Milán, que era ſu principal objeto, y alargar la Cerdeña, que le ſervia de carga, y no aumentaba ſu poder.

Las Republicas de Italia, y ſus Principes tambien ojearon eſta Paz con diſguſto, porque libre de los rezelos, que le daban al Emperador las Armas de Eſpaña, la oprimiria â ſu arbitrio, y ſerían mas eſclavas.

A los Soberanos del Norte, Suecia, Pruſia, Moſcovia, y Dinamarca tambien les ſirvió de diſguſto: mas al Othomano; porque deſembarazado el Emperador de los otros cuidados, era incomparablemente mas poderoſo. En fin, en la Guerra, y en la Paz no huvo en muchos ſiglos Principe mas felíz, aunque todo lo contrapeſaba la falta de ſucceſſion varonil, que era el unico conſuelo de ſus émulos, y de los Principes Proteſtantes, que ya hablaban con menos orgullo.

El Rey Catholico vino, forzado de ſu propia ira, â la Paz: ſu animo bellicoſo, y ſus razones le eſtimulaban â la Guerra, pero le faltaban Aliados, y con ella ponian en duda la ſucceſſion de el Infante Don Carlos â la Toſcana: lo princi-

pal yá lo havia concedido, con admitir el Tratado de Londres, que era la solemne Renuncia à los Reynos de Italia: las demás circunstancias no merecian la costosa aventurada resolucion de la Guerra, ni podia hacerla solo, ni aun empezarla, aunque tenia en pié ochenta mil hombres de Tropas bravas, y veteranas: No faltaba quien juzgaba, culpando la Paz, era mas conveniente para la España, ni Paz, ni Guerra; pero esta es una theorica dificilmente practicable, y nos desviariamos mucho de nuestro assumpto de Comentarios, si entrassemos en discurrir este gran problema, para el qual era menester explicar con la mayor individualidad el presente estado de los Potentados de Europa; y como no podémos difusamente defender nuestra opinion, dexamos indeciso, si en el presente estado le convenia mas á la España la Paz, ò la inaccion, esperando el beneficio de el tiempo.

Todos los Principes mandaron retirar sus Plenipotenciarios de Cambray: los Ingleses salieron antes que todos, corridos con igualdad, porque no havian consumido quatro años sino en banquetes, y festines. El Rey Catholico mandó, que el Marqués de Verreti esperasse nuevas ordenes en Bruselas; los demás partieron directamente á sus Cortes, á los ministerios á que estaban destinados.

FIN DE ESTOS COMENTARIOS.

NOTA. *Vá esta impression cotejada con el original del Autor, y corregida de los innumerables errores que padecen las otras. Se han omitido los titulos que al principio de cada año estaban de Libro* 1. 2. *&c. por no ser necessarios, ni conducir en cosa alguna para el régimen, y contexto de la Obra, respecto estár arreglada, y dividida por años, como en ella se figura. Tambien se han passado los dos años ultimos del Tomo* 1. *al* 2. *para igualar los volumenes, por la mejor vista, y proporcion, y no tener en esto perjuicio alguno la Obra.*





